

# **AQUEL PABLO DE TARSO**

**Temario de reflexión y divulgación**

**para**

**EL AÑO DE SAN PABLO**

**2008 - 2009**

Pedro García, *Misionero Claretiano*  
SAN SALVADOR, El Salvador

**Ningún prólogo ni introducción especial.**  
**Dejo en esta página la presentación original del trabajo, en su frescura más natural.**  
**Catholic.net lo puso en Internet, a dos charlas semanales durante el Año de San Pablo,**  
**y llegaron al pobre autor más de 800 (ochocientas) cartas o mensajes via e-mail,**  
**desde Canadá a Argentina, y de manera especial desde México.**  
**Toda una bendición de Dios el bien que pudo hacer.**

Algo familiarmente...

Hice este trabajo sólo para *Radio Claret* de Panamá  
y para las *Emisoras Católicas de Centroamérica*.  
En modo alguno para Internet.  
Pero la Srta. **Leticia Soberón**,  
Presidenta de R.I.I.A.L.  
en el Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales del Vaticano,  
y Dña. **Lucre de Planas**, Directora de Catholic.net,  
con las cuales he trabajado estrechamente durante mucho tiempo,  
enteradas del proyecto, me lo han exigido.  
Sigo pensando que para Internet, no.  
Hubiera requerido más tiempo, más estudio, mejor elaboración.  
Veremos qué hacen ellas.  
Desde luego, harán cualquier cosa, menos ceder en la suya...

Por mi parte, entregaré el texto escrito en CD  
a las Emisoras que me lo pidan.  
Lo puede lanzar cualquier locutor.

Aunque, para facilitar la emisión radiofónica,  
mi buen compañero el **P. José Sentre Cmf**  
lo ha grabado en audio,  
montado por el amigo **Oscar Bello**.  
El Señor les premie su colaboración tan desinteresada.

[pegarher@gmail.com](mailto:pegarher@gmail.com) - [josesentre@gmail.com](mailto:josesentre@gmail.com)

Parroquia del Corazón de María  
79 Avda. Sur, 200 - SAN SALVADOR, El Salvador C.A.

## PRESENTACION

El Papa Benedicto XVI nos sorprendió gratamente a todos cuando estableció el Año del Apóstol San Pablo, comprendido entre las fechas 28 de Junio del 2008 al 29 de Junio del año 2009. Bien valía la pena conmemorar el Bimilenario del nacimiento de Pablo, el hombre más providencial que Dios regaló a la Iglesia naciente.

El Papa pedía “estudios y publicaciones especiales acerca de los textos paulinos, con vistas a dar a conocer cada vez mejor la inmensa riqueza de la enseñanza que contienen, auténtico patrimonio de la humanidad redimida por Cristo”.

De estas palabras del Papa surgió la idea del modesto trabajo que ahora emprendemos en *Radio Claret* de Panamá: un sencillo programa para las Emisoras Católicas de nuestra Centroamérica y de cuantas otras quieran aprovecharlo.

Este programa pretende dar a conocer la vida del Apóstol y exponer en plan *popular* la doctrina cristiana de sus cartas inmortales, las catorce clásicas, incluida la de los Hebreos, la cual contiene claramente de principio a fin el pensamiento paulino.

¿Y qué desarrollará nuestro programa? ¿Clases?, ciertamente que no. ¿Exhortaciones homiléticas?, mucho menos. ¿Sartas de consejos?, ni hablar... El plan es que todo se reduzca a exposiciones doctrinales, bien fundadas en la exégesis, eso sí, pero sencillas, de modo que los radioyentes —dos veces por semana, 105 charlas— saquen por sí mismos las enseñanzas que Pablo nos transmite a todos.

Las citas serán continuas, aunque constarán sólo en el papel y no se citarán habladas. Que con los *Hechos* y las *Epístolas* siga evangelizando *el mismo Pablo*, iluminando las mentes con la verdad y encendiendo los corazones en el amor de Cristo.

*Pedro García Cmñ*

San Salvador, Febrero 23, 2008

## INDICE

<b>000. El Apóstol Pablo. - Charla Introductoria</b>	Pag. 7
<b>1. El hombre que se presenta. Formación judía y griega</b>	10
<b>2. Pablo y Esteban. El celoso mantenedor de la Ley</b>	13
<b>3. Ante las puertas de Damasco. La conversión de Pablo</b>	16
<b>4. Damasco–Jerusalén–Tarso. Los primeros pasos del convertido</b>	19
<b>5. La Iglesia de Antioquía. Emociones a montón</b>	22
<b>6. La primera misión. Chipre, y adentrándose en Asia</b>	25
<b>7. Los judaizantes a la vista. Los tenemos que conocer</b>	28
<b>8. En el Concilio de Jerusalén. El triunfo de la libertad cristiana</b>	31
<b>9. Empieza la segunda misión. Por las tierras de Galacia</b>	34
<b>10. Filipos. Se abre la puerta de Europa</b>	37
<b>11. El mundo grecorromano. Conociendo el ambiente</b>	40
<b>12. Algo más sobre el Imperio. Situación social y moral</b>	43
<b>13. El cristiano. Fermento y semilla metidos en el Imperio</b>	46
<b>14. Tesalónica y Berea. El Evangelio por Macedonia</b>	49
<b>15. Con la Biblia en la mano. La lección de los de Berea</b>	52
<b>16. Atenas. Frialdad e indiferencia</b>	55
<b>17. A partir del Areópago. Un fracaso y una lección.</b>	58
<b>18. Corinto. Soñando en lo imposible</b>	61
<b>19. Las Cartas magistrales de Pablo. Doctor para siempre</b>	64
<b>20. La primera a los de Tesalónica. Ya nadie parará la pluma</b>	67
<b>21. A ser santos llaman. Lo primero que pidió Pablo</b>	70
<b>22. El Señor volverá. Otra misiva a Tesalónica</b>	73
<b>23. ¡Lean, tesalonicenses! Un corazón que se vuelca</b>	76
<b>24. Entre la segunda y tercera misión. Dejando por ahora Corinto</b>	79
<b>25. Éfeso. Un centro misionero sin igual</b>	82
<b>26. Primera Carta a Corinto. Mucha luz entre sombras</b>	85
<b>27. ¡Y Jesucristo Crucificado! Con el escarmiento de Atenas</b>	88
<b>28. El Bautismo. Pablo, el gran doctor</b>	91
<b>29. Una palestra de la castidad. ¡Precisamente en Corinto!</b>	94
<b>30. Olimpiadas cristianas. A correr los valientes...</b>	97
<b>31. ¡La Iglesia! A pensar como Pablo</b>	100
<b>32. ¡Aquí estás presente, Señor! Pablo sobre la Eucaristía</b>	103
<b>33. El Espíritu en acción. Los carismas del Espíritu Santo</b>	106
<b>34. El himno incomparable al Amor. ¡Ese capítulo trece!...</b>	109
<b>35. La tríada gloriosa. Con las Tres teologales</b>	112

36. <b>¡Pero Cristo resucitó!</b> <i>El fundamento de nuestra fe</i>	115
37. <b>Carta segunda a los Corintios.</b> <i>Seguían las inquietudes</i>	118
38. <b>Reconciliados.</b> <i>De enemigos, amiguísimos de Dios</i>	121
39. <b>Hacia la Ciudad futura.</b> <i>La ilusión más grande</i>	124
40. <b>Urgidos por el amor.</b> <i>Amor DE Cristo, amor A Cristo</i>	127
41. <b>Servidor y apóstol.</b> <i>La conciencia misionera de Pablo</i>	130
42. <b>Pablo, ¡qué apóstol!</b> <i>Cómo se retrata a sí mismo</i>	133
43. <b>En la Trinidad Santísima.</b> <i>Cómo nos habla Pablo</i>	136
44. <b>Seguimos en Éfeso.</b> <i>Aquella puerta tan ancha...</i>	139
45. <b>La carta a los Gálatas.</b> <i>Tan queridos y tan volubles</i>	142
46. <b>En Cristo Jesús.</b> <i>Esta insondable expresión paulina</i>	145
47. <b>Con las llagas de Cristo.</b> <i>Y con Pablo, otros y otros...</i>	148
48. <b>¿Está María en San Pablo?</b> <i>¿Probamos a ver?...</i>	151
49. <b>Con las obras del Espíritu.</b> <i>El vencedor de todo el mal</i>	154
50. <b>En la Cruz de Cristo.</b> <i>Sin altas teologías</i>	157
51. <b>La carta magna a los Romanos.</b> <i>Lo mejor de lo mejor</i>	160
52. <b>¡Fe! Vivir de la fe.</b> <i>El tema de toda la carta</i>	163
53. <b>¿Arrancar del pecado?</b> <i>Extraño, pero así es</i>	166
54. <b>¿Qué es eso de Justicia?</b> <i>En Pablo, continuamente</i>	169
55. <b>¡Gracias a Dios!</b> <i>Por la Gracia precisamente</i>	172
56. <b>La Esperanza que no falla.</b> <i>Optimismo total</i>	175
57. <b>El Amor en nuestros corazones.</b> <i>Derramado a torrentes</i>	178
58. <b>Hijos y herederos.</b> <i>¿Valoramos lo que somos?</i>	181
59. <b>¡Ese octavo de los Romanos!</b> <i>La página cumbre de Pablo</i>	183
60. <b>Los Judíos.</b> <i>Gloria, caída y esperanza del gran pueblo</i>	187
61. <b>Una hostia con Cristo.</b> <i>Esto es la vida del cristiano</i>	190
62. <b>Los apóstoles laicos.</b> <i>Pablo, animador y maestro</i>	193
63. <b>De Tróade a Mileto y Jerusalén.</b> <i>El viaje tan problemático</i>	196
64. <b>Una Eucaristía en el viaje.</b> <i>Toda la noche en vela</i>	199
65. <b>En la temida Jerusalén.</b> <i>Lo que tenía que suceder...</i>	202
66. <b>El preso de Cesarea.</b> <i>Dos años interminables</i>	205
67. <b>¡Irás al César!</b> <i>Pablo se decide, y apela</i>	208
68. <b>La tempestad espantosa.</b> <i>Las aventuras de aquel viaje</i>	211
69. <b>¡Por fin, en Roma!</b> <i>El sueño más acariciado</i>	214
70. <b>Procesado y absuelto.</b> <i>Apóstol entre las cadenas</i>	217
71. <b>La carta a los Filipenses.</b> <i>Corazón de punta a punta</i>	220
72. <b>¿Nuestra mística? ¡Jesucristo!</b> <i>Invariable en Pablo</i>	223

<b>73. El amor fraterno.</b> <i>Insistencia continua</i>	226
<b>74. Trivialidades de la vida.</b> <i>La virtud cristiana</i>	229
<b>75. Filemón.</b> <i>Sembrando la libertad</i>	232
<b>76. A los de Colosas.</b> <i>Jesucristo sobre todo</i>	235
<b>77. Cristo en Colosenses.</b> <i>Grandezas y un compromiso</i>	238
<b>78. Resucitados con Cristo.</b> <i>Somos seres celestiales...</i>	241
<b>79. Cristo x Adán.</b> <i>O uno u otro...</i>	244
<b>80. Una lección machacona.</b> <i>La Oración en San Pablo</i>	247
<b>81. Ceñidos por el amor.</b> <i>El principio, el medio y el fin</i>	250
<b>82. La carta a los Efesios.</b> <i>Páginas sublimes</i>	253
<b>83. Predestinados y elegidos.</b> <i>De eternidad a eternidad.</i>	256
<b>84. Santos, inmaculados, amantes.</b> <i>Así nos pensó Dios</i>	259
<b>85. ¡Ven, Espíritu Santo!</b> <i>El único Espíritu de la Iglesia</i>	262
<b>86. ¡Viva la Vida de Dios!</b> <i>“Llenos de Gracia”, como Aquélla...</i>	265
<b>87. El “Misterio” de Cristo.</b> <i>Un secreto revelado</i>	268
<b>88. Pablo, el héroe de la humildad.</b> <i>El menor que el más pequeño</i>	271
<b>89. ¡Perfectos! Nada de medianías.</b> <i>El crecimiento en Cristo</i>	274
<b>90. El Matrimonio cristiano.</b> <i>Un misterio grande</i>	277
<b>91. Pablo y sus colaboradores.</b> <i>Un equipo magnífico</i>	280
<b>92. Primera carta a Timoteo.</b> <i>A dirigir bien la Iglesia</i>	283
<b>93. Dios nuestro Salvador.</b> <i>Bondad sobre bondad</i>	286
<b>94. Un solo Mediador.</b> <i>Gozo, confianza y seguridad</i>	289
<b>95. Soldados.</b> <i>En Pablo, ya se sabe...</i>	292
<b>96. Jesucristo.</b> <i>La clave del arco</i>	295
<b>97. Tito.</b> <i>Estás en un puesto difícil...</i>	298
<b>98. Jesucristo más y más...</b> <i>El inagotable Pablo</i>	301
<b>99. Hebreos.</b> <i>Con muchas ideas de Pablo</i>	304
<b>100. Sacerdote y Víctima.</b> <i>Y el cristiano con Cristo</i>	307
<b>101. Tras el Jefe y el Guía.</b> <i>¡A perseverar!</i>	310
<b>102. Timoteo, ¡ven!...</b> <i>Un testamento de Pablo</i>	313
<b>103. He terminado mi carrera.</b> <i>Pablo en el final</i>	316
<b>104. Dinos, Pablo, ¿tú, quién eres?...</b> <i>Estamos de despedida</i>	319

## 000. El Apóstol Pablo. *Charla Introductoria*

¡Ya vemos, queridos amigos y amigas radioyentes, el regalo que el Papa nos ha hecho con la proclamación del Año Jubilar de San Pablo por el Bimilenario de su nacimiento!...

Este Año es una gracia especial para toda la Iglesia. Se celebrarán Congresos, Asambleas de Estudios, Convenciones de Apostolado, Peregrinaciones devotas y Actos de Culto solemnes...

Nosotros, desde nuestras casas, desde nuestros puestos de trabajo e iglesias particulares, estaremos de corazón en todas esas celebraciones.

Aunque queremos hacer también algo más.

Como simples cristianos de a pie, nuestra participación en el Año de Pablo será sencilla, pero eficaz.

Queremos conocer mejor la figura y la persona de Pablo.

Queremos imbuirnos de la sabiduría cristiana de sus cartas inmortales.

Queremos acrecentar nuestro amor a Jesucristo bajo la guía del hombre más apasionado que ha tenido el Señor.

Y todo esto lo vamos a hacer y a conseguir siguiendo un programa de radio sobre la Vida, las Cartas y los ejemplos del Apóstol.

Un programa eminentemente popular.

Que lo podamos entender todos.

Que se clave en nuestras mentes.

Que anide en nuestros corazones, por el amor que nos transmitirá a Nuestro Señor Jesucristo y por lo que nos va a estimular en la praxis de la vida cristiana.

Será Pablo quien nos seguirá evangelizando con sus propias palabras, con el acento inconfundible de su voz, con la energía de su carácter y con el fuego que pone al hablar de la Persona y de las cosas del Señor Jesucristo.

*¿Quién fue San Pablo?*, nos empezamos preguntando hoy.

Pablo fue un apóstol que no conoció de vista a Jesús; pero lo vio Resucitado cuando el Señor se le apareció ante las puertas de Damasco.

Y Saulo, Pablo, que era el perseguidor más furibundo del Crucificado y de sus seguidores, se convirtió en su amante más apasionado, en su evangelizador más ardiente, en la figura más grande y emblemática de su Iglesia.

¿Y qué decir de Pablo?... Lo iremos viendo a lo largo de nuestro programa.

Los *Hechos de los Apóstoles*, uno de los libros más bellos de toda la Biblia, nos recordarán escenas y aventuras interesantes por demás.

Sus *Cartas* —lo más rico en doctrina que la misma Biblia encierra sobre Jesucristo y su misterio—, nos irán descubriendo horizontes cada vez más vastos sobre la Persona de nuestro divino Salvador.

Y los *ejemplos* de su vida admirable nos estimularán a llevar una conducta cristiana generosa e intachable.

La figura de Pablo se nos presenta, ante todo, como la del gran amante de Jesucristo, y empieza con esta confesión: “El amor de Cristo me urge”, me apremia, me empuja, no me deja parar (2Co 5,14)

Por eso —sigue confesando Pablo—, “considero todas las cosas como una pérdida, comparadas con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor; y las tengo todas por pura basura a cambio de ganar a Cristo” (Flp 3,8)

Siente de tal manera a Cristo dentro de sí, que dice frases tan atrevidas como ésta: “Vivo yo, pero es que ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Co 2,20)

Y continúa diciendo lo que a nosotros nos parece el último disparate, lo que nunca diríamos nosotros: que tiene ganas enormes de morir. -¿Qué me interesa seguir en el mundo? ¡Venga la muerte cuanto antes!... Porque “mi vivir es Cristo, y deseo ardientemente morir y estar con Cristo, que para mí me resultaría una enorme ganancia” (Flp 1,21)

Tanto amaba a Jesús, que no detiene su lengua ni su pluma al lanzar la maldición más trágica —aunque también la más simpática y más bella—, cuando dice: “El que no ame a nuestro Señor Jesucristo, que sea maldito” (1Co 16,22)

Y exclama en un arrebatado sublime: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? Ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la espada... ¡Nada! Ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que tenemos en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro 8,35-39)

Ese Pablo, que así vivía de Cristo y para Cristo, fue un hombre místico que había sido arrebatado por Dios en visión a lo más alto del Cielo, y confesaba:

“Vi tales cosas y escuché palabras tan inefables, que al hombre le resultan imposible el referir” (2Co 12,4-5)

Con una espiritualidad semejante, parece que Pablo fuera un hombre sólo para el Cielo, un ser extraterrestre.

Pero, no; Pablo era muy humano, se mostraba todo un caballero, y quería que los cristianos fueran tal como los describe él mismo:

“Hermanos, tengan en mucha estima todo lo que hallen de verdadero, de justo, de santo, de amable, de elogiado; toda virtud y todo lo que merece alabanza. Practiquen todo lo que aprendieron de mí, lo que recibieron de mí, lo que oyeron de mí, lo que vieron en mí” (Flp 4,8-9)

Se considera a sí mismo una verdadera estampa del Señor, hasta atreverse a decir: “Imítanme a mí, como yo imito a Jesucristo” (1Co 11,1)



Los heroísmos de su vida podrían hacernos estremecer: viajes cansadísimos, naufragios, asaltos de ladrones, muchas noches sin dormir, azotes sin cuento, cárceles tenebrosas, trabajos agotadores, fatigas continuas, muchos días sin comer, con frío y desnudez, o con calores inaguantables, sin contar sus enfermedades tan penosas (2Co 11,23-27)

Pero Pablo lo miraba todo en su desenlace final, merecedor de una gloria inmarcesible e interminable:

“Estas tribulaciones, momentáneas y ligeras, nos producen con exceso incalculable un eterno caudal de gloria. Por eso no ponemos nuestra mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; pues las que se ven son pasajeras, pero las que no se ven son eternas” (2Co 4,17-18)

Así nos puede decir a todos:

-¡Animo! Miren a los corredores del circo y a los atletas de las Olimpíadas: “Los atletas se abstienen de todo. Y ellos, al fin y al cabo, para ganar una corona de laurel que se marchita; en tanto que nuestra corona será inmarcesible” (1Co 9,25)

Entre el amor a Jesucristo, sus ansias por la vida eterna, y el hambre que siente por la salvación de todos sus hermanos, judíos y gentiles, hacen del Apóstol Pablo una figura excepcional, la más admirada y quizá también la más querida en la Iglesia.

Este es el Pablo que vamos a ver en nuestro programa. ¿Vale la pena vivirlo?... Siguiendo la senda que nos indica el Papa en este Año Jubilar de San Pablo, ¡cuántas y cuántas gracias vamos a reportar para nuestra vida cristiana!...

## 1. El hombre que se presenta. *Formación judía y griega*

¿Quién es Pablo?... Podríamos calificarlo con estas palabras: Un judío perfecto y helenizado, que, hecho cristiano, se convierte en la figura más notable de la Iglesia.

¿Un judío perfecto? Así es, y el mismo Pablo se gloria de ello: Esos mis enemigos, “¿son judíos? ¿son israelitas? ¿son descendientes de Abraham? ¡Pues, yo también! (2Co 11,22). “Hebreo e hijo de hebreos, de la tribu de Benjamín, circuncidado al octavo día de haber nacido, e intachable en cuanto a la observancia de la Ley” (Flp. 3,5-6). “Soy judío nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad de Jerusalén, instruido a los pies de Gamaliel, lleno de celo por Dios” (Hch 22,3). “Viví como fariseo, conforme a la secta más estricta de nuestra religión” (Hch. 26,5). A judío no me gana nadie...

¿Ha podido Pablo decirnos más sobre su condición judía?

Sin embargo, Pablo nació lejos de Palestina. Su padre, o más probablemente su abuelo, emigró a Tarso de Cilicia, enclavada en el Asia Menor, que era Provincia Romana.

Aquí nació Pablo, judío tan judío, y venía al mundo con ciudadanía romana en un país dominado completamente por la cultura griega.

Esa ciudadanía romana y esa cultura griega le resultarían a Pablo providenciales.

Tarso era una ciudad importante, próspera, muy culta.

Entre calles cerradas por esbeltas columnas, pululaban los filósofos que repartían baratamente sus doctrinas.

Contaba con gimnasios, teatros, academias, templos a los dioses de las tribus indígenas y a las divinidades del Olimpo.

Judío ante todo, y con estricta formación judía, Pablo aprende desde pequeñito a recitar cada mañana el Shemá:

“Escucha, Israel: Yahvé es nuestro Dios, el único Yahvé. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,4)

Niño precoz, desde los cinco años, sentado a los pies del rabino en la escuela que tiene establecida la sinagoga, aprende a leer el hebreo con la Biblia.

En estos años primeros, toda la enseñanza se reduce a escuchar las historias de Israel, las gestas de su pueblo, las hazañas de sus héroes.

Va a esa escuela cada día por las calles bajo la guía del “pedagogo”, un criado que lo lleva de la mano y lo deja metido en la clase hasta que vuelva a recogerlo.

A los diez años, entra en una nueva etapa de formación.

Ahora ya no son preciosamente las historias bíblicas lo que ha de aprender y recordar, sino que entra a saber la tradición oral de la Ley, con los innumerables preceptos que los escribas y rabinos habían entretejido entorno a la Ley propiamente de Dios:

-¡No hagas esto! ¡No hagas aquello! ¡Observa el sábado así! ¡Estos son los animales impuros que no puedes comer!”...

Esta enseñanza no era nada nueva para Pablo, el cual aprendía en las clases de muchacho lo que había visto practicar desde siempre en su familia intachable.

Aprende la Biblia hebrea y también la traducción griega de los Setenta, que llegará a sabérsela y citarla prácticamente de memoria.

Junto a la cultura judía, Pablo aprende el griego en el trato con la gente, lengua que después va a dominar a perfección.

En ese trato con los demás se va infiltrando dentro del muchacho tan despierto lo mucho bueno que atesora la cultura griega.

Oye al azar a maestros griegos que repiten dichos de los antiguos filósofos.

Sabe cómo se desarrollan las carreras y competencias del circo.

Se entera de los misterios que practican las otras religiones.

No se contamina con nada inmoral, pero se le quedan grabadas en la mente mil maneras de formas sociales dignas de respeto e imitación.

A la par de esta formación religiosa y humana, Pablo se ejercita en un oficio o profesión.

Los rabinos más famosos se gloriaban de ejercer a la vez la profesión de Maestros de Israel junto con el oficio de un trabajo manual. Como aquel Doctor de la Ley que llevaba de adorno, colgado de una oreja, un pequeño martillo que acreditaba su labor de carpintero...

Todos los judíos conocían bien algunos principios clásicos.

Como éste: “Es hermoso el estudio de la Thorá, acompañado de una ocupación profana”.

Y este otro más severo: “Quien no enseña a su hijo un oficio, le enseña a ser ladrón”.

Irrenunciable en toda familia judía, el trabajo era una cosa sagrada, y Pablo aprendió lo que era probablemente el oficio de su padre, con taller propio: tejedor de lonas para tiendas de campaña y piezas duras para vestir, destinadas sobre todo a la gente campesina.

Los numerosos rebaños de cabras, que pastaban más allá de las montañas del Tauro, proporcionaban con su pelo rígido material abundante para aquella industria.

A los quince años se ha de meter Pablo en el estudio de la Biblia con una doctrina ya superior. Y es ahora cuando su padre —que por lo visto era un judío, si no rico, al menos bien acomodado—, le propone al muchacho ir a Jerusalén, donde están las escuelas superiores y más acreditadas del judaísmo.

Podemos imaginarnos la ilusión enorme de Pablo al encontrarse en la Ciudad Santa, en la que escoge la escuela del respetadísimo rabbi Gamaliel, nieto del famoso Hillel, que formó la escuela más prestigiosa, más moderada y más seguida del pueblo.

Las clases se desarrollaban en casa del Rabino, o más bien en la explanada del Templo.

Sentado el maestro en un pedestal y recostado en la columna, tenía a sus pies sentados en el suelo a los alumnos que escuchaban atentos, proponían, discutían y sacaban sus propias conclusiones.

Pablo va a resultar un alumno aplicadísimo y un maestro consumado. La Biblia la va a dominar al dedillo y la va a saber aplicar magníficamente en todas sus enseñanzas.

¿Cuántos años siguió Pablo en Jerusalén como discípulo de Gamaliel? No lo sabemos. Pablo fue a Jerusalén algo antes del año 20, y estaría allí unos cinco años.

Para cuando Jesús inició su predicación el año 28, Pablo ya había regresado a Tarso; por eso, es difícil que Pablo conociera de vista a Jesús.

Pablo volvió después a la Ciudad Santa como maestro de la Ley, en la cual empezaba a destacar de manera notable.

De hecho, vamos a encontrar a Pablo en Jerusalén, de manera cierta, el año 34, cuando la muerte de Esteban.

Aquí nos quedamos hoy: con un Pablo judío de la diáspora, muy formado en la lengua y cultura griegas, pero, sobre todo, sobresaliente en la cultura hebrea.

Hubiese sido un gran Maestro de Israel, de no haber venido después una intervención de Dios tan fuera de serie...

Pablo era un judío excepcional, pero abierto a todos los horizontes del mundo.

En adelante, vamos a seguir paso a paso las andanzas de este coloso, desde su conversión a Cristo hasta que veamos rodar su cabeza por tierra en las afueras de Roma.

## 2. Pablo y Esteban. *El celoso mantenedor de la Ley*

Pablo, el Pablo que admiramos y queremos tanto, avanzaba en la vida y no acababa de digerir un grave remordimiento, como lo expresa de muchas maneras en sus cartas:

“¡Yo no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios” (1Co 15,9)

“Con poderes recibidos de los sumos sacerdotes, yo mismo encerré a muchos santos en las cárceles; y cuando se les condenaba a muerte, yo contribuía con mi voto. Frecuentemente yo recorría todas las sinagogas, y, a fuerza de castigos, les obligaba a blasfemar; rebotando furor contra ellos, los perseguía hasta las ciudades extranjeras” (Hch 26,10-11)

“Fui un blasfemo, un perseguidor, un insolente” (1Tm. 1,13)

A pesar del perdón total que le había otorgado Jesús, no olvidaba Pablo la tragedia que él desató —o al menos fomentó— en la Iglesia naciente, como lo vamos a ver ahora.

Al principio, la Iglesia de Jerusalén vivía en una gran paz, aunque los apóstoles fueran llevados alguna vez a la asamblea de los judíos, el Sanedrín, encarcelados y azotados... Pero la cosa no pasaba de ahí.

Lucas nos describe idílicamente la vida de la primitiva Iglesia de Jerusalén.

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y un sola alma”.

“Todos se reunían con un mismo espíritu en el Templo dentro del pórtico de Salomón, y el pueblo hablaba de ellos con elogio, aunque ninguno se metía entre ellos”.

“También una buena cantidad de sacerdotes iba aceptando la fe” (Hch 4, 5 y 6)

Estos sacerdotes no pertenecían a los sumos sacerdotes del Sanedrín ni tenían altos cargos en el Templo, sino que eran levitas sencillos, los sacerdotes de menor categoría, los “Pobres de Yahvé” que esperaban el Reino de Dios. Y no era raro que entre los creyentes hubiera muchos fariseos de buena voluntad.

Hasta que un día saltó la chispa de la discordia entre los creyentes y no creyentes griegos venidos de la diáspora.

Porque la Iglesia de Jerusalén no estaba formada solamente por judíos palestinos, sino por otros muchos venidos de fuera.

Estos judíos griegos o helenistas tenían sus sinagogas propias, como los Libertos, los Alejandrinos, los Cirenenses, los de Cilicia y demás...

Los helenistas que habían abrazado la fe eran los mayores contribuyentes del crecimiento de la Iglesia, que iba ganando cada vez más adeptos, muy fieles a Dios, pero también muy libres respecto de las costumbres judías mantenidas por los escribas y fariseos.

Uno de estos fieles helenistas era el diácono Esteban, gran conocedor de la Biblia, predicador elocuente, dotado por el Espíritu Santo con el don de milagros.

Pablo pertenecía a la sinagoga de los judíos griegos de Cilicia.

Con sus propios ojos veía cómo crecía tan peligrosamente aquella secta de los discípulos de Jesús el Nazareno, crucificado, y, por lo mismo, un maldito de Dios según la Biblia (Dt 21,23), y del que decían que había resucitado.

Era cuestión de tomar cartas en el asunto, y los ojos de todos se dirigieron antes que a nadie a ese Esteban que realizaba tantos prodigios (Hch 6,8-15; 7,1-60; 8,1-3)

Lo citan a discusión judíos de aquellas sinagogas griegas, entre ellas la de Cilicia, la de Pablo, “y se pusieron a discutir con Esteban; pero no eran capaces de enfrentarse a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba”.

Los judíos de esas sinagogas griegas, se dicen:

-¿Qué hacemos? Con éste no vamos a poder, aunque tenemos que acabar con él, el más peligroso de todos. ¿Por qué no lo llevamos al Sanedrín?...

-Sí, sería lo más acertado. Pero hay que acudir con una acusación concreta. ¿Por qué no escogemos a dos, que vayan y depongan en el proceso? Podrían decir, por ejemplo: “Hemos oído a éste pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios”...

Efectivamente, así se hizo. Amotinan primero al pueblo, el cual arrastra a Esteban hasta el Templo donde se había reunido el Sanedrín.

¡Y declararon los falsos testigos igual, igual que en aquel proceso de Jesús ante Caifás, el mismo sumo sacerdote que preside hoy!:

“Este hombre no para de hablar contra el lugar santo y contra la Ley, pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazareno, destruirá este Lugar, este Templo, y cambiará las costumbres que Moisés nos transmitió”.

La acusación era gravísima. Los del Sanedrín y todos “clavaron los ojos en Esteban y vieron su rostro como el rostro de un ángel”.

El acusado improvisó el discurso de su defensa, trayendo toda la historia de Israel, pues, igual que Pablo, se sabía la Biblia de memoria.

Todos callaban, aunque se recomían por dentro, pues adivinaban hacia dónde se dirigía.

Y no se equivocaban. Al llegar a Jesús, se descolgó Esteban con una terrible acusación:

“¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Igual que sus padres, así son ustedes. Ellos mataron a los profetas que anunciaron la venida del Justo, de aquel que ahora ustedes han maldecido y asesinado”.

No podía el Sanedrín con su rabia al verse acusado de la muerte de Jesús.

Arman todos un barullo enorme, y llega al colmo su furor cuando Esteban, “lleno del Espíritu Santo y clavando sus ojos en el cielo, declaró:

“Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios”.

Esteban había firmado su sentencia de muerte.

Tapándose todos los oídos al oír tan horrenda blasfemia, se abalanzaron sobre el acusado, sin votar tan siquiera la condena a muerte, lo arrastraron a las afueras de la ciudad, y lo lanzaron a una pequeña hondonada.

Era el lugar más apropiado para la ejecución. Arrojado Esteban violentamente, y mientras aún se mantenía en pie, oró al estilo judío, con los brazos en alto:

“¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!”.

Los dos testigos principales se quitaron los mantos para obrar con más libertad, y los entregaron al joven que se llamaba Saulo, el cual contará después entre lágrimas:

“Cuando se derramó la sangre del mártir Esteban, yo también me hallaba presente, y lo aprobaba, y guardaba los vestidos de los que le mataban” (Hch 22,20)

El primer testigo tira la primera piedra, el otro la segunda, y a continuación caía toda una lluvia de piedras sobre la víctima, que aún dejó oír su voz:

“¡Señor, no les tengas en cuenta este pecado!”.

Con esta plegaria en los labios, *se dormía* aquel testigo de Jesús, el primer mártir de la Iglesia.

“Se durmió”. ¡Qué expresión tan bella de los fieles, recogida en los Hechos de los Apóstoles! Nada de morir. El cristiano no muere, se duerme para despertarse otra vez...

Saulo, Pablo, no pudo medir las consecuencias de aquella muerte. Con la persecución sistemática emprendida aquel día contra la Iglesia, ésta rompía el corsé que la encerraba en Jerusalén, se esparció por las regiones limítrofes, crecía cada día más, y la plegaria última de Esteban la recogía Dios precisamente para convertir al perseguidor...

### 3. Ante las puertas de Damasco. *La conversión de Pablo*

La noticia desconcertó en Jerusalén a todas las autoridades religiosas judías:

-¿Es que no lo saben? Saulo, o Pablo, ese judío de la diáspora, Maestro tan prometedor, ha traicionado a nuestros sumos sacerdotes, y con las cartas que llevaba consigo y le autorizaban traer presos a los de la maldita secta del Nazareno, ¡él, el mismo Saulo, se ha hecho uno de ellos!...

Esta era la dura realidad para las autoridades judías. ¿Qué había ocurrido?...

El diácono Esteban acababa de ser lapidado, y Saulo, Pablo, convertido en el mayor perseguidor de la naciente Iglesia, se dirigía a Damasco para traer a Jerusalén y condenar y ajusticiar a los discípulos helenistas allí refugiados.

Ocho días de duro caminar sobre las cabalgaduras, con el forzoso descanso del sábado.

Bajo un sol implacable y el calor sofocante del mediodía, llega la comitiva ante las puertas de la ciudad amurallada.

De repente, un globo esplendoroso de luz circunda a Pablo, y un rayo fulminante le derriba en tierra, a la vez que oye una voz de acento inefable, mientras contempla una figura que le mira de manera indescriptiblemente amorosa:

-Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?...

-¿Quién eres tú, Señor?

-Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Duro es para ti dar coces contra el aguijón...

En unos segundos de densidad eterna, el caído en tierra se da cuenta perfecta de todo:

-¡Luego Esteban tenía razón! Decía que estaba viendo al Hijo del Hombre a la derecha de Dios, ¡y era verdad! Ese Jesús a quien yo odiaba es el Mesías esperado. Al que yo llamaba “el maldito crucificado”, ¡aquí lo tengo, está Resucitado, y es Señor!...

En unos instantes ha visto Saulo todo un mundo. Y responde con generosidad admirable:

-Señor, ¿qué quieres que haga?...

Y Jesús, a quien ve Pablo con sus cinco llagas resplandecientes:

-Levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer.

Los acompañantes están perplejos, han notado la luz, han percibido una voz también, pero no han visto a nadie ni entendido nada.

Terminada la visión, Saulo apenas se puede levantar, y sus ojos cegados no ven. Lo levantan, le sostienen por las manos, lo conducen a pie hasta la ciudad, y lo dejan en casa de un judío conocido llamado Judas, sita en la calle principal.

Pablo ni ve ni habla. Ensimismado, no come, no bebe, no escucha a nadie. Sólo sus labios musitan algunas oraciones ininteligibles. Así tres días.

Hasta que al fin recibe una visita extraña. Un anciano venerable que se le presenta:

-Saulo hermano, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino, me manda para que recobres la vista y te llenes del Espíritu Santo.

Saulo nota cómo Ananías le impone las manos; a su contacto se le caen de los ojos apagados unas como escamas, producidas por la luz intensa del Resucitado, y recobra la vista.



Sabiendo muy bien quién es Jesús, acepta sin más ser bautizado en una de aquellas tinajas de agua de la posada de Judas.

Recupera las fuerzas con el alimento que toma después de tan prolongado ayuno, y ya tenemos ahora a Saulo, a Pablo, convertido en un ser totalmente distinto. En este hombre ha muerto todo un mundo, y ha surgido una nueva creación.

¿Qué decir de la conversión de Pablo?

Después de la Resurrección de Jesús, es el acontecimiento más extraordinario y de mayores consecuencias acontecido en la Historia de la Iglesia.

Los enemigos de Jesucristo no saben cómo revolve ante este hecho innegable, y, para negarlo, han inventado explicaciones tan ingeniosas como necias. Todos vienen a decir lo mismo:

-¡No, semejante aparición ante Damasco no existió!...

Uno dirá:

-¿Qué ocurrió? Simplemente, con el calor sofocante del mediodía, una insolación hizo hervir los sesos de Pablo y se imaginó ver y oír a aquel a quien perseguía...

Otro apostillará:

-¡Bonito relato! ¡Vaya imaginación que tenía el escritor de los Hechos de los Apóstoles! Todo es pura fantasía.

Otro dará una nueva y más poderosa razón:

-¡Claro! No podía Pablo con los remordimientos de su conciencia por la muerte de Esteban. Y a fuerza de pensar, vino a resolverse: ¡Esteban tenía razón! ¡Jesús tiene que estar vivo! Yo no lo he visto, pero debe ser así...

Vendrá uno más, y nos dirá:

-Todo fue una perturbación mental, causada por la descarga eléctrica de una furiosa tempestad procedente de los desiertos de Siria, que trastornó a Saulo, agotado por el duro caminar, y le hizo ver precisamente aquello que tanto odiaba...

Y queda la explicación más divertida.

-Jesús, desde luego, no había resucitado, porque, de hecho, nunca murió. Estaba al tanto de lo que tramaba Saulo, se le presentó terrible y amenazante frente a Damasco, le metió miedo con la espada que blandía, y Saulo, prudente, antes que morir prefirió rendirse y pasarse al bando que perseguía...

Hace ya mucho tiempo que empezaron a decirse tales disparates por los racionalistas. ¿Por qué?... Sabían bien lo que hacían tan perversamente.

La conversión de Pablo ante las puertas de Damasco es una prueba tajante de la Resurrección de Jesús. Y si Jesús resucitó, ¿quién era Jesús?... Lo que él decía: el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador.

Los enemigos de Jesucristo saben esto muy bien. Por eso están empeñados en negar un hecho evidente y que no tiene vuelta de hoja, como decimos.

Pero además, si Pablo no vio personalmente a Cristo Resucitado, la vida de Pablo no tiene explicación humana.

Nosotros sabemos y decimos algo muy diferente de lo que afirman esos ciegos voluntarios, que no soportan ni a Jesús ni a Pablo.

Nosotros vemos que a partir de las puertas de Damasco, Pablo es el gran enamorado de Jesucristo. ¡Cómo le quiere! ¡Cómo habla de Él! ¡Cómo trabaja por Él!...

No hay cristiano que no mire a Pablo como el gran amante de Jesucristo y no quiera ser, de una manera u otra, un segundo Pablo.

Porque cada cristiano ha tenido en su vida un momento u otro de propia conversión. Y entonces ha surgido en ese cristiano el gran ideal:

-Conocer a Jesús. Amar a Jesús. Hacer algo por Jesús...

Cuando el cristiano contempla a Jesús Resucitado, en quien cree a ciegas, y le pregunta también: -Señor, ¿quién eres?..., recibe la respuesta de Saulo, pero modificada, ¡y tan modificada!: -Yo soy Jesús, a quien tú tanto amas. ¿Qué quieres hacer por mí?...

#### **4. Damasco-Jerusalén-Tarso. *Los primeros pasos del convertido***

En la charla anterior dejamos a Pablo completamente normalizado después del tremendo choque sufrido ante las puertas de Damasco. Corría probablemente el año 34, y Pablo confesaba a todos en Damasco:

-¡Jesús está vivo, resucitó! ¡Se me apareció a mí, el perseguidor! ¡Lo he visto con mis propios ojos!...

Como no le convenía continuar en Damasco, ni era prudente ir todavía a Jerusalén, tanto por las autoridades judías como por los mismos apóstoles, toma Pablo la resolución:

-¡Me marcho a Arabia! He de meditar y prepararme para lo que el Señor me dijo y me encargó.

Y es ahora, con la reflexión, cuando va madurando el que Pablo llama “mi evangelio”.

No tiene propiamente apariciones del Señor, pero sí una asistencia clarísima del Espíritu Santo. Pablo reflexiona:

“¿De qué me ha servido la Ley? De nada. Ella no era sino una preparación para el Cristo que había de venir.

“La Ley está ya de sobras. Ahora, para alcanzar la salvación, basta la fe en el Cristo crucificado y resucitado. Por lo mismo, tanto la circuncisión como la Ley con sus innumerables prescripciones están ya fuera de lugar.

“Además, ¿por qué el Señor me reprochó que le perseguía a Él, si yo no lo conocía ni lo tenía conmigo para atraparlo? Yo perseguía a sus discípulos. Esto quiere decir que los bautizados no forman con Jesús sino un solo cuerpo. El Cristo y los suyos son una sola cosa...”

“El Señor me dijo por Ananías, cuando vino a devolverme la vista y a bautizarme, que me iba a enviar a los gentiles...”

“Por lo mismo, será inútil obligarles a la circuncisión y a las prescripciones de la Ley. Les bastará a todos, judíos como gentiles, la fe en Cristo Jesús...”

“No necesitarán más ley que el Espíritu Santo metido en sus corazones, ese Espíritu que yo siento tan adentro de mí desde que recibí el bautismo”...

¿Nos inventamos nosotros esto?... Nosotros relatamos así, puesto en labios de Pablo, lo que él nos repetirá mil veces en sus cartas.

Pablo regresa a Damasco; predica con ardor de Jesús; y, perseguido por los judíos, ha de huir pintorescamente, metido en una espuerta y descolgado por la muralla.

El fugitivo llega a Jerusalén, y nos cuenta:

“Personalmente, no me conocían las iglesias de Cristo en Judea. Sólo habían oído decir: ‘El que antes nos perseguía, ahora anuncia la Buena Nueva de la fe que entonces quería destruir’. Y glorificaban a Dios por mi causa”

Pero todos le temían, hasta que Bernabé lo presentó a los apóstoles y a la Iglesia:

-No le tengan miedo. “El Señor se le apareció, y en Damasco ha predicado con valentía el nombre de Jesús” (Ga 2,22-23. Hch 9,26-30)

Fue Pablo a Jerusalén, nos dice él mismo, “para ver a Cefas, y permanecí quince días en su compañía” (Gal 1,18-19)

¡Y cuántas cosas aprendió Pablo en estos días con los apóstoles que pudo tratar!, pues “andaba por Jerusalén con ellos”, nos dice Lucas.

Bastaría para convencernos espigar algo en sus cartas, como la tradición viva de la Resurrección o la institución de la Eucaristía, como escribirá Pablo después:

“Yo mismo recibí personalmente esta tradición..., y les trasmito a ustedes lo que yo recibí” (1Co 11, 23-25)

¿Qué significa todo esto?... Que Pablo se interesó sumamente por saber de los testigos los puntos capitales sobre la vida de Jesús, y que los apóstoles se lo contaban todo, todo...

Fue importantísimo para Pablo el saber la genealogía de Jesús y dónde nació:

-¿Era Jesús realmente el prometido descendiente de David? ¿Por quién y cómo? ¿Nació en Belén, según la profecía de Miqueas, o tal vez en Nazaret?,...

Por eso, tuvieron que contarle la concepción virginal de Jesús y su nacimiento en Belén.

Testigo único era María su Madre, confiada por el Señor a Juan y que aún vivía con él.

Los historiadores más serios y exigentes de Pablo se han entretenido en relatar las conversaciones que Pedro y Pablo hubieron de sostener en estos días. Pedro acompañaba a Pablo a los lugares más emotivos de la vida del Señor.

En Getsemaní: -Mira, Pablo, aquí sufrió el Señor aquella agonía tan espantosa...

En el Calvario: -Sí, Pablo, aquí se alzó la cruz; aquí murió el Señor.

En el Sepulcro. -¡Míralo! Sigue vacío. De él salió triunfante el Señor.

En el Cenáculo: -Aquí nos dio el Señor su cuerpo y su sangre. Aquí recibimos el Espíritu Santo...

Pablo absorbía con verdadera pasión toda noticia sobre Jesús.

La vida del Señor la iba aprendiendo de labios de todos los testigos, tan viva en la tradición de la primera comunidad, aunque no se tuvieran aún los evangelios escritos.

El Jesús de la fe se sostenía en la mente de Pablo sobre la base firmísima del Jesús histórico.

Pablo “andaba por Jerusalén predicando con valentía en el nombre del Señor. Y hablaba también y discutía con los helenistas, pero éstos intentaban matarle”.

Pablo contará muchos años más tarde, dirigiéndose precisamente a los judíos que le escuchaban en Jerusalén:

“Estando orando en el Templo, caí en éxtasis, y vi al Señor que me decía: Date prisa, y sal inmediatamente de Jerusalén, pues no recibirán tu testimonio acerca de mí. Marcha, pues yo te enviaré lejos, a los gentiles” (Hch 22,17-21)

Entonces los jefes de los judíos tomaron la resolución que era de esperar:

-¡Hay que acabar con este Pablo!...

Pero los hermanos, conocedores de la conspiración, “lo enviaron a Cesarea y de allí lo encaminaron a Tarso”, haciéndole montar en alguna nave.

Pablo, por su parte, aceptó gustoso esta salida precipitada. Y se despidió:

-¡Adiós, Jerusalén! Ciudad santa, no por el Templo, sino ahora por la Cruz y por el Sepulcro del Señor.

Ocurría todo esto el año 37. ¿Qué hizo Pablo en su patria? No lo sabemos con certeza. Él nos dice que fue a las regiones de Siria y Cilicia (Ga 1,21), o sea, que durante unos cuatro años se dedicó, aunque moderadamente, a visitar las iglesias de estas regiones.

Al final de este tiempo, y antes de emprender la marcha definitiva, tuvo la gracia mística que relatará catorce años después:

“Fui arrebatado al paraíso, y escuché palabras inefables que al hombre le es imposible expresar” (2Co 12,4)

Hasta que vino Bernabé, judío helenista de Chipre, y le invitó con decisión:

-¿Qué haces aquí, Pablo? ¡Vamos, que nos esperan en la Iglesia de Antioquía!

Con los dos, iremos también nosotros a Antioquía en la charla siguiente. Porque el atractivo de la Iglesia de Antioquía es irresistible...

## 5. La Iglesia de Antioquía. *Emociones a montón*

Un día del año 40 ó 41 se armó un serio revuelo en la primera iglesia de Jerusalén.

-¿Ya saben la noticia? Dicen que en Antioquía se ha formado una nueva comunidad de prosélitos, de piadosos y hasta de paganos. Todos creen en el Señor Jesús. Y dicen que hasta se manifiesta el Espíritu realizando en ellos grandes prodigios.

Total, que los apóstoles tomaron cartas en el asunto, y ordenaron a Bernabé, discípulo judío de Chipre, bondadoso, querido de todos, lleno del Espíritu Santo, y le encomendaron:

-Vete a Antioquía. Entérate bien de todo, y nos mandas informes.

La primera impresión de Bernabé fue una admiración profunda, acompañada de una enorme alegría:

-Pero, ¿qué esto? ¡Aquí está la mano del Señor! ¡Tantos creyentes, venidos del paganismo! No se circuncidan, pero, ¡lo unidos que viven!... (Hch 11,19-30)

¿Cómo era posible tal prodigio, precisamente en Antioquía de Siria, una ciudad corrompida de veras, la más grande del Imperio después de Roma y Alejandría?

Aquellos misioneros ambulantes, surgidos de Jerusalén cuando la muerte de Esteban, anunciaron a Jesús en Antioquía y se llegó a formar aquella iglesia tan esperanzadora.

Bernabé no puede con su gozo. Aunque no se cree capaz de llevar él solo la organización de una comunidad tan numerosa y tan complicada también, de cristianos judíos, de prosélitos y de griegos o paganos.

Y fue entonces cuando tomó la decisión, que ya sabemos, de ir personalmente a Tarso para traerse consigo a Pablo.

Pasan juntos un año trabajando en la grande y bella ciudad. Un año en que sucedieron, tres acontecimientos señaladísimos.

Ante todo, con la actividad de Bernabé y el impetuoso Pablo, se unió a la Iglesia “una gran muchedumbre”. Así lo dicen literalmente los Hechos: “una gran muchedumbre”.

Después, algo que nos entusiasma y casi nos hace saltar las lágrimas de los ojos cuando lo leemos al pie de la letra:

“En Antioquía fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos”.

¿Quién fue el pagano que tuvo la ocurrencia de llamar así a los seguidores de aquella nueva secta de los judíos?...

¡Cristianos! Esos que siguen a ese tal que ellos llaman Cristo...

Así recibimos el nombre que constituye nuestro mayor orgullo.

El otro hecho fue doloroso, pero emociona al ver el amor de hermanos que entraña. Un cristiano —sí, ¡un cristiano!, así nos vamos a llamar ya siempre—, de nombre Ágabo, dotado del don de profecía, se levantó en la asamblea, y exclamó lleno del Espíritu Santo:

-Hermanos, va a venir una gran hambre sobre toda la tierra, en todo el Imperio.

El hambre se cebó especialmente en Judea, y los cristianos de Antioquía determinaron:

-¡Recursos para los hermanos de Judea! Que cada uno dé según sus posibilidades.

Fue mucho lo que se recogió, y determinaron que fuesen Bernabé y Pablo los que llevaran personalmente aquel auxilio a los hermanos de Jerusalén.

Corría el año 44. Y los dos enviados depositaron tan hermosa ofrenda a los pies de los presbíteros de la iglesia madre.

Eran los días en que los apóstoles sufrían la persecución en Jerusalén, cuando el rey Herodes Agripa mandó decapitar a Santiago y encarceló a Pedro para ejecutarlo también.

En aquellas circunstancias de persecución sobre los apóstoles, Pablo y Bernabé no se detienen en Jerusalén y regresan pronto a Antioquía, donde pronto se va a realizar un hecho de importancia grandísima (Hechos 13,1-3)

Se hallaban todos en asamblea cristiana, presidida por maestros y profetas como Simeón el Negro, Lucio de Cirene, Manahem, hermano de leche de Herodes Antipas —el rey que mandó decapitar a Juan el Bautista—, además de Bernabé y Pablo.

Celebraban el culto, y se alzó la voz de un espontáneo, dotado del don de profecía:

“¡Sepárenme a Bernabé y a Pablo para la obra a que los tengo llamados!”.

Se adivinó clara la voz del Espíritu Santo, y fue obedecida prontamente.

-¿A dónde hay que ir?... Oraron todos, ayunaron, y encomendaban el asunto al Cielo mientras los dos elegidos escogían el primer puesto de misión.

Bernabé era judío helenista de Chipre, y decidieron, como lo más práctico y como la mejor prueba, empezar por esa isla. De allí darían el salto Asia Menor en el continente.

La iglesia de Antioquía fue la primera en sentirse misionera, diríamos, de manera oficial.

Sus dirigentes impusieron las manos a los dos elegidos, mientras todos los despedían emocionados:

-¡Vayan! ¡Lleven a todas partes el nombre del Señor Jesús!...

¡Qué escena tan emotiva, repetida después mil veces en la Iglesia a través de los siglos!

San Gregorio Magno, al enviar misioneros desde Roma a Inglaterra:

-¡Vayan al país que nos manda a esos hombres rubios que parecen ángeles!...

Francisco de Asís a sus frailes:

-¡Hermanos! A Marruecos, a convertir a los mahometanos o a sufrir el martirio!

Jordán de Sajonia, sucesor de Domingo de Guzmán, a los primeros dominicos:

-¿Quién quiere ir a las misiones extranjerías?... Y todos los presentes, arrodillados y generosos: -¡Padre, mándeme a mí!

Ignacio de Loyola:

-¡Maestro Javier! ¡Maestro Rodríguez!, Dios los quiere en la India... ¡José Anchieta, marcha a Brasil!

El Padre Colin:

-Bataillon, Pedro Luis Chanel, Mis hermanos Marianistas: ¡Oceanía les espera con sus islas innumerables!...

Así han sido, y así todavía siguen siendo todos los envíos de misioneros y misioneras de la Iglesia, y esto se les dice cuando se les impone el Crucifijo.

Y así lo haremos siempre, imitando el gesto que nos enseñara la iglesia antioquena con el envío de Pablo y Bernabé...

Todo esto de Antioquía nos lo escribe Lucas, el querido Lucas, médico antioqueno, pagano convertido, testigo de muchas cosas que narra de aquella iglesia envidiable.

Escapado de Jerusalén cuando Dios lo libera milagrosamente de la cárcel, Pedro tendrá también en Antioquía —al menos temporalmente—, su cátedra de primado de la Iglesia.

Esta Iglesia dará después grandes Santos, como Juan Crisóstomo; pero, ante todo, Ignacio de Antioquía, una de las figuras más queridas de la antigua Iglesia, y que en estos días era un simple muchacho, discípulo de los apóstoles, entusiasmado por Jesús y su Iglesia.

¡Antioquía! Ciudad e Iglesia de tantos recuerdos cristianos...



## 6. La primera misión. Chipre, y adentrándose en Asia.

El puerto de Seleucia presenció aquel día primaveral del año 45 una escena hasta entonces nunca vista:

-¡Adiós, hermanos!...,

Lo decían a gritos entre abrazos, besos y lágrimas, los cristianos venidos de Antioquía, que distaba 25 kilómetros.

Habían venido para dar la despedida a los primeros misioneros de la Iglesia, Bernabé y Pablo, los cuales se dirigían a Chipre, cien kilómetros adentro del mar Mediterráneo.

Allí los llevaba el afán no de hacerse ricos con sus famosas minas de cobre, sino el de conquistar para el Señor Jesús aquella isla prometidora, patria del mismo Bernabé (Hch 13,4-52. 14,1-28)

Había mucha paz en la isla, gobernada por el procónsul Sergio Paulo, un romano inteligente, que se mostró interesado en la doctrina de Jesús expuesta por Pablo.

Sin embargo, se metió de por medio Satanás.

Un mago judío, llamado Elimas, se presentaba cada día al procónsul con sus impertinencias:

-No le hagas caso a este judío renegado!...

Hasta que Pablo ya no aguantó más:

-¡Cállate, hijo del diablo! Estás repleto de todo engaño y de toda maldad. ¿Hasta cuándo vas a persistir en torcer los caminos del Señor? Para que escarmientes, te vas a quedar ciego temporalmente sin poder ver la luz del sol...

Y sigue la narración de Los Hechos:

“Al instante cayeron sobre él oscuridad y tinieblas e iba dando vueltas buscando quién le llevase de la mano”.

Aunque el castigo de Dios iba a ser sólo temporal, el procónsul Sergio Paulo, visto el portento, abrazó la fe del Señor Jesús.

No dicen nada más los Hechos sobre la evangelización de Chipre, pero fue muy fecunda a lo largo de los 250 kilómetros que atraviesan la isla de oriente a occidente.

De hecho, Bernabé volverá allí en un viaje posterior para confirmar en su fe a los creyentes.

Ahora, dejada la isla, ¡a lanzarse a la conquista del interior del Asia Menor!

Resultaba toda una aventura el atravesar las montañas del Tauro hasta llegar a la llanura de Antioquía de Pisidia, distante más de 160 kilómetros...

Caminos ásperos, a lo más de herradura, que subían hasta una altura de 1.200 metros...

Caminar siempre al acecho de los ladrones y bandoleros, tan famosos en la región...

Dormir, después de un día agotador, sólo en el suelo de posadas míseras...

Un viaje así, de unos siete días, se hace únicamente empujados por un gran ideal.

Al fin alcanzaron la planicie en la que pastaban innumerables rebaños de cabras, y llegaron a Antioquía de Pisidia, cuya evangelización tiene una importancia tan especial

porque nos muestra lo que va a ser la evangelización de todas las ciudades misionadas por Pablo:

un ir primero a la sinagoga de los judíos;

un exponer la historia del Antiguo Testamento, que preparaba la venida del Cristo;

un aceptar el Evangelio sólo algunos pocos judíos;

un pasarse Pablo a los gentiles;

y un tener que escapar de la persecución judía, aunque dejando en la ciudad bien establecida la Iglesia.

En todas partes se va a repetir el mismo esquema

La Iglesia conquistó en Antioquía muchos adeptos. Hasta que los judíos hicieron lo de siempre. Como muchas mujeres, esposas de los hombres paganos más influyentes de la ciudad, eran adictas a la sinagoga, los judíos pusieron en ellas los ojos:

-Consigan de las autoridades romanas que saquen de aquí a esos revoltosos...

Y ellas lo consiguieron, como es natural. Pero los discípulos, “mientras se llenaban de gozo y del Espíritu Santo”, despedían a sus misioneros:

-¡Animo! Y hagan en Iconio lo mismo que aquí entre nosotros...

¡Y lo hicieron! ¡Vaya que si lo hicieron!

Y lo pudieron hacer porque en Iconio iban a detenerse “bastante tiempo”.

Muchos judíos y muchos paganos abrazaron la fe, sobre todo al ver los milagros que obraban los dos enviados de Dios.

Por más que la ciudad se dividió pronto en dos. Los judíos rebeldes gritaban:

-¡A apedrearlos por blasfemos!...

Aunque no lo consiguieron, por ser Iconio ciudad romana, y ser también los dos apóstoles ciudadanos romanos.

Fueron expulsados, pero en Iconio quedaba otra iglesia llena de vida y de fervor.

En Listra, el nuevo puesto de misión, la evangelización se iba a desarrollar de manera muy diferente. Era un pueblo campesino, pagano todo. Los misioneros predicaban en las plazas, en las calles, en el mercado, en las casas, en cualquier lugar.

Entre los oyentes, se hallaba sentado inmóvil un tullido de nacimiento que escuchaba con suma atención la palabra. Pablo lo mira fijamente, adivina que el pobrecito aceptaba la salvación por la fe, y le grita con voz imperiosa:

-¡Ponte de pie!...

El paralítico se levanta de un salto y comienza a caminar. Y vino lo inesperado. Por todas partes se oía gritar:

-¡Dioses, dioses en forma humana han aparecido entre nosotros! Uno, Bernabé tan silencioso y solemne, es Júpiter, el dios soberano. Pablo, el que predica, es Mercurio.

Aquellos paganos y rudos campesinos pasaron de las palabras a la acción.

-¿Son dioses? Entonces, hay que adorarlos y ofrecerles sacrificios...

En el templo de Júpiter que se hallaba en la entrada de la ciudad, el sacerdote dispuso toros para el sacrificio, y la gente adornó las puertas con guirnaldas y ramos de flores para solemnizar la celebración.

Pablo y Bernabé que se enteran, rasgan sus vestiduras en señal de dolor, y se precipitan hacia la gente gritando:

-Pero, ¿qué van a hacer? ¡Cuidado! Los sacrificios son sólo para Dios! ¡No hagan esto, por favor! Porque nosotros no somos dioses, sino hombres como todos ustedes y de su misma condición...

La gente empezó a calmarse con estas palabras, aunque a duras penas se mantuvieron sin ofrecer el sacrificio. Pero judíos venidos de Antioquía de Pisidia y de Iconio se presentaron revolviendo al pueblo:

-¿Ven lo que hacen esos dos? ¡Quitarles a sus dioses!...

Agarrado entonces Pablo, lo apedrean en medio de la ciudad, y, dándolo por muerto, lo sacan a rastras hasta las afueras donde lo dejan tendido para que se lo coman los buitres y las fieras del campo.

Se echa encima la noche, y unos discípulos vienen a recoger el cadáver para darle honrosa sepultura. Pero, contra toda esperanza, Pablo daba señales de vida.

Sano del todo milagrosamente, al otro día salía tranquilo de la ciudad.

La primera misión apostólica, después de evangelizar Derbe, había durado unos cuatro años. Los dos apóstoles regresaron por las ciudades evangelizadas y animaban a los discípulos con estas palabras:

-¡Adelante! ¡Buen ánimo siempre! Y “no olviden que es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”.

Llegaron por fin a Antioquía de Siria, de donde habían partido. El júbilo de la comunidad cristiana era incontenible, cuando Pablo y Bernabé “se pusieron a contar lo que Dios había hecho con ellos y cómo había abierto a los gentiles las puertas de la fe”.

La Iglesia estaba en marcha, y nadie la podría ya detener...

## 7. Los judaizantes a la vista. *Los tenemos que conocer.*

Me atrevo a empezar hoy con una pregunta, más que curiosa, inquietante:

-Cuando oímos o leemos a San Pablo, sobre todo en las grandes cartas a los Gálatas o a los Romanos, ¿no nos enredamos muchas veces con eso de la justificación por la fe, los judaizantes, las obras de la Ley, y otras expresiones parecidas?...

Sí; nos enredamos. Esta es la verdad.

Y no entendemos tampoco por qué los judíos hubieron de hacer tanta guerra a Pablo. Lo persiguieron por todas partes.

Pero no solamente los judíos que rechazaban a Jesús, sino los judíos convertidos, los cristianos judíos, llamados judaizantes.

Pablo contaba en una de sus cartas: “Cinco veces recibí de los judíos treinta y nueve azotes; tres veces he sufrido la flagelación con varas; una vez fui apedreado” (2Co 11,24).

La lluvia de piedras que le dejó medio muerto la recibió de los paganos licaonios, instigados por los judíos que llegaron desde Antioquía de Pisidia e Iconio.

¿Por qué fue todo eso? ¿Por qué los judíos perseguían a Pablo?

Los judíos que no se convertían, no toleraban que el judaísmo se viniera abajo por aquel impostor que había muerto crucificado. Esto se entiende fácilmente.

La que no se entiende es la persecución de Pablo por parte de “los falsos hermanos” (2Co 11,26), es decir, de los judíos convertidos al cristianismo. ¿Qué ocurría?

Los judíos pensaban que la salvación venía por la pertenencia al pueblo de Israel, al pueblo judío, al descendiente de Abraham.

Tenía como signo la *circuncisión*, que recibían los varones al octavo día de haber nacido. Además, había que cumplir la *Ley* de Moisés.

Según aquellos judíos, los gentiles o paganos, sin circuncisión y sin Ley, eran todos “gente pecadora” (Tb 13,17), y no se salvaban.

Así estaban las cosas, cuando aparece Pablo predicando a Jesús, y diciendo:

-Basta para salvarse creer en Jesús, darse completamente a Él, bautizarse y vivir conforme a las enseñanzas de Jesús, guiados por el Espíritu Santo, dentro de la Iglesia dirigida por los apóstoles y los pastores por ellos designados. En todo lo demás, reina la libertad.

¿Cuál de las dos partes tenía la razón?

Habían sucedido dos hechos incuestionables que convenía tener muy presentes.

Primero, el de Pedro, que bautizó al centurión pagano Cornelio y a todos los suyos sin circuncidarlos, y el Espíritu Santo bajó sobre ellos sin hacer ninguna distinción entre judíos circuncidados y paganos incircuncisos (Hch 10,44-48; 11,17-18)

Segundo, el de Pablo y Bernabé, que evangelizaron por el Asia Menor. Convirtieron a muchos gentiles, los bautizaron, sin circuncidarlos ni imponerles la Ley, y el Espíritu Santo obraba con ellos los mismos prodigios que entre los judíos de Jerusalén.

Estos dos hechos deberían hacer callar a los judaizantes, haciéndoles pensar rectamente:

-No hacen falta alguna ni la circuncisión ni la Ley.

Pero los judaizantes no tenían en cuenta estos hechos evidentes, estas obras del Espíritu Santo, y exigían todo lo contrario:

-¡Hay que circuncidar a esos paganos que se coinvierten y obligarles a guardar la Ley!

Contra esos judaizantes, el pensamiento de Pablo era muy claro.

-Abraham recibió la promesa del Salvador y la salvación por su fe antes de que se circuncidase. Por lo mismo, la salvación no se debe a la circuncisión sino a la promesa libre de Dios. La circuncisión, entonces, está de más, es inútil (Ro 4,9-12)

-Y lo mismo pasa con la Ley de Moisés. Jesús aceptó la Ley y se sometió a ella, pero al mismo tiempo la hacía desaparecer con la ley de la nueva Alianza, inaugurada con la sangre de su cruz, con la moral perfecta que Él enseñaba, y con la institución de su Iglesia.

Con toda esta obra de Jesús, desaparecía lo que la antigua Ley tenía de profecía, de provisional. La Ley de Moisés era sombra de lo que tenía que venir, y que sería definitivo.

San Pablo lo expresó muy bien con aquella comparación.

-La Ley de Moisés era como el pedagogo, como el criado que lleva al niño a la escuela. Una vez el niño se ha hecho mayor, camina por su cuenta, sabe guardarse a sí mismo, y sobra entonces el pedagogo.

De este modo, la Ley de Moisés llevaba al pueblo judío hasta el Cristo.

Una vez venido el Cristo, que promulgaba su ley definitiva, sobraba la ley anterior.

La Ley y la circuncisión quedaban abolidas, y bastaba la fe en Jesús.

Pero, ¿qué es la fe en Jesús? ¿En qué consiste?

La fe del cristiano no es decir:

-Yo creo en Jesús, y ya estoy salvado.

No basta eso. La fe en Cristo es entregarse a Él; es tomarlo como guía, después de reconocer que es Dios y que es el Salvador.

Esta fe consiste en darse a Cristo, lo cual exige bautizarse y desarrollar después la fe por la recepción del Espíritu Santo con la Confirmación.

La fe pide unirse a Cristo por la Eucaristía, que es el Pan de Vida.

Y exige: también vivir siempre a *Cristo* con las obras de la fe, es decir, con todo lo que impone la condición de cristianos.

Según San Pablo, la fe ha de actuar movida por el amor (Ga 5,6); de lo contrario, la fe sin obras no nos salva.

Hay que entender lo que enseñan los dos apóstoles Pablo y Santiago.

Pablo dice: “Nadie se justifica por las obras, sino por la fe” (Ro 3,28. Ga 2,16)

Y Santiago: “La fe sin obras está realmente muerta” (St 2,17 y 26)

Tan palabra de Dios es lo que dice Pablo como lo que dice Santiago, y los dos dicen lo mismo, aunque cada uno bajo su punto de vista propio.

Por lo mismo, el cristiano no queda sin ley.

La Ley antigua, la de Moisés, está abolida, anulada del todo.

Pero el cristiano tiene una nueva ley que cumplir: la de Jesús, la del Espíritu.

Son necesarias la fe y las obras, y tan necesarias las obras como la fe.

Agarrar sólo estas palabras de Pablo: “Nadie se justifica por las obras, sino por la fe” (Ro 3,28. Ga 2,16), negando la necesidad de las obras cristianas, es una blasfemia contra la Biblia.

San Pablo hablaba de las obras de la Ley antigua, no de la ley de Dios impresa en nuestros corazones, ni de las normas establecidas por el Señor en el Evangelio.

Sí, amigos; la charla de hoy ha sido algo especial, ya lo veo, y nos ha hecho discurrir un poco.

Pero nos era necesaria para entender muchas cosas de la vida de Pablo, el gran perseguido, aunque también el gran campeón de la libertad cristiana.

## 8. En el Concilio de Jerusalén. *El triunfo de la libertad cristiana*

¿Le esperaba mucha paz a Pablo después del primer viaje apostólico por las regiones interiores del Asia Menor? Ahora se las va a ver con otras dificultades muy serias.

La alegría en la iglesia de Antioquía era muy grande cuando todos vieron cómo Dios abría las puertas de la fe a los paganos, tal como contaban Pablo y Bernabé al regresar de su primera misión. Todos se decían con gozo:

-¡Hay que ver la cosecha enorme de creyentes que se avecina!...

Así se pensaba en Antioquía. Pero en la iglesia madre de Jerusalén, en la que habían abrazado la fe muchos sacerdotes del Templo y gran cantidad de fariseos, cundía el temor, y se decían:

-¿Qué hacen los antioquenos al abrir las puertas a tantos paganos sin obligarles a recibir la circuncisión ni observar la Ley de Moisés?... La salvación, es cierto, está en la fe del Señor Jesús; pero junto con la Ley de Dios dada a nuestros padres y al pueblo elegido.

Los que así pensaban no se detuvieron en ideas y palabras solamente, sino que enviaron emisarios a Antioquía para imponer su verdad:

-Si esos convertidos del paganismo no se circuncidan y no observan la Ley de Moisés, no se pueden salvar.

La Iglesia de Antioquía, muy preocupada, y con toda razón, determinó enviar a Jerusalén emisarios que consultaran el asunto con los Apóstoles.

El grupo expedicionario siguió la costa, y, al pasar por las comunidades cristianas de Fenicia y de Samaría, Pablo y Bernabé “narraban la conversión de los gentiles y causaban grande alegría a todos los hermanos” (Hch 15,1-35)

Llegados a Jerusalén, toda la Iglesia, con los ancianos y los apóstoles a la cabeza, los recibieron gozosos y escuchaban con pasmo a los dos grandes evangelizadores:

-¡No se imaginan ustedes cuántas cosas ha hecho Dios por nosotros! ¡Cuántos paganos han abrazado la fe del Señor Jesús!...

Pablo nos cuenta muchos más detalles (Ga 2,10)

Reconociendo la autoridad de Pedro, de Santiago y de Juan, “que eran considerados como columnas”, les pregunta en privado con sinceridad:

-¿He actuado bien? ¿Estoy salvaguardando la verdad del Evangelio?...

Ellos, los tres, emocionados, le tendieron la mano. Era un gesto de los persas cuando aceptaban y daban una palabra, gesto que se apropiaron los judíos.

Ahora los apóstoles le dicen a Pablo:

-¡Sigue, sigue predicando a los gentiles como lo haces, mientras que nosotros nos dedicamos aquí a los judíos. Únicamente, acuérdate de los muchos pobres de aquí...

Y añade Pablo: “Esto de los pobres lo he procurado cumplir”.

Cosa que nosotros veremos cuando realice la gran colecta que él mismo llevará años más adelante a Jerusalén.

Pero mientras Pablo y Bernabé entusiasmaban a todos, los judaizantes insistían: “Es necesario circuncidar a esos paganos convertidos y mandarles que guarden la ley de Moisés”.

No había manera... Y ante esto, se tomó la resolución:

-¡Una asamblea general, a ver qué nos dice el Espíritu Santo!...

Y así se hizo. Sin pensar en lo que serían los Concilios en la Iglesia, éste venía a ser, improvisado, el Concilio primero.

Se discutía larga y acaloradamente.

Pedro, aceptado por todos como suprema autoridad, habló decidido, y recordando el bautismo del centurión Cornelio, sentenció:

-Dios, por medio mío, dio testimonio a favor de los paganos comunicándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros. ¿Por qué entonces se empeñan algunos en imponerles la Ley, un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos soportar? Nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús, del mismo modo que se salvan ellos, esos paganos.

Pablo y Bernabé reventaban de alegría en medio del silencio que se produjo ante tales palabras de Pedro. E, invitados a hablar, contaban las maravillas que Dios había realizado por ellos entre los gentiles.

El golpe final, la estocada última, vino de quien menos se podía esperar: de Santiago, el judío riguroso y encargado u obispo de la Iglesia en Jerusalén, respetado de todos los judíos por su estricta observancia de la Ley a pesar de la fe en Jesús. Sus palabras fueron decisivas, aunque dichas sin la impetuosidad de Pedro o la energía de Pablo:

-¡No se debe molestar a los gentiles que se conviertan a Dios!

Y siguió el severo Santiago:

-Únicamente hay que aconsejarles, por respeto a los judíos que podrían ofenderse, que se abstengan de comer carnes sacrificadas por los paganos a sus ídolos, que no coman carne de animales estrangulados ni la sangre, y que eviten la fornicación. Convendría mandarles una carta aconsejándoles esto. De lo demás, ¡nada!...

¿A qué venían estas observaciones de Santiago? Eran normas prácticas prudentes.

Santiago pide atención a estas costumbres, aunque ya no obliguen para nada.

La cuestión quedaba zanjada para siempre. Triunfaba la libertad cristiana. Y esto, como anotaba claramente la carta sugerida por Santiago, lo expresaban con una frase que vale por todo un mundo: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros”.

Hay que aprenderlo bien: ¡El Espíritu Santo y nosotros!...

Esta será la norma invariable de la Iglesia a lo largo de los siglos: los Pastores unidos en Pedro —hoy los Obispos en comunión con el Papa— tienen la última palabra, asistida por el mismo Espíritu Santo.

¡Hay que ver la seguridad que nos dan cuando nos enseñan!...



La asamblea escribió la carta recomendada por Santiago y fue llevada personalmente por dos delegados, Judas y Silas, a las iglesias formadas por los creyentes venidos del paganismo.

¿Cómo reaccionaron los destinatarios?

Nos lo comentan los Hechos:

-En Antioquía reunieron la asamblea y entregaron la carta. La leyeron y todos se alegraron por los grandes alientos que con ella habían recibido.

Pablo había triunfado en toda la línea. Pero los judaizantes no habían muerto. Y continuarán siendo ellos la gran tortura del Apóstol.

Esta página de los Hechos sobre el Concilio de Jerusalén es de una gran importancia.

¡Y lo que debemos a Pablo! Si no hubiera sido por él, por la energía indomable con que defendió “su evangelio”, su doctrina sobre la fe en el Señor Jesús, ¡quién sabe las esclavitudes que estaríamos padeciendo en la Iglesia aún a estas horas! Que si sacrificios..., que si animales puros e impuros..., que si imágenes..., que si primogénitos de hombres y animales..., que si cuántos días de la mujer..., que si luna llena..., que si primicias..., que si mil cuentos más... “Lo que ni nosotros ni nuestros padres pudieron soportar”, dijo Pedro en la asamblea.

¡Gracias, Pablo! ¡Cuánto bien nos hiciste!...

## **9. Empieza la segunda misión. *Por las tierras de Galacia***

Había pasado el Concilio apostólico de Jerusalén. Pablo y Bernabé se hallaban de nuevo en Antioquía. Felices, como podemos suponer, con tanto cristiano venido del paganismo, y sin el acoso ya de los judaizantes que les exigían la circuncisión y la observancia de la Ley de Moisés.

Así todo un año casi, hasta la primavera o tal vez el otoño del 49.

Pablo no aguantaba más la presión de su celo, de modo que un día soltó impetuoso:

-Oye, Bernabé, ¿por qué no emprendemos otro viaje hacia el Asia Menor, ya que la otra vez nos quedamos sólo por las ciudades del centro?

El bueno de Bernabé, humilde y condescendiente, acepta, aunque sabe que queda en un segundo plano, pues Pablo se ha convertido en el jefe indiscutible.

Por más que se suscitó un incidente doloroso, cuando Pablo no admitió en su compañía a Marcos, sobrino de Bernabé, por no considerarlo todavía maduro.

-¡No, Marcos no viene con nosotros! Sé lo mucho que te debo, Bernabé. Pero esta vez no cedo. Sin ti, yo no hubiera entrado en la comunidad de Jerusalén cuando todos me tenían miedo. Viniste a buscarme en Tarso y a ti te debe también todo la Iglesia de Antioquía. Pero Marcos no viene ahora con nosotros. Nos abandonó la primera vez cuando vio las montañas del Tauro, y ahora nos hará lo mismo.

Pablo y Bernabé se separaron amistosamente, porque ambos tenían un corazón muy grande.

Pablo recordará siempre agradecido a Bernabé, y tendrá en Roma a Marcos, el futuro evangelista y secretario de Pedro, como un valioso y querido ayudante.

Pablo escogió entonces por compañero a Silas, un colaborador magnífico.

Y los hermanos, como habían hecho la vez anterior, despidieron con emoción a los dos emprendedores mensajeros del Evangelio:

-¡Vayan! Aquí nos quedamos nosotros encomendándoles continuamente a la gracia de Dios y a la fuerza del Señor Jesús (Hch 15,40-41; 16,1-10)

El viaje va a estar lleno de alegrías y de incertidumbres, pues el Espíritu Santo no tiene los mismos planes que Pablo y le va a cortar los pasos más de una vez.

Empieza Pablo recorriendo unas iglesias bien conocidas, las más cercanas a Antioquía y las de Cilicia, como la de sus paisanos de Tarso. Para todas tiene palabras de aliento, pues “recorrió Siria y Cilicia consolidando las iglesias”:

-¡Animo! Ya ven cómo el Espíritu del Señor Jesús estuvo con ustedes en la reunión de los apóstoles de Jerusalén. Y ustedes, hermanos judíos, siéntanse felices con la libertad que les da el Señor.

Para internarse en el Asia Menor escoge Pablo ahora el camino más directo, pero mucho más duro que el del viaje anterior.

Les esperan quebradas angostas de muy pocos metros entre paredes montañosas de hasta cien metros de altura; ríos que habían de vadear; soledades peligrosas, pobladas de fieras y

siempre al acecho de bandoleros; sin una cueva donde pasar la noche, sino bajo la enramada de un árbol o en una hendidura de alguna roca; y sin más comida que las pequeñas provisiones que podían llevar consigo. Ocho o más días de un viajar heroico.

Grandes fatigas en esta expedición misionera, pero también grandes satisfacciones al encontrarse con cristianos fervorosos en las comunidades evangelizadas en el primer viaje.

Como en Listra, donde fue Pablo lapidado hasta quedar medio muerto, y donde ahora se encuentra con el que sería su discípulo más querido: Timoteo, el mayor regalo que Dios le guardaba.

Pablo se dirige a Loida, abuela judía, y a Eunice, madre viuda del muchacho:

-¿Dejarían a su hijo y nieto Timoteo venirse con nosotros?...

Las dos, excelentes cristianas, responden generosas:

-¡Llévatelo, y que sea un gran colaborador tuyo en la obra del Señor!

Hecha la visita a las comunidades del viaje anterior, Pablo quiso evangelizar primero en las ciudades costeras como Éfeso y después en Bitinia, casi junto al Mar Negro, pero venía impedimento tras impedimento, de modo que los Hechos dicen por dos veces:

“El Espíritu Santo les impidió predicar en Asia..., no se lo permitió el Espíritu de Jesús”.

En estas idas y vueltas, Pablo, Silas y Timoteo se ven en la región de Galacia, y una circunstancia inesperada les da la oportunidad de predicar el Evangelio a sus gentes.

¿Cuál fue esta circunstancia inesperada? Una enfermedad repentina y grave de Pablo.

Y aquí se encuentran con las gentes más simpáticas, descendientes de las tribus celtas que atravesaron la Galia, la Francia actual, y vinieron hasta estas tierras a las que dieron su nombre de Galacia. Gentes simpáticas, decimos, porque como reconocía el mismo Julio César, eran “ansiosos de saber, curiosos, despiertos”.

Además, son muy generosos, como lo demuestran con Pablo, que caía gravemente enfermo. Lo curaban, lo cuidaban, lo mimaban de tal modo, que años después les escribirá Pablo:

“Sabéis bien que una enfermedad corporal me dio ocasión para evangelizarles por primera vez; y no obstante la prueba que suponía para ustedes mi cuerpo, no me mostraron desprecio ni repugnancia, sino que me recibieron como a un mensajero de Dios, como al mismo Cristo Jesús”.

En estas palabras adivinamos todo lo que ocurrió (Ga 4,12-14)

Una pura casualidad, aunque muy providencial, detuvo a los misioneros en Galacia.

Mientras Pablo está gravemente enfermo, pero tan cariñosamente cuidado por los habitantes del lugar, Silas y Timoteo evangelizan.

Y Pablo, apenas restablecido lo suficiente, hace igual. Entre los tres, consiguen que el nombre de Jesús llene la región entera.

No fue larga la estancia en Galacia, pero los frutos fueron muy grandes.

Ahora, ¿hacia dónde dirigirse?... ¡Al puerto de Tróade, cara al Mediterráneo! A ver qué querrá aquí el Espíritu del Señor Jesús.

Lo van a saber pronto. En Tróade, a sólo veinte kilómetros de la legendaria Troya, se encuentra Pablo con un médico antioqueno, bueno de verdad, que ya había abrazado la fe.

Lucas no sólo termina de curar a Pablo, sino que además le habla de lo que el competente médico ya conoce:

-Pablo, ¿no sabes nada de Macedonia? La tenemos muy cerca. Es la parte superior de Grecia. Mira a sus habitantes, que corren tanto por aquí. Gente magnífica, podrías hacer mucho en su tierra. Piénsalo.

Pablo quería desplegar por las ciudades costeras del Asia Menor. Pero el Espíritu Santo no hacía más que poner estorbos.

Y ahora viene este Lucas a clavarle la espina aguda de una grave inquietud:

-¿Por qué no pasas el mar?...

Pronto veremos cómo va a parar todo tan felizmente...

## 10. Filipos. *Se abre la puerta de Europa*

Hay acontecimientos a veces muy sencillos que tienen una trascendencia enorme. Como el que nos toca ver hoy en la vida de Pablo con la primera Iglesia cristiana en Europa, aunque tal vez ya existiera una anterior en Roma.

Pablo se encuentra en el puerto de Tróade, preguntándose:

-¿Hacia dónde voy?...

El Espíritu del Señor Jesús le saca de dudas. Dormía Pablo —si es que podía dormir con tanta ilusión—, cuando ve delante de sí en visión a uno de aquellos hombres griegos que el amigo Lucas le señalaba con el dedo. La indumentaria del que se le aparecía no le engañaba. Y más, cuando el hombre se le planta delante y le suplica angustiado:

-¡Pasa a Macedonia, y ayúdanos!...

Se alejó el de la visión, y Pablo entusiasmaba después a todos:

-¡Vamos a Macedonia! Está sólo a dos días de navegación. No esperamos más...

El grupo lo forman al menos cuatro: Pablo, Silas, Timoteo y Lucas, que va ser en adelante cronista de Pablo y hablará en primera persona, como testigo presencial de todo.

Desembarcan los misioneros en Neápolis, y a quince kilómetros se encuentran dentro de Filipos, ciudad no muy grande, bella, colonia cargada de privilegios por Roma.

Llegado el sábado se dirigen a la vera del río o a los pies de una de las famosas fuentes.

Allí se encuentran con un grupo de mujeres “piadosas”, es decir, creyentes y adoradoras del Dios de Israel, adheridas a la pequeña comunidad judía allí existente, que cada sábado hacen de aquel rincón su lugar de descanso, de reunión y de plegaria.

Una de estas mujeres se hará célebre: Lidia, natural de la Tiatira del Apocalipsis, comerciante de telas de púrpura, negocio de lujo y que daba dinero.

“Nos escuchaba atenta —dice Lucas—, y el Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo”.

Se prepara bien, se bautiza con todos los suyos, y Pablo tiene que luchar con ella, que quiere alojar en su casa a los misioneros:

-¡Gracias! Pero no aceptamos el hospedarnos en tu casa, que ofreces con tanta generosidad. Queremos vivir por nuestra cuenta, ganándonos la vida con nuestras propias manos.

Lidia se mantiene terca:

-Trabajen lo que quieran y siéntanse libres. Pero hospedarse, se hospedarán en mi casa...

No hubo remedio, pues “nos obligó”, añade Lucas, y aquella casa acomodada vino a ser la primera iglesia europea, cuidada por Lidia, la primera cristiana europea también.

Esta acogida y este primer paso del Evangelio en Filipos resultan una delicia.

Aunque el siguiente hecho va a tener consecuencias desagradables. Al dirigirse los misioneros al lugar de oración que ya conocemos, les salía al encuentro en la calle una muchacha pitonisa, bruja que adivinaba las cosas.

Como era esclava, sus dueños, probablemente sacerdotes paganos, sacaban con ella buenas cantidades de dinero, como todos los adivinos, y más con ésta joven que estaba endemoniada. Así, que empezó a gritar:

“Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, que anuncian el camino de la salvación”.

Esto un día y otro día. Hasta que Pablo se hartó:

“En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella”.

El demonio abandonó a su víctima ante la voz imperiosa del Apóstol. Pero, ¿cuál fue la consecuencia?

Viendo los amos de la muchacha, liberada del demonio y hecha tal vez cristiana, que habían perdido con ella el negocio que tanto dinero les daba, amotinan a la ciudad, agarran a Pablo y a Silas, los llevan hasta el ágora y los presentan a los magistrados romanos:

“Estos judíos alborotan nuestra ciudad y predicen unas costumbres que nosotros, romanos, no podemos aceptar”.

¿Judíos?... Esto han dicho los acusadores. Entonces las autoridades romanas toman una precipitada resolución, de la que se van a arrepentir:

-¡A azotarlos!...

Y después de una feroz flagelación aplicada por los lictores con varas, ordenan:

-Carcelero, guárdalos bien y con todo cuidado...

El carcelero lo hizo tan bien que los metió en el calabozo más hondo y con los pies sujetos en el cepo.

Seguimos contando, pero vale más que dejemos la palabra a Lucas:

“Hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios; los presos los escuchaban. De repente se produjo un terremoto tan fuerte que se conmovieron los mismos cimientos de la cárcel. Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos”.

Momento terrible para el pobre carcelero. Como tenía pena de muerte si dejaba escapar a los presos, y pensaba que todos habían huido aprovechado las puertas abiertas, toma su espada y la dirige a su pecho para matarse.

Pablo que lo ve, grita con todas sus fuerzas:

-¡No lo hagas, que estamos todos aquí!...

Ahora vino la complicación a las autoridades romanas, cuando mandaron a los lictores:

-Vayan, y digan al carcelero que deje libres a los dos presos de ayer.

Al recibir la comunicación de la libertad, Pablo se planta:

-¿Cómo? Después de habernos azotado públicamente sin habernos juzgado, a pesar de ser nosotros ciudadanos romanos, nos echaron a la cárcel; ¿y ahora quieren mandarnos de aquí a escondidas? ¡Eso, no! Que vengan ellos a sacarnos.

Los lictores transmiten las palabras de Pablo a sus superiores:

-¿Ya saben que han azotado y metido en prisión a dos ciudadanos romanos?

-¿Quééé?...

Con el miedo que es de suponer, los pretores piden ahora muy mansitos, ante el grave castigo que les podía venir a ellos:

-¡Por favor, marchen, marchen!...

Los misioneros marcharon. En Filipos dejaban la Iglesia más querida de Pablo, como lo demuestra la carta que años más tarde les escribirá y que nosotros veremos en su momento.

Estos fueron los primeros pasos del Evangelio en Europa, de la que saltará el nombre de Jesús a todo el mundo. Despacio, porque Dios no tiene prisa. Formadas las naciones cristianas de Europa, de ellas surgirán innumerables apóstoles que oirán lo del macedonio.

-¡Ven a esta América recién descubierta, y ayúdanos!...

Javier escuchará: ¡Ven a la India, al Japón, a China!...

Daniel Comboni, igual: ¡Adéntrate en África!...

Pedro Luis Chanel, apegando los oídos al suelo, percibirá voces: ¡Ven a las islas perdidas de la Oceanía!...

Hoy oímos este grito en todas nuestras Iglesias, lo atendemos con la generosidad de Pablo, y el Evangelio corre, no se detiene y va llegando a todas las gentes.

Porque la Iglesia misionera responde siempre “¡Sí!” al Espíritu que la llama y la envía...

## 11. El mundo grecorromano. *El Imperio y sus religiones.*

Hemos entrado a estas horas con Pablo en Filipos, importante colonia romana en Grecia, lo cual quiere decir que nos hallamos metidos dentro de Europa, en lo más granado del Imperio Romano, y respirando a todo pulmón la cultura grecorromana.

¿No vale la pena que conozcamos el ambiente en que nos vamos a mover en adelante, acompañando siempre a Pablo?...

Nos bastarán algunas notas nada más, traídas por todos los historiadores del Apóstol.

Ante todo, ¿qué y cómo era el Imperio Romano?

Hacia ya siete siglos que Roma, la pequeña ciudad de las siete colinas, había empezado a conquistar las tierras de sus alrededores.

Iba extendiendo sus dominios, y lo que empezó por tan pequeña cosa, para cuando vino Jesús al mundo y predicó Pablo el Evangelio, el Impero había rodeado todo el mar Mediterráneo.

Se extendía desde el Asia Menor hasta España, desde todo el norte del África hasta la Europa de Italia, Grecia, las Galias, Germania y las Islas Británicas.

Era un Imperio de hierro, sabiamente organizado, con las legiones que aseguraban todas las fronteras, un derecho modelo de leyes justas, y un gran respeto a las costumbres de los pueblos conquistados.

Geográficamente, estaba bien unido por sus magníficas calzadas —hoy serían nuestras autopistas—, gracias a las cuales los viajes y los negocios podían desarrollarse con gran facilidad.

Aunque la lengua original de Roma era el latín, la lengua del Lacio, como lengua del pueblo había sido absorbida por el griego, que lo hablaba todo orbe de la tierra, es decir, todo el Imperio.

Todos los historiadores coinciden en el mismo juicio: con el Imperio Romano, el Evangelio iba a encontrar un terreno muy propicio para su desenvolvimiento.

Dios escogió muy bien el momento más a propósito para la realización de su plan de salvación.

¿Y cómo estaba el asunto de la religión?

Aquellos pueblos paganos, ¿eran realmente incrédulos?

Hemos de decir que no.

Por errores religiosos que existieran, había una fe u otra en un Ser o en seres superiores.

Los griegos habían caído en un politeísmo inimaginable.

Resulta imposible retener en la memoria la cantidad de dioses y diosas que moraban en el Olimpo, siempre bajo el dios supremo, Zeus o Júpiter, o de Cibeles la madre de los dioses.



Había dioses para todo.  
Marte, era el dios de la armas y de la guerra.  
Baco, el del vino y la embriaguez.  
Venus, la diosa del placer sexual.  
Diana, la simpática y bella diosa de la caza.  
La lista se hace interminable.

Los filósofos fueron los primeros en negar las divinidades, precisamente porque no creían en tantas fábulas. Y aunque no creyeran, otros pensaron mejor en mantenerlas.

Un gran filósofo grecolatino, decía:

-Conviene admitir la creencia en los dioses, pues, creyendo la gente en ellos, se logra mantener cierta moralidad (*Epicteto*)

Y uno de los mayores poetas latinos juzgaba también:

-Conviene que haya dioses; y, como conviene, digamos que sí, que existen (*Ovidio*)

¿Qué quiere decir esto?

Que entre la gente más preparada, eso de la religión era una tontería por la que no valía la pena preocuparse.

Pero, digamos algo ya más concreto de Roma.

En sus orígenes era muy austera y muy seria en religión.

Las casas tenían reservado su altar a los dioses lares o del hogar, los cuales regían unas costumbres muy sanas.

Un escritor de aquel tiempo nos dice:

-Nuestro pueblo tiene sus dioses. La religión ha adquirido tal autoridad, que ella rige toda la actividad, tanto pública como privada (*Publio*)

Así lo expresaba también el mayor orador romano:

-Por mucho que sea nuestro amor propio, hemos de reconocer que otros pueblos nos ganan en muchas cosas; pero en lo que nosotros les ganamos a ellos es en la piedad, en la religión, sabiendo que la patria está regida por la protección de los dioses (*Cicerón*)

Cuando vino Jesús al mundo y durante la predicación de Pablo, Roma ya no era la antigua, aquella Roma austera y religiosa de la que surgió el magnífico Imperio.

Habían medio desaparecido de ella los antiguos dioses lares o del hogar y habían sido sustituidos por la multitud de los dioses venidos de fuera, sobre todo de Grecia.

Egipto había aportado también sus dioses, los cuales estaban lo mismo en lo alto del cielo que en cualquier rincón de los campos, como lo decía ridiculizando aquel escritor:

-¡Qué gente más feliz! Hasta en las plantas del huerto les nacen los dioses...

Y nada digamos de las religiones del Asia con sus misterios y de las creencias que vinieron después: aquellos seres superiores como ángeles que lo dominaban todo.

Pero hay que decir una palabra sobre la Sinagoga, es decir, sobre los judíos que por todas partes habían llevado el culto del Dios verdadero.

Los judíos, establecidos en todo el Imperio con sus sinagogas, atraían a los espíritus más selectos de Roma y Grecia; y Dios, el Dios verdadero, tenía por doquier muchos adoradores que abrían, sin pretenderlo, el camino al Evangelio.

Como el politeísmo —ese adorar a todos los dioses habidos y por haber— había acabado con la severa religión romana, el mejor Emperador y mayor político, César Augusto, quiso volver a la fe de la antigua Roma. Pero sus esfuerzos no consiguieron nada.

Cuando lleguemos con Pablo a Atenas, nos encontraremos con el hecho curioso.

Paseando por la ciudad, encuentra en la calle un altar dedicado “Al dios desconocido”.

Pablo aprovecha la ocasión:

-¿No saben ustedes quién es ese dios desconocido? Pues, miren, ese Dios es precisamente el que yo les vengo a anunciar.

Y aquí nos quedamos hoy, pendientes de la respuesta que Pablo puede encontrar.

¿Cómo va a entrar Jesús en el Imperio Romano?...

## 12. Algo más sobre el Imperio. *Situación social y moral*

Roma había conquistado a Grecia por las armas.

Pero Grecia conquistó a Roma con su cultura.

La cultura griega se había adueñado de Roma y de todo el Imperio.

Después de conocer algo sobre la religión en el Imperio, hay que mirar algunas notas sobre la cultura grecorromana.

Habían desaparecido los sabios de la Grecia clásica, Séneca, Aristóteles, Platón y las demás lumbreras de la filosofía antigua.

Ahora abundaban los retóricos, con maestros ambulantes. Vistiendo togas de sabios profesionales se colocaban en el ágora o plaza pública, en las esquinas de los mercados, o apegados a las columnas de las calles principales.

Junto a algunos más serios, la mayoría se dedicaban a hablar, charlar, no decir nada...

Las dos corrientes filosóficas principales eran la de los estoicos, severa, y la de los epicúreos, más acomodaticia.

Con todos los fallos que les podamos suponer, ambas corrientes tenían pensadores serios, con doctrinas morales no siempre descarriadas, sino altamente morales.

Como un Séneca, que escribía:

“En nosotros hay un santo espíritu que observa y vigila nuestros pensamientos, buenos y malos. Si haces algo honroso, lo puede saber todo el mundo; pero si haces algo vergonzoso, ¿de qué te sirve que no lo sepa nadie, si lo sabes tú mismo?”.

Con la cultura griega entraron en el Imperio tanto el teatro como los juegos olímpicos.

Hasta hoy nos quedan las ruinas gloriosas de teatros, donde se desarrollaban variadas actividades culturales, comedias, óperas, tragedias...

Los estadios y las palestras, que son una maravilla de construcción, servían para los pugilatos y todas las actividades deportivas.

Lo malo fue que, en la Roma del Imperio, los juegos degeneraron en los espectáculos del circo, con sus ríos de sangre y sus diversiones inmorales.

El pueblo llegó a vivir del grito:

-¡El pan y las fieras! ¡Queremos comer y divertirnos!

Y como para los espectáculos del circo se necesitaba material humano, eran enormes las cantidades de esclavos y de prisioneros de guerra que se lanzaban a los leones y toda especie de fieras.

La palabra “esclavos”, que acabamos de pronunciar, nos lleva a un punto especialmente trágico.

En el Imperio había muchos más esclavos que hombres y mujeres libres, y la situación del esclavo era sumamente dolorosa. El esclavo no tenía ningún derecho. Era un objeto, no una persona, a la que se le daba de comer sólo para que siguiera trabajando.

Por poner un ejemplo nada más de lo que era la esclavitud.

Aquel esclavo había cometido el crimen de matar al Prefecto de Roma. Como castigo, fue sentenciado a muerte junto con los cuatrocientos esclavos más que tenía el amo.

Esto era la esclavitud y ésta la situación del esclavo.

Aunque es cierto que eran también muchos los amos que tenían sentimientos muy nobles para con sus esclavos, y se conservan de esto recuerdos históricos bellísimos.

No hay historia de aquellos tiempos que no se meta con especial interés en la situación moral del Imperio.

La familia romana era seria, y el marido y padre era jefe absoluto.

La mujer tenía dignidad, era apreciada, y llegó un momento en que gozó de una libertad completa. Demasiado completa...

Un escritor latino dice con sentido de humor que las matronas romanas contaban los años por los maridos que habían tenido...

Exagerado cuanto queramos, pero fiel reflejo de una situación moral prácticamente desastrosa.

Está, por ejemplo, el caso del gran Emperador César Augusto, el cual hubo de mandar al destierro a su propia hija porque era una descarada completa, a pesar de haber tenido tres maridos y varios hijos.

La mujer griega tenía una condición social muy diferente.

Vivía muy sujeta, demasiado.

Aunque al final llegó a Grecia la libertad de la mujer romana, y la griega alcanzó un nivel de libertad muy apreciable.

En Grecia, como después en Roma, estaba la clásica “étaira”, la de otro, la mujer libre dedicada exclusivamente al placer, a ser mujer hoy de uno y mañana de otro diferente.

En la vida de Pablo veremos cómo pudo contar con la colaboración libre y desinteresada de mujeres griegas como Lidia la de Filipos y tantas otras que aparecen en sus cartas con verdadero protagonismo.

Eso no se compaginaba con la sujeción esclavizante anterior.

¿Y qué decir del hombre en la vida familiar y social? Ya es de suponer. Al hombre no le ataba nada ni nadie.

Para saber la moralidad del hombre, mejor que acudir a cualquier historiador pagano, basta leer al mismo Pablo en el primer capítulo de la carta a los de Roma. No había vicio en el cual el hombre no se pudiera cebar.

Deshecha la unión familiar, el mundo moral grecorromano ofrecía un aspecto lamentable por demás.

Sin embargo, se ha hecho una observación muy atinada por historiadores objetivos.

No hay que exagerar demasiado. En muchas partes del Imperio, que era muy grande, los campesinos sobre todo estaban aferrados a costumbres suyas muy sanas.

Había mucha cosa mala en la sociedad libre, pero se notaba también por doquier un ansia grande de renovación.

Así lo demostraban, por ejemplo, los muchos simpatizantes con la religión judía, la única religión seria y de moral exigente.

Al entrar ya con Pablo en las partes centrales del Imperio —desde Filipos al principio, para acabar en Roma—, conviene tener presente el cuadro que ofrecían las diversas religiones, la cultura, la cuestión social con la esclavitud, las costumbres morales...

En este mundo se va a meter el Evangelio para transformarlo y hacerlo digno de Dios.

Una aventura en la cual pocos podían creer.

Pero Dios se iba a salir con la suya...

### 13. El cristiano. *Fermento y semilla metidos en el Imperio*

Conocemos ya el mundo grecorromano, con un magnífico Imperio, pero que había degenerado mucho en todas las costumbres ciudadanas. ¿Quién lo va a transformar, creando una sociedad nueva, que influirá después decisivamente en la Historia del mundo?

Lo hará ese ciudadano que en Antioquía de Siria comenzó a ser llamado “cristiano”.

¿Y qué es lo que trae ese tipo novedoso? ¿Quién es un cristiano?...

A una importante Conferencia Episcopal de hoy le fue formulada esta cuestión:

“Quién es y quién puede considerarse un cristiano católico”.

El asunto se tomó muy en serio. Se nombró una comisión especial de Obispos y teólogos, que contestó después de maduro examen:

\* Los Hechos de los Apóstoles dicen que  
“los que habían sido bautizados perseveraban  
- en la enseñanza de los apóstoles  
- y en la unión fraterna,  
- en la fracción del pan  
- y en las oraciones” (Hechos 2,42)

El que hoy hace lo mismo es un verdadero cristiano católico. \*

¿Puede San Pablo decirnos algo sobre esto?... ¡Demasiado, gracias a Dios!

Es decir, si miramos estos cuatro puntos a la luz de las cartas de Pablo, nos encontramos con una verdadera riqueza de textos, los cuales confirman lo acertada que estuvo aquella respuesta de los sabios y prudentes Pastores.

Y adivinamos los resortes usados por el “cristiano” para transformar el Imperio.

Sobre la Doctrina de los Apóstoles, comienza Pablo con su propio ejemplo.

Nos dicen los Hechos que “andaba con ellos por Jerusalén predicando con valentía en el Nombre del Señor” (Hch 9,28). Y añade Pablo por su cuenta que recibió de los apóstoles tradiciones como las de la Resurrección y la Eucaristía:

“Yo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí” (1Co 15,3)

“Porque recibí del Señor lo que yo les transmití a ustedes” (1Co 11,21)

¿Por qué este empeño de Pablo en reafirmarse en lo que recibió del Señor, unas cosas por revelación, y todas por medio de los apóstoles?...

Predica Pablo en todas partes, y ante las dudas que suscita entre los judaizantes, quiere asegurarse de que está en la verdad, y confiesa humildemente de sí mismo:

-Al cabo de catorce años expuse de nuevo en privado a Pedro, Santiago y Juan el Evangelio que proclamo, para ver si estaba correcto o equivocado. Y ellos me tendieron la mano en señal de aprobación y me encomendaron que siguiera predicando igual (Gal 1,9)

Cuando emprendió su segunda misión, siguen diciendo los Hechos, “al ir pasando por las ciudades iba entregando, para que las observasen, las decisiones tomadas por los apóstoles y presbíteros de Jerusalén” (Hch 16,4)

Nos bastan estos datos para ver en Pablo un modelo intachable de fidelidad a la doctrina de los apóstoles del Señor.

Ahora tiene autoridad para pedir, imponer y exigir lo mismo que él hace y predica.

No tolera la doctrina de los judaizantes y de los iluminados que empezaban a sembrar la confusión por la Galacia y por toda el Asia Menor. Y sus expresiones son terribles:

-¿Por qué se pasan a otro evangelio, con el que esos falsos predicadores falsean o deforman el verdadero Evangelio de Cristo?. “Aunque yo mismo o un ángel del cielo les anunciara otro evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡que sea maldito! Se lo repito: que ese tal ¡sea maldito!” (Gal 1, 8-9)

Si esta vez truena, otras veces Pablo exhorta con cariño grande:

“Manténgase firmes, mis queridos hermanos, y conserven las tradiciones de doctrina que han aprendido de nosotros, de viva voz o por carta” (2Ts 2,15)

¿Y qué va a decir Pablo sobre la caridad, del amor entre los hermanos?

Aquí no le oiremos tronar, sino repetir una y otra vez, incansablemente, el mandamiento del Señor: “Ámense los unos a los otros”.

Con traer el inefable capítulo trece de la primera a los de Corinto, habría más que de sobra. Pero en todas las cartas acumula los textos uno tras otro:

“Nada tengo que decirles sobre el amor a los hermanos, ya que fueron instruidos por Dios sobre cómo amarse mutuamente” (1Ts 4,9). ¿Cabén palabras más bellas?...

“¡Colmen mi alegría, al saber que se tienen todos un mismo amor!” (Flp 2,2)

“¡Ámense profundamente los unos a los otros!” (Ro 12,10)

“No tengan ninguna deuda con otro, sino el amarse mutuamente” ((Ro 13,8)

¡Qué expresión tan bella esta última! Es como decir:

-Vamos a pasarnos factura. Todo lo que tú me debes, todo lo que yo te debo a ti, todo lo que nos debemos los dos, es amor, amarnos mucho, amarnos siempre. ¿No podemos pagar?...

Si se pasa a otro punto esencial en la vida cristiana, la Eucaristía, Pablo ofrece una página incomparable. La relación primera que se escribió sobre la Eucaristía es la de Pablo, anterior a la de los Evangelios escritos.

Pablo transmite el mandato del Señor: “Hagan esto como memorial mío”. Y sigue Pablo: “Por lo mismo, coman de este Pan y beban de este Cáliz, como memorial del Señor, hasta que él vuelva” (1Co 11,23-27)

Finalmente, ser cristiano exige imperiosamente la oración.

¿Ser hijos de Dios, y no hablar a Dios nuestro Padre? Es un imposible. Eso sería hacer callar —así, como suena, imponer silencio— al Espíritu Santo, el cual, no sabiendo nosotros por cuenta propia cómo orar, grita dentro de nosotros y con nosotros: ¡Padre, papá!” (Ro 8,15)

Por eso Pablo insistirá:

“¡Sean perseverantes en la oración!” (Ro 12,12)

“Reciten juntos sin cesar salmos, himnos y cánticos inspirados; canten y alaben en su corazón al Señor, dando gracias siempre y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5,19-20)

Aquellos Obispos, con solo unas palabras de los Hechos de los Apóstoles, dijeron quién es y quién no es un cristiano católico. El cristiano de los Hechos fue el que transformó el Imperio.

Si hubieran acudido además a San Pablo, la respuesta en cuestión hubiese llenado varios folios.

Con la gracia de Dios, nos mantenemos fieles a la doctrina de los Apóstoles guardada fielmente en la Iglesia.

Nos amamos sinceramente.

Ofrecemos y recibimos con fervor el Cuerpo del Señor en la Eucaristía.

Y la plegaria no se cae de nuestros labios.

Con estos resortes, el cristiano de los Hechos socavó el Imperio. Y el cristiano de hoy, con esos mismos resortes, actuaría decisivamente en la sociedad moderna.

¡Qué bendición la que llevamos dentro con nuestra fe cristiana y católica!...



#### 14. Tesalónica y Berea. *El Evangelio por Macedonia*

Recordaremos siempre con cariño la fundación de la Iglesia de Filipos, y nos encontramos hoy en Tesalónica, adonde ha llegado Pablo después de un recorrido de casi 150 kilómetros hacia el Oeste.

Aquí va a nacer otra Iglesia magnífica, que le causará a Pablo grandes alegrías (Hch 17,1-9)

Tesalónica era la capital de la provincia romana de Macedonia; en ella residía el Gobernador y contaba con una gran colonia de judíos.

De momento, Pablo desconoce todo.

Según su costumbre, se pone a trabajar con sus propias manos para no ser gravoso a nadie; pero sus medios de vida eran tan escasos que los cariñosos filipenses, al saberlo, se dieron prisa en socorrerle, como después les recordará Pablo con emoción:

“Estando yo en Tesalónica me enviaron recursos con que atender a mi necesidad” (Flp 4,16)

Pero los apuros económicos no le detienen a Pablo.

Ya el primer sábado, y en los siguientes, no se aguantaba:

-¡A la sinagoga cuanto antes!...

Y en ella, ante numeroso público, empieza la exposición del Evangelio con el método ensayado en Antioquía de Pisidia y que recordamos bien:

-Jesús es el Hijo de la promesa a Abraham. Es el descendiente de David. Es el anunciado por todos los profetas. Es el que señaló Juan al bautizarlo en el Jordán. ¡Miren todo esto en las Escrituras!...

Iba todo bien, y los judíos aceptaban de buen grado la exposición de Pablo.

Hasta que vino la discusión, de la cual nos dan la pista los Hechos. Todo estuvo en estas palabras:

“¡Cristo Jesús tenía que padecer!”.

Por aquí ya no pasaron los judíos, que razonaban y gritaban:

-El salmo 109 es bien claro, cuando dice Dios a su Cristo: “Siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies”. ¿Y ahora nos viene este Pablo con que su Cristo murió en una cruz, después de horrorosa pasión, aunque afirme que al fin resucitó y que un día volverá? ¡Nosotros no aceptamos a semejante Cristo!

No obstante, un pequeño grupo de judíos acogió el mensaje y creyó.

Pero sobre todo creyeron muchos griegos *temerosos* de Dios, es decir, los que adoraban con los judíos a Yahvé, y también iban creyendo muchos paganos, hasta formar una comunidad cristiana muy numerosa.

Y es aquí, al cabo de algunos meses, cuando estalló la guerra.

Al ver los judíos —“recomidos de la envidia”, dicen los Hechos—, cómo crecía en Tesalónica la Iglesia, determinaron acabar con los apóstoles y echar por tierra toda su obra.

Para conseguirlo, organizaron y levantaron el motín.

Comprados con dinero algunos maleantes de la ciudad, se presentan furiosos ante la casa de Jasón.

-¡Entrérganos a ese Pablo a quien escondes aquí!...

-¿Pablo? En mi casa no está.

-¡O lo sacas o tendrás que venir tú, traidor!...

El judío Jasón, a estas horas ya cristiano, fue arrastrado junto con algunos otros hermanos y conducidos a los magistrados de la ciudad, gritando los maleantes:

“Esos que han revolucionado el mundo se han presentado también aquí, y este Jasón los ha hospedado en su casa. Todos ellos actúan contra el César, pues afirman que hay otro rey, ese tal llamado Jesús”.

Ante semejante acusación se amotinaron la turba y los mismos magistrados.

Pero Jasón, sereno, se dirige a la autoridad:

-Yo salgo responsable de lo que pasa. Mienten con semejante acusación, la misma que los judíos de Jerusalén presentaron ante Pilato. Jesús no es ningún rey de este mundo ni actuó contra el Emperador. Como tampoco lo hacemos nosotros.

Los magistrados entendieron: ¡Cuestiones de la religión judía!... Y actuaron con prudencia, sabedores de lo que pasó en Filipos.

-Jasón, váyase tranquilo a su casa...

Así lo hizo Jasón, pero los hermanos tomaron la precaución de sacar a Pablo y a Silas de la ciudad y encaminarlos hacia Berea.

La Iglesia de Tesalónica, aunque creciendo siempre en número y santidad, se verá continuamente acosada por la envidia judía.

A Pablo le esperaban muchas alegrías a la vez que hondas preocupaciones con los tesalonicenses. Nos lo dirán un día sus preciosas cartas.

¿Y qué ocurrirá en Berea a los misioneros?

Es encantador lo que van a vivir en esta pequeña ciudad a la que han llegado después de tres días de viaje.

Pablo, como siempre, ante todo y sobre todo se dirige a la sinagoga. ¿Y con qué se encuentra en ella?

Lo más inesperado: con unos judíos que son la estampa opuesta a todo lo que hasta aquí hemos visto. Los Hechos nos lo dicen con palabras inolvidables:

“Estos judíos eran de un natural mucho mejor que los de Tesalónica” (Hch 7,10-15)

Ya el primer día, los oyentes prestan una gran atención.

-¡Interesante, Pablo, interesante todo lo que nos dices! Seguiremos escuchándote.

“Aceptaban la palabra de todo corazón”, siguen diciendo los Hechos.

Así un día y otro día.

¿Y cómo lo hacían? No lo olvidaremos nunca, por la lección bellísima que nos dan.  
Biblia en mano, ante cada afirmación que Pablo lanzaba, ellos se ponían a examinarla y comprobarla con las Escrituras:  
-¡Pues tienes razón, Pablo! Así consta, y así es.

Esto no lo podíamos imaginar. Pablo estaba en la gloria, pues Lucas dice literalmente:  
“Creyeron muchos de ellos, y, de entre los paganos griegos, muchas mujeres distinguidas y no pocos hombres”.

¡Qué Iglesia la que se presentaba aquí!  
Pero, ¿cómo acabó este idilio de Pablo en Berea? Mal, como no podía ser menos.  
Los judíos de Tesalónica mandan una legación, que alborota a toda la ciudad:  
-¿Y le hacen caso a ese Pablo tan embustero, que predica un Cristo tan raro, que no es en modo alguno el que espera Israel? ¡No le crean! ¡Échenlo fuera!

La guerra iba tan en serio que los hermanos, llenos de pesar, hubieron de tomar a Pablo por la noche y encaminarlo bien lejos hacia el sur, hasta que llegase a Atenas.  
Pero Pablo dejaba en Berea a Silas y Timoteo:  
-Queridos, guarden bien esta Iglesia. Aquí tiene el Señor muchos elegidos.

Los de Berea nos han dado una lección tan bella, que volveremos inmediatamente a ellos.

## **15. Con la Biblia en la mano. *La lección de los de Berea***

Habíamos dejado a los judíos de Berea formando una Iglesia preciosa junto con los paganos que se les juntaron, convencidos de la verdad que Pablo les predicaba, porque la veían comprobada por la Sagrada Escritura.

En vez de atacar a Pablo como los judíos de Antioquía de Pisidia o de Tesalónica, los de Berea fueron más sensatos.

No había afirmación de Pablo que no fuera cotejada con las profecías del Antiguo Testamento, que ellos leían en la traducción griega de los Setenta.

Y todo concordaba, todo estaba en perfecta armonía con lo que Dios ya había dicho acerca de Jesús, el Cristo que había de venir.

Es inolvidable, y nos edifica hondamente, lo que dicen al pie de la letra los Hechos de los Apóstoles:

“Al llegar Pablo y Silas a Berea fueron a la sinagoga de los judíos, y éstos aceptaron la palabra de Pablo con todo el corazón. Diariamente examinaban las Escrituras para ver si las cosas eran así” (Hch 17,10-11)

“Diariamente”, anota muy bien Lucas.

Esto significa que no se trataba sólo de un momento aislado el que dedicaban aquellos judíos al estudio de las Escrituras, sino que era una ocupación constante, algo que les llenaba la jornada entera del sábado, y todos los atardeceres una vez acabadas las labores del día.

Pablo disfrutó como nunca.

En vez de la consabida persecución de los judíos, aquí “creyeron muchos de ellos”, y los judíos que dudaron o no se convencieron del todo, al menos dejaron en paz a los anunciadores de Jesús.

Nosotros, aprendida la bella lección que nos dan estos judíos tan sensatos y tan queridos —pues se hacen querer sin más apenas leída esa nota de los Hechos—, nosotros, digo, acudimos ahora a Pablo para que nos instruya en el manejo de la Sagrada Biblia conforme a sus enseñanzas y a sus ejemplos.

Pablo tomaba las Sagradas Escrituras como un arma poderosa para su apostolado.

Convencido de esta eficacia, escribirá un día a su discípulo:

“Toda Escritura, al ser inspirada por Dios, es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para instruir en la justicia” (2Tm 3,16)

Sus ejemplos, ante todo. Pablo dominaba la Biblia de tal manera que, podemos decir, se la sabía de memoria. De niño la empezó a leer en hebreo, aprendido a los pies del maestro en la escuela de la sinagoga de Tarso, y después en la escuela superior de Jerusalén bajo la dirección del gran Rabbí Gamaliel.

Como judío heleno de la diáspora, usó siempre la Biblia en su traducción griega de los Setenta, y por sus citas vemos que se la sabía al dedillo.

Conocemos el método de aprendizaje en Jerusalén.

Los alumnos se sentaban en semicírculo sobre el suelo o encima de bancos bajitos en torno al maestro, sentado éste en sitio más alto y apoyado en una columna.

El maestro —Gamaliel en nuestro caso—, hacía leer un pasaje en hebreo que se traducía inmediatamente al arameo, la lengua que hablaba el pueblo.

El Rabbí exponía las diversas interpretaciones del pasaje escogido, y venía la discusión animada de los discípulos a base de preguntas y respuestas.

Así hacía el maestro con los discípulos jóvenes, y así hacían también los graves maestros cuando discutían entre sí.

Hacía pocos años que un niño de Nazaret, a sus doce años solamente, dejó asombrados a los doctores de la Ley cuando se sentó entre ellos...

Ahora vemos a Pablo, el joven venido de Tarso, aprender lo que era la *Halakhàh*, como la llamaban en la escuela, es decir, el montón de historias, tradiciones y normas de la Ley.

Venía después la *Haggadàh*, o sea, el sacar las consecuencias de los hechos anteriores, el aplicar todo a la vida. Aquí estaba el nudo de la cuestión en el aprendizaje de la Biblia.

Al judío no le interesaba el hecho histórico, sino el mensaje que encerraba.

El judío no miraba la historia, sino al Dios que se escondía en la historia, y también el modo de vivir que aquella historia le enseñaba.

Pongamos una comparación muy nuestra: Simón Bolívar que inicia nuestro movimiento liberacionista.

Pensando en judío, como en las escuelas de la Biblia en Jerusalén, lo de menos son las batallas de Boyacá, Carabobo y Ayacucho, que decidieron nuestra suerte... La historia la aprenderemos de memoria, pero sólo como base de lo que ella encierra, a saber:

Queremos la libertad de nuestros pueblos;  
obedecemos nada más que a nuestra Constitución;  
sabemos apreciar nuestros valores propios;  
no queremos la injusticia que esclaviza a nuestras gentes;  
no nos sometemos a ninguna potencia extranjera que nos quiere sojuzgar.

Y para conseguir todo esto, sabemos comportarnos como ciudadanos responsables, conforme a todos nuestros deberes, y ser valientes si llega el caso de defender nuevamente nuestra libertad...

¿Lo vemos? De este modo, la historia se convierte en vida.

Es lo que aprendía el judío: conocer los hechos de Israel; pero, mucho más aún, saber vivir conforme a lo que Dios quería, tal como lo manifestaban aquellos hechos prodigiosos.

Y esto es lo que hizo Pablo. La Biblia la dominaba de punta a punta.

Sabía el sentido exacto de lo que decía la palabra de Dios, como lo demostró con los judíos de Berea, que se convencieron de la verdad y por eso se abrazaron la fe.

Pablo sabía aplicar la Biblia a cualquier circunstancia de la vida. De tal modo lo hacía, que en sus cartas llega a citarla más de doscientas veces, literalmente o con alusiones claras a casi todos los libros del Antiguo Testamento.

Lo único que no toleraba Pablo era la falsificación de la Biblia hecha por los herejes que empezaban a despuntar, y de los cuales decía: “Esos que adulteran la palabra de Dios”, y presentan de ese modo un Cristo adulterado también, un Cristo falsificado (2Co 4,2)

Lo que enseñaba Pedro, igual que Pablo, es hoy tan actual como entonces: “Tengan presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia” (2P 1,20)

Al contrario, Pablo admira a su querido Timoteo, al que le felicita, porque desde pequeñito le habían instruido en la Biblia su madre Eunice y su abuela Loida, fervientes judías:

“Desde niño conoces las sagradas Escrituras que te darán la sabiduría que lleva a la salvación por la fe en Cristo Jesús” (2Tm 3,15)

La enseñanza de los judíos de Berea no la olvidaremos fácilmente: ¡Biblia en mano!

La Biblia para aprender.

La Biblia para nutrir nuestro espíritu.

La Biblia para meditar.

La Biblia para orar...

Para nosotros —¡cuántas veces repetimos esto!— la Biblia, junto con la Eucaristía, es el alimento de nuestras almas.

¡Y qué alimento tan sabroso, tan sustancioso, éste de las Sagradas Escrituras con el cual nos alimentamos!...

## 16. Atenas. *Frialdad e indiferencia*

¡Buen viaje el que vamos a hacer hoy con Pablo! Nada menos que a la soñada Atenas, el emporio del saber, del arte, de la belleza, la cuna de la cultura occidental.

Corre la primavera del año 51, y los de Berea no se atreven a dejar solo a Pablo —pues parece que está otra vez enfermo o no bien recuperado en su salud—, y lo llevan hasta Atenas. Allí, les dice Pablo agradecido:

-¡Gracias, queridos! ¡Qué buenos son! Marchen a Berea, pero encarguen a Silas y Timoteo que vengan lo antes posible a Atenas, pues aquí me encuentro muy solo (Hch 17,15-34)

Pablo se quedó en Atenas con el ánimo bajo los pies. Un judío como él no tenía para menos. ¡Cuántos ídolos! ¡Cuánta superstición! ¡Cuántos templos y altares a dioses falsos!

Un conocido escritor romano que visitó Atenas en aquellos mismos días, escribía irónicamente: “Está todo esto tan lleno de dioses que resulta más fácil encontrar un dios que un hombre”.

Mientras esperaba a Timoteo y Silas, nos dicen los Hechos, “Pablo estaba interiormente que explotaba, indignado al contemplar la ciudad tan llena de ídolos”.

Como en todas partes, empieza por la sinagoga, pues se dice:

-¡Al menos aquí adorarán fervientemente a Dios!

Pero Pablo se lleva también una desilusión con los judíos. Eran pocos en Atenas, y parece que se habían amoldado a la manera floja de vivir de los atenienses.

Pablo no sería Pablo si se hubiera quedado quieto. Cada día iba al ágora, la plaza pública en que se mezclaban, de manera simpática y desesperante a la vez, toda clase de gentes.

Abundaban en ella, sobre todo, los filósofos baratos y los oyentes ociosos, que se preguntaban cada día: -¿Qué hay de nuevo hoy?...

Los grandes sabios como Sócrates, Diógenes, Platón o Aristóteles, habían desaparecido hacía ya muchos años.

Ahora, dicen los Hechos, merodeaban los estoicos y los epicúreos, que al oír a Pablo comentaban de manera divertida:

-¿Qué dice ese charlatán, ese pajarraco que se come todos los granos esparcidos por el suelo?...

Era esto lo que en Atenas decía la gente de los filósofos baratones que se presentaban cada día. Porque eran unos sabios muy pobres, que recogían cuatro sentencias que habían escuchado de otros, y las vendían como sabiduría propia.

¡Esto es ese predicador tan curioso que nos viene con nuevos dioses, ese Jesús y esa Resurrección!...

Si no lo dijera así Lucas, que se luce en su narración, nosotros no tendríamos imaginación para inventarlo.

Como todos los dioses del Olimpo griego eran casados o se unían para engendrar otros dioses, aquí viene este Pablo ahora a predicar un dios masculino, Jesús, y una compañera femenina, Resurrección. ¡No deja de ser curiosa esta pareja de dioses!...

Así piensan los oyentes de Pablo, y para aclarar mejor las cosas, le proponen:

-¿No podríamos oírte de esto más detenidamente en el Areópago?

La proposición era muy seria. El Areópago era el tribunal que examinaba la legitimidad de la religión y, si era preciso, juzgaba a los propagandistas de nuevos dioses. El Areópago había juzgado y condenado a muerte por impío nada menos que a Sócrates, el filósofo y el hombre más grande de Grecia.

¿Qué hará el Areópago ahora con Pablo, ese anunciador de nuevas divinidades?...

No va a hacer nada, afortunadamente.

Lo de hoy no va a ser un juicio, sino un escuchar al expositor de la nueva religión.

Pablo está de pie ante sus oyentes, que le invitan:

-¿Podemos saber cuál es esa nueva doctrina que tú expones? Pues te oímos decir cosas extrañas y querríamos saber qué es lo que significan.

Todo es cortesía, todo es educación. Y Pablo, en su exposición, va a rayar a gran altura desde el primer momento, cuando comienza:

-Atenienses, veo que ustedes son, bajo todos los aspectos, los más respetuosos de la divinidad.

Con este comienzo, Pablo se demuestra un orador consumado, y Lucas un historiador excepcional al darnos un resumen de las mismas palabras de Pablo.

Magnífico, bello y muy profundo todo, desde luego.

El auditorio escucha con placer una filosofía semejante, y más cuando la ve confirmada por lo que dijeron algunos pensadores y poetas griegos, como lo reconoce Pablo:

-Porque somos del linaje de Dios. Y si somos del linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es algo semejante al oro, la plata o la piedra, modelados por el arte y el genio de los hombres

Pablo está formidable. Pero viene lo malo, cuando anuncia:

-Ese Dios creador, que ha tolerado hasta ahora la ignorancia, quiere que todos se conviertan, porque todos van a ser juzgados un día por un hombre determinado, a quien Dios ha garantizado resucitándolo de entre los muertos.

Aquí se acabó el escuchar con agrado a este soñador.

¿La conversión?... No les gustaba.

¿La resurrección de los muertos? A un griego no le entraba en la cabeza.

Pero siguieron todos en su educación, y dijeron cortésmente al orador:

-Pablo, te escucharemos con gusto otra vez.



No volvieron a escucharle, porque ni ellos estaban interesados ni Pablo tenía ganas de perder más el tiempo:

-Aquí no hay nada que hacer. Estos griegos atenienses buscan sólo sabiduría, y yo no enseño más sabiduría que la de la Cruz.

No todo, sin embargo, se había perdido, como anota Lucas:

“Algunos hombres se adhirieron a Pablo y creyeron, entre ellos Dionisio Areopagita, una mujer llamada Damaris y algunos otros con ellos”.

Éstos fueron la semilla de una nueva Iglesia en Atenas, pequeña, pero allí quedaba la semilla enterrada.

Pablo, siguen diciendo los Hechos, dejando Atenas se fue a Corinto.

Esta vez no se marchaba perseguido. Fracasado, sí.

Los pocos judíos de Atenas seguían en su indiferencia, los filosofantes griegos en su incredulidad, y Pablo con una convicción: ¡Basta de ciencia! La Cruz y nada más...

Lo va a demostrar en el nuevo campo. ¡Corinto a la vista!...

## 17. A partir del Areópago. *Un fracaso y una lección*

¿Recordamos la inquietud y la impaciencia de la última charla? ¡Corinto a la vista!...

Sí, y de Corinto nos tocaba hoy hablar. Pero vamos a hacer una pequeña parada antes de asistir a la fundación de una Iglesia que llena de ilusión.

Debemos volver la mirada a Atenas, de la que vimos salir a Pablo muy apesadumbrado, y de la que nosotros mismos nos pudimos llevar una mala impresión.

Pablo pensó:

-Atenas, fracaso con los judíos, ¿por qué?... Atenas, fracaso con los griegos, ¿por qué?... ¿Es que el Evangelio no tiene fuerza? ¿A qué se debe lo que me ha ocurrido?...

Pablo, como lo hemos visto desde el principio, era un judío de pies a cabeza, y en todas partes se las tenía que ver con los de su raza.

Si los judíos admitían el Evangelio, en ellos encontraba colaboradores magníficos como Silas o Timoteo, o bien formaban los judíos, a la par que los gentiles, una Iglesia tan preciosa como la de Berea.

Pablo contaba siempre con la persecución.

Pero lo de los judíos de Atenas fue peor que los azotes o la expulsión de la ciudad.

Ni una conversión. Ningún interés por el Evangelio. Frialdad por todas partes. Apatía por doquier. Indiferencia absoluta.

Aquellos judíos, por lo visto, se habían acomodado a la manera floja de vivir de los atenienses, y Dios y el prometido Cristo no les importaron nada. Como si se dijeran:

-Adoramos al Dios Yahvé sin preocupaciones; ¿por qué nos vienen ahora a molestarnos tontamente?... Dejemos a todos en paz, y que cada uno siga adorando a su dios como le venga bien. ¿A qué meternos con los demás?...

Fracasado con los judíos, Pablo, tan judío, se pasó a los gentiles. Pero, ¿estaba preparado para meterse con el mundo griego?...

Dios había tenido una providencia grandísima con Pablo. Cuando lo escogió, sabía Dios a quién elegía.

El judío completo, era también un griego y un romano completo.

Pablo, como hombre, encarnaba en su persona lo más rico del mundo de entonces.

Dentro de pocos años. Pablo escribirá en una de sus cartas:

“Yo soy el más pequeño de los apóstoles. Pero, por la gracia de Dios soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos los demás apóstoles, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1Co 15,9-10).

Naturalmente que pudo desarrollar una actividad asombrosa y muy diferente de la llevada a cabo por los demás.

Porque ninguno de los otros apóstoles tuvo la formación que le tocó en suerte tener a Pablo.

Como judío, era un brillante maestro de la Biblia, graduado en las escuelas superiores de Jerusalén.

Como griego, era un helenista nacido y educado en Tarso, ciudad muy notable por su saber, en la que asimiló la cultura griega y pudo estar en contacto pacífico con el derecho romano y muchas costumbres del Imperio.

El discurso que Pablo pronunció en Atenas ante el Areópago no se improvisaba fácilmente.

Semejante pieza oratoria indicaba una formación griega muy valiosa, asimilada en Tarso, ciudad que marcó a Pablo con sello indeleble en su rica formación humana y social.

Aunque la fuente de su ciencia sea la Biblia, Pablo sabe también y repite dichos y sentencias de filósofos, poetas y escritores griegos.

Conoce los juegos olímpicos y en sus cartas hace alusiones estupendas a ellos, aplicando a la vida cristiana los esfuerzos y triunfos de los atletas.

Está al tanto de costumbres militares, y nos describe al detalle la armadura romana.

Veremos después cómo sus cartas están llenas de alusiones a la vida griega y romana, aprendido todo durante su niñez y juventud.

Es cierto que Pablo pensaba ante todo y sobre todo con la Biblia, y que todo lo que estuviera en oposición a las Sagradas Escrituras lo rechazaba de manera fulminante.

Por poner un caso, Pablo pudo leer en Tarso la inscripción asiria junto a la estatua de Sardanápalo: “Caminante, come, bebe y pásala bien, que todo lo demás no vale la pena”.

¿Qué pensaba Pablo ante semejante brutalidad? Pues, se diría:

-¿Eso? Los que así piensan y hablan son malos, pero discurren como tontos más que como pecadores. Ya me lo dice mi Biblia: “Los impíos, razonando neciamente, se dicen...”Vengan y disfrutemos... gocemos de lo presente..., coronémonos de rosas antes de que de se marchiten” (Sb 2,1-8)

Aunque, junto a esa barbaridad, pudo aprender dichos como éste, de un gran filósofo de Tarso: “Para todo ser humano su conciencia es su Dios” (*Atenodoro*)

En la misma Atenas y sobre la Acrópolis pudo Pablo recordar las palabras de un poeta dirigidas a Zeus, el Júpiter de los griegos:

-¡Oh Zeus, yo te saludo! Toda carne puede elevar su voz a ti, pues somos de tu estirpe. Por esto quiero con gozo elevar a ti mi canto de alabanza, cantar eternamente tu alabanza” (*Coleantes*, en Holzner)

Por palabras de filósofos y poetas como éstos pudo valorar Pablo lo que el Espíritu de Dios había depositado en la naturaleza humana, buena como salida de la mano de Dios, aunque estropeada tan lastimosamente por obra del Maligno.

Hay que decir que Pablo dio muestras de tener un espíritu muy abierto, muy amplio, y que admitía y asimilaba todo lo que viera de bueno, de honesto, de enriquecedor.

Con todo esto vemos cómo la religión y la moral —que enseñaban los espíritus más rectos entre aquellos paganos—, bien consideradas, eran un camino abierto para el Evangelio.

¿Qué es lo que faltaba? Lo que les dijo Pablo: “Convertirse”.

¡Dejen a ese Júpiter el padre de los dioses, y vuélvanse al Dios que creó todas las cosas!

¡Dejen a muchos de sus maestros, y acudan al Maestro que yo les indico, el hombre Jesús, que un día juzgará a todos los muertos que habrán resucitado!

¡Crean en este Hombre Jesús, y vayan sin miedo a Él, que está autorizado por Dios con la resurrección de entre los muertos!

¿Dónde radicó el fracaso de Pablo en Atenas?

En la indiferencia de los judíos y en la soberbia fatua de los griegos.

Pablo no pudo presentarse con más autoridad y hablar mejor a los griegos y a los judíos.

En el Pablo de Atenas aprendió también la Iglesia la gran lección del apostolado.

Todo apóstol se presenta con una preparación religiosa y humana completas.

Pero ante la indiferencia que puede encontrar o ante el rechazo que le oponga la soberbia de los oyentes, siempre tendrá el apóstol cristiano —como arma eficaz— la Cruz de Cristo, que es sabiduría de Dios y fuerza de Dios para todos los que se han de salvar.

## 18. Corinto. Soñando en lo imposible

Decir *Corinto* es decir *Pablo*, porque no sabemos dissociar los dos nombres. A Corinto, capital de la Acaya en el corazón de Grecia, lo conocemos por Pablo, y el nombre de Pablo nos lleva a Corinto y nos trae sus cartas como lo más familiar que tenemos en la Iglesia.

Por eso entramos hoy con ilusión en Corinto acompañando a Pablo, que llega de Atenas donde fracasó tan seriamente, y que en el nuevo campo de acción va a tener mucho trabajo, muchas conversiones, muchos disgustos, muchas alegrías, mucho de todo lo que llena la vida entera del Apóstol (Hch 18,1-17)

Atenas quedaba atrás a sesenta y cinco kilómetros, y Pablo llegaba a Corintio sin más compañía que sus pensamientos, sus ilusiones y sus inquietudes, mientras se preguntaba:

-¿Cómo me va a responder la ciudad del dinero, que corre abundante por tanto comercio y tantos negociantes venidos de todos lados?... ¿Cómo me va a tratar la ciudad de la lujuria, con su templo de Afrodita servido por más de mil prostitutas?... ¿Cómo me irá en la ciudad de los Juegos Ístmicos, las Olimpíadas de Corinto, próximos ya a celebrarse?...

Esto va pensando Pablo durante su entrada en ciudad, cuya belleza no le podía dejar insensible. Estaba dominada por el Acrocorinto, más alto aún que la Acrópolis de Atenas, y coronado por el templo a Afrodita, la diosa del placer, que lo enseñoreaba todo.

Ante la visión del dinero, de la vida lujuriosa, de la distracción, y escarmentado con la experiencia de Atenas, Pablo está decidido a presentar más que nunca sólo a Jesucristo, y a Jesucristo precisamente “crucificado”.

Un día escribirá a los de Corinto, al recordar estos días primeros, unas palabras que se han hecho programáticas en la Iglesia:

“Al llegar a ustedes, no lo hice con palabras de sabio, para no desvirtuar la cruz de Cristo, ya que la predicación de la cruz es locura para los que se pierden, aunque para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios”.

Pablo entra en Corinto como ese Cristo a quien va a predicar.

Llega crucificado por la pobreza, por la soledad, por la incertidumbre, como confesará él mismo:

“No quise saber entre ustedes sino a Jesucristo, y éste crucificado, y me presenté ante ustedes débil, tímido y tembloroso” (1Co 2,3)

Pablo ha llegado solo, pues a Silas y Timoteo los ha enviado a Tesalónica para sostener a los nuevos cristianos, sometidos a la persecución de los judíos.

Para vivir, se ha de poner a trabajar desde el primer momento, y ronda por la ciudad buscando el barrio de los tenderos para ofrecerse a cualquier industrial. Pablo es tejedor de telas rudas e impermeables al agua, tan resistentes que, colocadas en el suelo, se mantenían tiesas y eran aptísimas para tiendas de campaña o capas de pastores y campesinos.

En medio de sus angustias y depresión, Dios le tiende a Pablo unas manos amorosas.

-¿Cierto que me admiten en su taller?...

-¿Cómo no, hermano? Aquí tienes una tienda en que trabajar y unos amigos con quienes compartir.

Los que así hablan, no fingen; actúan con toda cordialidad.

Se llaman Áquila y Prisca, su mujer. A Prisca la llaman con un diminutivo cariñoso: Priscila. Son unos judíos indudablemente ya cristianos, que han tenido que salir de Roma el año 49 por la expulsión del Emperador Claudio, el cual mandó fuera a todos los judíos por causa de un tal “Cresto”, como lo llama un escritor pagano, en vez de “Cristo”.

¡Qué testimonio tan preciso! Por ese Cristo que comenzaba a ser conocido en Roma y los judíos no lo aceptaban ni lo toleraban.

Áquila y Priscila eran acomodados industriales, viajaban mucho, y ahora le ofrecían a Pablo su taller y su mostrador, pues los tres ejercían el mismo oficio de tejedores de lonas.

Se inicia entre Pablo, Áquila y Priscila una amistad entrañable, tanto que un día mandará para ellos este saludo y elogio sin par:

“Saluden a Prisca y Áquila, colaboradores míos en Cristo Jesús. Ellos expusieron sus cabezas para salvarme, lo cual se lo agradezco no solo yo, sino también todas las iglesias de entre los gentiles. Saluden a todos los que se reúnen en la iglesia de su casa” (Ro 16,3-5)

¡Qué par de cristianos, este matrimonio tan querido y ejemplar!...

De momento, Pablo predica a Jesucristo solamente los sábados en la sinagoga.

Sigue con sus preocupaciones, hasta que llegan Silas y Timoteo con las mejores noticias de Tesalónica:

-¡Qué magníficos discípulos! ¡Cómo se mantienen en la fe del Señor Jesús! ¡Y cómo te recuerdan y te quieren, Pablo! Mira lo que nos han dado para ti ellos y los de Filipos, a fin de que no pases tantos apuros!...

Pablo no puede con su emoción. Ve la mano del Señor, y ahora, aliviado en su necesidad, aunque seguirá trabajando moderadamente en el taller de lonas para mantenerse por sí mismo, ve que ha llegado el momento de darse de lleno a la evangelización.

El jefe de la sinagoga, Crispo, aceptó el Evangelio y se bautizó con toda su familia, igual que lo hicieron algunos judíos más.

Podemos suponer qué significaba eso de que hasta el jefe de la sinagoga aceptara el Evangelio. Los judíos estaban que no aguantaban más.

Y vino lo que tenía que venir.

Pronto estalló una lucha tan violenta que Pablo se hallaba otra vez descorazonado:

-¿Qué hago, Señor?...

Pero el Señor le dio la respuesta que estaba necesitando.

Se le aparece aquella noche, y le dice:

“¡Ánimo! Sigue hablando y no te calles; pues yo estoy contigo y nadie te atacará para hacerte mal; porque tengo yo elegido un pueblo numeroso en esta ciudad”.

Pablo nunca había pasado tanto tiempo en un mismo lugar, y después de año y medio de trabajar tan duramente en Corinto, acompañado de Áquila y Priscila, salía en viaje rápido hacia Jerusalén.

¿Dejamos nosotros para siempre Corinto? No. Hemos de volver aquí.

Como lo hará Pablo en otras breves visitas y, más que nada, con sus cartas inolvidables.

Cuando las escriba, nosotros nos meteremos entre el público de la Iglesia, para embebernos también de unas enseñanzas que nos encantarán.

Pablo trabajó ilusionado en un campo al parecer estéril. Más de uno le hubiera aconsejado al principio:

-Es inútil, no te empeñes. Corinto no es para la Cruz de Cristo...

Pero Pablo pensó:

-¡Sí que lo es! El orgullo de la sabiduría vana es lo que a mí me da miedo. Aquí hay mucho pecado, pero precisamente por eso triunfará la Cruz, que es la fuerza de Dios...

Y triunfó, ¡vaya que si triunfó! Aún ahora seguimos en nuestro pasmo y admiración...

## 19. Las Cartas magistrales de Pablo. *Doctor para siempre*

¿Es interesante la vida de Pablo?... ¡Cómo no, si es la vida de uno de los hombres más extraordinarios que conoce la Historia!

Sin embargo, la enorme influencia de Pablo en la Iglesia de todos los siglos no radica en lo que nos cuentan los Hechos de los Apóstoles, sino en las cartas que escribió a las Iglesias mientras evangelizaba en las ciudades o se consumían sus huesos en la cárcel.

Corría el año 51 y hacía meses que Pablo había evangelizado Tesalónica.

Allí había dejado una comunidad cristiana ejemplar.

Pero, mientras trabajaba en Corinto, le llegaron a Pablo rumores preocupantes sobre los fieles de aquella tan querida Iglesia: que si persecuciones de los judíos, que si interpretaciones equivocadas de lo que Pablo les había enseñado, que si pequeñas disensiones...

Aquí estuvo todo, muy sencillo, pero fue el detonante de la gran idea paulina.

-¡No puedo ir yo ahora a Tesalónica, pero pide ir una carta!...

Esto se dijo Pablo, y puso manos a la obra.

Ni el mismo Pablo podía imaginar las cartas que iban a seguir después.

Es emocionante imaginarse a Pablo escribiendo dentro del taller de Áquila y Priscila en Corinto y Éfeso, cuando cesaba el correr de las agujas entre los tejidos.

Igual que hará años más tarde —a la luz de la lámpara mortecina de la casa de Roma— durante aquellos dos años de prisión. ¡A escribir!...

¿Y por qué escribía Pablo?

Escribió sus Cartas a las Iglesias particulares que había fundado para responder a situaciones concretas;

para animar a los vacilantes en la fe;

para corregir errores o arreglar conductas;

para exponer el Misterio de Cristo;

o para preparar su visita a cristiandades que quería conocer, cosa que hará especialmente con la gran carta a los de Roma.

Después de los Evangelios, son las joyas más ricas que contiene y nos ofrece la Biblia.

A pesar de que a veces resultan difíciles, como reconocía el mismo San Pedro:

-Miren cómo les escribió nuestro querido hermano Pablo con la sabiduría que le fue concedida. En todas sus cartas trata estos temas, si bien en ellas hay cosas difíciles de entender (2P 3,15-16)

Si el mismo Pedro reconocía esta dificultad, ¿qué no podemos decir nosotros?...

Es cierto: hay que estudiar algo las cartas de Pablo, pero, cuando se van entendiendo, resultan el alimento más nutritivo del alma.

Sabemos cuáles son las cartas de Pablo, pues oímos siempre en la Iglesia estos nombres:

-Carta a los Tesalonicenses, a los Corintios, a los Gálatas, a los Romanos, a los Filipenses, a los Efesios, a los Colosenses, a Timoteo, a Tito, a Filemón...



La de los Hebreos, también de origen paulino, es sin duda de algún discípulo suyo —quizá Bernabé o Apolo u otro—, pero no es propiamente de Pablo.

Pablo escribía al dictado, por medio de un amanuense, como dice varias veces:

“El saludo va de mi propia mano, Pablo”, dice a los de Corinto.

“Vean con qué grandes letras les escribo, de mi propia mano”, les añade a los de Galacia. .

“El saludo va de mi mano, Pablo. Esta es la firma en todas mis cartas; así escribo”, termina escribiendo a los tesalonicenses..

La epístola de los Romanos termina con esta deliciosa nota:

“Os saludo en el Señor también yo, Tercio, que he escrito esta carta”.

Hemos de pensar lo que le costó a Pablo el escribir semejantes cartas.

El día lo pasaba en el trabajo de tejedor para ganarse el pan de su vida.

En muchas circunstancias, la jornada entera la empleaba para evangelizar.

¿Qué le quedaba para escribir? Podía emplear a lo más dos o tres horas al anochecer robándose las al sueño.

Un bien conocido y autorizado historiador de Jesucristo y de San Pablo, nos da detalles preciosos acerca de las cartas de Pablo (*Ricciotti*)

Datos curiosos y muy interesantes, que nos hacen apreciar el esfuerzo enorme que le supuso al Apóstol el dejarnos escritos tan inapreciables.

Utilizaba los famosos papiros de Egipto, lo hacía en griego, y se podían escribir por minuto tres sílabas, unas setenta y ocho palabras por hora.

A este paso, estudiado todo con cálculos muy probables y precisos, la primera carta a los Tesalonicenses, con 1.472 palabras, le tuvo que costar diez folios de papiro y veinte horas de escritura.

El billete a Filemón, que es como una carta de las nuestras, con 335 palabras, le supuso tres folios y más de cuatro horas de escritura.

Y la imponderable carta a los Romanos, con 7.101 palabras en el original griego, se le llevó unos cincuenta folios de papiro y noventa y ocho horas de dictado al amanuense.

Las Cartas o Epístolas de San Pablo enseñan y estimulan mucho.

Quien quiera aprender vida cristiana, encuentra en Pablo al Maestro consumado.

Especialmente, quien aspire a encenderse en amor a Jesucristo, que vaya a Pablo, el cual tiene acentos sublimes e inimitables:

- ¡Mi vivir es Cristo!...

- Vivo yo, pero ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí.

- Me glorío de no conocer más que a Jesucristo, y Jesucristo crucificado.

- Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por pura basura para ganar a Cristo.
- ¡Que nadie me moleste más! Porque yo llevo impresas en mi carne las llagas del Señor Jesús.
- Deseo la muerte para estar con el Señor, que es con mucho lo mejor.
- Saldremos arrebatados al encuentro del Señor..., y así estaremos siempre con el Señor.
- ¿Quién nos separará del amor a Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... ¡No, nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro!...

A partir de este momento, dentro de la historia de Pablo iremos nosotros insertando el recuerdo de estas cartas, tal como las vaya escribiendo el Apóstol.

En esas cartas de fuego comprobamos aquello que de él decía San Juan Crisóstomo:  
“El corazón de Pablo era el corazón de Cristo”.

Y la verdad es que, al leerlas, también nuestro corazón se va pareciendo cada vez más al Corazón del Señor...

## 20. La primera a los de Tesalónica. *Ya nadie parará la pluma*

Pablo está en Corinto. Hace ya un año que dejó atrás la ciudad de Tesalónica donde había fundado una Iglesia que resultó ejemplar y querida, muy querida de Pablo.

Capital de la provincia romana de Macedonia, se llamaba Tesalónica, hoy Salónica, por la hermana de Alejandro Magno. Desde la conquista romana era ciudad libre, con magistrados propios, y próspera por el animado comercio de sus habitantes.

Este notable comercio atraía a muchos inmigrantes de todas partes, de modo que Tesalónica era una ciudad cosmopolita.

Llevaba fama de tener ciudadanos haraganes, pues vivían con facilidad a costa de los que trabajaban y negociaban.

Y junto a esa fama de poco trabajadores, era conocida también por la vida sexual fácil de sus habitantes, de modo que los vicios acampaban por doquier.

A pesar de esta fama poco favorable, Pablo quiso dejar allí sembrado el Evangelio.

Las tres Iglesias de Macedonia —Tesalónica, como antes Filipos y después Berea— fueron magníficas, aunque Pablo hubo de salir de las tres ciudades en forma aventurera, perseguido tenazmente por tantos enemigos.

Ya vimos cómo fueron los inicios de la Iglesia de Tesalónica en el año 50.

Tres sábados seguidos discutiendo con los judíos, probándoles, con la Biblia en la mano, el Evangelio que él predicaba, cuya síntesis nos han conservado los Hechos:

-Convénzanse, Cristo tenía que padecer, morir y resucitar. Ese Cristo es Jesús, a quien yo les anuncio.

Al marchar Pablo violentamente por insidias los judíos, la persecución se cebaba en los discípulos.

Y ahora en Corinto le llegaban noticias de esta tenaz persecución.

Pablo, temeroso, envía a Timoteo desde Atenas a Tesalónica para infundir ánimos a los creyentes, a la vez que le pide:

-¡Por favor, tráeme noticias, que estoy impaciente!

Las deseadas noticias con que Timoteo regresó a Corinto fueron muy buenas.

Pero siempre existían ciertos reparos, uno doctrinal sobre lo que les había enseñado Pablo acerca de la resurrección final, y otro referente a la conducta moral de algunos tesalonicenses.

Pablo quiso ir personalmente, y reconoce: “pero me lo ha impedido Satanás” (2,18), es decir, se le presentaron dificultades muy serias, atribuidas al enemigo

Entonces, suplió el viaje con dos cartas providenciales.

Decimos “providenciales” en el sentido de lo bien que a nosotros nos ha venido el que Pablo tuviera la iniciativa de escribir unas cartas —ésta y otras después—, que iban a ser luz esplendorosa para la Iglesia de todos los siglos.

Miremos cómo presenta Pablo la primera carta, con un elogio grandísimo:

“Ustedes se han convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Aca-ya. Partiendo de ustedes, ha resonado la palabra del Señor, y su fe en Dios se ha difundido por todas partes, de manera que nada nos queda por decir” (1,7-8)

Pero entre las buenas noticias que traía Timoteo, le contaba también a Pablo:

-Esos judíos de nuestro pueblo —porque también tú y yo somos judíos—, no te aguantan y ahora van diciendo que eres insoportable, un tirano, que mandas como un dictador...

A lo que responde Pablo a los suyos con estas palabras colmadas de ternura:

“Aunque pudimos imponer nuestra autoridad como apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con ustedes, como una madre cuida con cariño de sus hijos. Tanto les queríamos que estábamos dispuestos a entregarles, no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestras propias vidas. ¡Han llegado a sernos entrañables!” (2,7-8)

Pero Timoteo le vino a Pablo con esta curiosidad:

-¿Sabes que los tesalonicenses están preocupados por la suerte de los difuntos? Se les han muerto familiares, y los discípulos se preguntan: ¿Cuál es su suerte, si no han visto al Señor?... Por lo visto, no te entendieron bien eso de la resurrección de los muertos.

Pablo ahora los tranquiliza con esas palabras esperanzadoras:

-No se preocupen. Jesucristo, que resucitó, nos resucitará con Él. Ni los vivos ni los ya difuntos tienen ventaja los unos sobre los otros, porque en el último día todos, revestidos de inmortalidad, saldremos al encuentro de Jesucristo que vendrá, “y así estaremos siempre con el Señor” (4,13-18)

Timoteo ha de ser sincero, y le cuenta también a Pablo:

-¿Quieres saber otra cosa? Es algo inquietante la vida moral que algunos llevan, porque no acaban de romper con ciertas costumbres paganas.

Pablo comprende:

-¡Es natural, aunque la cosa no tiene que seguir así! Tesalónica es muy libre en el aspecto sexual, muchos de los convertidos eran y vivían como hijos de su tierra; por eso, no es extraño que les cueste un punto tan delicado como éste.

Es entonces cuando les escribe con generosidad, a la vez que con energía:

“¡No nos llamó Dios a la impureza sino a la santidad!”....

“¡Aléjense de la fornicación! Que cada uno de ustedes sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los que no conocen a Dios”.

Como se ve, Pablo habla del pecado de impureza.

Al decir “su cuerpo”, parece que se refiere a la propia esposa. El cristiano, con ella tiene bastante para ser feliz. Utilizar a otra u otro, es un pecado del que se vengará el Señor.

Pero, dando la vuelta a la hoja, Pablo presenta toda la belleza de la pureza con su razón más alta: el Espíritu Santo, que llena el cuerpo y todo el ser del cristiano.

Estos dos eran los puntos centrales a los que se dirigía toda la epístola. ¿Y qué efecto consiguió? Muy bueno, como era de esperar de los queridos tesalonicenses.

Aunque eso de los difuntos agravó más la cuestión, lo cual nos mereció una segunda carta de Pablo, que pronto nos tocará ver.

La primera carta que hoy tenemos en las manos acaba con palabras muy bellas:

“Estén siempre alegres”,

“Oren sin cesar, dando gracias por todo”.

“No apaguen el fuego del Espíritu con sus dones”.

“Esto es lo que quiere Dios de ustedes como cristianos”.

Así serán todas las cartas de Pablo, y esto es lo que querrá siempre de los discípulos: integridad en la fe y conducta intachable.

Y siempre podrán contar con el corazón inmenso de Pablo, que en amor no se deja vencer por nadie.

## **21. A ser santos llaman. *Lo primero que pidió Pablo***

En la charla anterior, Pablo nos dejó en la mano su primera carta a los Tesalonicenses, que es el primer escrito del Nuevo Testamento. En ella se dirige a los queridos discípulos de una Iglesia que le llenaba el alma por la fidelidad con que vivían el Evangelio.

Nosotros abrimos hoy esa carta y nos encontramos con esta afirmación tan categórica:  
“Esta es la voluntad de Dios, su santificación”.

Y especifica Pablo: “Porque Dios nos llamó para que vivamos en santidad” (1Ts 4, 8)

El cristiano, desde su bautismo, es un estuche que encierra la joya de más valor, como es la gracia de Dios.

Esa gracia divina, que Pablo llama “santidad”, se ha de conservar y acrecentar, sin guardarla nunca ociosa, porque hay que consumirla en su perfección.

Pablo nos lo dice hoy con toda su energía, como antaño a los tesalonicenses:

“Esta es la voluntad de Dios, la santificación de ustedes”.

Pablo ha venido a proponernos, cambiando las palabras, lo mismo que Jesús proclamó en su discurso de la Montaña:

“Sean perfectos, como es perfecto su Padre que está en el cielo” (Mt 5,48)

Ante el programa propuesto por Pablo, y antes por Jesús, la Iglesia ha mantenido siempre vivo el ideal de la santidad.

En nuestros días, el Papa Juan Pablo II lo señala como la gran meta que han de conseguir los privilegiados que inician el Tercer Milenio.

Los que lo inician y los que lo seguirán después.

¿Para qué?... Para que al acabarse los diez siglos que ahora empiezan, la Iglesia se vea cuajada de santos.

¿No nos guarda San Pablo alguna palabra para los que hemos aceptado el reto de aquel querido Papa, a quien tanto admiramos?...

¿Y qué es lo que atestigua Pablo?... A voz en grito proclama el Apóstol:

¡Dios es santo!

¡Dios llama a la santidad!

¡Dios santifica!

¡Dios hace crecer en la santidad!

¡Dios consumará un día la santidad de los elegidos convirtiéndola en gloria inimaginable y en felicidad sin fin.

Pablo se sabía más que de memoria los textos famosos de la Biblia que presentaban a Yahvé, el Dios de Israel, como el Santo, el Santísimo.

“Sean santos, porque yo soy santo”, leía Pablo en el Levítico (11,44)

Después, lo contemplaba con Isaías en la visión grandiosa de los ángeles que cantaban a coro: “Santo, santo, santo es Yahvé, Dios de los ejércitos celestiales, llena está la tierra de su gloria” (Is 6,3)

Y confesaba Pablo con el salmista: “Dios es santo en todas sus obras” (Sal 144,17)

Pablo llegó entonces a preguntarse:

-Si Dios es santo, ¿qué nos toca a nosotros sino ser santos como Dios?

Pero, ¿qué significa eso de que Dios es santo?

A lo largo de toda la Biblia, la palabra “santo” quiere decir que Dios es absolutamente puro, sin que se mezcle para nada con ninguna cosa o criatura que no sea Dios.

Dios es puramente Dios, solamente Dios, totalmente Dios, de modo que cualquier otra cosa que le tocara sería en Dios una impureza.

Por eso su Hermosura es infinita a más no poder.

Ahora viene Pablo, y dice:

-¿Se dan cuenta de lo que es Dios? ¿Se dan cuenta de lo bellísimo que tiene que ser, al no contaminarse con nada?

Pablo se sume en una profunda meditación, y expone en voz alta a todos los vientos lo que él va pensando:

\* Esto es lo que quiere Dios de mí, y de todos los hijos de las Iglesias que he fundado: que seamos santos como Él, sin mancha alguna que nos haga feos y nos avergüence en su divina presencia, sino que aparezcamos llenos de hermosura celestial.

“Purificados de toda mancha de la carne y del espíritu, consumamos la santificación en el servicio de Dios” (2Co 7,1)

“Actuamos siempre con una rectitud y con un amor delante de los divinos ojos, que, con sólo mirarnos, Dios se queda prendado de nosotros

“Para esto nos ha reconciliado por medio de la muerte de su Hijo, para presentarnos santos, inmaculados e irreprochables delante de él” (Col 1,22)

Este ha sido el sueño divino desde siempre, desde que Dios es Dios.

Porque desde toda la eternidad, “desde antes de la creación del mundo nos eligió para ser santos, intachables y abrasados en amor” (Ef 1,4)

¿Y cómo nos hace Dios santos, si antes éramos pecadores? ¡Por el bendito Bautismo!

“En él hemos sido lavados, hemos sido santificados, hemos sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1Co 6,11)

Esto lo ha hecho Dios con todos los hijos de la Iglesia, porque “Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella para santificarla” hasta convertirnos en templo santo, ese templo que somos nosotros” (Ef 5,25; 1Co 3,17)

Todo lo realizó Dios por Jesucristo, causa de nuestra santificación, porque “de Dios nos viene el estar en Cristo Jesús, al cual Dios hizo para nosotros santificación” (1Co 1,30) \*

Así va discurriendo Pablo. Así nos habla. Y así grita hoy, igual que entonces a los de Tesalónica: “¡Sean santos!”...

La santidad, según San Pablo, es una verdadera vocación de Dios, que llama a la santidad a todos los cristianos, como lo expresa al saludar a los de Corinto o a los de Roma:

“A los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos”.

“A todos los amados de Dios que están en Roma, santos por vocación”.

Para Pablo, lo de menos es que un cristiano sea hombre o mujer, casado o soltero, abogado o campesino, Presidenta del Gobierno o costurera, Papa Vicario de Jesucristo o pescador del puerto...

Desde el primero al último de los bautizados —aunque en la Iglesia tenga cada uno un carisma diferente—, todos los hijos de la Iglesia tienen por igual la misma y suprema vocación: ser santos y santas para ser mañana los florones más vistosos que adornen el Cielo.



## 22. El Señor volverá. Otra misiva a Tesalónica

Pablo, mientras evangelizaba en Corinto, les pidió con urgencia a Timoteo y Silas:

-¡Pronto! Necesito más papel, tinta y plumas. Y ustedes, prepárense para otra carta que les tengo que dictar.

Se inició un diálogo nervioso entre los tres, al preguntar Timoteo:

-Pablo, ¿qué pasa pues?

-Nada malo. Pero quiero tranquilizar a los de Tesalónica. Como tú me decías, Timoteo, no entendieron eso de la resurrección de los muertos. Por una parte están llenos de esperanza, pero por otra han sacado malas consecuencias. Me han informado algunos hermanos llegados de allí, que bastantes discípulos se han dicho: Si el Señor está cerca, ¿para qué molestarse en lo poco que nos queda de vida aquí?...

-O sea, ahora a vivir tranquilos, a mariposear por el ágora, a no trabajar y a dedicarse al ocio, en el que los griegos son tan especialistas.

-Dices muy bien, Silas. Por eso, es tan importante aclararles este punto sin dejarles dudas. Al acabar el trabajo en el taller, y después de predicar al Señor Jesús en el grupo que nos viene cada día, hemos de escribir de nuevo.

Silas y Timoteo se dieron cuenta del trabajo que les venía otra vez encima.

Pablo, discurrendo mientras daba vueltas por la estancia, les iba a dictar a los dos las ideas que le llenaban la cabeza.

Sentados uno y otro en el suelo —con los papiros egipcios en la mano, y turnándose, pues el escribano difícilmente aguantaba más de dos horas—, irían escribiendo la segunda carta a los de Tesalónica.

Más breve ésta que la anterior, pero también llena de enseñanzas y de cariño.

No habían pasado más que unos dos meses desde la primera carta, y viene esta segunda como una emergencia, originada por la cuestión de los difuntos.

Algunos tesalonicenses, interpretando mal lo que Pablo les había escrito, sacaron una mala consecuencia:

-Si el Señor está cerca, si va a venir pronto para el Juicio, ¿vale la pena preocuparse por el porvenir?, ¿vale incluso la pena trabajar?...

Pablo reprende. Con cariño, pero amonesta como debe:

-A los haraganes, que viven entre ustedes “sin trabajar nada, pero metiéndose en todo”, les aviso en serio: “si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (3,10-11)

Y se pone como ejemplo:

-Ustedes saben cómo deben vivir para imitarnos: no hemos vivido entre ustedes sin trabajar; no pedimos a nadie un pan sin haberlo ganado, sino que trabajamos y nos fatigamos día y noche a fin de no ser carga para ninguno de ustedes. Y no es que no tuviéramos derecho para pedir; pero quisimos darles un ejemplo que imitar (3,7-9)

Vemos cómo no dice “yo”, sino que la carta pone bien claro “nosotros”.

Los compañeros de Pablo trabajaban, cada uno en su oficio, igual que el maestro.

Como se dice vulgarmente, hemos empezado por el tejado, por la consecuencia que Pablo quería extraer de la doctrina sobre la Segunda Venida del Señor, llamada técnicamente “La Parusía”. ¿Queremos saber ante todo el significado de esta palabra?

“Parusía” era una palabra griega que designaba la visita que el emperador o un legado suyo hacía a alguna provincia o ciudad de su dominio.

Iba siempre, como es de suponer, acompañado de todo su séquito, desplegando magnificencia, y era recibido por el pueblo, con las autoridades a la cabeza, en medio de grandes festejos.

Así era en la antigüedad, en los pueblos orientales como en la misma Roma.

Y de ahí vino el término de la comparación:

-¿Les gusta esa pompa, esa grandiosidad, ese despliegue de fuerzas del emperador o del rey?... Pues esto es lo que va a acontecer cuando vuelva el Señor Jesús al final de los tiempos. ¡Aquello sí que será espectacular!

Todos recordaban con esta palabra lo que había dicho Jesús, y que Pablo les había expuesto: “Verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad” (Mt 24,30)

La Vuelta del Señor lleva consigo aparejada la resurrección de todos los muertos y la comparecencia ante el tribunal de Jesucristo de todos los ángeles, los del cielo y los del infierno, conforme a la palabra del mismo Pablo:

-¿No saben que nosotros vamos a juzgar a los ángeles? (1Co 6,3)

Es decir, la Parusía, o Día del Señor, reunirá ante Jesús a todas las gentes de todos los tiempos, con la comparecencia también de todos los ángeles del cielo y todos los demonios del infierno.

Los muertos resucitarán aquel día, pero, ¿y los que vivan cuando el Señor venga? ¿qué ocurrirá con ellos?... Esta era la cuestión que preocupaba a los tesalonicenses.

Pablo es también muy claro:

“No todos moriremos, pero todos seremos transformados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último sonido de trompeta que tocará, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados” (1Co 15,51-52)

Parece que en la primitiva Iglesia se pensó que la vuelta del señor estaba inminente. Cuestión de años. Pero pronto se convencieron de que la cosa iba para largo.

Los años se podían convertir en siglos y en bastantes milenios. Como así ha sido.

Es muy posible que estemos en la aurora de la salvación, en el puro amanecer, y que falten aún muchas horas del día.

En esta carta segunda a los de Tesalónica Pablo apunta un signo de la venida del Señor: la apostasía general y la aparición del Anticristo. Venía a decir lo mismo que Jesús:

“Y cuando yo vuelva, ¿encontraré fe en la tierra?” (Lc 18,8)

Esta cuestión de la Vuelta del Señor había suscitado en Tesalónica muchos falsos profetas, que iban proclamando, de viva voz y por cartas falsificadas, como escritas por Pablo:

-¡El Señor está por llegar!... ¡Prepárense, porque el Señor viene!...

Tanto San Pablo, como antes Jesús, desengañan a todos los falsarios, que hasta señalan fechas concretas:

-Nadie sabe cuándo será. Lo que interesa es estar preparados para cuando el Señor llame a cada uno.

Aquel ¡Volverá! de la Ascensión lo tenemos muy metido en la mente y en el corazón.

El día grandioso del final de los tiempos les hace exclamar de continuo a los hijos de la Iglesia con el Apocalipsis: ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20)

Con esta carta volvió la paz a la Iglesia de Tesalónica.

¡Y qué paz da también hoy el seguir repitiendo con fe:

¡Volverá!... ¡Ven, Señor Jesús!...

### 23. ¡Lean, tesalonicenses! *Una súplica de Pablo*

Ha salido de la pluma de Pablo la primera de sus cartas. Y, al final de la misma, les grita casi a sus queridos tesalonicenses:

-¡Léanme! ¡Les conjuro por el Señor que lean esta carta todos los hermanos! (1Ts 5,27)

¿Sospechaba Pablo que esa su carta, sus dos primeras cartas —primeros escritos del Nuevo Testamento—, los íbamos a leer con fruición en la Iglesia durante siglos y siglos?...

Y al leer esas sus dos cartas a los de Tesalónica, ¿con qué nos encontramos?...

Aparte de lo que ya tenemos comentado en charlas anteriores, vemos a Pablo volcar su corazón ante aquellos hijos que eran su gloria por la fidelidad al Evangelio.

¿Cómo no va a estar orgulloso Pablo de ellos, si se han convertido en modelo de todas las Iglesias? Así se lo dice sin complejos ni regateos:

“Han abrazado la palabra de Dios con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones. De esta manera se han convertido en modelo de todos los creyentes. Pues partiendo de ustedes, ha resonado la palabra del Señor por todas partes” (1Ts 1,7-8)

Pablo, ufano por sus hijos, no solamente los colma de felicitaciones, sino que pasa a darles unos consejos que son para nosotros, todavía hoy, grandemente orientadores en nuestra vida cristiana.

Y nada más empezar, Pablo nos cita por primera vez lo que son la fe, la esperanza y el amor: esa tríada gloriosa que encierra toda nuestra salvación, cuando escribe:

“Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre el obrar de su fe, el trabajo difícil de su caridad, y la tenacidad de su esperanza en Jesucristo nuestro Señor” (1Ts 1,3)

¡Que elogio el contenido en estas palabras! ¡Quién lo pudiera merecer siempre! No hay cristiano que se pueda perder cuando vive estas tres virtudes recibidas en el bautismo.

Y no se puede perder, sencillamente, porque esa fe, esa esperanza y ese amor son la armadura más fuerte con que está pertrechado para resistir los ataques de Satanás, pues les comenta Pablo:

“Estamos revestidos con la coraza de la fe y de la caridad, y con el casco de la esperanza de la salvación” (5,8)

Pero, ¿por qué viven los tesalonicenses con semejante fidelidad el Evangelio?

Pablo reconoce que esto se debe a dos razones poderosas, encerradas en estas palabras:

“¡Han llegado a ser para mí entrañables! Porque, al recibir la palabra de Dios que les prediqué, la acogieron, no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, como lo es en verdad, y esa palabra permanece activa en ustedes” (1Ts 2,8 y 13)

Aquí está la razón de la fuerza de una Iglesia concreta y de un cristiano en particular.

La palabra que escucha, salida de labios elocuentes o de otros labios muy pobres, es Palabra de Dios, no palabra de hombre, que engendra y alimenta la fe.

Y recibida la Palabra con fe, ¿se queda en una fe muerta, sin obras? ¡No! Porque se traduce en obras vivas, activas siempre, tal como dice el mismo Pablo: “Es una fe que actúa siempre movida por el amor” (Gal 5,6)

El apóstol Santiago se vio en la precisión de corregir a algunos que tergiversaban ciertas expresiones de Pablo sobre la fe.

Y refiriéndose a la Palabra de Dios, que leían en la Biblia o escuchaban en la Comunidad, escudándose en que tenían bastante con la fe, el austero apóstol les avisa serio y les pone una graciosa comparación:

“Pongan por obra la palabra y no se contenten sólo con oírla, engañándose a ustedes mismos. Porque si alguno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, se parece al que contemplaba su cara en el espejo; efectivamente, se contempló, pero dio media vuelta y se olvidó de cómo era” (St. 1,22-24)

Los discípulos de Pablo hacían todo de manera muy diferente: la Palabra que habían escuchado la ponían por obra, y de este modo convirtieron a su Iglesia en modelo de todas las comunidades cristianas.

Ante esta realidad, Pablo, en vez de corregir, anima a los suyos a seguir adelante:

“Dios los haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos” (1Ts 3,12)

¡El amor, siempre el amor lo primero!

Como los tesalonicenses estaban tan inquietos por el Día del Señor, Pablo les insiste:

-No se preocupen de cuándo vendrá ese día. Lo que importa es estar siempre preparados. Vigilancia, oración, sobriedad de vida. Somos hijos del día y de la luz, y Dios no nos ha destinado para la ira y el castigo, sino que nos ha elegido para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo (1Ts 5,4-11)

En las dos cartas se muestra Pablo ciertamente orgulloso de sus queridos tesalonicenses.

Pero los tesalonicenses, a su vez, estaban orgullosos de Pablo.

¿Por qué acogieron de aquella manera tan firme la Palabra de Dios traída por Pablo, y por qué ahora constituían una Iglesia tan fervorosa?

¿Por qué aguantaban ahora tanta persecución, sin flaquear en su fe?

¿Por qué Pablo les alaba el que se han vuelto unos fieles imitadores suyos?

En el ejemplo de Pablo estuvo uno de los grandes secretos de aquella fe y aquella vida cristiana de esta Iglesia. Pablo llegó de Filipos perseguido, cubierto de llagas por los azotes de los lictores, pobre, y proclamaba su doctrina sin pedir ni exigir nada.

Los oyentes de Pablo lo veían, examinaban su proceder, y se convencieron de la verdad que aquel extraño predicador proclamaba:

-¡A este sí, a éste le podemos creer!

Y le creyeron y se entregaron incondicionalmente a Pablo, y por Pablo al Señor Jesús.

Al escribir ahora a los de Tesalónica, Pablo pone fin a las dos cartas con unos consejos que son actuales para la Iglesia de todos los tiempos:

“Manténganse firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, de viva voz o por carta” (2Ts 2,15).

“Mantengan vivo al Espíritu Santo”, el cual actúa tanto entre ustedes con sus carismas.

“Estén siempre alegres. Oren continuamente, dando gracias a Dios, pues esto es lo que Dios quiere de ustedes en Cristo Jesús” (1Ts 5,16-19)

¡Lean esta carta todos!, pedía Pablo.

Estas dos cartas a los de Tesalónica, tan sencillas y familiares, nos enseñan mucho sobre la vida cristiana.

Las seguimos leyendo con gusto, al ver que nos piden alegría, oración, trabajo, esperanza y amor...

Escritos como éstos, ¡que nos vengan muchos!...

## 24. Entre la segunda y tercera misión. Dejando por ahora Corinto

Un día corrió la alarma por la Iglesia de Corinto:

-¿No lo saben? Pablo se va, Pablo nos deja. Se ha rapado completamente la cabeza, y esto en un judío significa que ha de ir a Jerusalén para cumplir en el Templo el voto que ha ofrecido.

Les preguntan a Áquila y Priscila, que no pueden mentir:

-Sí, es cierto. Y nosotros marchamos con él hasta Éfeso, donde nos vamos a quedar, mientras que él seguirá su viaje, aunque nos dice que vendrá a Éfeso después de Jerusalén.

¿Cómo es que Pablo deja Corinto?

Ha fundado allí una iglesia fuerte, ejemplar, luchadora, que ha crecido prodigiosamente.

La fuerza de la Cruz se ha mostrado vigorosa en la ciudad llena de vicio, y los creyentes quedan bien atendidos por presbíteros y jefes ejemplares.

Pablo puede reflexionar confiado:

-¿Qué sigo haciendo aquí después de año y medio? En Grecia, sin ninguna ciudad importante fuera de Atenas y Corinto, ya no me queda nada que hacer. Roma..., Roma..., y después hasta España, en el fin de la tierra. Pero antes he de visitar y fortalecer las iglesias fundadas en Galacia. Y, antes que Roma, está Éfeso y las ciudades costeras del Asia. ¿Me va a impedir por tercera vez el Espíritu Santo establecer en Éfeso la Iglesia?...

Pablo se decide:

-¡A Éfeso! Pero, antes, una rápida visita a Jerusalén, Antioquía e iglesias de Galacia.

En Éfeso, al desembarcar con Áquila y Priscila, tiene la confirmación de su propósito, cuando oye después de predicar alguna vez que otra en la sinagoga:

-¡Quédate aquí, Pablo!...

-Sí, volveré, si Dios quiere, se lo prometo; pero déjenme ir antes a Jerusalén.

Desembarca ahora en Cesarea, y de allí “sube” a Jerusalén, donde tiene por lo visto una acogida fría o indiferente:

-¡Ya está aquí Pablo! El que no quiere la circuncisión ni la Ley de Moisés, el que amplía la Iglesia con paganos y más paganos...

Pablo no es insensible a estas críticas, y lo siente.

Por más que los judeocristianos de Jerusalén no podían quejarse mucho esta vez.

Ven cómo Pablo ha venido desde muy lejos hasta la Iglesia madre para cumplir un voto conforme a las costumbres judías, que no le obligaban para nada. Pablo lo hizo libremente.

Y con esto podían ver sus adversarios que Pablo no rechazaba las costumbres piadosas de su pueblo.

Pablo, como escribirá él mismo después, se hacía “judío con los judíos” a fin de ganarlos a todos para Cristo (1Co 9,20). Lo que rechazaba era la circuncisión y la Ley como obligatorias para los que habían recibido la fe y el Bautismo del Señor Jesús.

Una vez cumplido su voto en el Templo, Pablo se despide, y se encamina otra vez hacia Antioquía, donde, al revés de Jerusalén, todo es acogida, todo es cariño, todo es estímulo:

-¡Adelante, Pablo! Visita a los hermanos de Galacia, y a ver si esta vez te deja el Espíritu caer por fin en Éfeso.

Empezaba la tercera misión de Pablo (Hch 18,22-28; 19,1-10)

Era a finales del año 52, ó ya la primavera del 53, cuando Pablo atravesaba de nuevo la cordillera del Tauro para visitar las iglesias de Galacia confortando a los hermanos.

Y por fin, ¡esta vez, sí!, por fin Éfeso, la grande y bella ciudad de Éfeso, rodeada de otras ciudades que serán célebres en la historia apostólica, en especial con las cartas que Juan les dirigirá en el Apocalipsis.

Nada más llegar, Pablo escucha con interés lo que le cuentan algunos:

-Teníamos aquí con nosotros a Apolo, un admirable judío de Alejandría. ¡Hay que ver cómo domina las Escrituras! ¡Hay que ver con qué elocuencia habla! ¡Hay que ver qué testimonio da del Señor Jesús!...

Áquila y Priscila le confirman todo a Pablo:

-Sí, es cierto; pero no conocía al Señor Jesús más que por lo de Juan el Bautista en el Jordán. Nosotros le instruimos mejor, y marchó a Corinto mucho más preparado. Los hermanos de aquí le dieron carta de recomendación y a Corinto que se fue...

Pablo, de corazón grande, no siente nada de envidia; al contrario, se goza de que el nombre del Señor Jesús sea más y más conocido por evangelizadores que surgen en la Iglesia como la mayor bendición de Dios.

Igual que Apolo, estaban aquellos doce creyentes, a los que pregunta Pablo:

-¿Recibieron al Espíritu Santo cuando abrazaron la fe?

Los doce del grupo dieron una respuesta extraña por demás:

-¿El Espíritu Santo? ¿Y quién es? Ni sabemos que exista un Espíritu Santo.

Prosiguió Pablo con no menor extrañeza:

-Entonces, ¿qué bautismo han recibido ustedes?

-El bautismo de Juan el Bautista.

Pablo tuvo bastante. Algunos discípulos de Juan, después de recibir en el Jordán el bautismo, habían regresado a sus casas, lejos de Judea, y seguían realizando el rito del Profeta.

Adivinando abierta de par en par la puerta para evangelizar en Éfeso, Pablo contesta:

-Muy bien lo que dicen. Pero aquello de Juan no era sino una preparación para lo que había de venir. Como decía el mismo Juan, Jesús instituyó el único y definitivo bautismo.

-¿Y lo podemos recibir nosotros?

-Si creen en el Señor Jesús, ¡claro que lo pueden recibir!



Pablo los ve dispuestos, les instruye algo más, hace que se bauticen los doce, y, es de suponer, que con sus mujeres e hijos también.

Bautizados, les impone las manos, y el Espíritu Santo bajaba clamorosamente haciéndoles hablar en lenguas extrañas; profetizaban, hablaban de Jesús, entusiasmaban a todos...

Este hecho de los doce que ignoraban al Espíritu Santo lo hemos tomado también como una fina advertencia de Dios a la Iglesia de siempre.

¿Cómo es posible ignorar al Espíritu Santo? ¿Cómo es posible desplazarlo en la Iglesia del lugar que le corresponde?...

El Espíritu Santo, tan calladito, tan delicado, es el gran motor de la Iglesia para llevar adelante la obra del Señor Jesús hasta el fin.

Pablo adivina todo el provenir:

-Antes, todo eran dificultades. En Galacia, se me cerraban todos los caminos del Asia, y ahora se me abre de par en par una puerta enorme y prometedora (1Co 16,9)

El Espíritu Santo, de manera tan sorpresiva e interesante, abrió la brecha para el Evangelio en Éfeso. Veremos hasta dónde llegará...

## 25. Éfeso

Dos años largos nos esperan con Pablo en Éfeso. Interesantes a más no poder.

Camino de Jerusalén, se había detenido aquí, y les prometió:

-Me voy, pero estén seguros de que vuelvo...

Y sí, volvió. Vino el encuentro con aquel grupo de doce sobre los que bajó tan sonoramente el Espíritu Santo, y todo hacía prever unos comienzos felices (Hch 19,8-20)

Pero pronto asomó en el horizonte la tempestad.

Tres meses predicando cada sábado en la sinagoga, y los judíos, tan aquiescentes y obsequiosos la primera vez, ahora se volvieron las fieras que cabía esperar:

-¡No! Ese Cristo no nos interesa. ¿Ese “camino” tan torcido enseñas tú a los paganos que buscan a nuestro Dios Yahvé? ¡Deja en paz con nosotros a los prosélitos y temerosos de Dios, y lárgate de aquí!...

Pablo entonces, con tanto dolor como energía, les desafió:

-¿Así lo quieren y así me lo piden? Pues, rompo con ustedes. En la sinagoga se queden, que yo me voy a los gentiles. Ellos aceptarán la salvación que ustedes rechazan.

Y Pablo se fue. Pero un tal Tirano, que bien podía ser un simpatizante, le alquiló el local de su escuela.

Tirano, retórico griego o maestro dedicado a la enseñanza, ejercía el magisterio desde el amanecer hasta el medio día, y dejaba libre por la tarde el local.

Para Pablo, esto resultaba magnífico. Con lo madrugadores que eran los griegos y romanos, trabajaban desde muy de mañana, y la tarde la dedicaban al ocio, a la diversión, a la vida social.

Los judíos se dedicaban a sus labores todo el día, y Pablo en Éfeso supo combinar muy bien sus dos trabajos.

Muy de mañanita, se ponía a trabajar duro en el taller de Áquila y Priscila, confeccionando lonas para ganarse el sustento de cada día.

Y la tarde entera, desde el mediodía, la consagró a evangelizar a cuantos quisieran escucharle en el aula espaciosa de aquella escuela que le resultó providencial.

A Pablo se le empezó a complicar algo la vida por lo que menos podía esperarse, como dicen los Hechos:

“Dios obraba por medio de Pablo milagros no comunes, de forma que bastaba aplicar a los enfermos los pañuelos o mandiles que había usado, y se alejaban de los pacientes las enfermedades y espíritus malos”.

Por lo que indica esta observación de Los Hechos, nos podemos figurar muchas escenas.

Si estaba Pablo en el taller, venía la gente a buscar retazos de lo que Pablo había tejido.

En la escuela, acudían a interrumpir las clases implorando clemencia para los enfermos.

Iba Pablo por la calle, y se le echaban muchos encima, suplicando: -¡Cúrame!...

Todo igual que lo de Jesús en Galilea. Hasta que vino el hecho tan grave como cómico.

Los magos y los brujos, malos todos ellos, merodeaban por Éfeso y sus contornos.

Y entre los judíos, en Éfeso —igual que en Palestina, como sabemos por los evangelios—, actuaban exorcistas que expulsaban demonios en el nombre de Dios. Muy bien esto.

Pero vino lo inesperado con unos exorcistas ambulantes judíos, que debían obrar por intereses bastardos, y adivinaron el negocio:

-Si Pablo expulsa los demonios en nombre de Jesús, ¿por qué no hacemos nosotros lo mismo? ¡Usemos ese nombre, que por lo visto le da miedo al demonio!...

Y sí, lo hicieron. Eran nada menos que siete hermanos los que ejercían este oficio de exorcistas, hijos de un tal Esceva, importante sacerdote judío, y lo hacían en grupo con toda solemnidad. Uno de ellos se planta frente al pobre endemoniado, y conmina al espíritu:

-Te conjuro por Jesús, a quien predica Pablo, que salgas de aquí.

Sólo que el demonio respondió como si tal:

-Conozco a ese Jesús y sé quién es Pablo. Pero ustedes, ¿quiénes son?

Y arrojándose el endemoniado contra todos ellos, pudo más que los siete juntos, les quitó los vestidos descaradamente, y de forma tan poco elegante tuvieron que escaparse a su casa, desnudos y cubiertos de heridas.

El hecho corrió por toda la ciudad y sus contornos, se apoderó de la gente un gran temor, y el nombre de Jesús corrió veloz de boca en boca.

Vino entonces algo más serio. Eran muchos los que en Éfeso practicaban la magia, y ahora, prevenidos y avisados por semejante suceso, se acercaban temblorosos a confesar sus malas artes:

-¿Qué tenemos que hacer, Pablo?...

No lo decían por comedia, pues venían con puñados de libros que arrojaban a las llamas delante de todos.

Fueron tantos los libros que acabaron en la hoguera, que, según los Hechos, “calcularon el precio y hallaron que subía a cincuenta mil monedas de plata”.

¡Ya paró bien la broma del demonio con los pobres exorcistas!...

Durante los tres años de Éfeso, Pablo ha escrito varias de las cartas que hoy poseemos, y en las cuales encontramos expresiones conmovedoras:

“Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser como la basura del mundo y el deshecho de todos” (1Co 4,12-13)

Esto lo escribía Pablo desde Éfeso. Y añadirá algo después:

“No quiero que lo ignoren, hermanos. La tribulación sufrida en Asia nos abrumó hasta el extremo, muy por encima de nuestras fuerzas, tanto que perdí toda esperanza de salir con vida, como si tuviera encima la sentencia capital” (2Co 1,8-9)

Pero Dios, rico en bondad, en medio de las tribulaciones que Pablo nos narraba, escritas desde Éfeso en estos tres años de apostolado asombroso, le colma de consuelos inefables, pues escribe también al lado mismo de aquellos párrafos estremecedores:

“Vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando me siento débil, entonces soy más fuerte que nunca” (2Co 12,9-10)

Esas tribulaciones eran la paga de su apostolado en medio de triunfos resonantes, ya que, como dicen los Hechos, “la palabra del Señor crecía y se difundía poderosamente”.

No han acabado las proezas de Pablo en Éfeso, pues aún hemos de presenciar algunas aventuras más de este héroe legendario, que todavía nos sigue repitiendo después de dos mil años:

-¿Quieren jugarse por alguien la vida? ¡Juéguensela por Jesucristo!...

## 26. Primera carta a Corinto. *Mucha luz entre sombras*

¡Los Corintios!... ¡Cómo nos suena esta palabra! Porque son muchas las veces que la oímos en las celebraciones de la Iglesia.

Las dos cartas que dirigió Pablo a la Iglesia de Corinto son un alimento sabroso y nutritivo de nuestra fe y de nuestra piedad cristiana.

Hoy vamos a ver a Pablo en Éfeso dictando durante muchos días del año 56 la carta que conservamos como primera y que nos resulta interesantísima.

La carta no tiene ningún orden. Como fue escrita a ratos y en muchos días, pasa de un tema a otro sin ilación alguna.

Enseña puntos de doctrina sublimes, reprende vicios, corrige, alaba virtudes, da órdenes, entusiasma..., en fin, afloran en la carta todos los sentimientos del alma de Pablo para con sus hijos queridos.

¿A qué venía esta carta?

Ya vimos lo que era Corinto: una de las ciudades más difíciles del Imperio para implantar en ella el Evangelio.

Después del fracaso de Atenas, Pablo se dijo con audacia:

-¿A que en Corinto me va mejor? ¿A que la Cruz de Cristo se demuestra más eficaz que la sabiduría humana? Desde el primer momento, no he de predicar sino a Jesucristo, y a Jesucristo precisamente Crucificado.

Y Pablo no se equivocó. Dificultades a montones, pero fueron también admirables los frutos, como reconoce Pablo nada más iniciar la carta:

“Doy gracias a Dios sin cesar, por la gracia que Dios les ha dado en Cristo Jesús, pues en él han sido enriquecidos con todos los dones de la palabra y del conocimiento”.

Entonces, ¿qué había pasado en Corinto para que venga una carta como ésta?

Pablo ha tenido noticias desagradables, en medio de tantas satisfacciones como le daba la comunidad corintia.

Y el primer disgusto fueron las discordias que se estaban creando en la comunidad:

-¿Qué es eso de divisiones entre ustedes? ¿A qué viene el formar grupitos separatistas?

¿Por qué vienen unos diciendo: Yo soy de Pablo, que fue el primero que nos predicó?

¿Por qué otros se ufanan diciendo: Yo soy de Apolo, tan elocuente orador?

¿Por qué otros, venidos de Judea, y para desautorizarme a mí, se apoyan en el de más autoridad, y reclaman: Yo soy de Pedro?

¿Y por qué otros, más audaces, se han de agarrar del que es de todos, y se glorían diciendo: Pues soy de Cristo?...

Pablo puntualiza entonces:

¿Qué quieren que yo les diga? ¿Es que Cristo está dividido? ¡Hacen muy mal! Si Cristo no está dividido, ¿por qué ustedes dividen a la Iglesia, que es el cuerpo de Cri

Y vino otra regañada, debida a la inmoralidad.

Aunque no era de extrañar del todo, pero Pablo no la podía consentir.

Corinto pasaba por ser la ciudad más corrompida del Imperio. La libertad sexual cam-

peaba por doquier. Y algunos de los bautizados recaían después en vicios inveterados.

Pablo se muestra enérgico:

-¿Y eso otro que me cuentan, que se da entre ustedes una fornicación que ni entre los paganos?... ¡Hagan el favor de no juntarse con gente inmoral!...

Y por parte de ustedes, ¿no saben que sus cuerpos son miembros de Cristo? ¿O es que van a convertir los miembros de Cristo en miembros de una prostituta? Eso, ¡de ningún modo!...

Ante estas expresiones de Pablo, cualquiera diría que toda aquella comunidad se había relajado de manera irreparable.

Pero no era así. Nos lo dice claro lo que sigue de la carta, tan extensa y tan preciosa.

Pablo va a responder en ella a las cuestiones que le han planteado, las cuales demuestran una Iglesia llena de los carismas mejores del Espíritu Santo.

-Felicitó a los que rayan tan alto en su vida matrimonial, con toda pureza. Y felicito en especial a las valientes que se entregan del todo al Señor.

Esto no se explica en Corinto sino admitiendo una gracia abundantísima del Espíritu Santo en aquella Iglesia (7.1-40)

La carta entusiasma, porque aquellos cristianos, en medio de sus problemas, rebosaban generosidad para con el Señor.

El Concilio de Jerusalén había pedido a los cristianos helenistas que no comieran carne sacrificada a los ídolos en atención a los cristianos judíos.

Y los cristianos venidos del paganismo lo cumplían.

Aunque Pablo, si les anima a ser libres, les encarga a la par ser delicados de conciencia:

-No hagan caso de la carne que compran en el mercado sacrificada a los ídolos, que son dioses falsos. Coman con buen apetito esa carne, que no les hará ningún mal. Pero vayan con cuidado con los escrupulosos. Yo por mi parte, si la comida causa escándalo, no comeré carne jamás, a fin de no perjudicar la conciencia de un hermano por el que murió Cristo.

Al corregir los abusos en los banquetes sagrados, Pablo pasa a hablar de la Eucaristía hasta entusiasmarlos, aunque fustiga a los que reciben indignamente el Cuerpo del Señor.

Al poner orden en las asambleas, sigue Pablo con páginas oportunas sobre los carismas y dones que el Espíritu Santo derramaba con profusión sobre aquella Iglesia de Corinto.

Y entona un himno lírico de tal calidad al carisma del amor, que se ha dicho muchas veces que ese capítulo trece de esta carta es la página más bella de toda la Biblia.

Ante las dudas de algunos griegos, Pablo escribe magistralmente sobre la resurrección que nos espera al final de los tiempos, en todo conforme a la Resurrección de Jesucristo.

Esta carta primera a los de Corinto es de lo más fácil de leer, de entender, de saborear.

Ella nos descubre de manera patente lo que era la vida cristiana en aquellos tiempos

primeros de los apóstoles.

Mucha fe, mucho amor al Señor, mucha generosidad, muchos dones del Espíritu Santo, mucha obediencia a los Pastores puestos por Dios al frente del rebaño.

Y también, ¿por qué no?, una Iglesia con defectos, con pecados de muchos hijos suyos, consecuencia de la debilidad humana.

Pero era una Iglesia que sabía arrepentirse de los errores, de purificarse y de caminar siempre hacia el Señor.

Una carta como ésta, Pablo la acaba de la manera más formidable, cuando escribe de su puño y letra al estampar la firma:

“¡Y el que no ame a nuestro Señor Jesucristo, que sea maldito!”.

¡Bien por el desahogo de Pablo!

A los de Corinto entonces, y a nosotros ahora, nos sobra esta maldición, porque a Jesucristo lo amamos entrañablemente. ¿Verdad que sí?...

## 27. ¡Y Jesucristo Crucificado!... *Con el escarmiento de Atenas*

-¿Qué hago en una ciudad como ésta?... se preguntó Pablo nada más llegar a Corinto.

Y se respondía a sí mismo:

-Lleva fama de ser la ciudad más disoluta de Grecia y de todo el Imperio... Ahí está el Acrocorinto dominándolo todo con un templo a la diosa del placer... ¿Y si en esa montaña tan bella montara yo la Cruz del Señor?...

Estos pensamientos de Pablo ya los sabíamos por la carta del otro día, y en la cual encontrábamos esa afirmación suya tan lapidaria:

“No quise saber otra cosa entre ustedes sino a Jesucristo, y a Jesucristo Crucificado”.

Pero Pablo se dijo más:

-Y para que esto les entre por los ojos a cuantos me oigan, habrán de verlo primero en mí: “estas llagas de Cristo que llevo impresas en mi carne” con tantos azotes, con las pedradas de Listra, con el caminar agotador en jornadas inacabables, con las manos encallecidas por el trabajo, con esta enfermedad que no acaba de curar...

Han de ver que “estoy clavado con Cristo en la cruz”, y entonces me entenderán y me harán caso (Ga 6,17; 2,2)

Seguía Pablo interrogándose sobre la eficacia de su predicación:

-Aunque sé que se me van a reír. Los griegos me dirán: ¿Un Dios crucificado? ¿Con esta estupidez nos viene este iluso?...

Y me van a responder los judíos: ¿El Cristo, nuestro esperado Cristo, ahora crucificado? ¿Con semejante escándalo nos viene este PaAsí pensaba Pablo sobre la cruz de Jesús, así lo vivía, así lo predicaba, y así nos lo enseñó con esa palabra imponderable que repetimos una vez más:

-¡Jesucristo, y Jesucristo Crucificado!

Si Pablo dice con tanta firmeza: “¡Nosotros predicamos a Jesucristo Crucificado!” (1,1.21), algo grande tiene que ver el Apóstol en este misterio como medio irremplazable de la predicación evangélica.

Y lo primero que nos asegura Pablo es:

-En la cruz de Cristo encontramos “la fuerza de Dios para los que se salvan” (1,18)

La Cruz es la fuerza que venció al enemigo que nos tenía agarrotados en el pecado y en la condenación. Porque Satanás, que en un árbol había cantado victoria, en otro árbol mordió el polvo de la derrota.

Pablo lo decía ahora con toda convicción:

-El mal de Corinto puede ser muy fuerte, pero yo tengo en mi mano algo mucho más fuerte en la Cruz de Cristo, ¡y Dios vencerá!...

Pablo piensa en la Cruz de Cristo de mil maneras.



Una preciosa es aquella a los de Colosas.

Dios tenía en la mano el acta que hombres y mujeres habían firmado con sus culpas, y Dios la podía presentar a cada uno en su -Conocías mi ley, ¿verdad que sí? Mira, esto es lo que has hecho tú. Aquí está tu firma sobre esa mi ley que tú has quebrantado. ¿Qué sentencia te toca, qué esperas? El demonio está reclamando, pues tú firmaste por instigación suya, le obedeciste haciéndote su esclavo, y pide para ti pena de muerte eterna. ¿Qué hago?...

Dios tenía que escuchar a Satanás, el cual gritaba exigiendo justicia.

Pero Dios miró a su Jesucristo colgado en el patíbulo, y diciendo:

-¡Perdón, Padre, que no saben lo que han hecho!

Entonces Dios tomó y revisó ese documento; lo clavó en la cruz dándolo por no escrito ni firmado; vino la amnistía total, y conmutada la condenación eterna por una salvación perpetua.

Esto y no otra cosa dice Pablo con esa expresión bellísima:

“Les perdonó a ustedes todos sus delitos anulando el acta, que les era contraria, clavándola en la cruz” (Col 2,13-14)

¡La Cruz! Dios la mira con una complacencia para nosotros inimaginable.

Pero Pablo, que nos ha dicho todo esto, ahora viene a preguntarse bastante extrañado.

\* ¿Cómo es posible que haya enemigos de la cruz de Cristo? ¡Y en el mundo los hay! ¡Y son tantos por desgracia!... (Flp 3,18)

¿Cómo es posible que haya guerras en el mundo, si Jesucristo pulverizó todos los muros al pacificar todo con la sangre de su Cruz?... (Ef 2,14; Col 1,10)

¿Cómo es posible que haya quien escandalice y pierda a un hermano, por el que murió Jesucristo?... (1Co 8,11)

¿Cómo es que entre los redimidos haya quienes se alejan de Jesucristo por la culpa? Y eso que saben muy bien que “cargan con el castigo que merecerá el que pisotea al Hijo de Dios, al profanar la sangre que le santificó”... (Hbr 10,29)

¿Cómo es posible que haya cristianos inconscientes, que no se dan cuenta de lo que valen? ¡Nada menos que la sangre de Cristo! Yo les digo: “¡Han sido comprados a buen precio!”. “¡No se hagan esclavos de nada ni de nadie!”. (1Co 6,20 y 7,23) \*

Este pensar de Pablo no pierde actualidad.

En la sociedad de consumo, del bienestar que olvida a Dios, del placer que embota los sentidos..., la Cruz puede ser odiada y rechazada, pero al fin se impone, porque sus interrogantes no tienen más respuesta que la generosidad:

¿Un Dios tan bueno que así ama?

¿Un Dios justo que así exige?

¿Un Dios compasivo que así perdona?

¿Un Dios que así defiende?

¿Un Dios que al dar su Hijo se queda sin poder dar nada más?...

Y por cierto, en nuestra América Latina es una bendición de Dios ese amor que nuestros

pueblos tienen al “Santo Cristo”, como las gentes sencillas y creyentes llaman a Jesús Crucificado.

El Crucifijo en nuestras tierras rinde a cualquiera.

Como lo ensayó aquella religiosa valiente que se metió entre la guerrilla, y pidió al jefe:

-¿Hacemos un trato? ¿Me da lo que yo le pida, y acepta lo que yo le doy?

-¿Qué me pide usted a mí, Hermana, y qué me da después?

-Le doy mi Crucifijo. ¿Y me entrega usted su pistola?...

El trato quedó cerrado.

El guerrillero dio un beso al Cristo de la Cruz, y su dedo ya no hizo funcionar más el gatillo.

¡Vencedor de toda resistencia, Jesucristo Crucificado!

Si en las manos de Pablo pudiste con Corinto, no digas que no vas a poder con nuestro mundo de hoy...

## 28. El Bautismo. Pablo, el gran doctor

Nos entusiasma cantar esa letra inigualable de Pablo en la carta a los de Éfeso: “¡Un solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre!” (Ef 4,5)

Todo muy bien. Pero viene el preguntarse: ¿por qué en medio de todo está esa palabra “Bautismo”, como algo muy importante entre el Señor, la Fe, el mismo Dios?...

San Pablo sabía bien lo que se decía.

La Fe desembocaba en el Bautismo.

El Bautismo ligaba indisolublemente al Señor Jesucristo.

Y Jesucristo entregaba consagrados a Dios su Padre y Padre de todos a los consagrados, que juntos formaban un solo cuerpo, el Cuerpo Místico de Jesucristo en una sola Iglesia.

En el Evangelio, Juan, el profeta del Jordán, preanunció el Bautismo de Jesús, bautismo no de agua, sino de Espíritu Santo y fuego (Lc 3,16)

Jesús lo proclamó solemnemente antes de subirse al Cielo: “Vayan, y bauticen a todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt 28,19)

En el día de Pentecostés, Pedro gritó a la muchedumbre que le escucha compungida y atónita: ¿Quieren salvarse?... “¡Bautícense en el nombre de Jesucristo!” (Hch 2,38)

Para los Apóstoles, el Bautismo era el don supremo que hacían a los que abrazaban la fe; les comunicaban el Espíritu Santo, y los admitían a la Fracción del Pan, la comunión del Cuerpo del Señor.

Pero fue Pablo quien nos dejó en sus cartas la teología más rica de ese don de Dios que nosotros recibimos casi nada más nacidos, al abrirse nuestros ojos a la luz.

Por el Bautismo empezamos a ser hijos de Dios apenas habíamos empezado a ser unos hombres o mujeres en miniatura.

¡Qué regalo del Cielo, recibido en el seno de las familias cristianas!...

Para entender lo que es el Bautismo en la mente de Pablo hay que remontarse al paraíso.

Todos estamos comprendidos dentro de la Humanidad pecadora, sin excepción alguna, exceptuada María, redimida en el primer instante de su ser por privilegio especial de Dios.

Los demás, pecadores todos.

Además, los adultos convertidos se presentaban ante la piscina, la fuente o la pila bautismal, cargados con toda suerte de inmundicia.

¿Y cómo salían del agua, una vez pronunciada la palabra bendita: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo?*...

Pablo les responde a aquellos nuevos cristianos, salidos del paganismo:

“Ustedes fueron lavados, fueron santificados, fueron justificados” (1Co 6,11)

Quedaba fuera la inmundicia del pecado...

Venía una santidad inmaculada, de belleza sin igual...

Se establecía una paz con Dios cumplida, total.

Todo es fruto de la Sangre de Jesús, detergente divino que limpia cualquier mancha, nos merece el don santificador del Espíritu, y es precio pagado para nuestra pacificación perpetua con Dios.

Del Bautismo arranca nuestra máxima dignidad, pues el Bautismo es el que nos da derecho a llamarnos y ser cristianos.

Va de anécdota curiosa, de nuestros mismos días.

El Papa Pío XI recibió la tarjeta navideña de un niño alemán, con esta felicitación:

“Santo Padre, te deseo que seas un buen cristiano”.

El Papa se emocionó, y le enseñaba la tarjeta al Arzobispo y Cardenal de Berlín:

-¿Se da cuenta? Este niño me señala mi mayor dignidad y quiere para mí lo mejor: ser un cristiano cabal.

Volvemos a San Pablo, que nos dice cuál es el término feliz a que nos lleva el Bautismo:

“Dios nos salvó por el bautismo, el baño de regeneración y de renovación por el Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, seamos en esperanza constituidos herederos de la vida eterna” (Tt 3,5-7)

¡La vida eterna! Ese Cielo en que soñamos tanto.

Ese Cielo, herencia dichosa de los que por el Bautismo llegaron a ser hijos de Dios

Al Cielo, la Tierra prometida, no se va aisladamente, sino formando pueblo, el nuevo Israel de Dios, en el cual se entra precisamente por el Bautismo.

Apenas recibimos el Bautismo, que nos mete en el Cuerpo de Cristo y nos llena del Espíritu Santo, formamos ese Pueblo de Dios, como nos dice San Pablo:

“Entre los que se han bautizado ya no hay ni hombre ni mujer..., ni judíos ni griegos, ni esclavos ni libres..., ya que todos son uno en Cristo Jesús” (1Co 12,13; Gal 3,27-28)

Por estas palabras de Pablo, ¿nos damos cuenta de lo que puede ser y es la Iglesia de Cristo para el mundo?...

La ansiada unidad, la paz y la fraternidad de todas las gentes, tienen en Cristo el ideal y la fuerza unitiva más fuerte que puede darse en la tierra.

Cuando Pablo mira el rito del Bautismo, y ve a la persona que se hunde en el agua y sale de ella, simulando un meterse en el sepulcro y un escaparse de él con vida, le viene a su mente la idea más feliz:

-¿Se dan cuenta? Con Cristo fuimos sepultados con Él en su muerte; pero así como Cristo se escapó de su sepulcro lleno de vida, así nosotros hemos resucitado a una vida nueva. Murió el viejo Adán pecador, y vivimos en Cristo y como Cristo una vida nueva (Ro 6,3-4; Col 2,12)

¿Cuál es esta vida nueva con Jesús Resucitado, según San Pablo?

Lo dice con palabras bellísimas:

“Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque han muerto, y su vida está escondida en Dios. Y cuando aparezca Cristo, su vida, también ustedes aparecerán gloriosos con él” (Col 3,1-4)

Pocas canciones gastan nuestros labios como esa tan bella y tan profunda que nos ha dictado San Pablo: “¡Un Solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre!”.

“Bautizados”.

Es una etiqueta impresa en nuestra frente y con la cual se nos franquean todas las puertas.

En la tierra, la puerta de la Iglesia con sus Sacramentos y la Comunión de los santos.

En la frontera última, la puerta del Cielo que se nos abrirá de par en par...

## 29. Una palestra de la castidad. *¡Precisamente en Corinto!*

La carta de Pablo a los Corintios nos trae hoy una sorpresa grande. Sabemos que la ciudad de Corinto no tenía más rey que el dinero ni otra reina que la lujuria.

Se popularizaba esto con dichos que nos han llegado hasta nosotros. “No cualquiera puede ir de viaje a Corinto”, decían los turistas de aquel entonces, pues la billetera tenía que estar bien llena.

Y por todas partes corría la palabra griega “corinciáceszai”, “vivir a lo corinto”, es decir, divertirse y gozar lujuriosamente, como lo enseñaban las mil sacerdotisas prostitutas de la diosa Afrodita, la Venus de los griegos, la cual tenía su templo en la cima del Acrocorinto que dominaba la ciudad.

Pues bien, en este trasfondo de la inmoralidad de Corinto, hay que situar todo lo que la carta primera de Pablo dice sobre la castidad, sobre el matrimonio, sobre la virginidad, sobre el celibato.

Por encima de las miserias humanas, que las hubo y grandes, ¿cómo es posible que se alce tan alto un ideal de pureza que casi resulta inconcebible?...

Desde luego, que en la Iglesia de Corinto había miserias. No era fácil desarraigar de repente la inclinación al vicio de algunos convertidos. Por ejemplo, el caso que hizo a Pablo levantar el grito hasta el cielo:

“¿Cómo es posible que se dé entre ustedes una fornicación que ni entre los paganos, hasta tener uno por mujer a su propia madrastra”, quitándosela a su padre? (1Co 5,1)

Y les advertía a todos, porque eran muchos los que necesitaban el aviso:

“¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y hay que tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡Huyan de la fornicación!

“Su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en ustedes, y ya no se pertenecen.

“Pues el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor” (1Co 6,13-19)

Sin embargo, aquí viene lo sorprendente. Pablo no se tiró para atrás al anunciar el Evangelio de Jesucristo, y se encontró, —¡en Corinto precisamente!—, con matrimonios bellamente unidos, y con el ideal de la virginidad y del celibato por el Reino de los Cielos,

Por lo visto fueron muchos, bastantes al menos, los que dijeron:

—¡Sí!, por el Señor Jesús, vale la pena...

Pablo reconoce esta gracia y este carisma del Espíritu Santo en Corinto.

Recibe consultas sobre el asunto, y contesta de modo que admira y hasta nos asombra.

El capítulo séptimo de la carta primera no se puede leer sin emoción.

¡Cuánta gracia de Dios!...

Pero Pablo, aunque se entusiasme y bendiga al Señor por sus queridos corintios —que le causan tantas alegrías a la vez que tantos quebraderos de cabeza—, es un hombre sensato y va respondiendo a cada pregunta con gran prudencia.

-¿Quieren saber mi parecer, pues creo tener el carisma del consejo, recibido del Señor? Está muy bien eso de la virginidad y el celibato.  
¡Qué más quisiera yo sino que todos fueran esto que soy yo, célibes!  
Pero cada uno tiene su propio don del Espíritu Santo: uno de una manera, otro de otra. El celibato es un don, y el matrimonio es otro don de Dios.  
El casado tiene un regalo de Dios, y el célibe tiene otro regalo venido de Dios también.

Ya en la primera respuesta indica Pablo el gran corazón que tiene. Y sigue.

-Sí, me gustaría, varones, que fueran célibes; y ustedes, mujeres, que optaran por la virginidad.

Sin embargo, y ya que me lo preguntan, les digo que, para evitar la fornicación, cada uno tenga su propia mujer y cada mujer tenga su propio marido.

Sigan si quieren ese alto ideal del celibato.

Pero si les cuesta mucho, cásense, que les resultará mucho mejor.

Pablo hace gala de un gran sentido común.

Y quiere que los esposos cristianos cumplan como tales:

-Maridos, ¡entréguese a sus esposas! Mujeres, ¡entréguese a sus maridos!... Es un derecho y una obligación de todos, a la vez que un regalo de Dios.

Ante la plaga del divorcio, viene ahora Pablo y repite a los de Corinto el precepto expreso de Jesucristo:

-Miren lo que les mando, no yo, sino el Señor en persona: que el hombre no se separe de su mujer ni la mujer de su marido.

Este era bien claro el mandamiento de Jesús en el Evangelio.

Pero, ¿qué hacer si se ha dado el caso de una separación?

Ahora encarga Pablo con seriedad, pero se adivina el mucho cariño de su corazón:

-¡No se separen! Y, si se separan, sepan que no pueden volver a casarse. Entonces, lo mejor es que, si se ha dado la separación, vuelvan a reconciliarse: el marido no rechace a la mujer, y, naturalmente, tampoco la mujer deseché al marido.

Ante la inquietud que sentían algunos casados de dejar el matrimonio para darse del todo al Señor, Pablo les sale al frente y les dice:

-¡No se les ocurra! Siga cada uno en su matrimonio. Continúen en el mismo estado que tenían cuando recibieron la fe y fueron bautizados. Porque ésa es la vocación en que fueron llamados y en la cual han de perseverar.

Como vemos a cada paso y en cada cuestión, Pablo es sensato de veras y tiene una visión amplia del cristianismo.

Por eso les insiste a sus lectores, todos ellos discípulos tan queridos:

-Para que vean que no les fuerzo, les repito:

¿Estás casado o casada? No busques separación.

¿Te quieres casar? Cásate, pues no faltas.

Lo único que yo quiero es ahorrarles preocupaciones en el servicio del Señor.

Pablo no ha podido mostrarse más comprensivo, más generoso, más noble.

Al predicar y escribir así, Pablo es fiel al Señor Jesús, y es fiel también a los cristianos, que deben gozar de plena libertad en sus decisiones.

Este capítulo siete de la primera a los Corintios es de lo más notable que hay en las cartas de Pablo. ¡Qué corazón el del Apóstol! ¡Qué generosidad la de aquellos primeros cristianos!

¡Y qué lección también para el mundo de hoy!...

Sobre el ansia de placer desbordado que entonetece a tantos, triunfa en muchos, hoy como entonces, la fuerza de Jesucristo, el cual no se deja vencer...



### **30. Olimpiadas cristianas. *A correr los valientes...***

Cada cuatro años, ya lo sabemos: ¡las Olimpiadas!...

Y hay que ver las horas que pasamos ante el televisor, y cómo devoramos los periódicos, y cómo contamos oros, platas y bronces, y cómo nos llenamos de orgullo con los vencedores de nuestra tierra...

Todo eso está magnífico. Felicitamos a Grecia que inventó e inició las Olimpiadas hace ya veintisiete siglos.

Y las seguimos celebrando para aprender a cultivar sanamente los ideales de humanismo y de fraternidad que entrañan.

Pero, colocándonos ahora en la mente de San Pablo, queremos aprender sobre todo las enseñanzas que nos dan en orden a la vida cristiana.

Sí, cristiana, como suena.

El Apóstol las vivió en su tiempo y de ellas sacó lecciones inolvidables.

¿De veras que San Pablo se metió en las Olimpiadas?... Ciertamente, las aprovechó para enseñar. Lo mismo que el Papa con los deportistas de hoy.

Por ejemplo, Juan Pablo II, en el Gran Jubileo del año 2000, acudió al Estadio Olímpico de Roma para presenciar y animar el partido de fútbol durante el Jubileo organizado especialmente para los deportistas.

Unas Olimpiadas propias, se celebraban cada dos años en Corinto: eran los Juegos Ístmicos, que apasionaban a los corintios como hoy a nosotros las grandes ligas deportivas.

¿Qué hace entonces Pablo en sus cartas?... Toma las competiciones deportivas para enseñarnos lo que es la vida del cristiano:

-¡Corre como los atletas! ¡Entrénate antes como hacen ellos! ¡Lucha conforme al reglamento! ¡Conquista la corona de laurel! ¡No te canses y sigue hasta el fin!...

San Pablo recurre muchas veces a esta comparación tan bella y tan apasionante. Con frecuencia lo hace usando solamente una palabra deportiva, y se entiende lo demás.

Por ejemplo, cuando le escribe a su discípulo más querido:

“Corre al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, de la dulzura” (1Tm 6,11)

O como cuando le escribe:

“Conquista la vida eterna a la que has sido llamado” (1Tim. 6,12)

Las palabra “corre” y “conquista” lo dicen todo.

El pregonero gritaba en el estadio ante la multitud: -¡Timoteo ha quedado vencedor!...

Y viene el premio: -¡Agarra la corona que te alarga Cristo como a vencedor, Timoteo!

Sin embargo, hay en las cartas ocasiones en que Pablo explana la comparación.

La más notable la tenemos en la carta precisamente a los de Corinto, y poniéndose como ejemplo él mismo, como si fuera uno de los atletas:

“¿No saben que en las carreras del estadio todos corren, pero uno sólo se lleva el premio? ¡Corran ustedes de manera que lo consigan!

“Los atletas se privan de todo; y eso, ¡por una corona corruptible!; nosotros en cambio lo hacemos por una incorruptible.

“Así, pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado” (1Co 9,24-27)

¡Qué párrafo tan magnífico! Soñando en una corona de laurel o de olivo, los atletas se imponían una vida austera a fin de ganarla y lucirla después en sus cabezas coronadas, con la admiración de todos:

-¡Ahí va el héroe! ¡Este es el mejor corredor de Grecia!...

¿Cuánto duraba incorrupta la corona, cuánto tiempo estaban las alabanzas en la boca de todos?...

Y para eso se imponían toda clase de sacrificios mientras duraban los entrenamientos.

Ni la satisfacción del sexo se permitían, como atestigua el poeta pagano Horacio. ¡Nada, austeridad total!

Pablo saca la consecuencia:

-¿Y nosotros, los cristianos?... No una corona de laurel, ni una medalla de oro, sino la vida eterna, ¡qué ya es decir!... Por sacrificios y deberes que imponga la vida cristiana, ¿qué son ante la gloria que espera a los triunfadores?...

Precioso, sencillamente. Pero en una ocasión Pablo se supera a sí mismo.

Es cuando a los de Filipos les narra su conversión.

Jesucristo se le tira detrás a aquel fariseo, lo alcanza ante las puertas de Damasco, y Pablo se da cuenta de quién le ha perseguido y quién le vence.

Entonces, en vez de rendirse, Pablo se tira detrás de Jesucristo, diciéndose:

-¿Sí? ¡Veremos a ver si gano o no!...

Se lanza detrás del que le ha dado alcance, y confiesa:

-No he atrapado todavía del todo a Jesucristo. Aún no soy perfecto. ¡Pero sigo adelante en mi carrera hasta alcanzarlo, igual que Cristo Jesús me alcanzó a mí! Sigo corriendo hacia la meta, al premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús (Flp 3,8-15)

Sublime lo de Pablo, que entusiasma con esto de las Olimpíadas.

Y ese su discípulo que escribió la carta a los Hebreos, conocedor del pensamiento de su maestro, nos coloca a todos en el estadio.

En las gradas, como espectadores, están todos los que ya triunfaron: santos y santas innumerables, que entre gritos y aplausos van animando a todos desde el Cielo:

-¡Venga! ¡Corre! ¡Aprisa! ¡No te detengas! ¡Que ya falta poco!...

¡Para ti una medalla de oro! Y tú, ¡no te contentes con la de bronce!...

Para correr bien, quítate de encima todo lo que te estorbe, ¡sé valiente!...

¡Mira a Jesús que va delante de ti! Él no tuvo miedo ni a la cruz, y ya ves con qué medalla lo condecoró el Padre...

Esto significa ese párrafo entusiasmante:

“También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, por el gozo que se le proponía, soportó la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios” (Hbr 1,1-4)

Las Olimpíadas que contemplamos cada cuatro años en el televisor son bellas y estimulantes, es cierto. Pero están limitadas para pocos.

Las Olimpíadas cristianas cuentan con atletas innumerables y magníficos, con un Dios que es espléndido en las medallas que reparte.

A cada uno le enseña la de oro, mientras le dice sonriendo:

-Es para ti. ¿La quieres?...

### **31. ¡La Iglesia! *A pensar como Pablo***

Me tocó presenciarlo, y se lo cuento a ustedes.

Hacía un día espléndido y avanzaba la nutrida y solemne procesión por las calles de la ciudad, hasta dar en el parque donde abría sus puertas la majestuosa Catedral.

Algunos obispos, muchos sacerdotes y gran cantidad de fieles ofrecían un espectáculo digno de Dios.

El gentío se aglomeraba y apretaba para poder entrar en el templo, mientras los altoparlantes difundían el conocido cantar:

“Todos unidos, formando un solo cuerpo, un Pueblo que en la Pascua nació.

“Miembros de Cristo, en Sangre redimidos, Iglesia peregrina de Dios.

“Somos en la tierra semilla de otro Reino, somos testimonio de amor.

“Paz para las guerras, y luz entre las sombras, Iglesia peregrina de Dios”.

Un sacerdote ya entrado en edad, notable profesor de Teología en el Seminario, comentó con austera emoción:

-¡Qué imagen más viva de la Iglesia! Peregrinando festiva, guiada por sus Pastores, y empeñada en entrar en la Gloria, para ocupar allí su puesto, como ahora este Pueblo de Dios en la catedral...

Este fue el comentario de aquel autorizado profesor.

¿Podemos nosotros ahora pensar en la Iglesia peregrina así, de la misma manera, pero a la luz de lo que sobre ella nos dice San Pablo?

Espiguemos algo a través de las cartas del Apóstol.

La Iglesia camina “formando un solo cuerpo”, un solo pueblo, con unidad indivisa e indivisible, bajo la jefatura y el mando del único Señor que es Jesucristo.

Esto es fundamental en la enseñanza de Pablo.

Cuando se enteró el Apóstol que en Corinto se habían formado grupos y facciones, escribió con energía inusitada: “¿Es que por casualidad se ha dividido Cristo?” (1Co 1,13)

Dejando los gritos de enojo, pedirá después escribiendo a los de Éfeso:

“Pongan empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Porque sólo hay un cuerpo y un solo Espíritu, igual que es una sola también la esperanza a la cual han sido llamados” (Ef 4,4)

Si es uno solo el Cuerpo de Cristo, no se puede separar ninguno de sus miembros.

Si el Cuerpo está animado por el Espíritu, cualquier desgajarse del Cuerpo será entristecer al Espíritu Santo de Dios (Ef 4,30)

Comer la Eucaristía mientras se fomentan divisiones será un imposible en la Iglesia.

Porque desde el momento que es uno solo el Pan que comemos, somos también UNO SOLO cuantos comemos del mismo Pan (1Co 10,17)

¿Se quiere conservar en la Iglesia esa unidad que cantamos y vivimos?

Para Pablo no existen dudas.

Basta mantenerse fieles al Papa y los Obispos, que la cuidan en nombre del mismo Señor y dirigidos siempre por el Espíritu Santo.

Bajo su enseñanza y orientación no se resquebraja nunca la unidad del Pueblo de Dios.

Dios ha tenido con su Iglesia la gran providencia de dotarla de guías expertos, abnegados, entregados hasta el mayor sacrificio, que cuidan del rebaño como el mismo Buen Pastor, en cuyo nombre ejercen su ministerio.

Así se lo expresaba Pablo a los ancianos de Éfeso que habían llegado a Mileto para despedirlo:

“Tengan cuidado de ustedes y de toda la grey, en medio de la cual les ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo” (Hch 20,28)

Al mencionar Pablo la Sangre de Cristo se nos va el pensamiento sin más al Calvario y también se nos remonta hasta el paraíso.

Dios le infundía a Adán un sueño profundo, le arrancaba una costilla al lado del corazón, y le presentaba poco después a Eva, la bella mujer que le entregaba como esposa.

Esto no era sino la imagen de Jesucristo, el Nuevo Adán, que, dormido en el árbol de la Cruz, al dejar salir de su costado agua y sangre, nos significaba el nacimiento de la Iglesia, la Esposa de Cristo, a la que Él ama, y cuida, y mimas de modo tiernísimo.

Nacida en la Pascua, la Iglesia era proclamada clamorosamente por el Espíritu Santo el día de Pentecostés, y desde entonces ha ido adelante sin detenerse nunca en su andadura.

Los apóstoles de todos los tiempos se han encargado de llevar el Evangelio de Cristo a todas las gentes, igual que lo hiciera Pablo, el cual dice de sí mismo, con satisfacción honda y agradecimiento a Dios:

“Tengo de qué gloriarme en Cristo Jesús ante Dios..., pues desde Jerusalén y su comarca hasta Iliria he llenado todo con el Evangelio de Cristo” (Ro 15,17-19)

La marcha de la Iglesia hacia la meta última, hasta su glorificación en el Cielo, Pablo la ve significada en aquella otra marcha del Israel a través del desierto, desde la liberación de Egipto hasta la entrada en la Tierra Prometida (1Co 10,1-11)

La peregrinación de Israel estuvo llena de glorias, triunfos, infidelidades, caídas... Y lo mismo le ocurre a la Iglesia, porque junto a su elemento divino, el que le infunde Jesucristo por su Espíritu Santo, están las miserias humanas.

Pero llegará un día, el final de todos, cuando purificados todos los hijos de la Iglesia, y resucitados, serán el Reino glorioso que Jesucristo ofrendará al Padre para que sea el Dios todo en todos (1Co 15, 28)

¡La Iglesia! Jesucristo no tiene otro pensamiento ni otro amor ni otro cuidado que su Iglesia. Por ella murió, y por ella vive.

En su gloria, no tendrá Jesucristo el descanso pleno hasta que tenga consigo a cada uno de los elegidos.

Por cada uno, como nos dice Pablo, “está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros” (Ro 8,34)

Nos imaginamos a Jesús en el Cielo soñando divinamente, mientras está “preparando un lugar”, a cada cual el suyo.

Porque, como Él mismo dice en el Evangelio; “en la casa del Padre hay muchas mansiones”, tantas como son los hijos de su Iglesia que van a ser glorificados, y a los cuales quiere tener consigo para siempre (Jn 14,2-3)

¡La Iglesia!

En ella nacimos, en ella vivimos, y en ella queremos morir. Dicha más grande que ésta no la podemos ni soñar...

### 32. ¡Aquí estás presente, Señor! Pablo sobre la Eucaristía

Dos protestantes norteamericanos se hallaban en una iglesia católica del norte de Italia. La señora, muy cristiana, acababa de perder a su esposo en el viaje, y, al no tener iglesia episcopaliana en la ciudad, iba al culto católico con la familia que la hospedaba cariñosamente.

Aquel día en la Misa, al alzarse la Sagrada Hostia en la consagración, le dice con sorna el amigo que le acompañó sólo por caballerosidad:

-¿Te das cuenta? A eso llaman los católicos el Cuerpo de Cristo. Un simple recuerdo lo han convertido en el mismo Señor Jesucristo, y eso es lo que adoran.

La joven señora calló. Pero empezó a discurrir, y contestó seriamente a su amigo:

-¿No está aquí Jesucristo? ¿Es la Eucaristía sólo un recuerdo? Entonces, ¿cómo dice San Pablo que el que comulga indignamente se hace reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor?...

El amigo se calló como un muerto y no supo qué responder.

Aquí estuvo todo. La señora protestante, bellísima mujer y ahora viuda, se hizo católica con sus cinco hijitos; en la Iglesia Católica comulgó muchas veces, y hoy la veneramos en los altares como la primera norteamericana canonizada: Santa Elizabeth Seton.

Mujer tan querida, nos pone hoy ante una página verdaderamente excepcional de San Pablo: los capítulos **diez** y **once** de la primera carta a los de Corinto.

¿Por qué es tan “excepcional” esta página? Porque nos narra, con una fidelidad asombrosa, la institución de la Eucaristía bastantes años antes de que lo hagan los Evangelios.

Y lo hace Pablo con las mismas palabras que Marcos, Mateo y Lucas, sin ponerse para nada de acuerdo con ninguno de los evangelistas, y con esta monición previa:

-Les transmito la tradición que recibí del Señor.

Es decir: la verdad que Pablo nos narra la ha bebido inmediatamente en la fuente más pura, como eran los apóstoles testigos de la Última Cena, y los primerísimos cristianos de las Iglesias de Damasco y de Antioquía y de Jerusalén, en las que recibió al Señor al celebrarse la Fracción del Pan.

Por eso dice: “¡Les transmití la tradición que yo mismo recibí del Señor!”.

¡Benditas palabras de Pablo, que borran en la Iglesia, independientemente de los Evangelios, cualquier duda acerca de la realidad de la Eucaristía!

“Dios está aquí”, canta desde entonces la Iglesia, y lo seguimos cantando nosotros con la misma fe de Pablo, de los demás apóstoles, de nuestros primeros hermanos en la fe.

Como los racionalistas no pueden negar las palabras de Pablo ni las pudo borrar Lutero, todos los que están fuera de la Iglesia, por más explicaciones que se les quieran dar,

siempre chocan con la tremenda realidad que dice Pablo: Esto ES mi cuerpo, esta ES mi sangre.

Si ES, nada vale el cambiar la palabra por otras que se inventan a montones:

-Celebren esto; “figura” de mi Cuerpo...; hagan esto como “memoria” de mi cuerpo...; conserven esto como “recuerdo” mío...

Es inútil hablar así: Pablo el primero, y los Evangelios después, escribieron nítidamente:

“Esto ES mi cuerpo, esta Es mi sangre”. Y Juan, ya ancianito, transmite las palabras del mismo Jesús: “Porque mi carne ES verdadera comida, y mi sangre ES verdadera bebida”.

Pero, vaya, hoy no vamos a salirnos del relato de Pablo.

Los sacrificios ofrecidos a los ídolos le sirven como de introducción:

-¿No se dan cuenta de que nosotros ofrecemos el Cuerpo y la Sangre del Señor? ¿Cómo pueden entonces ustedes comer el Cuerpo y Sangre del Señor, verdadero sacrificio cristiano, a la vez que comen el sacrificio ofrecido a Satanás?... (10,14-21)

Así, claro. El pan y el vino consagrados SON *realmente* el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Pablo pasa después a la institución de la Eucaristía, cargada de historia apostólica y de doctrina sublime (11,23-27). Sus palabras no tienen desperdicio alguno:

“Yo he recibido del Señor lo que les he transmitido a ustedes: que el Señor Jesús, la noche en que era entregado tomó pan, y, después de dar gracias, lo partió, diciendo: Esto es mi cuerpo, el que se entrega por ustedes; hagan esto en memoria mía.

“Igualmente, después de la cena, tomó el cáliz, diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza por la sangre mía; cuantas veces lo beban, háganlo en memoria mía.

“Por lo mismo, cada vez que comen este pan y beben este cáliz, proclaman la muerte del Señor, hasta que venga.

“Por lo cual, quien coma el pan y beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor”.

¡Hay para caer de rodillas solamente con escucharlo!... “¡Dios está aquí!”.

Si sabemos analizar este párrafo grandioso, nos asombramos con cada palabra.

“Yo lo he recibido del Señor”, dice. ¿Y quién se atreve a contradecir a Pablo?...

“Después de dar gracias”, añade.

Era el rito de los judíos sobre el pan que iban a comer. Gracias se traducía al griego por “eucaristía”. Y por “Eucaristía” conocemos en la Iglesia el máximo regalo de Dios.

“Hagan esto”, dijo el Señor, y lo repite Pablo. Es decir: Hagan lo que Jesús ha hecho.

Y lo que ha hecho Jesús es convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre.

“En memoria mía”, dijo también Jesús.

Por poco hebreo que se sepa, “memoria” no es “recuerdo”, sino “memorial”.



O sea: es la misma acción que hizo el Señor, **repetida** por los apóstoles y sus sucesores, a los que entonces consagraba Jesús sacerdotes en sucesión ininterrumpida a través de los siglos.

“Hasta que el Señor vuelva”, añade Pablo.

Hasta el fin del mundo seguirá la Iglesia repitiendo el gesto del Señor, mientras proclama su muerte y su resurrección.

“Reo del cuerpo y de la sangre del Señor”, concluye Pablo con severidad.

¿Lo entendió bien Elizabeth Seton, la protestante, que se dio cuenta del error en que estaba y creyó después con toda su alma?...

Su magnífico esposo, al enfermar gravemente, le pidió:

-¿No me puedes traer el recuerdo del cuerpo y la sangre del Señor?...

La esposa querida le trajo un trocito de pan y una copita de vino:

-¡Tómalo! ¡Vete al cielo! ¡Jesús te espera!...

Elizabeth hizo lo que entonces sabía.

Después, católica, hubiera hecho más con el Pan consagrado.

A nuestra fe en la Eucaristía se ha unido siempre la poesía más inspirada y más bella.

“Una espiga dorada por el sol, el racimo que corta el viñador”..., cantamos.

La naturaleza y el hombre se han unido para poner en manos del Señor lo más rico que produce la tierra y que saben fabricar nuestras manos:

-¡Toma, Jesús, este pan y este vino! ¿Qué vas a hacer con ellos?..., le decimos nosotros.

Y nos contesta Él:

-¿Qué quieren que haga? Los amo mucho. ¡Tengan, coman, beban! Es el más rico manjar y la bebida más deliciosa que les puedo ofrecer en mi mesa. ¡Cómanme, que soy yo!...

### 33. El Espíritu en acción. *Los carismas del Espíritu Santo*

Era en una reunión de líderes católicos, y llevaba la batuta, como siempre, el amigo Miguel, que dijo con desenfado al final:

-¿Para qué Dios me dio buen oído y he aprendido música? Viviré y moriré tocando y dirigiendo el canto en el culto. Éste es mi servicio a la Iglesia de Dios. Ustedes saben que así la he servido siempre. El día en que no lo haga, mándenme fuera, y que Dios se me lleve pronto. Si no “sirvo”, ¿para qué estoy en el mundo?...

Unas palabras muy sencillas, pero que todos entendimos muy bien.

Miguel empleaba intencionadamente la palabra “servir”, de un significado tan hondo en la Iglesia desde los tiempos de San Pablo.

¿Y queremos saber cuál era el servicio de Miguel en la parroquia? ¡Director del coro!... A esto se reducía toda su acción.

Sin embargo, no podía Miguel expresarse mejor.

Dotado singularmente para la música, no faltó nunca en una función ante las teclas del órgano y al frente de los cantores.

Un ensayo, una celebración, eran para él tan importantes como la mujer y los hijos. Vivía con profunda convicción lo del apóstol San Pedro:

“Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios. Si alguno habla, sean palabras de Dios; si alguno presta un servicio, hágalo en virtud del poder recibido de Dios, para que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos” (1Pe 10-11)

Fuera de San Pablo, que habla de los “carismas” tan abundantemente, nadie en el Nuevo Testamento los ha mencionado sino el apóstol San Pedro con esas palabras que hemos escuchado, tan acertadas, tan estupendas, tomadas indiscutiblemente de su colega Pablo.

Hoy en la Iglesia hablamos mucho de los carismas. Es algo que está felizmente de moda y que hace tanto bien.

Porque ha despertado la conciencia en muchos cristianos de que los dones que se han recibido de Dios hay que ponerlos a disposición de todos.

No todos valemos para todo. Pero todos valemos para algo.

Y puesto al servicio de los demás aquello para lo cual cada uno vale, es cuando todo el Pueblo de Dios está perfectamente servido y camina con facilidad y alegría hacia el Señor.

Pasamos sin más a San Pablo, y nos preguntamos: ¿Qué son, y cuántos son los carismas en San Pablo?

Para el Apóstol, carismas son esos dones o gracias, cualidades o aficiones, que Dios da a cada uno para que los pueda poner al servicio de los demás. Y cita dos o tres listas en las tres cartas a los de Corinto, Roma y Éfeso (1Co 12-14; Ro 12,3-8; Ef 4, 11-12)

Cita, entre otros, los siguientes carismas como más significativos.  
*Sabiduría y ciencia*, con las que se penetra en los misterios de Dios y se saben exponer.  
*Fe* entusiasta, capaz de emprender obras grandes fiados sólo en Dios.  
*Curaciones y milagros*, para sanar enfermos.  
*Profecía* es el don de enseñar y predicar para edificar, exhortar y consolar.  
*Discreción de espíritus*, que ve en las almas y capacita para dar consejos acertados.  
*Apostolado y evangelización*, para difundir la fe y hacer conocer al Señor.  
*Pastoreo y gobierno*, propio de los que Dios elige y pone al frente de la Iglesia.  
*Doctorado*, que enseña con gran competencia la doctrina de Dios.  
*Revelaciones* de misterios o verdades de Dios para bien de la Iglesia.  
*Ejercicio de la misericordia*, con tantas obras a favor de los necesitados.  
*Caridad*, que reparte los propios bienes.

Como se ve, son muchos y se pueden añadir otros y otros. Al Espíritu Santo no le ata nadie la mano y los prodiga en abundancia insospechada.

Sin embargo, ¿qué es lo que ocurría en tiempos de Pablo, en las Iglesias que él había fundado, y lo que ha ocurrido hoy en las asambleas carismáticas?

Pues, una equivocación que Pablo se encargó de aclarar. Se entusiasmaron los cristianos con carismas llamativos, como el don de lenguas, que era el menos importante.

Valían mucho más otros carismas menos espectaculares y que se ejercitan con mucha humildad, como el ejercicio de la caridad o misericordia y el servicio en las cosas materiales de la Iglesia.

Para Pablo, era un carisma muy bueno la profecía, o sea, el hablar, predicar o enseñar de parte de Dios las verdades de la fe, que instruyen, edifican, exhortan y reparten consuelo.

Como lo es también el carisma de gobierno, tan propio de los pastores y de quienes dirigen grupos o comunidades.

Estos dones y gracias no son de santificación personal, sino de servicio *social y eclesial*.

Se emplean y se ejercen para bien de los demás.

El que los ejerce se santifica por el amor a Dios y al hermano con que los realiza.

Ponemos un ejemplo que vale por muchas explicaciones: el de la catequista que enseña a los niños la doctrina cristiana.

La catequista desempeña un carisma extraordinario y magnífico.

El fruto es todo para los niños a los que ilustra y forma y lleva hacia Jesús.

Y ella, ¿no gana nada para sí misma? Con el carisma, no. Pero crece mucho en santidad y en mérito para la gloria, por el amor a Dios, a la Iglesia y a los niños con que lo ejercita.

El Espíritu Santo reparte los carismas para bien de todos. A unos les da unos y a otros les da otros. Y entre los carismas de todos se llega a conseguir el bien de la Iglesia entera.

¡Qué rica es la Iglesia con tanto carisma como el Espíritu reparte entre sus miembros!

Unos carismas son extraordinarios, como el de Karol Wojtyla para convertirse en Papa Juan Pablo II, o el de Margarita María para ver al Corazón de Jesús y enseñar su devoción.

Otros carismas son bien ordinarios, como el del amigo Miguel, para dirigir con amor el coro de la parroquia.

Pero todos son y sirven para hacer que la Iglesia crezca en santidad ante Dios y aparezca ante el mundo como la esposa privilegiada de Jesucristo.

Pablo intuyó esto como nadie; y él, que estaba cargado de carismas, pudo decirnos:

-Ponga cada uno al servicio de la Iglesia sus cualidades.

¡Aspiren a tener los mayores carismas!

Y háganme caso cuando les enseñe yo el camino mejor: ¡Amen! ¡Tengan un corazón abrasado en amor! Que con mucho amor dentro, harán maravillas...

### **34. El himno incomparable al Amor. ¡Ese capítulo trece!**

Tenemos muy presente la última palabra que nos dirigió Pablo. Después de habernos hablado de tantos carismas, nos lanzaba el guante:

-¿Les señalo otro carisma mejor? ¿Lo quieren recoger? ¿Quieren amar mucho?...

Muy bien. Sin embargo, hoy no vamos a comenzar con Pablo, sino con una criatura de nuestros tiempos por demás querida: Teresa de Lisieux, más conocida como Santa Teresa del Niño Jesús.

Jovencita, y encerrada en un convento de clausura, quería tener todos los carismas, todos los dones, todas las vocaciones. Eso era imposible, naturalmente.

En su preocupación, tomó la Biblia, le salió San Pablo, y... dejémosle que nos lo cuente todo ella misma:

“Durante la oración abrí las epístolas de San Pablo y se me ofrecieron ante los ojos los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios. Leí allí que no todos pueden ser apóstoles, profetas, doctores y demás..., que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser, al mismo tiempo, la mano.

“La respuesta era clara. *Yo no podía tener todos los carismas.*

“Proseguí la lectura y esta frase me llenó de gozo: ‘Busquen con ardor los dones más perfectos; y yo les voy a mostrar el camino más excelente’.

“Y el Apóstol explica cómo todos los otros dones, sin el Amor, no son nada...

“Comprendí que el Amor encierra todas las vocaciones, que el Amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra, ¡que es eterno!...

“Entonces, en un exceso de alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, por fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el Amor!”.

Estemos seguros de que Pablo no ha encontrado un comentarista como esta muchacha, cuyas palabras son a estas horas inmortales.

Con amor, todos los carismas del Espíritu Santo son joyas valiosísimas, tanto para la Iglesia, que es su destinataria, como para quien ha recibido el carisma.

Sin el amor, del que Pablo nos quiere decir hoy algo, todo es pura palabrería y vaciedad.

Hay que ir ya a Pablo, que en la página del capítulo trece de la primera carta a los de Corinto se ha mostrado genial como nunca.

Este canto al amor es lo más sublime que se ha escrito y entonado en el mundo, y constituye a la vez una de las páginas más grandiosas de la Biblia.

Les viene a decir a los de Corinto:

-Se ven ustedes enriquecidos como ninguna otra comunidad con dones sin cuento del Espíritu Santo: ¡qué profetas, qué obradores de milagros! ¡hay que ver cómo hablan en otras lenguas!...

Los corintios podían sentirse halagados con estas palabras. Pero sigue Pablo:

-Sin embargo, están en los principios. Todos esos carismas que los engolosinan no valen para nada en comparación del que ahora les voy a mostrar: ¡el amor! El amor vale más que todos ellos juntos.

Pablo se presenta como si tuviese todos los carismas, para decir:

“Aunque yo hable las lenguas de todos los hombres y de los mismos ángeles, si no tengo amor soy como un bronce que suena o como un címbalo que aturde.

“Aunque tenga el don de profecía, y conozca todos los misterios y toda la ciencia; aunque tenga tanta fe que sea capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada.

“Aunque reparta todos mis bienes en beneficencia, y aunque entregue mi cuerpo a las llamas *como un mártir*, si no tengo amor, no me aprovecha nada”.

Al dictar Pablo estas palabras a su secretario no hace sino dejar hablar a su corazón arrebatado. Sin ser poeta ni versificador, Pablo estalla en un verdadero himno como tantos de la Biblia, pero superior a todos ellos. Hasta literariamente es una obra maestra.

De esta introducción tan elevada sobre el Amor —el amor a Dios en especial—, desciende ahora Pablo al comportamiento del amor fraterno, al parecer rutinario y trivial, pero con observaciones llenas de prudencia y de un valor psicológico extraordinario.

¿Cómo es el amor verdadero?... Y nos dice:

“El amor es paciente, es amable;

“el amor no es envidioso, ni busca aparentar;

“el amor no se engríe, ni actúa con bajeza;

“el amor no busca su interés, ni se irrita;

“el amor no guarda recuerdo de las ofensas, sino que las perdona;

“el amor nunca se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad.

“El amor todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”.

¿De qué amor ha hablado Pablo hasta ahora? ¿Del amor a Dios, o del amor al hermano?

De los dos en uno solo. Porque para Pablo no hay dos amores, sino uno solamente.

Con el único amor de Dios —el cual ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado—, amamos a Dios y amamos a los hermanos.

Después de enumerar Pablo las cualidades del amor que se tiene a los demás, se eleva en su himno a las mayores alturas.

Todos los carismas pasarán, todos desaparecerán.

La FE, ¿para qué, si lo estaremos viendo todo?...

La ESPERANZA, ¿para qué, si lo tendremos todo en la mano sin poderlo ya perder?...

No quedará sino la CARIDAD, el amor.

“Ahora tenemos tres cosas: la fe, la esperanza, el amor. De las tres, la mayor de todas es el Amor”.

¡De qué manera nos ha metido Pablo en la eternidad de Dios!

En Dios lo veremos todo.

En Dios lo tendremos todo.

Metidos en la hoguera infinita del amor de Dios, amaremos a Dios con su mismo amor; nos amaremos todos, ángeles y hombres, con amor intensísimo, ardiente y puro; y amaremos todas las cosas, transformadas en morada digna de los hijos de Dios.

¿Qué dijeron los Corintios al leer este himno de Pablo?

No lo sabemos.

Lo que sí sabemos es que la Iglesia —leyendo y releiendo sin cesar esta página incomparable de Pablo— ha valorado el Amor sobre todos los carismas habidos y por haber.

El sentido común de todos, hasta de los que están lejos de nosotros, coloca en los primeros puestos de la fila a Teresita —la jovencita que no hizo nada metida en un convento de clausura—, a la Madre Teresa y a todos los que las acompañan...

¡El Amor! ¡La Caridad!...

Dios, al ser amor, actúa siempre con amor.

Y el hombre más completo y la mujer más perfecta no se encuentran entre los que más lucen, sino entre los que más aman.

En la Iglesia tenemos la idea muy clara: la persona que más vale es la que más ama...

### 35. La tríada gloriosa. Con las Tres teologales

A un gran músico, y excelente director de capilla, le oí enseñar y hacer cantar esta simple oración jaculatoria que acababa de componer:

-¡Dame tu amor, ¡oh mi Dios!, lo demás no vale nada!

Los muchachos y muchachas del coro —que formaban un grupo juvenil muy escogido y muy comprometido con la Iglesia— la cantaban como es de suponer. ¡Qué fe! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué ardor!... Eran las tres virtudes teologales en labios cristianos...

Con este recuerdo en mi mente, he pensado en esa petición que sale tantas veces en las oraciones del culto, dicha de una manera o de otra:

“Aumenta en nosotros la fe, la esperanza y el amor”.

Cualquiera podría pensar que esas oraciones están inspiradas desde el principio de la Iglesia por Pablo, ya que tantas veces las cita juntas en sus cartas.

Como cuando dice:

“Mediante la fe, nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios; y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,2-5)

¡Cuidado que citamos veces estas palabras, de tan ricas como son!...

O estas otras:

“Nosotros, en el Espíritu, esperamos la santidad anhelada, por la fe que actúa mediante la caridad” (Ga 5,5-6)

El cristiano trabaja sin rendirse nunca, siempre encendido en amor, sabiendo que la santidad y la gloria, propuestas por la fe, las tiene con la esperanza al alcance de la mano.

Como hacían aquellos cristianos a los que alaba Pablo:

“Tengo noticia de su fe en Cristo Jesús y del amor que derrochan con todos los hermanos, a causa de la esperanza de la gloria que les está reservada en los cielos” (Col 1,4-5)

¿Para qué seguir citando textos y más textos de San Pablo?

Con todos ellos nos dice el Apóstol siempre lo mismo:

-¡Fe!... Crean en Dios y fiense de Él.

-¡Esperanza!... Vivan de ella, que quien espera no se cansa ni se agota nunca.

-¡Amor!... Sobre todo, ¡amen! Que quien ama lo tiene todo. Al que ama no le falta nada en absoluto, y todo lo demás le sobra.

¿Por qué Pablo nos puede hablar así?...

Muy sencillo. Porque tenía muy claro y muy metido en la cabeza lo que dijo a los Corintios al acabar su grandioso himno al amor:

-Ahora tenemos la fe, la esperanza y el amor. ¡Estas tres! Pero sepan y tengan siempre muy presente que, de las tres, la primera, la más importante, la más grande de todas es el Amor.



La vida cristiana se vive y se desarrolla con estas tres virtudes que llamamos “teologales”, es decir, “de Dios”, porque nos *vienen* directamente de Dios, infundidas por Él en el bautismo, y nos *llevan* también directamente a Dios.

**DE** Dios y **A** Dios. Ésta es su fórmula precisa.

Se confiesa con gran convicción: ¡Dios mío, creo en ti! No te veo, pero sé que eres Tú...

Se sigue con gran seguridad: ¡Dios mío, espero en ti! Sé que un día te veré...

Se repite mil veces con pasión: ¡Dios mío, te amo!...Y decimos la verdad.

Esto que parece tan sencillo es lo más grande que se puede hacer.

Y es el Espíritu quien mueve así la oración, como nos asegura Pablo:

“Nadie es capaz de decir si quiera ‘Jesús es Señor’ sino en el Espíritu Santo” (1Co 12,3)

La grandeza de a FE la descubrimos de modo especial en unas palabras de la carta a los Hebreos (Hbr 11,1):

“Es la fe una convicción de las cosas que se esperan, una prueba de lo que no se ve”

Es decir: Dios nos ha prometido la salvación plena en Jesucristo, que un día volverá para meternos en su gloria...

¿Estamos seguros de ello? ¿Podemos fiarnos del todo? ¿Es cierto lo que Dios nos dice?...

Todas estas preguntas se las puede hacer cualquiera, pero el único que se las responde con toda firmeza es el creyente.

Y se las responde de modo especial mirando a Jesucristo en la Cruz, pues se dice cuando no ve solución a los muchos problemas de la vida: .

-¡Ahí, ahí está el que me ama y me quiere y me puede salvar!...

Se entrega entonces a Jesucristo, le acepta con fe en toda su verdad, espera en todo lo que le promete, y, sobre todo, le ama.

En este creer, en este amar y en este esperar, está la salvación.

Pablo lo expresa con aquel su grito ardiente, al ver al Cristo Crucificado:

“¡Que me amó, y se entregó a la muerte por mí!”... (Ga 2,20)

¿No es esto lo que necesita el mundo moderno, que se desespera tantas veces por no saber a quién revolverse en medio de tantos males como aquejan a la humanidad?

Jesucristo creído. Jesucristo amado. Jesucristo en quien se puede esperar contra toda esperanza, es la salvación única que le resta al mundo y a cada hombre o mujer en particular.

Así lo ha dispuesto Dios, y así es.

Con la fe cristiana se valoraría al hombre en lo que es, sin oprimirlo jamás.

Con el amor cristiano sería un imposible consentir tanto mal como ven nuestros ojos.

Con la esperanza cristiana en la promesa de Dios se trabajaría con ilusión, sabiendo que el trabajo no es inútil en el Señor, como nos asegura Pablo (1Co 15,58)

Estas tres palabras —fe, esperanza, amor— las mezclamos, las combinamos, les damos el orden que queramos, y siempre nos dan el mismo resultado.

¿Por qué amo? Porque espero en algo más grande que yo y que me llenará del todo.

¿Por qué espero? Porque creo en lo que se me dice, en lo que se me promete.

¿Por qué creo? Porque sé quién es el Dios que me habla y me fío de Él en todo.

La fe lleva a la esperanza.

La esperanza lleva al amor.

El amor colma todos los anhelos del corazón.

Y la esperanza, que nace de la fe y desemboca en el amor, no va a decepcionar.

Como el amor es el impulso y el motor de toda la vida, al amar se cumple todo el bien con Dios y con los hombres;

al amar, no se hace mal alguno;

al amar, se cumple con todo bien;

amando, el hombre y la mujer, el anciano igual que el niño, el sano como el enfermo, el rico y el pobre..., todos a la una se realizan plenamente en la vida, y al final quedan sepultados en el Dios “que es amor” y en el que vivirán de amor para siempre.

Aquellos jóvenes nos enseñaron a gritar a Dios:

“Dame tu amor, ¡Oh mi Dios!, lo demás no vale nada”.

Era un grito de fe, cargado de esperanza.

Y, ciertamente, que los chicos no iban por nada desorientados, sino encaminados por la mejor de las sendas...

### 36. ¡Pero Cristo resucitó! *El fundamento de nuestra fe*

Todos sabemos que el punto central de nuestra fe es Jesús Resucitado. Pero nadie ha sabido interpretarlo como San Pablo.

Aquel golpe ante las puertas de Damasco fue demasiado fuerte para el perseguidor, y Pablo se dijo consternado:

-¡Entonces, todo era verdad! El odiado Crucificado resucitó. ¡Y aquí lo tengo yo ahora! ¡Es Él! ¡Y qué gloria la suya! ¡Y qué resplandor! ¡Y qué poder!...

No hay manera de que Pablo abandone estos pensamientos, en los que ahonda más y más cada día que pasa, hasta dejarnos en sus cartas una interpretación del Resucitado que viene a ser para nosotros la doctrina más grandiosa de nuestra fe cristiana.

El final de esta carta a los de Corinto resulta triunfal (1Co 15,1-58)

Ante todo, Pablo mira la resurrección como el triunfo de Jesús. Como cuando dice con aires de victoria:

“Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere más. La muerte ya no tiene dominio alguno sobre él. Porque el morir por el pecado fue sólo de una vez para siempre; pero el vivir ahora, resucitado, es un vivir eterno, para Dios, como Dios” (Ro 6,9-10)

Pablo se sitúa en sus días de Jerusalén cuando estaba con los dirigentes y doctores, y era enemigo acérrimo de Jesús. Ahora que lo ha visto resucitado, se dice con fruición:

\* ¡Que vengan si quieren los sumos sacerdotes del Templo, y todas las comparsas de escribas y fariseos enemigos del Nazareno!...

¡Que Pilato, el cobarde y escéptico, se siente de nuevo en el tribunal!...

¡Que se levanten todos los que gritaban aquel día: ¡Crucifícale, crucifícale!...

¡Que vengan ahora todos, que suban al cielo para hacerlo bajar, y que intenten crucificarlo otra vez!...

Intentos inútiles, Jesús resucitado ya no muere más. Su triunfo es total y definitivo. \*

Pero Pablo se hace una pregunta inquietante:

-Muy bien. Pero, ¿y si Cristo no resucitó de entre los muertos? ¿qué nos ocurre si eso de la resurrección es una mentira?...

Pablo se responde de esta manera:

\* Si Cristo no resucitó, nosotros los evangelizadores somos unos embusteros; y todos ustedes que nos oyen, están aún en sus pecados, y los que han muerto en Cristo, se perdieron.

Y al esperar nosotros en esta vida solamente en Cristo, si es que Cristo no resucitó, somos los más miserables de todos los hombres.

No vale la pena molestarse por ese Jesús, que no nos sirve de nada. Mejor es hacer lo de los paganos: comamos y bebemos, pasémosla bien, que mañana moriremos... \*

¡Qué lenguaje éste de Pablo! Sólo que añada inmediatamente:  
-¡Pero, no! ¡Porque Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, el primero de todos!  
Jesús, el primero. Después, seguiremos todos los demás... (1Co 15,12-20 y 32)

Todo cambia de manera insospechada.

¿Y todo por qué?...

Pues, porque su propia resurrección fue la prueba que Jesús dio de su misión divina.

Y ahora Pablo argumenta: ¿Cumplió Jesús la palabra o no la cumplió?

¿No resucitó, como dicen algunos? Entonces nos engañó, nos hemos equivocado nosotros, y somos unos miserables.

¿Resucitó? Entonces era lo que Él decía: el Hijo de Dios, el Salvador de todos, y nosotros somos la gente más lista y caminamos por la vida más seguros que nadie.

Pablo hace otra pregunta: -¿Para qué resucitó Jesucristo? (Ro 14,9)

Y se responde a sí mismo:

-Para esto murió Cristo, y para esto precisamente retornó a la vida: para ser el Señor de los muertos y de los vivos.

Y así, viene a arengar a los muertos:

-¡Estén tranquilos! Llegará un día en que saldrán de sus sepulcros! “Si el cuerpo de ustedes fue para el Señor, el Señor será para el cuerpo de ustedes también. Y Dios, que resucitó al Señor, les resucitará también a ustedes con su poder (1Co 6,13-14)

Y arenga después a los vivos:

-Ustedes que viven, ya no viven para sí mismos, sino para Aquel que por ustedes murió y por ustedes resucitó (2Co 5,15)

¿Entonces?... O viven para el Resucitado o no vale la pena vivir. Escojan...

Escuchamos a Pablo por otra vez nada más, cuando encarga:

“Ten fijos los ojos en Jesucristo, resucitado de entre los muertos” (2Tm 2,8)

¿Qué inspiran estas palabras del Apóstol? Son una fuerza tremenda en la lucha cristiana. Quien mira a Jesús el Resucitado no tiembla ante ningún enemigo.

Esto nos trae un recuerdo de nuestros días.

Había comenzado en Rusia el comunismo su lucha contra Dios, contra la Iglesia, contra todo lo que significara Religión.

Las nuevas autoridades convocan un mítin en un gran teatro, lleno hasta los topes de gente obligada a asistir en aquella convocatoria. Se suceden los oradores uno tras otro, todos socavando los cimientos de la fe cristiana del pueblo ruso.

Al acabar su perorata un conferenciante, se adelanta a la tribuna un anciano vigoroso, y lanza el grito con que se saludaban los creyentes en Rusia el día de Pascua:

-¡Cristo ha resucitado!...

Y todo el teatro, puesto en pie, coreaba entre aplausos la respuesta obligada:

-¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!...

El fracaso de las autoridades comunistas y ateas fue total.

Quien tiene fe en la resurrección de Jesucristo sabe que no será derrotado nunca.

Es lo que inspira Pablo con esa palabra tan hermosa:

“¡Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos!”.

Este capítulo de Pablo a los de Corinto es esto: un himno triunfal, más que altas místicas sobre la Resurrección.

El gozo y el orgullo por la Resurrección de Jesús es también una gracia singular de Dios.

Con esa alegría en el corazón, recordamos siempre la bella canción que entonan nuestros labios en las celebraciones de la Iglesia:

“Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos. Él es nuestra salvación, nuestra gloria para siempre. Si con Él morimos, viviremos con Él; si con Él sufrimos, reinaremos con Él”.

¿Qué no tenemos los cristianos con Jesús Resucitado?...

### 37. Carta segunda a los Corintios. *Seguían las inquietudes*

La carta primera de Pablo a los de Corinto nos causó muy buena impresión, ¿no es verdad?... Muchos avisos, muchas reprimendas, pero también páginas brillantes de doctrina muy subida y de hechos consoladores.

Sin embargo, las cosas no siguieron del todo bien en aquella Iglesia tan prometedora.

Pablo mandó desde Éfeso a Timoteo, y las informaciones con que volvió no fueron nada halagüeñas.

-¿Qué ocurre allí, Timoteo?, pregunta Pablo inquieto.

-Siguen los grupitos disidentes, empeñados en desautorizarte. El edificio de la comunidad se resquebraja por varias partes.

Pablo no pudo más, y se decidió a hacer una rápida visita, que empeoró las cosas en vez de arreglarlas.

Uno de la comunidad, orgulloso y descarado, se enfrentó a Pablo, le humilló; de modo que el Apóstol hubo de marcharse con el corazón destrozado. Y escribió otra carta, que por desgracia se perdió y no la tenemos.

Cuando Pablo salió de Éfeso y se halló en Macedonia, allí encontró a Tito que le trajo noticias tranquilizadoras.

-Cuéntame, Tito. ¿Cómo siguen las cosas en Corinto?

-Muy bien, Pablo. No te preocupes. Cuando recibieron tu carta, todos lloraban. El que te injurió de aquella manera está arrepentido. La reacción ha sido muy buena.

Pablo respiró profundo. Y hacia finales del año 57 vino esta carta que llamamos segunda, a veces patética, a veces enternecedora, en la que Pablo no tuvo más remedio que abrir su alma de par en par y contar cosas que nunca hubiera dicho.

Ante las noticias que le trajo Tito, Pablo se conmueve, da gracias a Dios, alaba a los corintios por su arrepentimiento, pide que perdonen con generosidad al que le había ofendido tan injusta y tan groseramente en aquella breve visita que le partió el alma.

Sin desarrollar ningún punto de doctrina, Pablo va diciendo cosas y cosas, verdaderas joyas para nuestra vida cristiana, pero sin orden alguno, tal como le van viniendo a su mente, que es un hervidero.

Empieza con el pensamiento en Dios.

“¡Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones!” (1,3-4)

¡Hay que ver cómo retratan estas palabras a Dios nuestro Padre, y la confianza que inspiran en cualquier pena que se viene encima!...

Podemos confiar en Dios. ¿Por qué?... Porque Dios es el Fiel, el que cumple sus promesas, y al que nosotros correspondemos con igual moneda. Pablo nos lo dice muy a la judía:

“¡Por la fidelidad de Dios!... Todas las promesas hechas por Dios han sido un Amén... Cristo Jesús no fue sino un Amén... Y nosotros somos un Amén también” (1,18-20).

¿Adivinamos el pensamiento de estas palabras?

El “Amén” para un judío era un “Sí” rotundo, firmísimo.

Entonces nos dice Pablo: ¿Dios prometió algo? Lo cumplirá con toda seguridad.

Y con toda fidelidad cumplió en Cristo todas sus promesas de salvación.

Cristo a su vez cumplió sin el menor fallo todo lo que supo era voluntad del Padre.

¿Qué le toca al cristiano, si quiere ser como Dios y como su Cristo?

Ser también un “Amén” en toda la vida.

Los compromisos del bautismo, cumplidos a rajatabla.

Porque lo que se promete a Dios, no se retracta jamás.

Mira Pablo lo que son los auténticos evangelizadores de Cristo, en contraposición de los que negocian con la palabra de Dios, y pone esta bella comparación:

“Nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo”.

Pablo alude tácitamente, sin mencionarla, a una práctica militar.

Cuando un general había ganado la batalla decisiva, y se le concedía el triunfo, llevaba consigo al rey y jefes vencidos, mientras los turiferarios iban con los incensarios envolviendo en una nube de humo triunfal al general vencedor.

Pablo con su predicación es uno de esos turiferarios que caminan incensando a Cristo, el Salvador, el cual con su Evangelio va triunfando en todas partes donde es anunciado.

Y saca Pablo la consecuencia:

El cristiano, como el evangelizador, es un frasco de perfume embriagador, que contrapea los miasmas deletéreos del mundo pecador. El Evangelio embalsama el mundo y lo llena de vida; aunque para quienes lo rechazan se convierte en pestilencia y en muerte (2,15)

¿No se distingue el cristiano en el mundo? Miremos lo que le dice Pablo:

“Ustedes son nuestra carta, escrita en sus corazones y leída por todos los hombres. Son una carta patente de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones” (3,2-3)

¡Qué preciosidad! El cristiano manifiesta a Cristo de modo inconfundible por dondequiera que vaya. Lo lleva en sus ojos, en sus labios, en todo su porte.

El Evangelio no está escrito en un libro: está escrito en la vida, la que se desarrolla desde el amanecer hasta la noche, leído y entendido por cualquiera que lo ve.

El cristiano refleja como en un espejo la gloria del Señor, y lo va transformando en su imagen cada vez más gloriosa; así es cómo actúa el Señor, que es Espíritu” (3,17-18)

Párrafo bello de verdad. Viviendo la gracia del Señor, el cristiano es un foco potente de luz, cada vez en aumento, reflejo del que es el sol del Cielo, Cristo Jesús.

Las quejas de Pablo sobre la conducta de algunos corintios no son sin ton ni son.

Todos los males que lamenta están causados por Satanás en persona, empeñado en perder la obra de la salvación. Pablo lo reconoce:

“No queremos que sean engañados por Satanás, pues no ignoramos sus propósitos... Es el dios de este mundo, el diablo, quien cegó los ojos de los incrédulos para impedir que vean el resplandor del glorioso Evangelio de Cristo que es imagen de Dios” (2,11 y 4,4)

La tercera parte de la carta es del todo singular y merecerá reflexión aparte.

Los enemigos del ministerio de Pablo —hilos que manejaba a placer Satanás—, quedaron descartados para siempre. Eran evangelizadores falsarios.

Los corintios, por el contrario, se adhirieron a Pablo para siempre también.

Y los grandes beneficiarios hemos sido nosotros, al tener una carta en nuestras manos que se lee con gran placer.

¡Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo!..., sigue repitiendo Pablo.



### **38. Reconciliados.** *De enemigos, amiguísimos de Dios*

En la segunda carta de Pablo a los de Corinto nos encontramos con un grito casi desgarrador: “En nombre de Jesucristo se lo digo: ¡Reconcíliense con Dios!”.

¿Cómo? ¿Es que somos enemigos de Dios, o qué?...

Lo fuimos en un tiempo malhadado. Por más que ahora nos hemos hecho amigos entrañables de Dios.

Pablo nos dice esto dentro de uno de esos párrafos preciosos salidos de su pluma apasionada (2Co 2,14-21)

No tenemos que extrañarnos de grito semejante.

Porque, sí; éramos enemigos declarados de Dios, y de enemigos nos hemos convertido en amigos y amigas íntimos, de modo que nosotros constituimos las delicias de todo un Dios.

¿Es posible esto?... Vayamos una por una a las afirmaciones de Pablo.

Arrancamos con Pablo de un hecho: Dios hizo las paces con nosotros.

Porque Dios y nosotros éramos enemigos. Esta es la verdad, por dura que sea.

Hablando de la Humanidad pecadora, Pablo lo dice de mil maneras:

“Se convirtieron con todos sus miembros en esclavos de la impureza y de toda maldad”, les dice a los de Roma (Ro 6,20)

De este modo, el Dios que es Dios de vivos, no de muertos, se encontró con todos los hombres esclavos de la muerte, y Dios no podía pactar con muertos:

“Obedecieron al pecado para convertirse en esclavos de la muerte”, pues “por el pecado de Adán reinó la muerte en todos” (Ro 6,19; 5,17)

Era una muerte que llevaba después a una perdición eterna: “porque aquel delito trajo sobre todos los hombres la condenación” (Ro 6,19; 5,17-18)

Así, la Humanidad entera se hallaba envuelta en la oscuridad más tétrica, en un verdadero “reino de las tinieblas” (Col 1,3), cuyo jefe era Satanás (Hbr 2,14), llamado por Pablo nada menos que “el dios de este mundo” (2Co 4,4)

¡Vaya cuadro que nos pinta Pablo!

¿Cómo podía haber amistad entre el hombre pecador y el Dios santísimo?

No había más que odio, desamor, guerra implacable y continua.

Eso, lo primero que nos asegura Pablo.

Pero lanza en medio de la tragedia un grito de victoria:

“¡Dios nos ha reconciliado consigo por Cristo!”. Y lo repite:

“¡Dios estaba reconciliando consigo al mundo, sin tomar en cuenta las culpas de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación”.

¿Es posible tanta generosidad en Dios? ¡Claro! Ahora viene San Pablo y da la razón que nosotros llamaríamos “tumbativa” en Dios: nada menos que su Hijo Crucificado.

“Tanta bondad proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo”, “pues Cristo murió por todos”.

Y Dios hizo esto de manera tan misteriosa que nos deja desconcertados:

“A Jesús, que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros nos convirtiéramos en santidad”.

Este versículo tan profundo nos dice cómo el Hijo de Dios, al hacerse Hombre, se solidarizó de tal manera con nosotros, se hizo de tal modo UNO con nosotros, que Dios no nos veía a nosotros sino metidos en Jesucristo.

Y al morir Jesucristo por el pecado del mundo, todo el mundo moría al pecado junto con Jesucristo.

Cuando Dios contemplaba la Cruz, su ira se convertía en misericordia; el odio en amor; la condenación en salvación; la muerte en vida y en resurrección.

Así desaparecían las esclavitudes y las enemistades de antes.

En vez del pecado, aparecía la santidad:

“Ya están ustedes en Cristo Jesús, hecho para nosotros justicia, santidad, redención” (1Co 1,30) “Y libres del pecado y esclavos de Dios, ya no producen sino frutos de santidad” (Ro 6,23)

La muerte, malherida, ya va de vencida, porque “si la muerte fue la paga del pecado, ahora el regalo de Dios es la vida eterna” (Ro 6,13)

Sacados del reino de las tinieblas, Satanás no tiene que hacer nada con los que son de Cristo, pues con Cristo están en el Reino de la luz (Col 1,13)

Como dice Pablo con expresión bellísima, había empezado “la nueva creación; pasó lo viejo, ahora todo es nuevo”.

Esa reconciliación y redención de Cristo, Dios la ha comunicado por el Espíritu Santo mediante el Bautismo, después que el creyente ha respondido a Dios con fe ardiente:

-¡Sí, yo creo!

Y viene el expresar su fe a lo largo de toda la vida, como dice Pablo, “fructificando en toda clase de obras buenas” (Col 1,10)

El gran secreto de este cambio en Dios y en el hombre ha sido la Sangre de Jesucristo. Se han rendido el uno y el otro.

Por parte de Dios, Pablo lo expresa con estas palabras:

“Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, nos vivificó juntamente con Cristo... Porque en Cristo, los que antes estaban lejos, ahora por la sangre de Cristo están cerca” (Ef 2,4 y 13)

Por parte del hombre —que era el culpable y el responsable de aquella lejanía—, ahora se decide y le confiesa a Dios:

-Ya no viviré para mí mismo, sino para Aquel que por mí murió y resucitó... Si vivo, vivo para el Señor; si muero, muero para el Señor. En vida y en muerte soy del Señor (2Co 5,15; Ro 13,7)

Dios y el hombre, reconciliados, se estrechan la mano, se sientan a la misma mesa, se hablan como amigos. ¡Esto es la reconciliación con Dios! ¡Esto es la Redención de Jesucristo!

San Pablo, con ese grito lacerante: “¡Reconcíliense con Dios!”, nos ha enseñado dónde se encuentra la felicidad verdadera: en la amistad entrañable con Dios.

Ser amigos de Dios...

Tratarle sin miedo a Dios de tú a tú...

Cruzar con Dios las sonrisas más bellas sin tener que fijar con pena ni miedo los ojos en el suelo...

Seguros de semejante amistad, el cristiano y la cristiana caminan por el mundo con elegancia inimitable, derrochando simpatía y juventud, al fin y al cabo como Jesús, el Joven eterno...

### 39. Hacia la Ciudad futura. *La ilusión más grande*

¿Queremos transportarnos más allá de las nubes y subir alto, alto... hacia donde subió Jesucristo aquel día desde el Monte de los Olivos?... Nos basta leer este párrafo lleno de añoranza divina en esta segunda de Pablo a los de Corinto:

“¡No desfallecemos! Aun cuando nuestro cuerpo se va desmoronando, el espíritu se va renovando de día en día. La breve tribulación actual nos consigue sobre toda medida un pesado caudal de gloria eterna a los que no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas que se ven son pasajeras, pero las que no se ven son eternas” (2Co 4,16-18)

Esto es precioso y estimulante.

Exige fe en lo que no vemos.

Exige esperanza en lo que no palpamos.

Pero tenemos la certeza incommovible de que eso, precisamente eso que se nos promete y que no vemos, vale más que todo el mundo.

Porque todo lo de aquí pasa, corre, vuela sin dejar huella detrás de sí.

Brilla sólo un instante, como un cohete de fuegos artificiales, que nos encanta por unos instantes pero, tal como se ve, desaparece para siempre.

Mientras que lo otro, lo que Dios nos promete, inmensamente más valioso que todo lo terreno, durará para siempre, no pasará jamás, porque será un bien eterno.

Pero Pablo sigue discurrendo:

“Porque sabemos que si esta tienda terrestre de nuestro cuerpo se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada no hecha por mano de hombres, sino eterna, que está en los cielos” (2Co 5,1)

A una tienda de campaña —¡eso es nuestro cuerpo!, que sirve sólo para una noche y al amanecer se enrolla—, sucede el entrar en posesión de una mansión espléndida, que no se desmoronará jamás, pues no habrá terremoto que la pueda destruir.

Eso será el cuerpo glorificado.

Ante realidad semejante, Pablo sigue soñando a lo divino, pero lleno de dulce nostalgia:

“Y así suspiramos con el deseo ardiente de vernos ya en posesión de aquella habitación celestial. El que nos ha destinado a esto es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu” .

Con semejante garantía —¡nada menos que el Espíritu Santo, el cual mora dentro de nosotros!—, la promesa es segura, no puede fallar, y hablamos ya como los moradores de esa casa que Dios nos ha construido en las alturas (2Co 5,2-5)

Sin fe en la vida eterna, sin esperanza de una gloria y felicidad sin fin, el paso del cristiano por la tierra y el seguimiento de Jesucristo no tienen sentido alguno.

Pues podría pasarse la vida haciéndose las mismas preguntas, para las cuales no hallaría respuesta:

¿A qué viene el fatigarse?

¿A qué el sufrir con un Cristo clavado en una cruz?

¿A qué privarse de tanta diversión que gozan los demás?...

Y se haría otra pregunta, seria e indiscifrable: ¿A qué viene la redención de Jesucristo?

La tragedia del Calvario, donde moría un hombre Dios, fue demasiado grande y sólo se explica si había de evitar una condenación horrorosa y merecer una felicidad inimaginable.

Si ahora quisiéramos traer todas las veces que San Pablo nos habla de la vida, la gloria y la felicidad en la visión de Dios a lo largo de todas sus cartas, nos haríamos interminables.

Son muchas, y ello indica que en su predicación y en la de los demás Apóstoles, la vida eterna ocupaba un lugar destacadísimo.

No ocultaban, ni Pablo ni los otros Apóstoles, el aspecto negativo de la vida eterna, es decir, la condenación de los que se pierden por su culpa propia.

Por ejemplo, lo que Pablo enseña con palabras muy graves:

“Todos tendremos que presentarnos ante el tribunal de Jesucristo” y “cada cual tendrá que dar cuenta de sí mismo a Dios”, “el cual dará a cada uno el pago según sus obras”; “ya que ningún fornicario, o impuro o codicioso o idólatra tendrá parte en el reino de Dios”, “porque éstos sufrirán el castigo de una pena eterna, alejados de la presencia de Señor y de su gloria” (2Co 5,10; Ro 14,12; Ro 2,6; Ef 5,5; 2Ts 1,9)

Por serio que fuera todo eso, Pablo —más que mirar la suerte desdichada de los que se alejan para siempre de Dios—, mira mucho más la gloria de los que son fieles a Jesucristo.

El cristiano, como los patriarcas de la Biblia, “no tiene aquí ciudad permanente, sino que va en busca de la futura, preparada por Dios. Es la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, inundada de millones y millones de ángeles, asamblea festiva de tantos que ya triunfaron y se salvaron” (Hbr 11,10-16; 12,22-13; 13,14)

Hay que mirar el plan grandioso de Dios al querer otorgar y dar su gloria a los elegidos. San Pablo lo expresa de manera preciosa.

Los convoca en Cristo Jesús y dirige todas las cosas hasta conseguir su salvación.

Los predestina a ser imágenes vivas de Jesús, su Hijo hecho Hombre.

Los que quieran ser como Jesús, ¡vengan, que los llama Dios!...

Los que han aceptado este llamamiento y han venido, se convierten en santos como Dios.

Los que se han santificado de verdad, ¡ahora entran en la misma gloria de Dios!...

Este es el proceso que Dios ha seguido en su elección. Y Dios, al ver a todos los redimidos por su Hijo Jesús, se dice gozoso:

-¡Son hijos míos! Por lo tanto, herederos también de mi gloria, la que di a mi Hijo Jesús.

¿Y cuál es la gloria que Dios les da a los que han sido fieles y perseverado hasta el fin?

Es imposible describirla, pues nos faltan términos de comparación.

Jesús dijo: “¡Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8).

Comentará Juan: “Cuando se manifieste lo que vamos a ser, entonces seremos como Dios, porque veremos a Dios tal como es Él” (1Jn 3,2)

Y completará Pablo: “Ahora vemos en un espejo, en enigma o adivinanza. Entonces veremos cara a cara” (1Co 13,12)

Lo cual significa que “ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni en cabeza humana cupo jamás el imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (1Co 2,9)

Todo esto es, sencillamente, incomprensible.

Porque siendo Dios infinito en su grandeza, ¡vaya eternidad que espera a los que se salven!

Avanzarán y avanzarán en la contemplación de Dios, sin cansarse nunca, porque siempre les resultará nueva aquella visión de una Hermosura inimaginable.

San Pablo, después de tantas veces como habla de la felicidad futura, acaba como debía acabar:

¿Lo que aquí podemos trabajar y sufrir?... Todo ello “no se puede comparar con la gloria que se ha de manifestar en nosotros”.

“Por lo mismo, hermanos míos muy amados, a mantenerse firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo no es vano en el Señor” (Ro 8,18; 1Co 15,58)

Resultaría muy pobre todo lo que nosotros quisiéramos añadir a palabras semejantes...

#### 40. Urgidos por el amor. *Amor DE Cristo, amor A Cristo.*

¿Nos ama Jesucristo?... -¡Vaya pregunta!, me dirán ustedes. El Corazón más grande que existe, ¿no nos va a amar?...

Y ahora hago la otra pregunta. ¿Amamos nosotros a Jesucristo?... -¡Otra que tal!, me responden ustedes también. Si no amamos a Jesucristo, ¿a quién vamos a amar? Que somos unos malditos, ¿o qué?...

¡Bueno! Vamos a quedar todos en paz, pues ya se ve que las preguntas son didácticas, pedagógicas, sólo para enseñar y aprender.

Ese amor de Jesucristo a nosotros, y el amor nuestro a Jesucristo, lo queremos mirar hoy a la luz de las Cartas de San Pablo, el gran conocedor y el gran amante de Jesucristo.

Me inspira el tema de hoy esa maldición tan llena de cariño y simpatía que lanza Pablo al acabar su carta primera a los de Corinto:

“Que sea maldito quien no ame a nuestro Señor Jesucristo” (1Co 16,22)

Cuando pensamos sobre este amor, pasamos, sencillamente, un rato delicioso, y es lo que vamos a hacer hoy: entretenernos con dichos de Pablo que nos hagan disfrutar con el amor más bello que existe.

Pablo exclama enajenado en esta carta segunda a los Corintios:

“¡El amor de Cristo nos urge!”, nos apremia y no nos deja nunca quietos (2Co 5,14)

Siempre estamos pensando en lo que Jesús nos quiere, y siempre estamos cavilando a ver cómo amaremos más a Jesús y haremos algo por Él.

Pero, preguntamos: cuando habla Pablo de este amor de Cristo, ¿de qué amor habla, del de Cristo a nosotros o del nuestro a Cristo?

Es el mismo amor. Jesús nos ama, derramando en nuestros corazones su Espíritu, y con su Espíritu amamos también nosotros a Jesús.

Con las Cartas de Pablo en la mano, vamos a la pregunta primera: ¿Nos ama Jesucristo?

Y Pablo nos responde con expresiones que se nos clavan en la mente como cuñas.

Les dice a los de Éfeso:

“Cristo nos amó, y se entregó por nosotros en sacrificio” (Ef 5,2)

Pero Pablo detalla mucho más. No se contenta con decir: “Por todos”, por la humanidad entera. Pablo se emociona, y particulariza:

“¡Cristo me amó, y se entregó a la muerte por mí!”(Gal 2,20)

“”Por mí”, nada de “por todos” en general.

Por mí, como si en su mente divina y ante sus ojos no estuviera más que yo.

Y me amó a mí, y nos amó a todos, a pesar de lo que éramos: malos de verdad.

Jesucristo no se tiró para atrás, y Pablo pondera la generosidad inmensa del Señor:

-Cristo murió por nosotros, impíos. La verdad es que apenas se encontrará quien se atreva a morir por una persona buena. Pero lo grande es que Cristo murió por nosotros siendo pecadores, ingratos, odiosos (Ro 5,7)

¿Nos ama Jesucristo?... Si Jesucristo no nos amara, diríamos que habría dejado de amarse a Sí mismo.

Le preguntamos a Pablo el porqué, y nos responde con palabras profundas.

-Porque Cristo vive de tal manera en nosotros y nosotros en Él, que Él y nosotros somos un mismo y un solo Cristo, como dice a los de Roma:

“Somos muchos, pero entre todos no formamos sino un solo cuerpo en Cristo” (Ro 12,5)

Jesús es la Cabeza, nosotros los miembros, pero Jesús y nosotros no formamos sino un solo cuerpo, el Cuerpo Místico de Cristo.

Y quien es la Cabeza, ¿puede descuidar uno solo de los miembros del cuerpo, sin que lo quiera, lo cuide, lo mime, lo defienda, los cure, lo honre?...

Es imposible que Jesucristo olvide y deje de amar uno solo de sus miembros.

Sería como decir que Jesucristo no se cuida de Sí mismo.

No hay cristiano que no esté adentrado en lo más íntimo del Corazón de Jesucristo.

¿Nos ama, entonces, Jesucristo? La pregunta sobra por completo.

Jesucristo es el mayor amador que existe.

Viene la otra pregunta: ¿amamos nosotros a Jesucristo? ¿lo amamos al estilo de Pablo?... Hablemos primero de Pablo.

Y empiezo contándoles una curiosidad, un capricho que he tenido para esta charla. No soy el primero que ha tenido ese capricho, pero hoy lo he realizado por cuenta mía: he contado las veces que Pablo, en sus trece cartas, saca el nombre de Jesús en sus diversas formas: Jesús, Cristo Jesús, Jesucristo, el Señor, y demás...

He tomado para ello la nueva Biblia Vulgata, en latín, la oficial de la Iglesia.

Pues bien, si no me he equivocado, saca Pablo el nombre de Jesús en las trece Cartas 576 veces, y suben a 603 si añadimos la de los Hebreos, que es de algún discípulo de Pablo, aunque en ella lo cita sólo 27 veces, muchas menos de lo que es habitual en Pablo, lo cual quiere decir que no fue Pablo el autor de esa carta.

Entre tantas maneras como Pablo cita a Jesús, la forma más usada es “Cristo”, con 219 veces, seguida de “El Señor” con 149.

Y siguen “Cristo Jesús”, “El Señor Jesucristo”, “Jesucristo”, “El Señor Jesús”, y otras como “El Hijo”, y una tan bonita como ésta: “El Amado”...

¿Sabemos lo que indica el que Pablo ponga el mismo Nombre del Señor 576 veces en sólo trece cartas?...

Un hecho semejante quiere decir que Pablo era un enamorado tal de Jesús que no tenía otra idea en su cabeza ni otro amor en su corazón sino sólo JESUS; y que al hablar y al escribir era un torrente que soltaba impetuoso el nombre del Señor Jesús.

Jesús le llenaba a Pablo la vida entera.



Vienen entonces esas expresiones de Pablo que hemos traído tantas veces ya en nuestras charlas, y que las volveremos a repetir otras tantas veces más.

“Mi vivir es Cristo” (Flp 1,21)

“Vivo yo, pero es que no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20)

“Todo lo tengo por mera basura, a trueque de ganar a Cristo” (Flp 3,8)

Y nos dice a todos, como a Timoteo: “¡Acuérdate siempre de Jesucristo!” (1Tm 2,8)

Nada digamos, finalmente, de su arrebatada protesta:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?... ¡Nada ni nadie podrá arrancarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús” (Ro 8,39)

El amor de Jesucristo impregna la vida cristiana entera.

El que más ama a Jesucristo es el más santo y el que más trabaja por el Señor y por el Reino. Basta mirar a Pablo para convencerse de ello.

Jesús dijo que “todo lo iba a atraer hacia Sí”. ¡Y a fe que lo ha conseguido bien!

Nadie ha amado como Jesucristo, pero tampoco nadie ha sido ni será amado jamás como Jesucristo el Señor...

#### **41. Servidor y apóstol. La conciencia misionera de Pablo**

Hoy en la Iglesia se ha despertado en muchos laicos la conciencia del apostolado.

Pablo les sigue animando como a los suyos de Filipos y Corinto:

-¡Son los apóstoles de las Iglesias, son la gloria de Cristo, son los que tienen escrito su nombre en los cielos! (2Co 8,23; Flp 4,3)

Si esto dice de sus colaboradores, ¿qué nos va a decir Pablo de sí mismo, qué sentía de la misión que Dios le había confiado?

Sin complejos de falsa humildad, Pablo le escribe a su querido discípulo y colaborador Timoteo:

“He sido constituido heraldo y apóstol de Cristo Jesús, maestro de los gentiles en la fe y en la verdad” (1Tm 2,7)

Por trabajos que esta su vocación le pueda costar, Pablo se siente feliz al haberse entregado a Jesucristo para llevar el Nombre bendito del Salvador por todos los rincones del Imperio.

Cuando el venerable Ananías se resistió a ir a Pablo después de la visión de Damasco, le respondió el Señor:

-Anda a ver a ese Saulo, y no temas. Pues éste es un instrumento elegido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto tendrá que padecer por mi nombre (Hch 9,13-16)

Cuando pasen los años, y Pablo haya recorrido ya muchas tierras, escribirá a las Iglesias sus cartas inmortales. ¿Y cómo las comenzará?

Era costumbre griega y romana empezar el autor su escrito haciendo su presentación, y para ello ponía detrás del nombre los títulos honoríficos o de cargo que ostentaba.

Si Pablo hubiera escrito antes de caer ante las puertas de Damasco, se hubiera llamado: “Saulo, Pablo, discípulo de Gamaliel, Maestro de la Ley”... ¡Quién sabe lo que hubiera dicho, de qué se hubiera ufano!

Ahora, sus cartas las comienza así:

“Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado al apostolado”.

Aquí está su mayor gloria.

Ser todo del Señor Jesús; servirle sin reserva y llevar una vida entregada de lleno a la gloria de Jesucristo.

Pablo tiene una conciencia honda de su misión de apóstol.

Sus palabras son reveladoras, y nos muestran sus disposiciones íntimas:

“Somos colaboradores de Dios... Que todos los hombres nos tengan por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles”... Somos embajadores de Cristo e instrumentos en la mano de Dios que les exhorta por nosotros” (1Co 3,9; 4,12; Co 5,20)

Cada una de estas palabras es un programa tanto de gloria como de graves exigencias.

Pablo les dice a los fieles, a los creyentes:

“Ustedes son campo de Dios, son un edificio de Dios” (1Co 3,8-9)  
Y en esta perspectiva, ¿qué y quién es el apóstol?...

Todo apóstol, como Pablo, es uno que se pone a las órdenes de Dios para trabajar con Él. Dios es generoso; y el que lo puede todo —el que puede salvar al mundo por Sí mismo, pues no necesita de nadie—, ha querido hacer todo lo contrario. Invita a voluntarios:

-¿Quién quiere venir a trabajar conmigo a la viña, quién viene a recoger las mieses de mis campos? ¿Quién me ayuda en la construcción de mi templo, el que me preparo para la Gloria?...

Con lo generoso que es Dios, a cada uno de sus trabajadores, dice Pablo, “Dios le dará el salario, a cada cual conforme a su rendimiento”.

Pero lo de menos es el jornal que Dios quiere pagar.

La mayor satisfacción del apóstol es la de poder trabajar con el mismo dueño de los campos o subirse a los andamios con el mismo empresario de la construcción.

¡Hay que ver la confianza que Dios deposita en sus apóstoles!...

Pablo da otra definición de sí mismo y de todo apóstol: es un servidor de Cristo.

Hay que saber desentrañar lo que encierra esta palabra.

El “siervo” no era el empleado nuestro, el trabajador a sueldo.

En el Imperio Romano, siervo era el esclavo, el que trabajaba sin recompensa alguna, el que había de obedecer sin chistar, el que acababa en el suplicio, frecuentemente la cruz, si al amo le venía bien divertirse con la muerte de quien le había servido toda la vida.

Pero, en el lenguaje de la Biblia, vemos algo muy diferente respecto del siervo.

Conocemos al Siervo de Yahvé pintado por Isaías (Is 52,13-15; 53,1-12)

Es el Hijo, el Hijo queridísimo, que se llama “Siervo” porque obedece sin rechistar al Padre, y con un amor filial enternecedor.

Esto fue Jesús, el Jesús que fue a la Cruz en acto de obediencia suprema.

Viene ahora Pablo, y se confiesa “esclavo” y “servidor” de Cristo.

Es decir, un entregado total y sin temores a su amo, con la misma generosidad obediente con que Jesús se puso en las manos del Padre.

A Pablo no le importan los trabajos, el sufrimiento, las persecuciones que ha de soportar.

¿Cómo mira Pablo todas esas contradicciones? Le viene a decir a Cristo:

\* Mi Señor Jesucristo, Tú ya no estás en la cruz;

Tú ya no puedes sufrir por tantos hombres y mujeres que se tienen que salvar;

Tú ya no puedes darte al apostolado como lo puedo hacer yo.

¡Descansa Tú, Señor, que ya te fatigaste bastante! Ahora me toca trabajar a mí.

Eso que le falta a tu Pasión, lo que trabajarías ahora, ya lo haré yo.

“Con gusto completo en mi carne lo que falta a tus tribulaciones, oh Cristo mío, a favor de tu cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24-25) \*

Pablo, como todo apóstol, ve cómo en sus manos ha depositado Dios todas sus riquezas: su Palabra, el Bautismo, el Cuerpo del Señor, “el cuidado de todas las Iglesias” (2Co 11,28)

Este sentido tiene para Pablo ser “administradores de Dios”, lo cual supone una confianza total de Dios en el apóstol, y en el apóstol una fidelidad inquebrantable a Dios.

La gloria última del apóstol que señala Pablo es la de ser “embajadores” del mismo Dios.

Y el embajador no hace otra cosa que representar dignamente a su soberano, cumplir fielmente sus órdenes y hablar en nombre del rey o del emperador.

Esta es la conciencia que tiene Pablo de su misión.

“Ser apóstol” es lo que lo define, porque es lo que constituye todo su ser.

Con su ejemplo, ha arrastrado Pablo a miles y millones a hacer algo por el Señor Jesús.

Y, no lo dudemos, es lo que seguirá haciendo hasta el fin. ¿También con muchos de nosotros?...

## 42. Pablo, ¡qué apóstol! *Cómo se retrata a sí mismo*

En la segunda carta de San Pablo a los de Corinto hay un pasaje curioso y lleno de mordaz ironía:

-Van diciendo mis enemigos que no tengo elocuencia. A lo mejor tienen razón. Pero, ¿carezco de ciencia, o sé más que todos esos superapóstoles? ¿Me creen ustedes inferior a esos superapóstoles, o es que son ellos unos apóstoles falsos?... (2Co 11,5; 12,11)

Por dos veces usa Pablo la palabra “superapóstoles”, cargada de terrible malicia.

A esos sus enemigos los describe ahora con un párrafo terrible:

“Esos tales son unos falsos apóstoles, unos trabajadores engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y nada tiene de extraño, porque el mismo Satanás sabe disfrazarse de ángel de luz. Por tanto, no es mucho que sus ministros se disfracen también de ministros de santidad. Pero su fin será conforme a sus obras” (2Co 11,13-15)

Sus enemigos, los judaizantes, no lo soportaban.

Después de los judaizantes vendrán otros que se recomerán de envidia ante la figura enorme de aquel Saulo perseguidor, convertido en el Pablo admirado por todas las Iglesias.

Por pura rivalidad predicarán también de Jesús, sólo para ser alabados ellos mientras Pablo se esté consumiendo en su prisión romana.

Pero Pablo, al saberlo, escribirá gozoso:

\* Y a mí, ¿qué me va?

Según me dicen, algunos van predicando por ahí a Cristo llevados por la envidia y con ganas de llenarme de celos aquí en mi prisión.

¡Qué poco me conocen esos tales! ¿A mí qué me importa su intención tan torcida?

A mí lo que me interesa, lo que me alegra y me seguirá alegrando, es que Cristo sea anunciado de una manera u otra.

¿Lo hacen algunos con hipocresía? ¡Allá ellos! “Son muchos los que buscan su propio interés, y no el de Cristo Jesús”...

Mis colaboradores, al revés, ¿lo hacen con gran amor y llenos de celo santo, con sinceridad y valentía?... ¡Benditos sean!... (Flp 1,14-18; 2,21). \*

Estos desahogos de Pablo nos hacen pensar mucho en su apostolado tan singular, en su espíritu gigante, en su generosidad inmensa.

Lo que resulta más curioso es que Pablo, para demostrar la legitimidad y eficacia de su apostolado, no recurre ante sus enemigos al fruto que ha producido en todas partes.

La prueba que da, precisamente en esta segunda carta a los de Corinto, son las persecuciones que ha tenido que sufrir en todas partes.

Su manera de pensar, es bien sencilla. Como si dijera:

\* ¿Saben todos ustedes cómo nos salvó el Señor Jesús? Con la cruz, y nada más...

¿Saben cómo hemos de salvar nosotros al mundo, como ministros de Jesús? Con nuestra cruz, y nada más.

Hemos de hacer por la salvación del mundo lo que el Señor Jesús ya no puede hacer ahora: sufrir.

Sus apóstoles hemos de llevar en nuestra propia carne por la Iglesia los padecimientos que le faltan a la pasión del Señor, que la continúa en nosotros (Col 1,24-25)

Lo demás, mentira.

Si no hay sacrificio, no hay apostolado valedero. \*

¿Qué pensaríamos si hablara así Pablo? ¡Pues, así es como habla!

Y, con el fin de probar sus palabras, pasa de la teoría a los hechos.

Para dejar mutis a sus enemigos —dice—, “no tengo más remedio que hacer el loco, y contar lo que debiera tener callado”. Aguántenme, porque se lo digo. Y viene el párrafo famoso, que tantas veces hemos leído:

\*¿Quieren saber lo que me ha tocado en la vida?

Apenas empecé a predicar en Damasco, el representante del rey Aretas tenía puesta guardia en la ciudad con el fin de prenderme. Por una ventana, y metido en una espuerta, me descolgaron muro abajo, y así escapé de sus manos.

Me he visto en muchos más trabajos que esos mis adversarios, los cuales se tienen por apóstoles tan grandes.

Metido en cárceles, mucho más que ellos. Muchísimos más azotes. Muchas veces, en peligros de muerte.

Cinco veces recibí de los judíos mis paisanos los treinta y nueve azotes; aparte de las cinco veces que recibí los azotes con varas de los lictores romanos.

Una vez, en Listra, fui apedreado y dejado por muerto.

Naufagué tres veces; y hubo ocasión en que pasé un día y una noche en alta mar.

He hecho frecuentes viajes cansadísimos, con ríos caudalosos.

Me he visto en peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos.

Trabajos y fatigas, sin cuento; muchas veces, noches sin dormir.

He pasado hambre y sed; muchos días sin comer; he aguantado frío y desnudez.

Y todo esto, aparte de otras cosas, como es mi responsabilidad diaria y la preocupación por todas las iglesias (2Co 11,23-33). \*

Esto lo escribía Pablo el año 57. Le faltaban diez años para morir, y no figuran en el anterior cuadro las dos prisiones de Cesarea y de Roma, de dos años cada una; el naufragio espantoso que dio con él en las costas Malta; la cárcel última de la cual salió para la muerte, y quién sabe cuántas aventuras más...

¿Le falta alguna cosa a Pablo para presentarnos una vida verdaderamente legendaria?...

Y todo por Jesús, por el Señor Jesús.

El Señor, cuando se apareció a Ananías en Damasco y le mandó ir a visitar a Pablo y bautizarlo, le dijo aquellas palabras:

“Yo le mostré cuánto tendrá que padecer por mi nombre”.

A nosotros nos viene a la memoria lo del anciano Simeón a María:  
“Y a ti, una espada te atravesará el alma”.

Está visto, el Señor que salvó al mundo por la Cruz, no tiene otro sistema con sus grandes elegidos.

Pablo se reía de sus enemigos a los que llamaba irónicamente “superapóstoles”.

Esta palabra que se inventó él para ridiculizar a sus adversarios, nosotros la hacemos nuestra y se la aplicamos a Pablo para decirle que sí:

que él es el “superapóstol”;

que él no es un apóstol cualquiera;

que él es el apóstol más apóstol que ha tenido la Iglesia de todos los tiempos;

que él es “El Apóstol” sin más: gloria nuestra, porque lo admiramos y lo queremos mucho, como una de las glorias más grandes del Señor Jesucristo.

### 43. En la Trinidad Santísima. *Cómo nos habla Pablo*

Les invito, amigas y amigos, a que cuenten las veces que se nos saluda en la Iglesia con estas palabras:

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo estén con ustedes”.

¿Cuántas veces lo oímos?... ¿Y sabemos de quién son estas palabras? Pues..., se las debemos a nuestro querido San Pablo, que así se despide de los Corintios (2Co 13,13)

Y empezamos con una pregunta: ¿Qué pensaba Pablo de la Santísima Trinidad?

Parecería fácil la respuesta, pero no resulta tan sencilla.

Pensemos que Pablo era un judío acérrimo.

Para él, no había más que un solo Dios, Yahvé y nadie más.

¿Y que le vengan ahora los de esa secta del Crucificado a decirle que Jesús es el Hijo de Dios, y Dios como su Padre? ¿Y que hablen de un Espíritu Santo, que también es Dios?...

A un judío tradicional esto no le entraba por nada en la cabeza.

Por eso entregaron a Jesús, por blasfemo, porque se hacía pasar como Hijo de Dios y Dios como su Padre.

Por eso apedrearon a Esteban, porque aseguró que veía a Jesús a la derecha de Dios, es decir, Dios también como Yahvé.

¿Cómo vino Pablo a saber que Jesús era Dios, y el Espíritu Santo también?

Fue por iluminación clarísima de Dios.

Al ver a Jesús que se le aparecía glorioso ante las puertas de Damasco, no lo dudó un instante: ¡Es el Hijo de Dios, y es Dios!

Al recibir el bautismo tres días después, oye que le dice Ananías, el enviado de Dios:

“Vengo para que te llenes del Espíritu Santo”.

A partir de ahora, sabe Pablo muy bien que Yahvé, el Dios de Israel, tiene un Hijo que es Dios, Jesucristo.

Y sabe también que en Yahvé hay otra Persona divina, que se llama el Espíritu Santo.

¿Cómo hablará Pablo de las tres divinas Personas, qué dirá de cada una de ellas?

Sin hacer teología, siempre hablará del mismo y único Dios.

Pero Pablo irá atribuyendo al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo lo que cada una de las tres Personas ha hecho y hace en la obra de la salvación y santificación de los hombres.

El Padre es el Dios todo en todas las cosas (1Co 15,28)

Jesús, el Hijo, es el Dios bendito por los siglos Ro 9,5)

El Espíritu Santo es, dentro del mismo Dios, el único que sondea las profundidades infinitas de Dios (1Co 2,10)

¿Y qué hace el Padre por nuestra salvación? “Por el inmenso amor que nos tuvo” (Ef 2,4), “envió a su Hijo, nacido de una Mujer”, de María, con la cual únicamente comparte su



paternidad divina (Gal 4,4). Y nos lo dio de tal manera, “que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros” (Ro 8,32)

¿Qué hace para salvarnos Jesús, el Hijo de Dios? Cada uno en particular repite con Pablo: “¡Que me amó y se entregó a la muerte pro mí!” (Gal 2,20)

¿Qué hace el Espíritu Santo?... “Se nos ha dado, y por él se ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones” (Ro 5,5)

Qué preciosidad de obra la del Dios Trinidad, tal como nos la describe San Pablo en sólo un par de líneas:

-Es Dios, el Padre, quien nos da toda la fuerza en Cristo, su Hijo, y nos marca en nuestros corazones con el sello de su Espíritu (2Co 1,21-22)

El Padre nos comunica toda su vida, y por eso somos sus hijos;  
lo hace el Padre mediante Jesucristo, en quien habita la plenitud de la Divinidad;  
y sella y garantiza su vida en nosotros para la eternidad con las arras del Espíritu Santo.

Tenía mucha razón aquel gran Papa y Doctor de la antigüedad cristiana, San León Magno, cuando se dirigía al bautizado:

-“¡Reconoce, cristiano, tu dignidad!”. No encontrarás a nadie más grande que tú en la redondez del mundo.

Entre tantas veces que Pablo nos trae en sus cartas a las Tres Divinas Personas, podemos escoger una de singular valor:

“El Espíritu Santo se une a nuestro propio espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Ro 8,16-17)

Aquí encontramos la mística de lo que es en nosotros la Santísima Trinidad.

Nos encontramos, ante todo, con el Padre que nos ama, y, porque nos ama, nos manda su Hijo a nuestros corazones. Con Él nos da su Vida y todas sus riquezas.

Con el Hijo que el Padre nos ha dado y vive dentro de nosotros, tenemos expedito el camino que nos conduce al Padre y hallamos abierta la puerta del Dios que nos espera.

Jesucristo nos pasa a nosotros todos sus derechos de Hijo de Dios; nos comunica la Vida de su Padre Dios que Él posee en plenitud; nos hace herederos de su misma Gloria.

Jesús es el Hijo Primogénito de Dios, y nosotros, sus hermanos, hijos también de Dios.

El Espíritu Santo, Espíritu del Señor Jesús, está muy metido en nosotros, invadiendo todo nuestro ser, y asegurándonos que sí, que tengamos fe y esperanza, porque Él mismo sale garante de que somos hijos de Dios.

Es el Espíritu quien nos hace gritar cuando nos dirigimos a Dios: ¡Abbá, Padre, Papá!

Es el Espíritu Santo quien inspira nuestra oración y quien nos llena de anhelos celestiales y divinos.

Y será el Espíritu Santo, concluye Pablo, quien, después que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, nos resucitará también a nosotros, sacándonos de nuestros sepulcros para la gloria inmortal (Ro 8,11)

San Pablo no se mete a hacer teologías sobre la Santísima Trinidad.

Pero lo que nos dice de Ella —y la cita en un montón de pasajes de sus cartas— no cansa el leerlo, el meditarlo, el asimilarlo como lo más dulce, tierno y subido de la vida cristiana.

¡Trinidad Santísima!, la Trinidad que Pablo nos enseña. Ven y vive en los hijos que tienes en la tierra, y que no pueden con las ganas que sienten de gozarte allá arriba, donde Tú los esperas a todos...

#### **44. Seguimos en Éfeso. *Aquella puerta tan ancha***

¡Qué tres años los de Pablo en Éfeso!... Los Hechos de los Apóstoles los resumen en unas palabras triunfales:

“Todos los habitantes del Asia oyeron la palabra del Señor, judíos y griegos”.

¿Qué hizo Pablo para conseguir un éxito semejante?

Éfeso era la capital de la provincia de Asia, y hacia ella convergían las ciudades costeras y muchas poblaciones más como a centro del comercio y de la administración romana.

Los que leemos la Biblia conocemos muy bien por el Apocalipsis los nombres de Laodicea, Colosas, Esmirna, Filadelfia, Sardes, Hierápolis, Tiatira, Pérgamo.

Todas ellas rodeaban a Éfeso, y desde Éfeso les llegó el Evangelio que Pablo anunciaba.

Porque desde allí enviaba a sus generosos discípulos:

-Tú, Epafras, predica en Colosas... Tú, Filemón, ayuda a Epafras en tu ciudad...

Los nuevos creyentes llevaban el Evangelio a todos los lugares.

El prestigio de Pablo era muy grande. Su fama de hacedor de milagros le daba la aureola de enviado de Dios.

Los magos y hechiceros le temían.

Y los asiarcas, custodios del templo donde se veneraba a la diosa Roma junto con Artemisa, se preciaban de ser sus amigos.

Pablo no se enlaminaba con estos triunfos, que eran obra de la gracia, sino que había de soportar trabajos, calumnias, incomprensiones, blasfemias, persecuciones continuas, como ya vimos en nuestra charla anterior.

Pero faltaba el capítulo más serio, descrito por Lucas en Los Hechos de manera magistral: la revuelta de los orfebres.

Éfeso era la ciudad guardiana de la diosa Artemisa, que moraba en un templo grandioso, con 127 columnas de 18 metros de altura, 38 de las cuales estaban adornadas con esculturas en bajo relieve, obra de los artistas más afamados.

Artemisa, diosa de la fecundidad, con sus senos abundantes y abultados, había bajado repentinamente del cielo, y su imagen era venerada en todas partes, aunque tuviera en Éfeso su morada, el templo digno de una diosa de semejante categoría.

Con visitas y peregrinaciones continuas de sus devotos, y por la celebración de las fiestas fastuosas en honor de la diosa, la industria de imágenes, templetas, escudos..., constituía un negocio imponente, con la utilización de maderas finas, piedras y metales preciosos, aparte de los materiales bastos y baratos.

Un orfebre y joyero, llamado Demetrio, tenía en Éfeso sus numerosos talleres con abundantes artesanos especializados y muchos obreros más.

Su negocio, antes viento en popa, ahora empeoraba a ojos vistas.

Como la causa del desastre era evidente, reúne a todos sus trabajadores:

-Compañeros, ustedes saben de dónde sale todo nuestro dinero. Pero por culpa de ese Pablo lo vamos a perder todo y perdemos también a nuestra diosa. ¿Qué hacemos?...

Los obreros se lanzan a la calle gritando:

“¡Grande es la Artemisa de los efesios! ¡Grande es la Artemisa de los efesios!”...

En pocos momentos se ha armado un griterío enorme en toda la ciudad, que, amotinada, se va dirigiendo al gran teatro, clamando todos desahogados:

“¡Grande es la Artemisa de los efesios, grande es la Artemisa de los efesios!”...

Pablo se empeña en ir:

-¡Déjenme! Ni Gayo ni Aristarco, arrestados, son los que han de caer. ¡He de ir yo!...

Pero Áquila y Priscila, los discípulos, y hasta sus amigos paganos los asiarcas, le disuaden:

-¡No vayas, por favor! Vas a morir inútilmente...

En el teatro unos gritaban una cosa y otros otra, sin saber por qué ni a qué venía aquello.

Pero unos judíos, que sí sabían el porqué, empujaron a Alejandro:

-¡Sube, y cálmalos!...

Pero Alejandro oyó a la turba furiosa:

-¡Fuera ése!...

Y siguieron durante dos horas con el grito estentóreo:

“¡Grande es la Artemisa de los efesios, grande es la Artemisa de los efesios!”...

No hubo manera, hasta que un magistrado logró calmar aquella marea con palabras muy sensatas y muy diplomáticas, que nos han conservado los Hechos:

-Efesios, ¿quién hay en el mundo que no sepa que nuestra ciudad es la guardiana del templo de la gran Artemisa y de su estatua caída del cielo? Por lo mismo, siendo esto indiscutible, conviene que se calmen y no hagan nada inconsideradamente.

El magistrado hablaba de manera muy cuerda.

Sabía muy bien que no se podía jugar con las autoridades romanas, sobre todo porque Pablo era ciudadano romano y no lo podían liquidar fácilmente sin un proceso formal.

Todo paró bien. La concentración popular se disolvió, y Pablo salvó la vida una vez más.

Pero los hermanos le aconsejaron prudentemente:

-Pablo, marcha de Éfeso.

Y Pablo, con el sentimiento que podemos suponer, aceptó la recomendación:

-Me voy. Pero ustedes sigan todos con buen ánimo. Desde Macedonia les seguiré con mi recuerdo y mi oración.

En Macedonia visita a los de Filipos:

-¡Gracias, mis queridos filipenses! Su ayuda generosa me sirvió para empezar a evangelizar cuanto antes. ¡Qué buenos que son!...

En Tesalónica, oye que le dicen:

-¡Pablo! ¡Cuánto bien que nos hiciste con tus cartas! Con los ánimos que tú nos infundiste, ya ves que seguimos todos fieles al Señor Jesús.

En Berea, dice a aquellos estudiosos de la Biblia:

-¡Qué bien que siguen ustedes! Y ya ven, desde Éfeso me acompaña su paisano Sópatro, buen colaborador en la obra del Señor.

En Corinto se demora Pablo tres meses que van a ser de una fecundidad insospechada por las dos cartas que escribirá: la de los Gálatas y la de los Romanos, que serán alimento de la Iglesia por siglos y siglos.

Además, en este viaje acaba de recoger en las Iglesias la gran colecta que va a llevar a los pobres de Jerusalén, solicitada por Pedro, Santiago y Juan: “¡No te olvides de nuestros pobres!”... Pablo se la prometió, y ahora les llevaría la gran generosidad de las Iglesias.

Nosotros no vamos a olvidar nunca a Éfeso. ¡Qué Iglesia! Su imagen estará fija en la retina de nuestros ojos como lo mejor que hemos visto en la vida de Pablo.

#### 45. La carta a los Gálatas. *Tan queridos y tan volubles*

Pablo estaba de paso por Macedonia, camino de Corinto, probablemente a principios del año 58, y un día le oyeron todos exclamar angustiado:

¡Ay, esos queridos gálatas, tan simpáticos, tan buenos, y tan inconstantes! Hace ya siete años que recibieron el Evangelio, y aquello fue magnífico.

Teméndome algo, les hice una visita rápida hace tres años, y les conforté en la fe.

Ahora, por las noticias que me llegan, están zarandeados por los judaizantes, y los gálatas, como siempre, apegándose al que les viene con la última novedad.

Iría a verlos otra vez, pero me es imposible.

-¿Y qué vas a hacer, Pablo?, le preguntan sus colaboradores.

-Lo mismo que hice con los de Tesalónica hace ya tiempo y que dio tan buen resultado: escribirles. Una carta suplirá mi presencia.

Así lo pensó Pablo, y así lo hizo.

Y de sus labios salieron expresiones sublimes, que el amanuense o secretario tenía que ir copiando en el papiro, al final del cual escribirá Pablo de su puño y letra unas cuantas líneas: “Ya ven qué letras tan grandes, escritas con mi propia mano”.

La carta a los Gálatas es un grito angustioso de Pablo contra sus enemigos más tenaces, los judaizantes, esos cristianos venidos de la sinagoga y empeñados en hacer del cristianismo una amalgama o mezcolanza imposible de digerir.

Pablo no aguanta más, y lanza sus anatemas e imprecaciones:

“¡Maldito quien les enseñe otro evangelio diferente del que recibieron de mí, que es el del Señor!

¡Dejen de una vez la ley de Moisés con sus prescripciones insoportables, y abrácese con la libertad y el amor del Evangelio!

¡Olvídense para siempre de la circuncisión, que les ata al pueblo judío!

¡Vivan su bautismo, que es la entrada en el verdadero Israel de Dios!

“¡Y vayan con cuidado con esos que dicen que Pablo no es apóstol verdadero sino un predicador de tantos, y peor todavía, un falsario! Al desautorizar mi persona, desautorizan mi ministerio y niegan la verdad de lo que yo predico.

Tengan presente que soy apóstol no por autoridad o encargo de hombres, sino por Jesucristo que se me apareció y me mandó a predicar a los gentiles.

Más aún. Lo que yo predico no lo aprendí de hombres, sino que me lo reveló Jesucristo.

“Esos judaizantes y falsos hermanos que ahora les confunden a ustedes saben muy bien quién soy yo.

Perseguí yo con más furor que nadie a la Iglesia de Dios.

Hasta que se corrió por Jerusalén la voz: “Aquel que antes nos perseguía ahora anuncia la buena nueva de la fe que antes quería destruir”. Y glorificaban a Dios por mi causa.

“Hice después otra visita a la Iglesia madre de Jerusalén; vi a Pedro, a Santiago y a Juan, considerados como las columnas de la Iglesia; les expuse lo que yo predico; les conté las maravillas que el Espíritu Santo obraba entre los paganos que se convertían; me estrecharon la mano en señal de paz, igual que a Bernabé; aprobaron todo lo que yo les enseñaba a ustedes, y nos autorizaron a los dos a proseguir nuestra misión y enseñanza entre los gentiles.

“Todo esto lo saben muy bien esos falsos hermanos que les han llegado ahora enredándoles de tan mala manera.

¡Ay, gálatas insensatos! ¡Qué pronto han abandonado al que les llamó a la gracia de Cristo para seguir un evangelio falseado!”...

Así, como lo oímos, esta carta de Pablo es al principio un implacable grito de alerta.

Sigue después con algunos puntos difíciles, originados por los judaizantes, y que podría seguir explicando el mismo Pablo.

\* ¿Saben por qué me persiguen tanto los judaizantes? Se lo voy a decir.

-Porque ellos mantienen que para salvarse hay que circuncidarse y cumplir toda la Ley de Moisés, además de bautizarse. Pero yo les contesto:

Entonces, la muerte de Cristo sobra del todo. Cristo murió inútilmente. ¿A qué viene la Cruz si la persona se salva por las obras de una Ley que cumplía escrupulosamente?...

Esto es lo primero que yo enseñé: que no son necesarias ni la circuncisión ni la Ley.

\* ¿Quieren que siga con mi explicación?

-El primer acto que una persona hace para recibir la salvación no se debe a ninguna obra suya buena.

Es una gracia que recibe de Dios de balde, totalmente gratuita, puro regalo de Dios.

\* ¿Sigo todavía más, contra esos falsos hijos de Abraham? Se lo voy a decir.

Abraham fue justificado por haber creído en Dios, antes de que se circuncidase y cuatrocientos treinta años antes de que viniera la Ley de Moisés.

Por lo mismo, Abraham se hizo amigo de Dios y se salvó por la fe que tuvo en Dios y no por la circuncisión ni por las obras de la Ley.

\* ¿Aún quieren más explicaciones? Pues ahí va una bien seria.

-Los descendientes de Abraham no son los que nacen de su linaje por generación natural, sino los que renacen por la fe en Cristo Jesús. Por lo tanto, son hijos de Abraham los gentiles y los judíos por igual si tienen la fe en Cristo Jesús. No hay distinción alguna.

\* ¿Les digo lo último?

-Dicen mis enemigos que yo dejo a los bautizados sin ley. ¡Mienten!

Los bautizados se han librado de la esclavitud de la Ley antigua, y su ley es el Espíritu Santo que vive en sus corazones. Jamás dije ni diré que el cristiano está sin ley.

Así nos iría explicando Pablo su carta a los Gálatas.  
Y acabaría gozoso, después de haberse desfogado vehementemente.

“¡Mis queridos gálatas! Como una mujer cuando da a luz, así sufro yo hasta que Cristo se forme en ustedes.

“En nada me han ofendido. Ya saben que por una enfermedad que me sobrevino, tuve ocasión de anunciarles el Evangelio. Y ustedes vencieron la tentación de abandonarme por evitar el contagio; al revés, me recibieron como a un ángel de Dios, como al mismo Jesús.

“¿Dónde ha quedado la alegría de entonces? Estoy seguro de que, si fuera posible, se arrancarían los ojos para dármelos a mí (4,12-20)

Pablo tiene en esta carta además unas exclamaciones de amor a Jesucristo que arrebatan.

“¡Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!”.

“Yo llevo en mi cuerpo las marcas, las llagas mismas de Jesús”.

“Porque vivo yo, pero ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí”

Preciosa esta carta a los Gálatas.

Es la carta que enseña lo que es la ley del Espíritu Santo.

Y si el Espíritu divino es la ley, ¿qué mal se va a cometer, qué bien no se va a practicar?

El cristiano es el ser más libre y más fiel que existe...



#### **46. En Cristo Jesús.** *Esta insondable expresión paulina*

Si queremos entretenernos al leer a San Pablo, miremos de contar las veces que el Apóstol emplea esta expresión: “En Cristo Jesús”. Son muchas. Pero las podremos contar.

Lo que no contaremos —mejor dicho, lo que no mediremos jamás— es la profundidad que se esconde en esas tres palabras.

En Jesús “reside toda la plenitud de la Divinidad”, nos dice Pablo (Col 2,9)

Entonces, cuando nos metemos en el alma de Jesús, cuando penetramos en su Corazón, nos hundimos en un abismo infinito sin encontrar fondo jamás.

Sin embargo, con ese “En Cristo Jesús”, Pablo nos mete en realidad dentro de nosotros mismos, que estamos hechos una sola cosa con Cristo.

Y es entonces cuando nos pasmamos de nuestra propia grandeza cristiana.

Cristo, todo en mí.

Yo, del todo en Cristo.

Cristo y yo, un solo Cristo.

Dicho esto por cada cristiano, ¿dónde se esconde la razón de semejante grandeza?

Es el mismo Pablo quien nos lo va a decir.

En el bautismo, un día nos hundimos en la muerte de Cristo, y, al salir de las aguas, éramos unas nuevas criaturas, o como dice Pablo, éramos una nueva creación.

Desaparecimos nosotros para encontrarnos convertidos en el mismo Cristo, y esto hace que tengamos una vida totalmente diferente de la que antes poseíamos.

San Pablo nos lo dice así:

“Todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús... vivimos una vida nueva” (Ro 6,3-4)

Es la vida nueva del Resucitado, con el que no formamos más que un solo cuerpo, de modo —sigue diciendo Pablo con osadía verdadera— que somos “uno solo en Cristo Jesús”, como una sola persona (Ga 3,28)

En estas palabras tenemos la clave para ir entendiendo la expresión grandiosa y sublime: “¡En Cristo Jesús!”.

¿Queremos saber lo que somos y hacemos en Cristo Jesús?... Podemos escoger al azar muchos textos de San Pablo. Citamos unos cuantos nada más, y sin orden alguno.

“Dios nos resucitó con Cristo y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús,

“a fin de mostrar en nosotros la enorme riqueza de su gracia en Cristo Jesús.

“Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús,

“para realizar las buenas obras que Dios dispuso de antemano que practicáramos nosotros” (Ef 2,6-10)

En tan poquísimas palabras trae Pablo cuatro o cinco veces el “En Cristo Jesús”, cada una con sentido diferente.

Antes que nada, Dios nos había creado “en Cristo Jesús”.

¿Para qué?... Metidos en Cristo Jesús —o, si queremos, con Cristo Jesús dentro de nosotros—, agradamos grandemente a Dios, de modo que Dios tiene en nosotros todas sus delicias, como las tenía en Jesús y lo manifestó en el río Jordán al ser Jesús bautizado, cuando dejó oír su voz entre las nubes: “¡Este es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis delicias!”.

Palabra que repite con satisfacción divina sobre cada uno de los bautizados:

-¡Este mi hijo, esta mi hija tan queridos!... .

Aún antes de morir, Dios ya nos había resucitado “en Cristo Jesús” a la par que resucitaba el mismo Jesús, como si Dios tuviera prisa de sacarnos del sepulcro antes de que nos metan en él.

Además, ya nos tiene Dios sentados en el Cielo, metidos “en Cristo Jesús”.

Y esto, sencillamente, porque Dios no nos puede separar de Jesús.

Caminamos aparentemente muy pobres por el mundo; pero, sin darnos cuenta, Dios nos ha enriquecido enormemente “en Cristo Jesús”, porque en Jesús nos ha dado toda su Vida. No quiere decir otra cosa Pablo cuando escribe:

“¡Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha enriquecido con toda clase de bienes espirituales y celestiales en Cristo!” (Ef 1,3)

Todas las acciones del cristiano se hacen dignas de Dios cuando están hechas con los sentimientos del Señor, como encarga Pablo a sus discípulos de Filipos:

“Tengan los mismos sentimientos que anidan en Cristo Jesús” (Flp 2,5), sentimientos que a ustedes los convierten en Cristo, porque piensan y viven lo mismo que Jesucristo.

¿Queremos, para acabar, un extraordinario “En Cristo Jesús” de Pablo?

Es aquel con que finaliza la exposición doctrinal de su carta a los de Roma:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?... Nada ni nadie... Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro 8,38-39)

Este párrafo, citado tantas veces, resulta grandioso si se mira a Dios, si se mira a Jesucristo, si nos miramos a nosotros mismos.

Dios se pierde de amor por nosotros.

Amor manifestado expresamente “en Cristo Jesús”.

Jesús entonces tiene las manos atadas para castigar. Lo dice Pablo en este contexto:

-Cristo, el que murió por nosotros, el que nos resucitó junto consigo mismo, y que está en el Cielo intercediendo siempre por nosotros, no nos puede condenar.

Metidos nosotros “en Cristo Jesús”, Jesús no puede ir contra Sí mismo.

Y nuestro amor a Dios también es un amor firme, seguro, que no falla, porque está cimentado, escondido y garantizado “en Cristo Jesús”,

¿Cómo ve Pablo a todos aquellos que él había evangelizado y recibido el Bautismo?

Los mira “santificados en Cristo Jesús”, “mediante la gracia otorgada por Dios en Cristo Jesús”, “gracia determinada desde toda la eternidad en Cristo Jesús” y que debía ser consumada en la eternidad.

“En Cristo Jesús” es la fórmula con que Pablo nos dice de dónde nos viene todo, lo que realmente somos, y lo que nos espera para siempre (1Co 1,2-4; 2Tm 1,9)

Con tanto repetir hoy “en Cristo Jesús”, ¿hemos dicho algo que valga la pena?...

Si se lo preguntamos a Pablo, seguro que nos contestará:

-Piensen, sientan y vivan siempre “en Cristo Jesús”.

Les aseguro que no querrán saber nada más.

Les doy mi palabra de honor de que lo tendrán todo, que no les faltará nada, y serán completamente felices,

Porque no existe garantía mayor de salvación y de dicha verdadera que aquella que se funda y se encierra “en Cristo Jesús”...

#### **47. Con las Llagas de Cristo. Y con Pablo, otros y otros**

La carta de Pablo a los de Galacia termina con unas palabras tan misteriosas como sublimes:

“¡Déjenme en paz! ¡No me sigan molestando más! Porque yo llevo en mi cuerpo las llagas de Jesús...

“Estoy clavado en la misma cruz con Cristo...

”Y lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Ga 2,20; 6, 14 y 17)

¿Qué significó esto de las llagas en Pablo, qué significa en la vida cristiana?...

Pablo ve en las llagas de Cristo, en las señales del martirio, el sello de su pertenencia a Cristo y la garantía de su apostolado.

Usaba Pablo con esas palabras una comparación trágica.

Los estigmas eran las señales, marcadas con hierro rutilante, que se le imprimían en el cuerpo al esclavo para indicar el señor o dueño al que pertenecía.

Pablo se llamaba a sí mismo “esclavo de Jesucristo”, y venía a decir ahora:

-¿Soy de veras de Jesucristo? ¿Soy su apóstol?...

¡Mírenme bien! No puedo esconder los estigmas de Cristo en mis carnes.

Los azotes sin cuento, y las pedradas que en Listra me dejaron por muerto, dicen bien a las claras a quien pertenezco: ¡Soy de Jesucristo, y de nadie más!

Pero vienen ahora las preguntas inquietantes:

¿Fue sólo Pablo el que llevó las llagas de Cristo marcadas en su cuerpo?

¿Habla Pablo solamente de sí mismo o bien de todos los cristianos?

¿Qué quiere decir con esas palabras: llagas, marcas, divisas?...

Pablo se remonta con ellas a otro hecho muy superior: a la crucifixión de Jesucristo que por el bautismo sufre cada cristiano.

Es una crucifixión mística, misteriosa, espiritual, moral.

Si todos los bautizados llevan místicamente señaladas en su alma y en su ser de cristianos las llagas de Cristo, ha habido Santos que, por gracia muy singular de Dios, las han llevado visibles en su cuerpo.

San Francisco de Asís fue el primero que recibió visibles las llagas de Cristo en el monte Alvernia, y se convirtió durante su vida en una imagen viviente del Señor Crucificado.

En nuestros días tenemos a San Pío de Pietralcina, el famoso y tan querido Padre Pío, franciscano capuchino.

Comprobado durante cuarenta años por decenas de miles de testigos, todos veían las llagas con sangre fresca cuando en el confesonario les absolvía el Santo o les daba la Comunión en la Santa Misa.

Hubo amigo suyo que le dijo:

-Padre, ¿y si le pedimos a Dios que nos permita aliviarle sus sufrimientos?...

A lo que el Padre Pío contestó amable:

-Esto no es para ustedes. Caerían desplomados.

Ya se ve que aguarar los dolores de los clavos de la cruz tiene que ser algo superior a todas las fuerzas humanas, y que sólo con la gracia de Dios y un auxilio suyo extraordinario se puede soportar.

Entonces, ¿dónde están las llagas de Jesús que lleva marcadas el cristiano?

Unas palabras de San Pablo nos lo dicen con toda precisión: “Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus malas inclinaciones” (Ga 5,24)

Jesucristo clavó en la cruz el pecado para expiarlo, para destruirlo, para aniquilarlo.

¿Qué le toca por lo mismo hacer al cristiano que sigue a Jesucristo?

Mirando a Jesucristo que cuelga del madero, no tiene el cristiano otra opción que dejarse clavar con Él aplastando a la serpiente infernal, sujeta y vencida al pie de la cruz.

Aquel discípulo de Pablo se lo dice así a los lectores de su carta: “Todavía no han resistido ustedes hasta llegar a la sangre en su lucha contra el pecado” (Hbr 12,4)

Las llagas de Cristo no son en el cristiano ni los azotes ni las pedradas de Pablo, o los balazos de tantos mártires en nuestros días, sino la violencia heroica con que lucha por mantenerse fiel a Dios.

El instinto cristiano, guiado por el Espíritu Santo, ha visto los clavos de Jesucristo y sus llagas en los sufrimientos de la vida, cuando se saben sostener por amor a Jesucristo.

¿Qué es el trabajo de cada día?...

¿Qué es la enfermedad que sujeta en el lecho del dolor?...

¿Qué es la pobreza invencible muchas veces, sobre todo la pobreza injusta?...

Todas estas contradicciones y muchas más son los clavos que abren las llagas de Cristo en el cuerpo y en el corazón de los seguidores de Jesús.

Llagas dolorosas y gloriosas a la vez, porque si mantienen crucificado al discípulo de Cristo, manifiestan al mismo tiempo que vive ya en la tierra la gloria del Resucitado.

En esta visión de Jesucristo sangrante en la cruz contempla el cristiano sus propias llagas, las cuales pierden su fuerza torturadora para convertirse en una gloria.

Aquella mujercita anciana y enferma vivía en una chabola miserable, en nuestras mismas tierras latinoamericanas.

Ni agua corriente, ni luz eléctrica, ni una cama decente, ni una cocinita de gas sino un fogón de leña...

Eso, sí; las muchas estampas pegadas en las paredes de madera y cartón, sobre todo la gran lámina de Jesús Crucificado que dominaba toda la mísera estancia, pregonaban la piedad que aquella alma respiraba y difundía.

Recibe la visita de una religiosa y misionera centroeuropea, que le lleva toda la ayuda que puede.

La anciana y enferma se lo agradece, a la vez que le replica mirando la gran estampa del Santo Cristo:

-Madrecita, ¿pero por qué se preocupa tanto por mi suerte? ¡Si todo esto mío no es nada en comparación de lo que mi Señor Jesucristo padeció por mí!...

Aquella alma bendita, pobre a más no poder, era también a más no poder una gran santa, clavada como se veía con Jesucristo en la misma cruz.

Son muchos los que sin apariencia alguna llevan las llagas tan reales como las del Mártir del Calvario.

Son esos de los que habla Pablo en la carta a los Gálatas.

Son los que luchan por la virtud cristiana, que les cuesta sacrificios constantes.

Nos rodean. No nos damos cuenta de ellos.

Pero forman toda una legión de héroes, de los cuales Jesucristo se siente orgulloso...

#### 48. ¿Está María en San Pablo?... ¿Probamos a ver?

¿Quieren saber, amigas y amigos, la lamentación y la pregunta que se me dirigió un día?... Fue ésta:

-¡Ay! ¡Cómo siento no encontrar en las cartas de San Pablo nada sobre María! No sabe lo que me hubiera gustado el que Pablo nos dijera algo acerca de la Virgen!... ¿Por qué no se le ocurrió escribir algo sobre la Madre de Jesús?...

Esto, lo que se me dijo una vez.

Pero, ¿tenía razón quien así se lamentaba y quien hacía esa pregunta?...

No, no tenía razón alguna.

Porque Pablo, sin poner el nombre de María, la cita una sola vez expresamente a Ella, ¡y vaya lo que nos dice de la Virgen!

Al pensar en sus palabras, nos encontramos con que María es la Madre de Dios y la Madre nuestra.

Es decir, confiesa la mayor grandeza de la Virgen-Madre, la mayor altura a que ha podido ascender una mujer: ¡Madre de Dios y Madre de todos los redimidos!

Empecemos por las palabras de Pablo, que dice escribiendo a los de Galacia:

“Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para liberar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos” (Gal 4,4-5)

Miremos lo que teólogos eminentes y doctores en Sagrada Escritura nos dicen sobre estas palabras de Pablo, tal como las debemos leer en la Biblia.

Esta expresión, “Cuando llegó la plenitud de los tiempos”, nos lleva atrás, muy atrás, en los días de la Biblia.

Hasta David, cuando el rey judío recibe del profeta Natán el anuncio de que Dios le va a dar un vástago que será el Mesías, el Rey de los siglos eternos (2S 7,12-16)

Hay que subir más atrás aún, hasta los Patriarcas como Abraham, a quien Dios prometía un descendiente, en el cual serían bendecidas todas las naciones del mundo (Gn 12,3)

Pero hay que ir más atrás todavía, al paraíso, cuando peca Adán, y Dios le dice al demonio escondido en la serpiente: “Voy a poner enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ese descendiente de la mujer te machacará la cabeza” (Gn 3,15)

Sin embargo, aún no estamos en lo último. Hemos de hundirnos en la eternidad de Dios, cuando Dios, como nos dice Pablo, nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo y decretó la encarnación de su Hijo (Ef 1,4)

Al ver Dios a su Hijo que se hacía Hombre, veía también, sin poderla separar de Él, a la Mujer que le iba a dar la carne nuestra, la naturaleza nuestra, la que le iba a hacer un Hombre como nosotros.

Por lo mismo, ¿dónde estaba María cuando Dios tomaba estas determinaciones y hacía estas promesas?

María estaba en la mente de Dios, como la Mujer elegida que había de dar carne al Hijo de Dios, el cual sería **Dios** por ser el Hijo Unigénito de Dios, y sería también **Hombre**, hijo de una Mujer.

La Biblia llama “la plenitud de los tiempos” al momento oportuno en que había de venir al mundo el Cristo prometido.

Cumplida esa “plenitud de los tiempos” recordada por Pablo, ahí estaba a punto María, la predestinada por Dios desde toda la eternidad para ser la Madre de Jesucristo su Hijo.

Al analizar las palabras de Pablo, nos encontramos con algo sorprendente.

En el pueblo judío la mujer no figuraba para nada legalmente, sino sólo el varón. Por lo mismo, el Cristo debía venir y citarse siempre por el padre, nunca por la madre.

Y así lo vemos en la genealogía del Evangelio.

Pero Mateo, al llegar a José —con nombres sólo de varones, uno tras otro, como descendiente de David y de Abraham—, detiene su lista, y salta con sorpresa a estas palabras:

“José, el esposo de María, de la cual nació Jesús” (Mt 1,16)

No entra José para nada como padre de Jesús.

Jesús no tiene más Padre que Dios, ni más Madre que María, una MADRE-VIRGEN.

Pablo dice lo mismo que el Evangelio: “Dios mandó a su Hijo nacido de mujer”.

Expresión clarísima de María la VIRGEN, tal como pensaba y lo sabía la Iglesia primitiva, conforme lo escribieron el Evangelio de Mateo y especialmente el de Lucas (Lc 1,35)

Pablo supo todo esto directamente de los apóstoles que habían estado con Jesús.

Nos dice él mismo que conversó ampliamente con Pedro, con Santiago el pariente del Señor, y vio a Juan, el cual tenía consigo a la misma Virgen María (Hch Gal 1,18-21)

Por todos ellos se enteró Pablo muy bien de los orígenes humanos de Jesús.

“Dios nos dio su Hijo, hecho de mujer, para que nosotros seamos hijos de Dios”.

¿Nos damos cuenta bien de lo que Pablo afirma?

Pablo, al saber el origen humano de Jesús, no pudo hablar mejor de María.

En sus palabras hallamos esta confesión fundamental de nuestra fe: Jesús es verdadero Dios y verdadero Hombre, tan perfecto Hombre como perfecto Dios.

Y dice mucho más este afortunado texto de los Gálatas: por haber nacido Jesús de María, nosotros somos hijos de Dios.

Había llegado la plenitud de los tiempos.

Dios nos adoptaba como hijos suyos ya en el seno de María.

Hijos adoptados, pero hijos de verdad, porque nos comunicaba su misma naturaleza divina en Cristo Jesús.



Por Jesús, el Hijo de Dios e Hijo de María, los esclavos de la Ley se habían convertido en hijos amados de Dios.

La Maternidad de María se nos muestra aquí en todo su esplendor.

María es plenamente Madre, totalmente Madre.

María es Madre de Cristo, porque le dio su ser de Hombre.

María, al ser Madre de Cristo, es Madre de Dios, porque Cristo es Dios.

María es Madre nuestra, porque nos llevó con Cristo encerrados en su seno bendito.

Dios había elegido a María desde toda la eternidad para confiarle la misión más grandiosa que podía caber en una mujer: ser totalmente Madre, con una Maternidad que supera en grandeza los cielos y abarca en su amplitud a todas las gentes de la tierra.

No cabe otra interpretación de las palabras de Pablo.

En esta misión grandiosa y sublime de María, elegida por Dios desde toda la eternidad, se fundamenta el culto que los cristianos tributamos a María.

Honrando a María, la gloria de este culto termina en Cristo su Hijo, de quien le viene a María, la Virgen Madre, toda su grandeza.

Jesús, Hijo de Dios, es también Hijo de María, una Madre Virgen.

Y siendo Madre de Jesús, es por lo mismo Madre espiritual de todos los redimidos.

María, Madre de Dios

María, Madre nuestra.

¡Gracias, Pablo, por lo bien que nos lo has dicho!...

#### 49. Con las obras del Espíritu. *El vencedor de todo mal*

Un sacerdote de criterio riguroso se enfrenta con la directora de un grupo de la Renovación Carismática, y le suelta con brutal sinceridad:

-No entiendo su cristianismo ni su espiritualidad. Cantos, aplausos, éxtasis, dicen que lenguas también..., ¿y a qué viene todo esto? ¿hay algún cambio en la vida? ¿alguna obra social en un mundo que necesita acción?...

Les miro a ustedes y esto es lo que yo presiento, lo que adivino, lo que veo en todos los que asisten a sus reuniones.

La señora callaba con educación. Y respondió con mesura:

-¿De veras que lo ve todo? Desde que yo estoy metida en el grupo no he tenido un día tranquila. Ahora sé lo que es complicarse la vida. Y todo, porque procuro hacer caso al Espíritu Santo, que me dice continuamente: “Vete aquí, vete allá; haz esto, haz aquello”...

Y en especial porque siento en mí la dos fuerzas del bien y del mal. O le hago caso a la carne o le hago caso al Espíritu. La lucha se ha convertido en algo habitual.

Vivo la paz del alma porque he aprendido a vencerme, siempre bajo la guía del Espíritu Santo y con Él a mi lado...

El sacerdote exigente escuchaba silencioso, y al fin reconoció con lealtad:

-Señora, retiro mi palabra. Y le doy la razón. Sólo con un duro batallar se conquista esa paz que es don tan preciado del Espíritu.

¿A qué viene este recuerdo, vivido en una reunión de carismáticos?

Hablamos de Pablo, que era un hombre de lucha, y toda su vida fue un pelear continuo.

Peleaba por la fe primeramente, y después por la virtud cristiana, precisamente bajo la acción del Espíritu Santo.

Según San Pablo, ¿cuál es la realidad que arranca de Adán, esa realidad que llamamos el pecado original, el de la humanidad entera, y que Pablo nos ha descrito magistralmente?...

Nos dice el apóstol textualmente:

-Veo en mí una fuerza divina, ideales sobrehumanos, ansias infinitas de subir hasta Dios... Con todo, me es imposible. ¡No hay manera! Quiero hacer el bien, y me encuentro haciendo siempre el mal... (Ro 7,15-20)

Ante esta ley interna que Pablo siente en sí mismo —aunque vive transformado en Cristo Jesús, y sabe que es la realidad dura de cada cristiano—, viene a decirnos:

-¡No teman! Eso es lo que nos dejó nuestro primer padre Adán.

Pero vino después Jesucristo, y con Él su gracia, su fuerza, su Espíritu.

La vida será una lucha; pero la victoria la tienen segura “los que se dejen llevar por el Espíritu y no hacen caso de los apetitos de la carne” (Ga 5,16-26)

Es lo que Pablo nos enseña hoy, con esta página aleccionadora de los Gálatas y que tiene como protagonista, nada menos, que al Espíritu Santo.

El cristiano siente en sí dos voces:

-¡Sígueme!, le dice una, tiránica, la del enemigo que miente.

-¡No le hagas caso, y vente conmigo!, le sugiere finamente el Espíritu.

¿Por cuál de las dos voces se va a tirar?...

El cristiano fue regenerado en el bautismo. Le invadió la vida divina. Se vio convertido en hijo o hija de Dios.

Proporcionalmente, escuchó lo mismo que María:

-¡Tienes el alma llena de gracia!

O lo mismo que Jesús en el Jordán:

-¡En este mi hijo, en esta mi hija tengo todas mis delicias!

Pero no obstante esa maravilla, la naturaleza humana —el cuerpo de muerte, como lo llama San Pablo— sigue con la dentellada del pecado original clavada en sus carnes.

¿Y qué ocurre entonces? Que el mal, el pecado —instigado siempre además por Satanás—, acecha a la gracia, la quiere destruir, trata de matar al Cristo que vino en el bautizado.

Pero dentro está el Espíritu Santo, que invade todo el ser del cristiano, el Espíritu que da fuerza, y sugiere, y anima, y actúa.

Entonces, la carne y el Espíritu van actuando cada uno a su manera, según les permita el cristiano.

¿Le deja actuar a la carne?...

Entonces la carne realiza sus obras detestables, enumeradas así por San Pablo: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, magia, enemistades, riñas, celos, enfados, ambiciones, discordias, divisiones, envidias, orgías, bacanales y otras cosas semejantes.

Para espantarse. Pablo lo sabe mejor que nadie, y por eso añade con verdadero miedo:

-Recuerden que les dije: los que practican tales desmanes no heredarán el Reino de Dios.

Después de este cuadro tenebroso, viene lo interesante de verdad.

Y ante esas brutalidades sugeridas y ordenadas por Satanás, ¿qué hace el cristiano que no hace caso al enemigo, sino que sigue las insinuaciones tan amorosas del Espíritu Santo?

San Pablo las enumera con aire triunfal:

-¿Quiéren saber cuál es la obra del Espíritu Santo en ustedes y el fruto que produce?

Apréndanlo: amor, alegría, paz, magnanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí.

Para entusiasmarse. Esto es maravilloso. Pablo lo sabe, y por eso añade con júbilo:

-¡Ánimos! Contra ustedes no hay ley que valga. Son libres del todo. Porque no están esclavizados a nada ni nadie, más que a Cristo Jesús. ¡Éste es el premio que tienen por seguir la voz del Espíritu Santo!

Vendrá entonces la pregunta:

-¿Qué hay que hacer para que triunfe el Espíritu Santo y no Satanás, el espíritu del mal?

Y Pablo responderá:

-Es lo que yo me pregunté, y me respondí a mí mismo:

“¡Pobre de mí! ¿Quién me podrá librar de este cuerpo de muerte?... ¡Gracias sean dadas a Dios, que tengo el remedio a mano! ¡La gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro!”  
(Ro 7,24-25)

Estas dos páginas gemelas de Gálatas y Romanos ponen al bautizado frente a la lucha por la virtud cristiana.

Los dos generales que dirigen la batalla son:

el uno Satanás, que tiene como gran aliada la naturaleza caída;

y otro el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios que se nos ha dado.

Dicen los más autorizados comentaristas de la Biblia que la sentencia clave de Pablo en esta carta a los Gálatas es ésta tan precisa:

“Lo que vale en Cristo Jesús es la fe que actúa por la caridad” (Ga 5,6)

Un amor que siempre está en movimiento, es un amor triunfador.

La señora aquella que aplaudía y cantaba y se extasiaba al ritmo del Espíritu Santo, sabía también luchar, y por el Espíritu gozaba de tanta paz...

## 50. En la Cruz de Cristo. Sin altas teologías

Si tomamos en la mano cualquier estudio sobre la Cruz de Cristo, tal como lo expone San Pablo, nos quedamos sorprendidos por la profundidad que encierra semejante misterio.

No lo entenderemos nunca, desde luego. Un Dios que se hace hombre para morir en una cruz..., eso no cabe en ninguna cabeza. Pero así fue.

Dejemos a los teólogos que discurren y discurren. Nosotros vamos a hacer otra cosa.

Miramos las veces que Pablo suelta de su pluma la palabra “Cruz”, y, sin darnos cuenta casi, habremos adivinado intenciones secretísimas de Dios sobre ese hecho incomprensible de un Dios que muere en el último de los suplicios.

Hablemos sin orden especial alguno.

Empieza Pablo escribiendo a los de Corinto: “No quise saber entre ustedes otra cosa sino a Jesucristo, y Jesucristo Crucificado” (1Co 2,2)

Para Pablo, la ciencia suprema es Jesucristo.

Pero, ¿por qué precisamente Crucificado?

Porque en la Cruz manifestó Dios su sabiduría, inimaginable para el mundo.

Nos colocamos en el mundo de entonces, ¿y cómo juzgan los hombres a ése que cuelga de un madero, y es anunciado como Salvador?

Los judíos comentan:

-¿Jesús?... ¡Un maldito de Dios! La Biblia lo dice bien claro: ¡Maldito quien cuelga de un madero! (Dt 21,23). Pablo, con ese Cristo vete a otra parte...

Los griegos se ríen:

-¿Un Dios ajusticiado en la cruz? Tu, charlatán: anda con ese cuento y esa necedad a predicar a tontos. A nosotros, no.

Pero Pablo se mantiene en las suyas:

-Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles. Pero para nosotros, los llamados a la fe, tanto judíos como paganos, el Cristo de la Cruz es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que todos los hombres juntos (1Co 1,23-25)

Por eso cayeron en la trampa los jefes del pueblo al entregar a Jesús a la muerte de cruz;

A pesar de lo listo que es, se engañó el mismo Satanás, que manejaba los hilos.

De haberlo sabido el demonio y los jefes —pero no podían comprenderlo—, “nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria” (1Co 12,8)

De aquí viene la decisión de Pablo, contra el parecer de griegos y judíos:

-¿Saben por qué no hice alarde de elocuencia al anunciarles el Evangelio? ¡Para no restar fuerza a la cruz de Cristo! Si hubiera predicado con elegancia retórica, hubieran hecho caso a mis palabras bonitas, no la verdad de Dios (1Co 1,17)

A otros predicadores presumidos, Pablo les echa en cara:

“¡Se acabó el escándalo de la cruz!”. Con su manera de predicar, anuncian a un Cristo adulterado, al adulterar la palabra de Dios (Gal 5,11; 2Co 4,2)

Y explica bien claro lo que le ocurrió en Corinto:

“Por eso, hermanos, cuando llegué a ustedes, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciarles el misterio de Dios, pues no quise saber entre ustedes sino a Jesucristo, y éste crucificado.

Y me presenté ante ustedes débil, tímido y tembloroso. Y así mi palabra y mi predicación no se apoyaban en persuasivos discursos de sabiduría, a fin de que su fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios” (1Co 2,1-5)

A los fieles de Galacia, que creyeron a aquellos predicadores embusteros, Pablo les echa en cara:

“¡Gálatas insensatos! ¿Quién les ha fascinado a ustedes, a cuyos ojos fue presentado Jesucristo crucificado?”. ¿Tan necios son, que se van detrás de otro Cristo falsificado, predicado por esos que son, “y lo digo llorando, enemigos de la cruz de Cristo, destinados a la perdición?” (Gal 3,1; Flp 3,18-19)

Pablo desenmascara a los evangelizadores que no se apoyan en la Cruz de Cristo.

-¿Saben por qué lo hacen? Actúan así “con el único fin de evitar la persecución por la cruz de Cristo” (Gal 6,12)

Aquí está la razón suprema de todos los enemigos de Cristo.

La Cruz estorba, naturalmente.

Quien ama a Cristo Crucificado, se abraza también con la propia cruz.

Si el mundo busca comodidad y placer...; si va detrás de la vanidad y el orgullo...; si rehuye todo lo que signifique sacrificio..., entonces, lo mejor es no mirar la Cruz, trae más cuenta olvidarla, y, si es preciso, destruirla como han hecho todas las revoluciones sociales anticristianas.

Pablo, que lo sabe muy bien, hace y enseña hacer todo lo contrario: enamorarse de la Cruz de Cristo.

Sus palabras, para el pensar del mundo, resultan desconcertantes. Como cuando dice:

\* ¡Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!” (Gal 6,14)

Mi hombre viejo, lo que yo era antes de mi conversión, “ha sido crucificado con Cristo, para que el pecado quede destruido” (Ro 6,6)

¿Qué me importa entonces el mundo, si me puede perder?

¿Y que le importo yo al mundo, si voy siempre contra corriente de lo que él hace?

El mundo me interesa sólo para llevarlo a Cristo.

Digo con toda verdad: “Yo, Pablo, estoy crucificado con Cristo... Porque los que son de Cristo han crucificado la propia carne con sus concupiscencias” (Gal 2,19; 5,21). \*

Pablo mira la Cruz con una simpatía enorme. ¿Por qué no?

Por ella nos vino la salvación, al hacerse Cristo obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz (Flp 2,6)

En la Cruz de su Hijo, “Dios clavó y dio por anulada la escritura de condenación que pesaba contra nosotros”, y “por la sangre de Jesús concedió la paz a un mundo que estaba dividido” (Col 2,14; 1,10)

Ahora, en la Cruz de Cristo, todos los hombres se sienten hermanos.

Realmente, mirando la Cruz podemos decir, más que nunca, que nuestros pensamientos no son los pensamientos de Dios.

El misterio de la Cruz se entiende sólo cuando se la mira con ojos de fe.

Y amar la Cruz, ¡por difícil que sea!, solamente se consigue cuando en el corazón hay un amor grande a Jesucristo.

## 51. La carta magna a los Romanos. *Lo mejor de lo mejor*

¡Roma, Roma!... El sueño dorado y más metido en la cabeza de Pablo, el cual se va diciendo a todas horas:

-Ya no me queda nada que hacer por estas regiones; desde Jerusalén hasta la Iliria lo he llenado todo con el Evangelio de Cristo. Es la hora de ir a Roma. ¡Roma, Roma!...

En el apacible invierno del 57 al 58 que pasa en Corinto, pacificada del todo su Iglesia y apegados los fieles a Pablo, el Apóstol aprovecha el tiempo para escribir con calma la que será su carta magna, como una presentación de la visita que quiere hacer a la Capital del Imperio. La carta más pensada, más serena, más rica de todas las que salieron de su pluma.

-¡Cuántas ganas que tengo de verlos, amigos! Y creo que ahora ha llegado la ocasión. Acabada la misión que debo hacer en Jerusalén, y de camino para España, voy a poder realizar el viaje tan esperado y pasar por ustedes para visitarlos.

Porque su fe es alabada en el mundo entero, y tengo enormes deseos de conocerles para compartir con ustedes la alegría de nuestra fe común.

¡Gracia y paz a ustedes, llamados por Jesucristo, a los que Dios amó y convocó para ser santos!...

Desde el principio se ve que esta carta va a ser totalmente diferente de las otras: efusión del corazón, mucha doctrina, ninguna reprensión, estímulos grandes para la vida cristiana.

Ya en las primeras líneas descubre Pablo todo su pensamiento:

-¡Vivan de la fe! ¡Entréguense a Dios por la fe! Porque el justo vive de la fe.

Mira Pablo al mundo pecador, y traza un cuadro pesimista.

Todos han caído en una esclavitud nefanda, lo mismo los griegos paganos que los judíos a quienes Dios se había revelado.

Tan pecadores los unos como los otros, todos están necesitados de la gracia de Dios si quieren salvarse.

A los griegos no les vale nada su sabiduría.

A los judíos les resuelta inútil la Ley de Moisés.

Es inútil que paganos y judíos quieran salvarse por sus propias fuerzas.

Cuando hayan visto que no hay nada que hacer, gritarán:

-¿Quién me libraré de esta situación irresistible en que me tiene mi cuerpo mortal y de pecado?...

Entonces se darán cuenta del remedio único que Dios les brinda, y exclamarán esperanzados y gozosos:

-¡La gracia de Dios por el Señor Jesucristo!...

A esto se reducen esos siete capítulos primeros de esta carta magnífica.

Es cierto que cuesta seguir toda la exposición de Pablo, que parece la hubiera escrito sólo para estudiosos que habrían de discurrir mucho.



En estos primeros capítulos, dentro de su dificultad, ha ido soltando Pablo sentencias y consejos luminosos.

“Dios dará a cada cual según sus obras. A los que perseveran en el bien buscando su gloria, les revestirá de gloria, honor e inmortalidad en una vida eterna”.

¡Adelante, por lo mismo, pues vale la pena trabajar!...

“Nuestra esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

Esperanza y amor. Con tales sentimientos en el corazón, ¿quién no va a ser feliz?...

“La prueba de que de Dios nos amó está en que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros”.

Con un Dios así, con un Redentor de tal categoría, ¡qué poco miedo puede dar un Dios tan bueno!...

“Cristo, resucitando de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio alguno sobre él; porque el morir por el pecado fue de una vez para siempre, mientras que, resucitado, vive eternamente con Dios y para Dios”.

Jesucristo, el triunfador total. Todos los enemigos son puros muñecos en sus manos...

Acabados esos capítulos, llegaremos al incomparable capítulo octavo de esta carta. Es lo más sublime, ardiente y triunfal salido de la pluma de Pablo.

“Somos hijos de Dios, y clamamos siempre: Abbá! ¡Padre! ¡Papá!”...

“El Espíritu Santo ora dentro de nosotros con gemidos inenarrables”...

“A nosotros, a los que Dios predestinó, los llamó, los justificó, los glorificó”...

“¿Y quién nos separará del amor de Cristo? ¡Nada ni nadie podrá arrancarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro!”...

Termina aquí Pablo la exposición doctrinal de su grandiosa carta y le sale al encuentro el problema judío.

¿Qué va a ser de Israel? ¿Perdido para siempre ante Dios?...

En medio del dolor, Pablo viene a entonar un himno de esperanza:

-¡Tranquilidad! ¡Paz! Israel es el pueblo elegido, y su grandeza es la más encumbrada a que haya subido nación alguna.

Llegará el momento en que el pueblo judío creará, su entrada en el mesianismo será en masa, “y todo Israel será salvo, porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables”.

Todo lo que sigue después en la carta y hasta el final es una calurosa exhortación, facilísima de leer y entender, sobre la vida cristiana.

-¡Ofrézcanse al Señor como hostias agradables de sacrificio espiritual!

-¡Sean humildes!

-¡Sean constantes en la oración!

- ¡Ámense cordialmente los unos a los otros!
  - ¡No te dejes vencer por el mal, sino vence al mal con el bien!
  - ¡Acójense unos a otros, como Cristo los acogió para gloria de Dios!
  - ¡Sométanse con gusto a las autoridades!
  - ¡Luchen conmigo en sus oraciones, rogando a Dios por mí!
- Y no olviden esto: que ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni tampoco nadie muere para sí mismo. Porque si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Porque Cristo murió y resucitó para esto: para ser el Señor de los vivos y de los muertos.

Por medio de Pablo, Dios nos hizo un regalo inmenso con esta carta, foco de luz indefinido, y que acaba de manera también solemne:

“¡A Dios, el único sabio, por Jesucristo, sea dada la gloria por los siglos de los siglos! Amén”.

## **52. ¡Fe! Vivir de la fe.** *El tema de toda la carta*

Hubo un Santo en nuestro tiempo, clavado horas y más horas del día en el confesonario, que repetía convencido y machacón a todos sus penitentes: -¡Fe, fe! ¡Mucha fe!...

¿Se equivocaba San Leopoldo Mandić, el sacerdote capuchino que pasó su vida oyendo confesiones?...

San Pablo, desde el Cielo, le debía aplaudir cada vez que lo aconsejaba. Porque Pablo afirma categóricamente: “El justo vivirá de la fe” (Ro 1,17)

Pase lo que pase, “quien tiene fe está plenamente convencido de lo que espera”, sin dudar jamás, porque Dios lo ha dicho y con esto es bastante, aunque no se vea nada (Hb 11,1)

Fe en el Dios que nos ama.

Fe en Dios que nos perdona.

Fe en el Dios que nos salva.

Quien tiene fe, alimenta una confianza inquebrantable en que Dios no le va fallar en ninguna de sus promesas: “Porque es fiel el que los ha llamado y es él quien lo hará” (1Ts 5,24), asegura Pablo, porque sabe que Dios cumplirá su palabra.

Quien tiene fe, “la cual actúa por la caridad” (Gal 5,6), no se amodorra en la inacción ni le deja a Dios que lo haga todo Él, sino que se pone en la mano de Dios para realizar siempre obras que agradan a Dios y con las cuales alcanza la perfección cristiana.

Quien tiene fe, está plenamente convencido de que “Cristo habita por esa fe en nuestros corazones, arraigados y cimentados en el amor” (Ef 3, 17), y entonces deja traslucir a Cristo en todo lo que hace.

Todo esto dice que la fe profesada por el cristiano es una convicción profunda en la palabra de Dios, y no un simple sentimiento que le hace dejar a Dios de una manera vaga el problema de la salvación.

La fe enseñada y exigida por Pablo es el motor que lleva al cristiano a cumplir siempre la ley del Evangelio, “abundando en toda obra buena” (2Co 9,8), de manera que su fe no es algo muerto, sino vida de su misma vida.

Para San Pablo, todo el misterio de la fe recae sobre la Persona de Jesucristo, el cual encierra toda nuestra esperanza, la gloria que nos aguarda en herencia, la grandeza inconmensurable de su gloria.

¿Y cómo se va a conocer todo esto, que supera todo el poder del entendimiento humano?

San Pablo lo dice muy bellamente a los de Éfeso: “Porque Dios ilumina los ojos de sus corazones” (Ef 1,18)

La Biblia de Jerusalén lo comenta con mucho acierto:

-Dios conoce el corazón, y el cristiano ama a Dios con todo el corazón;

-Dios ha depositado en el corazón del cristiano el don del Espíritu Santo;  
-Cristo por la fe habita en nuestro corazón;  
-los limpios de corazón, los sencillos, los humildes, conforme a la palabra de Jesús, verán a Dios, porque están abiertos sin limitaciones a la presencia y a la acción de Dios.  
La fe tiene y tendrá siempre misterios, pero esos ojos del corazón de que habla Pablo, sencillos y puros, escrutan mucho en las profundidades de Dios.  
Alma limpia y corazón que ama tiene unos ojos mucho más avizores que el cerebro...

San Pablo pide un esfuerzo para llegar a la firmeza de la fe, “hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios” (Ef 4,13)

Porque esos ojos del corazón, por muy claro que vean, siempre tienen por delante la oscuridad.

“A Dios no lo ha visto nadie nunca”, dice Juan apenas abre su Evangelio (Jn 1,18)

Por eso la fe se basa en la palabra de Dios, que ni se engaña ni puede mentir.

Podrán venir dudas de fe, como las han experimentado los mayores Santos.

Resulta trágico leer las vidas de Vicente de Paúl, Teresa del Niño Jesús, o la Madre Teresa de Calcuta... Metidas sus almas en una noche oscurísima, les venía a la mente:

-¡No existe nada! ¡Todo es mentira! ¡Después de la muerte sólo está el vacío! ¡Es inútil todo lo que hago!...

A estas expresiones podemos reducir lo que se decían esos gigantes de la santidad.

El mismo Pablo confiesa de sí mismo: “Me vi abrumado sobre todas mis fuerzas de tal manera que me daba hastío hasta el vivir” (2Co 1,8)

Sin embargo, estos Santos nunca fallaron en la fe. ¿Por qué?...

Porque una cosa tenían clara, clarísima: -¡Dios lo ha dicho! ¡Dios lo quiere!...

Y con su palabra tenían bastante.

Todos ellos se decían lo de Pablo:

“Sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy seguro de que me conservará fiel hasta el fin” (2Tm 1,12)

La fe no trata de “comprender” lo que Dios ha dicho, porque el entendimiento humano nunca llegará a ello; sino que trata de “aceptar” lo que Dios dice, aunque pareciera un absurdo.

Pablo se gloriaba de la fe activa de sus discípulos, como los de Tesalónica, una Iglesia tan querida suya:

“Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre el obrar de su fe”.

Unas obras de fe que no debían ser tan fáciles, cuando les añadía:

“Conozco el trabajo difícil de su caridad y la tenacidad de su esperanza en Jesucristo nuestro Señor” (1Ts 1,3)

Aquí se ve cómo el creer es de valientes y generosos.

El entendimiento acepta sin titubeos ni dudas la fe que Dios le propone.

Y entonces la voluntad, movida siempre por el amor, convierte la fe en abundante cosecha de obras agradables a Dios.

Todos los testimonios de San Pablo hacen ver clara una cosa, fundamental en el cristianismo, a saber

-La fe no es una confianza vaga en un Cristo que nos va a salvar sin hacer nosotros nada.

Muy al contrario, la fe es una fuerza incoercible, imposible de resistir, que lleva al amor, el cual impulsa al cristiano a actuar siempre, a abundar en obras de santidad.

Si se cree en Cristo, se quiere hacer algo por Él.

Si se ama a Cristo, el amor de Cristo no deja estar quietos.

Fe dormida es una fe muerta.

La luminosa carta a los Hebreos dirá que “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hb 11,1)

Y al revés, la fe es una satisfacción inmensa que se le tributa al Dios a quien no se ve.

¡Hay que ver la gloria que se le da a Dios cuando se le puede decir: ¡No veo, pero creo!

¡Hay que ver el mérito que encierra el profesar: ¡No veo, pero creo sin titubeos!

Y así las cosas, nos convencemos de la razón que tenía aquel Santo cuando repetía a todos hasta cansarlos: “¡Fe! ¡Fe! ¡Mucha fe!”...

### 53. ¿Arrancar del pecado? *Extraño, pero es así*

Aquel sacerdote profesor de Biblia, explicando la carta de San Pablo a los Romanos, un día se metió con el “pecado”, y una alumna linda y buena, interrumpió:

-¡Uff, qué palabra! Qué mal pega en medio de tanta gracia, de tanto amor, de tanta vida cristiana, de tanta belleza sobre Jesucristo. ¿No la podría pasar por alto, Padre?...

El profesor le sonrió cariñosamente:

-Precisamente por eso la traigo. Porque Pablo en esta carta, ya desde la primera página, arranca de esta palabra tan tenebrosa y tan tétrica para llegar a la Gracia y a Jesucristo.

Al mundo moderno hay que meterle la noción de pecado que ha perdido.

Y hay que hacerlo, como lo hace Pablo y lo queremos hacer nosotros, así: sustituyéndola definitivamente por la gracia, por Jesucristo.

En el grupo se hizo silencio, y continuó el sacerdote por donde quería acabar, con palabras del mismo San Pablo:

-Sabén que “la paga del pecado es la muerte” (Ro 6,23)

Pero ahora, libres del pecado y esclavos de Dios, ustedes fructifican para la santidad, cuyo fin es la vida eterna.

Es muy gráfica esta comparación del pecado y la muerte.

Pablo ve a los pecadores, que lo éramos todos, como los soldados en fila, firmes, esperando la “soldada”, es decir, el jornal que el comandante en jefe del ejército les pagaba por el servicio prestado.

Aquí el pecado es el general que paga a cada uno lo suyo. Va pasando por sus soldados en fila, y les va entregando a cada uno su salario:

-¡Toma, la muerte! Esta es mi paga...

Ante esta actitud del pecado, que paga el sueldo con la muerte, Pablo mira a Dios que va diciendo a cada uno de los suyos:

-¡Toma, la vida eterna! Esta es mi paga para los que están en mi Gracia por Cristo Jesús.

Por extraño que nos parezca, el tema del que arranca toda la gran Epístola de Pablo a los Romanos es el **pecado**, desgracia suma del hombre, que no tenía remedio alguno.

Menos mal que vino la **gracia** de Dios, totalmente gratuita, merecida por **Jesucristo**, y con ella la salvación.

Una salvación tan asombrosa que hace exclamar a Pablo con voz de triunfo: “Todos pecaron y todos están necesitados de la gracia de Dios” (Ro 3,23). “Pero donde abundó el delito sobreabundó la gracia” (Ro 5,20)

Por lo mismo, la misericordia de Dios fue inmensamente mayor que nuestra malicia.

Dios se empeñó en salvarnos a toda costa.

La muchacha del “¡Uff, qué palabra!” fue la primera en aplaudir al profesor:

-¡Qué bien! ¡Siga! Esto es magnífico...

Y el profesor siguió.

Ante todo, ¿qué es el pecado tal como lo ve el Apóstol?

Lo que sabemos todos. Es el obstáculo, el estorbo, el muro que nos separa de Dios.

Amistad con Dios y pecado son dos cosas imposibles, que jamás pueden ir juntas.

El pecado, tantísimo pecado —el personal como el de toda la colectividad humana—, había debilitado de tal modo la naturaleza y había enrarecido tanto el ambiente moral del mundo, que el pecado se convirtió en la actividad normal del hombre y de la mujer.

El pecado se había hecho universal, reinaba en el mundo entero, hasta poder asegurar lamentablemente Pablo: “Todos nosotros vivíamos así sumidos en los pecados y éramos por naturaleza hijos de ira” (Ef 2,1-3)

La humanidad vivía en el pecado como en su ambiente normal.

A un pecado seguía otro y otro en cadena interminable hasta constituir una situación de desespero.

Se lee el capítulo primero de la Carta de Pablo a los Romanos, y hace estremecer el cuadro que presenta.

Así era el mundo. Así lo veía Dios. ¿Y qué iba a hacer?... ¿Ira sobre ira, castigo sobre castigo, hasta parar todos en una condenación irremediable?...

Dios, “el rico en misericordia”, como lo llama Pablo, no iba a perdernos a nosotros como podía hacerlo en justicia, dando de esa manera la victoria a Satanás por quien entró el pecado en el mundo.

Y entonces, en vez de aplicarnos una desgracia inmensa, prosigue Pablo, “cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la gracia de Cristo, por la cual hemos sido salvados” (Ef 2,4-5)

Se vislumbra el triunfo de Dios.

Pablo habla con el lenguaje de la Biblia y se remonta al primer pecado del paraíso.

Satanás había triunfado de momento. Pero la maldita serpiente tuvo que oír allá en el jardín:

“Un hijo de la mujer te machacará la cabeza” (Gn 3,15)

Vendrá ahora Pablo, y clamará triunfalmente:

“Así como por el delito de uno solo, **Adán**, todos los hombres quedan reos de condenación, así por la justicia de uno solo, **Jesucristo**, todos los hombres alcanzan la justificación, que es vida” (Ro 5,18)

Ya tenemos aquí desplegadas las banderas de la victoria.

Contemplando a la humanidad caída, todo eran lamentaciones inútiles, dice Pablo:

“Las pasiones de los pecados actuaban en nuestros miembros para llevarnos a la muerte”, “Porque la muerte es la paga del pecado” (Ro 7,5; 6,23)

Ante semejante desgracia, grita el pecador en el desespero:

“¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de pecado y de muerte?”...

Y viene la respuesta gloriosa:

“¡La gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro!” (Ro 7,24-25)

Ante esto, ¿quién se va a perder en adelante?... ¡Nadie!

Se pierde sólo el que no quiera aprovechar la Redención de Jesucristo.

Sólo el que no acepte el perdón que le ofrece Dios por la sangre de su Hijo.

San Pablo lo dice con dos frases triunfales:

“¡Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia!”.

“¡Y gracias sean dadas a Dios por Jesucristo Señor nuestro!” (Ro 5,20 y 7,25)

¿Le damos o no le damos la razón a Pablo cuando nos dicta esas palabras triunfales?...



#### 54. ¿Qué es eso de Justicia? *En Pablo, continuamente*

En las cartas de San Pablo, sobre todo a los Gálatas y a los de Roma, encontramos muchas veces las palabras “justicia”, “justificación” y “justo”. Son importantísimas. ¿Hacemos un esfuerzo para entenderlas?... Porque se trata de algo capital al leer y estudiar a San Pablo.

Hemos de partir de algo que es fundamental.

Dios crea a Adán y Eva en su amistad, los eleva a la vida del mismo Dios y los destina a su misma gloria.

Fue todo pura gracia, puro regalo. Dios no les debía nada, porque no debe nada a nadie.

Por desgracia, vino el pecado, y Dios podía castigar sin remedio; pero usó misericordia con el hombre y la mujer pecadores en el paraíso, a los cuales prometía un Salvador.

¿Y cómo iba Dios a eliminar ese obstáculo del pecado, que quitaba la paz y la amistad de Dios?

Fue por la muerte de Jesucristo en la cruz, porque Jesucristo intercedió por nosotros, y pagó la deuda que nosotros teníamos contraída con Dios.

Pablo es clarísimo:

“Todos pecaron y se hallan privados de la gloria de Dios. Y son justificados gratuitamente del todo, en virtud de la redención obrada en Cristo Jesús (Ro 3,23-24)

La **justificación** se realizó por esta muerte de Jesús en la Cruz. El pecado quedaba perdonado, como lo dice San Pablo con unas palabras grandiosas:

“A Jesucristo, que no conoció el pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, a fin de que nosotros viniéramos a ser justicia de Dios en él” (2Co 5,21)

Es decir, Jesús inocentísimo tomó sobre Sí todos los pecados, como si Él fuera el grande y único pecador de la humanidad.

Pero, como estábamos todos metidos en Jesucristo nuestro hermano, en Jesucristo nos perdonó Dios a todos. Fue una justificación totalmente de balde.

La muerte de Jesús quitaba el pecado.

Y con su resurrección, al darnos el Espíritu Santo, Dios nos devolvía su vida, su amistad, su paz, su amor, y quedábamos transformados totalmente en justos, en santos.

La justificación nuestra se realizaba de modo completo.

¡Y todo gratis!...

Quitado ese estorbo del pecado, y recibido el Espíritu Santo por la fe y el bautismo, el cristiano queda convertido en **justo**, y se establece la paz y la amistad entre Dios y nosotros, con la esperanza firme en la gloria futura, pues sigue San Pablo:

“Justificados por la sangre de Jesús, seremos también salvados por medio suyo” (Ro 5,9)

Sigue Pablo diciendo a los Romanos con aire casi triunfal: “Antes eran esclavos del pecado. Pero ahora, liberados del pecado, han quedado esclavos de la justicia” (Ro 6,16-18)

Pablo usa una comparación interesante. El esclavo que quería la libertad iba ahorrando dinero, y cuando tenía la cantidad requerida la depositaba en el templo del dios que fuera.

Llevaba allí a su dueño, que recibía el dinero y entregaba el esclavo a la divinidad.

El dios dejaba entonces en libertad al esclavo, y éste se convertía en un “liberto del dios”.

Los lectores de Pablo entendían esto perfectamente.

Insolventes nosotros, Jesucristo con su sangre pagó al Padre nuestra deuda, el Padre nos dejaba libres del pecado y de la condenación, y nosotros pasábamos a ser esclavos de Dios, con libertad de hijos, pero deudores de la justicia, de la santidad.

¡Bendita nuestra esclavitud actual! ¡Esclavos de la santidad! ¡A ser santos ahora, así como antes éramos pecadores!...

¿Qué significan, entonces, esas tres palabras que hemos dicho al principio??

“Justicia” es la paz que hay entre Dios y el hombre.

“Justificación” es el acto con Dios perdona la deuda, y hace las paces con el pecador.

“Justo” es el que vive y está en paz con Dios.

¿Cuál era la vida de aquellos paganos del Imperio Romano antes de convertirse? Pablo los describía así:

“Impuros, idólatras, adúlteros, afeminados, homosexuales, ladrones, avaros, borrachos, ultrajadores, explotadores”.

Y les añade a los de Corinto, aunque sin ofenderles:

“Y esto eran algunos de ustedes” (1Co 6,9-10)

Hasta que se les echó encima santidad de Dios y los convirtió en santos.

¿Qué les toca ahora? Con la comparación de antes, hay que decir: ¡Cambiar de dueño!

Antes eran esclavos de la culpa y de Satanás.

Ahora son esclavos de la santidad y de Dios.

Todas las energías que antes gastaban sirviendo al mal, ahora las gastan en servir a todas las virtudes cristianas.

Antes, esclavos de la culpa, ¡qué pena!

Ahora, esclavos de la santidad, ¡qué gloria!

Esto es la justicia: es estar en paz y amistad con Dios, porque ya no existe entre Dios y el hombre la valla o el muro que los separaba.

Es un caminar por la santidad bajo la mirada complacida de Dios.

Es un esperar con seguridad y con gozo la gloria futura, la salvación completa, pues sigue diciendo Pablo:

“Así como reinó el pecado para muerte, así reina la justicia para la vida eterna, por Jesucristo Señor nuestro” (Ro 5,21)

En San Pablo, una idea fundamental, importantísima, sobre la justicia de Dios, es ésta:

\* La justificación es totalmente gratuita.

Dios no nos debía nada.

Estábamos perdidos sin remedio.

Pero Dios, “rico en misericordia”, nos justificó, nos santificó, absolutamente de balde.

La santidad que nos comunicó fue un completo regalo.

No se debió a ninguna obra buena que nosotros hubiéramos hecho.

Por eso se llama “gracia”, “regalo” “don”

Pero viene después otra cosa.

Una vez justificados, nosotros aumentamos la justicia, la santidad, con nuestras obras.

Obras que hacemos con la ayuda de Dios.

Es la fe que actúa movida por el amor (Ga 5,6) \*

De esta manera, Pablo se atreve a decir a cada uno, igual que a su discípulo más querido:

“Corre detrás de la justicia, de la fe, de la caridad, de la paz con cuantos invocan al Señor con puro corazón” (2Tm 2,22)

¡Hay que ver lo que significa esta palabra, “justicia” en la mente de San Pablo!

Bondad inmensa de Dios, que todo nos lo da gratis, con fidelidad a su propia palabra.

Fe y confianza en Dios, que nos amó cuando aún éramos injustos y pecadores (R 5,8-9)

Generosidad nuestra, para responder con nuestras obras a lo que exige la fe.

¡Dios justo, Dios santo! ¡Haznos justos, haznos santos por Jesucristo!

¡Y guárdanos en tu justicia, en tu santidad, hasta la vida eterna!...

## 55. ¡Gracias a Dios! *Por la gracia precisamente...*

San Pablo tiene en la carta a los Romanos una exclamación triunfal: “¡Gracias sean dadas a Dios!”.

Y lo decía precisamente por el don de la Gracia con que Dios nos había enriquecido.

¿Y qué entendía Pablo por “La gracia”, sobre todo en esta carta a los Romanos? Nos lo explica después que ha hablado del pecado y de la justificación.

Desde niños hemos aprendido a hablar de la gracia de Dios como de la Vida de Dios que llevamos dentro.

Es Dios brillando como un sol en el cielo azul y límpido de nuestra alma.

Es el Padre, que nos ha hecho hijos suyos en Jesucristo su Hijo.

Es Jesucristo que por la fe y el amor vive en nuestros corazones (Ef 3,17)

Es el Espíritu Santo, que ha hecho de nosotros su morada, su templo, constituyéndose en el “dulce Huésped del alma” (1Co 6,19)

La gracia en nosotros es Dios mismo que se nos da, que vive en nosotros, que nos transforma totalmente en Él.

Si enchufamos la corriente eléctrica a una resistencia de hierro, el hierro se vuelve ru-siente, transformado totalmente en fuego. El fuego sigue siendo fuego, y el hierro sigue siendo hierro. Pero fuego y hierro se han hecho una sola y misma cosa.

Esto es la gracia en nosotros: lo que nos cambia totalmente en Dios, haciéndonos a nosotros participantes de la Vida divina.

Sabiendo que esto es la gracia, ¿recordamos lo que San Pablo nos dijo sobre el pecado?

Aquella noche negrísima, aquellas tinieblas espantosas, aquella esclavitud tiránica de Satanás, aquella condenación que pesaba encima..., todo eso tan espantoso se ha cambiado en un cielo espléndido, en belleza sin igual, en libertad gozosa y en esperanza firme de una vida eterna y feliz.

Esto es lo que hizo Dios en nosotros por la justificación, de la que nos habló Pablo después de exponer lo tétrico del pecado.

Hoy nos va a mostrar el proceso y los pasos que Dios tuvo que dar para conseguir que la gracia volviera a nuestras almas.

Todo parte de una iniciativa de Dios Padre.

Cuando todos los hombres y mujeres del mundo, desde Adán y Eva hasta el último de los mortales —la humanidad entera, dicho con una sola palabra— se hundió en el pecado, Dios no tenía obligación alguna de salvarla. Pudo decir:

-Ustedes lo han querido, ustedes se las arreglen. Ustedes se han vendido a Satanás, con Satanás se las entiendan.

“Pero Dios —vamos a ir dejando la palabra a San Pablo—, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó en Cristo y nos salvó por pura benevolencia” (Ef 2,4-5)

Ya tenemos a la vista la fuente de la gracia: fue la misericordia infinita de Dios Padre, que tuvo la corazonada de salvarnos en vez de condenarnos, y esto “cuando estábamos sin fuerzas”, “cuando éramos enemigos suyos” (Ro 5,6-10)

Pablo no ahorra elogios a la bondad inmensa de Dios Padre:

“En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las culpas de los hombres” (2Co 5,19)

Pablo ha insinuado ya por qué el Padre obró así: “Por Cristo”, al que le dijo con amor:

-Hijo mío, vete y salva al mundo.

En Cristo vamos a encontrar la clave de todo.

¿Y cómo iba a venir el Hijo de Dios al mundo? ¿Como una luz misteriosa, cegadora, bellísima, que arrebatara con los esplendores de la Divinidad?...

No. El amor de Dios escogía unos medios desconcertantes, y Pablo nos lo dice en toda su cruda desnudez:

“Dios envió su propio Hijo en una carne igual a la del pecado y de la muerte” (Ro 8,3)

Dios quiso al Redentor como un hombre cualquiera, sin privilegio alguno, sujeto a todas las limitaciones, miserias y debilidades de los hombres y mujeres que serían sus hermanos.

Y llegado el momento, “Dios mostró públicamente a ese su Hijo, el Hombre llamado Jesús, como instrumento de propiciación por su propia sangre”, diciendo a todo el mundo, para que todos lo entendieran bien:

-¡Oh mundo, mira a mi Hijo! Míralo colgado en esa cruz. Míralo cómo chorrea sangre por tantos agujeros como han abiertos en sus carnes (Ro 3,25)

Jesús por su parte no se acobardó, porque, empujado por el Espíritu Santo, “el Espíritu eterno” —como lo llama la carta a los Hebreos—, “se ofreció como víctima intachable a Dios”, repitiendo las palabras que dijo al entrar en el mundo:

“No has querido, Padre, sacrificios de animales que no te agradaban. Pero aquí estoy yo con este cuerpo, que te puedo ofrecer” (Hbr 9, 14; 10,5-7)

¡Adónde nos ha llevado Pablo hoy!... A la fuente misma de la gracia, que es Dios:  
un Dios Padre que por nosotros no perdona ni a su propio Hijo;  
un Dios Hijo, hecho Hombre, Jesús, nuestro querido Jesús, que sube valiente a la cruz;  
un Dios Espíritu Santo que mueve todos los resortes divinos a trueque de que la humanidad no perezca y se salve.

¿Acabó aquí la gracia de Dios? No, la gracia no se detuvo en sólo el perdón de los pecados y la justificación, en la paz con Dios. Porque Dios lo hizo, nos asegura Pablo, “en orden a las buenas obras que habríamos de practicar” (Ef 2,10)

De este modo, la justificación, la santidad que Dios metió en nosotros, iría creciendo cada día más y más “hasta llegar a la perfección de la plena madurez en Cristo” (Ef 4,13)

Tenía Pablo mucha razón cuando escribió después de enseñarnos todas estas cosas:  
“Donde abundó el delito sobreabundó la gracia” (Ro 5,20)

¡Qué sabiduría la de Dios!

El pecado y la condenación parecían la victoria total y definitiva de Satanás.

Dios nos justifica, y el pecado se vuelve paz con Dios, la muerte se cambia en vida, y la condenación se convierte en gloria eterna.

Dios vino a decirle al demonio:

-¿Creías que me ibas a ganar? Mi amor y mi sabiduría son mucho más grandes que tu malicia, tu odio y tu cerebro. Venciste al hombre, pero por el Hombre que yo envié has quedado vencido para siempre.

Escuchada la lección que nos enseña Pablo, acabamos nosotros diciendo igual que el maestro: “¡Gracias sean dadas a Dios por su gracia!”...

## 56. La Esperanza que no falla. *Optimismo total*

“¡Confíen! Al mundo lo tengo yo vencido!”, dijo Jesucristo como un reto horas antes de que lo llevaran a la cruz (Jn 16,33).

¡Se necesitaba ser valiente!...

La confianza en su victoria final no se la podía quitar nadie al divino Maestro.

Y esa confianza es la que legó a su Iglesia:

“¡Voy al cielo a prepararles un lugar”. “¡Volveré!” (Jn 14,2 y 26)

Y la Iglesia desde entonces, plenamente segura, sabiendo que vendrá, no cesa de clamar:

“¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20)

No valoramos los cristianos la felicidad de que gozamos con la esperanza que tenemos en Dios y que el mismo Dios nos ha infundido.

Es una felicidad continua, porque nunca dudamos de la dicha que nos espera al final.

El apóstol San Pablo nos habla continuamente de ella, y se refiere siempre a la esperanza en la vida eterna. Nos hace mirar siempre al final, como en este párrafo tan bello:

“Las tribulaciones actuales, que pasan rápidas, nos procuran un caudal de gloria eterna sobre toda medida; por eso no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas que se ven son pasajeras, mientras que las que no se ven son eternas” (2Co 4,17-18)

¿En qué se funda esta esperanza tan segura que corre por todas las cartas de San Pablo?

Como siempre —pues no cabe otra cosa en Pablo—, nuestra esperanza se fundamenta en Cristo Jesús. “Cristo en nosotros es la esperanza de la gloria” (Col 1,27)

Nuestra esperanza la tenemos sólo en Jesús.

En el Jesús que murió para salvarnos.

En el Jesús que resucitó y nos espera en el Cielo.

En el Jesús que nos ama y piensa en nosotros.

En el Jesús que está arraigado en nuestros corazones.

En el Jesús que nos tiene ya sentados con Él en los cielos.

En el Jesús que tiene nuestra vida escondida con su misma vida en Dios.

Cuando se meditan todas estas expresiones de San Pablo, se llega a la convicción de que la vida eterna es algo tan seguro que no admite en el creyente duda alguna.

“Nosotros somos ciudadanos del cielo” (Flp 3,20)

Y en el bolsillo llevamos la cédula o el carnet de identidad.

“Nuestra salvación está en esperanza”, nos dice Pablo.

Aunque de momento no veamos lo que se nos promete. Por eso nos sigue diciendo:

“Una esperanza que se ve, no es esperanza, pues, ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia” (Ro 8,24-25)

Cuando se tiene una fe viva y un amor ardiente en Jesucristo, se enciende en el alma el ansia viva de unirse a Cristo en la gloria, como lo experimentó el mismo Pablo:

“Me veo presionado por dos anhelos vehementes, y no sé qué escoger. Por una parte, morir cuanto antes, para estar con Cristo; pero, por otra, permanecer aquí para bien de ustedes” (Flp 1,23-24)

Entonces, no le quedaba más remedio que acogerse a la paciencia.

Porque muchas veces, Pablo usa la palabra “paciencia” con el mismo significado que esperanza.

Así se lo enseña, por ejemplo, a los mayores de edad:

“Los ancianos sean íntegros en la fe, en el amor, en la paciencia” (Tt 2,2)

¡Tengan calma, calma, que todo llegará!... El premio lo tienen ya en la mano.

Y tengamos presente todos “que la esperanza no confunde”. No falla.

¿Por qué? Porque se funda en el amor de Dios, un amor que no se enfría ni se retracta nunca, “amor que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5)

Esa esperanza “es una esperanza de vida eterna, prometida desde toda la eternidad por Dios, el cual no miente” (Tt1,2)

Y Dios no puede faltar a su palabra.

Por eso, fiados nosotros en ella, “mantengamos firme nuestra esperanza, pues es plenamente fiel el autor de la Promesa” (Hb 10,23)

Sin esperanza no podríamos vivir.

San Pablo lo sabe muy bien, y por eso nos recuerda tantas veces en sus cartas el premio que nos aguarda. Como cuando nos dice:

“Considero que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que esperamos y que un día se nos va a manifestar” (Ro 8,18), ya que “hemos sido constituidos herederos, en esperanza de vida eterna” (Tt 3,7)

El dolor y el trabajo no terminan en fracaso, sino en una herencia de gloria inmarcesible y eterna.

San Pablo les pide a los efesios que “con los ojos del corazón contemplen la esperanza a que han sido llamados *por Cristo*, y cuán inmensa es la riqueza de la gloria que se les va a otorgar a los santos” (Ef 1,18)

Esa esperanza no nace de nosotros, sino que nos viene directamente de Dios y es el gozo de la vida.

Y por eso nos desea Pablo:

“Que el Dios de la esperanza les colme de toda alegría y paz en la fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Ro 15,13)



Para acabar, San Pablo nos lanza gritos de triunfo.

“¡Gloriémonos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios!” (Ro 5,2)

“Vivamos alegres siempre con la esperanza!” (Ro 12,12)

“Mantengamos la confianza y gloriémonos en la esperanza” (Hb 3,6)

Pablo nos ha dicho que nosotros no contemplamos las cosas que se ven, porque pasan, pasan... De ellas no nos quedará nada, mientras que las que no se ven son eternas.

¡Dichosos nosotros, que pensamos así, sabiendo que no nos equivocamos!

Los bienes que Dios nos promete los tenemos más seguros en las manos con la esperanza que todo el oro del Banco Nacional en su bóveda impenetrable.

¡Dios nuestro!

La esperanza no nos engaña. Eres Tú mismo quien nos la da.

¡Dale esperanza al mundo, tan necesitado de ella.

Que el mundo la sienta.

Que todos tus hijos la vivan.

Que nadie desespere.

En Cristo Jesús, el que murió, resucitó, y está en el Cielo, tenemos la respuesta a todas nuestras preocupaciones. Cuando estemos contigo, ya no esperaremos nada, porque lo tendremos todo...

## 57. El Amor en nuestros corazones. *Derramado a torrentes*

En un arrebato de los suyos, Pablo tiene unas palabras de fuego: “El amor de Cristo nos urge” (2Co 5,14), nos apremia, no nos deja parar. ¿Cuál es este amor?...

Lo aclara después en otra carta posterior, la de los Romanos: “Nadie nos podrá separar del amor de Dios que está en Cristo Jesús” (Ro 8,39)

Y esto, ¿por qué? Pues porque no se trata de un amor débil como puede ser el nuestro, sino el de Dios “que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5)

Viene ahora nuestro discurrir con multitud de textos de Pablo en un proceso que no falla.

El amor de Dios es **uno solo**.

El Padre ama con pasión divina a su Hijo Jesucristo.

En Jesús, nos ama el Padre como a hijos suyos, porque nos ha hecho hijos en el Hijo.

Este amor suyo, el Padre lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que Él mismo nos dio.

Jesús nos ama como a hermanos suyos, como a miembros de su propio Cuerpo místico.

Nosotros entonces nos amamos los unos a los otros como hermanos que somos y miembros del Cuerpo de Cristo.

Y viene por fin lo que tiene que suceder necesariamente: el amor no se puede quedar quieto.

Es fuego que consume.

Es viento huracanado que remueve todo.

Es fuerza que actúa sin cesar.

Volvemos al principio.

El Padre celestial nos crea por amor y por amor nos adopta como hijos suyos.

Jesús se entrega por nosotros y nos une a todos en Sí mismo como un solo cuerpo.

El Espíritu Santo, alma del Cuerpo místico de Cristo, nos hace amarnos a todos unos a otros, y con sus carismas y dones nos tiene en movimiento continuo para el desarrollo y expansión de todo el cuerpo hasta que llegue a su perfección final.

Nosotros, con ese “amor de Cristo que nos urge”, trabajamos de manera incansable por el bien y la salvación de todos.

En todo este párrafo —un poco oratorio si queremos—, no hay una sola palabra que no esté confirmada por un texto o varios textos de San Pablo, los cuales en su conjunto forman un himno grandioso a la Caridad,

la caridad con que Dios nos ha amado,

la caridad con que nosotros amamos a Dios,

la caridad con que nosotros nos queremos como hermanos,

la caridad que nos lleva a trabajar incansablemente por Dios y por todos los hombres.

Al final, no tendremos más remedio que decir con el mismo Pablo: “El amor es el ceñidor de la perfección” (Col 3,14), la cadena fuerte que mantiene unidas todas las virtudes, y “la plenitud de la ley” (Ro 13,10). A quien tiene amor le sobra todo.

¿Nos ama Dios Padre? Es la primera pregunta que se nos puede ocurrir, y Pablo la responde de manera contundente:

“Por el inmenso amor que nos tuvo” (Ef 2,4), “Dios envió a su Hijo para que recibiéramos la condición de hijos, de modo que ya no eres esclavo, sino que eres hijo” (Gal 4,5)

Nos amó el Padre. ¿Y nos amó Jesucristo, el Hijo enviado por el Padre para salvarnos? “Cristo nos amó y se entregó por nosotros” (Ef 5,2), dice Pablo de una manera general.

Pero después personaliza, y nos lo dice de manera ponderativa e inolvidable, para que cada uno repita sus mismas palabras:

“¡Que me amó, y se entregó a la muerte por mí!” (Gal 2,20)  
¡Por mí! Como si no hubiera en el mundo nadie más que yo.

Igual que Jesucristo y el Padre, ¿nos amó también el Espíritu Santo?...

Merecido este Don divino por la muerte redentora de Jesucristo, “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5)

¿Y el amor de los hermanos?... Pablo nos acaba de decir que el amor del Espíritu Santo ha sido derramado en el corazón de cada uno. Si todos tenemos el mismo Amor de Dios, que es el Espíritu Santo, entonces el desamor no cabe en un hijo de la Iglesia.

Asombra la grandeza del amor cristiano, nacido de la fuente única del “Dios que es amor” (1Jn 4,8)

Pero Pablo no se detiene en indicar la fuente del amor que llevamos dentro, sino que señala además las exigencias que ese amor único de Dios impone a todos.

¿Nos exige algo el ser hijos de Dios? El Padre, haciéndonos hijos en su Hijo Jesús, nos ha infundido el amor filial, y con él le decimos, sin atrevimiento, sino con toda naturalidad: “¡Padre! ¡Abbá! ¡Papá!”. Nos sale espontáneo del corazón, y es el mismo Espíritu Santo quien nos empuja a llamar así a Dios con la oración (Ro 8,16-17)

El amor a Jesucristo lo llevamos muy adentro del corazón, y mirando al Señor —lo mismo chiquitín en Belén, que en la Cruz o glorioso en el Cielo donde nos está esperando con impaciencia—, a nosotros no nos cabe en la cabeza eso de no amar a Jesucristo.

La única frase de Pablo que casi tomamos a broma es aquella suya tan repetida: “El que no ame al Señor Jesucristo, que sea maldito” (1Co 16,22)

Eso va para otros seguramente, no para nosotros...

El querido Espíritu Santo, “amor de Dios derramado en nuestros corazones” (Ro 5,5), está volviendo hoy en la Iglesia a un puesto que nunca debiera haber perdido en la devoción

de los cristianos. Estamos atentos a su voz, “a ver qué dice el Espíritu a las Iglesias” (Ap 2,7), para seguir sus indicaciones.

San Pablo Nos lo dice de aquella manera memorable: “Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Ro 8,14)

Si ahora concluimos con la exigencia del amor a los hermanos, vemos a las tres divinas Personas metidas de lleno en este amor.

¿Hijos del mismo Padre?...

¿Miembros de Cristo y hermanos suyos?

¿Templos todos del Espíritu Santo, el animador de la Iglesia, cuerpo único de Cristo, hecha por el Espíritu “un solo corazón y una sola alma”?... (Hch 4,32)

¡Imposible el desamor! Imposible no amarse unos a otros.

El amor llena de punta a punta todas las Cartas de San Pablo.

Amor de Dios y a Dios en Cristo Jesús por el Espíritu Santo y derramado a todos los hombres.

La palabra “Amor”, la caridad, es la palabra más rica que figura en el diccionario. Como que es la que define todo el *actuar* de Dios, porque *Dios es amor...*

## 58. Hijos y herederos. *¿Valoramos lo que somos?*

En la carta tan excepcional del Pablo a los Romanos leemos un párrafo que es de lo mejor que salió de su pluma, cuando nos dice:

“Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.

“Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; sino que han recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!

“El mismo Espíritu Santo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.

“Y, si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que compartimos sus sufrimientos, para ser también con él glorificados.

“Y estos sufrimientos actuales no se pueden comparar con la gloria que se ha de manifestar en nosotros” (Ro 8,14-18)

Vale la pena pensar reposadamente en estas palabras grandiosas de Pablo.

Vernos amados de Dios como hijos e hijas es la dicha más grande.

Y saber que nuestro Padre es nada menos que Dios es el mayor orgullo...

La primera palabra es orientadora y exigente:

“Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”.

El cristiano se demuestra hijo o hija de Dios porque se deja llevar por el Espíritu Santo.

Es decir, no hace caso de las pasiones que le arrastran al mal, sino que aspira siempre a agradar a Dios su Padre, como lo hacía el mismo Jesús.

¿Es por eso triste la vida del cristiano, al no seguir las corrientes del mundo? ¡Oh, eso sí que no!... Porque el cristiano es el ser más libre que existe.

Pablo nos lo ha dicho con estas palabras:

“Ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; sino que han recibido un espíritu de hijos adoptivos”.

El miedo del esclavo no es cristiano, aunque sea muy cristiano el temor reverente a Dios, nuestro Padre.

El cristiano sabe que Dios es su Padre, no pierde la confianza en la adversidad, y reacciona siempre diciendo: “¡Bendito sea Dios! ¡Que se cumpla su voluntad!”...

Hasta en la misma culpa, le habla a Dios con un humilde “¡Padre, perdóname!”...

Pablo nos da ahora la palabra clave y que lo encierra todo:

“Somos hijos adoptivos, y podemos exclamar: ¡Abbá, Padre!”

No podemos encontrar en toda la Biblia una expresión con mayor ternura.

Con toda confianza llamamos a Dios: “¡Papá!”.

¿Qué significa esto? En arameo, lengua que hablaba Jesús, “Abbá” era decir “Papá”, la expresión que emplea al niño para dirigirse a su padre.

Jesús la puso en nuestros labios al dictarnos su oración del Padre nuestro.

Y quiso que nosotros llamáramos a Dios con la misma palabra tierna con que lo llamaba Él, su Hijo natural, el Hijo de Dios hecho Hombre.

Los primeros cristianos, como lo hace Pablo ahora, unían las dos palabras —la aramea “Abbá” y la griega o latina “Padre”— para volcar en la última toda la ternura del amor con que queremos a Dios, el cual es nuestro Padre, nuestro Papá...

Esto nos lo dicta nuestro mismo espíritu, nuestro sentimiento de hijos.

Pero a ese nuestro espíritu se le une otro Espíritu, muy diferente del nuestro, e infinitamente superior a nosotros, que nos empuja a llamar así a Dios, ¡Padre, Papá!, como nos asegura San Pablo:

“El mismo Espíritu Santo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios”.

Aunque adoptados, somos hijos verdaderos, engendrados por Dios en el bautismo, con el que nos ha comunicado su vida divina. Ahora Pablo nos expresa el designio último de Dios: “Y, si somos hijos, también somos herederos”.

Dios es un Padre y un propietario muy rico, infinitamente rico. Porque la riqueza de Dios, el Padre y el Dueño de todo, es el mismo Dios, es su misma gloria, la que Él posee desde toda la eternidad.

Es la gloria que Dios Padre dio a su Hijo el Resucitado después de su pasión y muerte en la cruz, como se lo había pedido el mismo Jesús:

“Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la misma gloria que tenía a tu lado antes de que el mundo existiera” (Jn 17,5)

Pues esa herencia, la misma de Jesús, es la que Dios nuestro Padre da a cada uno de sus hijos e hijas, que somos nosotros, y así nos lo dice ahora Pablo: .

“Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo”.

Es cierto. El gran heredero, el primero de todos, es el Hijo primogénito.

Pero no es Jesús el heredero único.

Porque Dios tiene muchos hijos e hijas, y a cada uno le toca su buena parte en la herencia. El Cielo de Jesús va a ser el mismo Cielo nuestro.

¿Nos va a costar algo el hacernos con la herencia de Dios?...

La herencia es gratuita.

Pero Dios nos pide la colaboración de unirnos al Jesús que muere por nosotros.

“Seremos herederos si es que compartimos sus sufrimientos, los de Cristo, para ser también con él glorificados...”

“Aunque los sufrimientos actuales no se pueden comparar con la gloria que se ha de manifestar en nosotros”.

¿Qué decimos de semejante párrafo de la carta a los Romanos?... Hay para pensar. Hay para soñar. Hay para esperar. Hay para entusiasmarse...

Hijos e hijas de Dios... ¡Como quien no dice nada!

Dios es mi Padre, mi Papá... ¡Así lo llamaba Jesús! ¡Así lo llamamos nosotros!

Dios, su gloria eterna, la herencia de Jesús, el Hijo... ¡Vaya inmensidad de herencia!

Dios, el mismo Dios, nuestra herencia de hijos, los hermanos de Jesús...

Ante tales promesas y ante una seguridad semejante, significan muy poco los contratiempos actuales, las pequeñeces que nos pueden venir encima...

Además. Sentirse amados de Dios como hijos...,

amar a Dios como Padre amoroso...,

esperar una herencia eterna tan espléndida...

¿no es esto lo que salvaría a tantos desesperados del mundo de hoy?...

Todo esto nos dice Pablo en el punto culminante de sus cartas.

¿Vale la pena ser unos bautizados, ser cristianos, para sentirse unos hijos y unos herederos de semejante categoría?...

## 59. ¡Ese octavo de los Romanos! *La página cumbre de Pablo*

¡Cuántas veces en nuestras charlas hemos traído citas y más citas del capítulo octavo de la Carta a los Romanos! Es inagotable su riqueza. Hoy nos vamos a entretener sólo con esa página que constituye la cumbre de los escritos de Pablo.

Empezó Pablo la carta exponiendo la tragedia del pecado.

Pero viene ahora la respuesta de Dios, y Pablo le asegura al cristiano:

“El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece. Pero si Cristo está en ustedes, aunque el cuerpo haya muerto a causa del pecado, su alma está viva a causa de la santidad. Y si el Espíritu Santo que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, ese mismo Espíritu resucitará un día sus cuerpos mortales”.

¡Qué ánimo infunden estas palabras! ¿Hay que morir? Pues, ¡a morir!...

Porque si resucitó Cristo, Cabeza nuestra, resucitaremos también nosotros.

Y resucitaremos para no morir más, como Jesús, que, como ha dicho antes Pablo, “resucitando de entre los muertos, Cristo ya no muere más; con su cuerpo resucitado vive para Dios, eternamente como Dios” (Ro 6,9-10)

Pasa Pablo después a decirnos algo grande, bello, consolador:

-No han recibido un espíritu de esclavos, para vivir con temor, sino que han recibido el espíritu de hijos, unos hijos adoptivos, pero verdaderos, espíritu que nos hace exclamar: ¡Abbá! ¡Padre! ¡Papá!...

Esto es sublime. ¿Podía cabernos en la cabeza el llamar así a Dios, Padre, Papá?... Pablo ha conservado aquí la palabra aramea “Abbá”, equivalente a nuestro cariñoso “Papá”.

Así llamaba Jesús a Dios su Padre. Así nos enseñó a llamarlo nosotros con la primera palabra del Padrenuestro: ¡Papá! ¡Papá!...

¿Ha sido esta una ocurrencia de Pablo? No. El mismo Pablo nos asegura que esa manera de orar nos la está dictando, sin nosotros darnos cuenta, el mismo Espíritu Santo:

-Nosotros no sabemos cómo rezar; pero viene entonces el Espíritu Santo en ayuda nuestra, y es Él quien ora en nosotros con suspiros inefables, que nosotros mismos somos incapaces de expresar...

Sigue Pablo con otra afirmación colosal:

-Si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Cristo. Hemos padecido con Él, pues con Él seremos también glorificados... Dios es muy rico; tiene una herencia inmensa, ¿y para quién va a ser la herencia, esa su Gloria, ese su Cielo? ¿A quién se la ha dejado Dios como en testamento? ¡Pues, a los hijos!

Y Pablo señala con precisión magnífica:

-¿Qué hijos? Ante todo, Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, al que le dijo en la Ascensión: “¡Ven aquí, y siéntate a mi derecha! Te constituyo heredero universal!” (Hb 1,2)



Jesucristo sabía que esto iba a ser así, y por eso le pidió al Padre antes de ir a la muerte:  
-Quiero que donde yo esté estén también estos mis hermanos que tú me diste, para que contemplen y tengan mi misma gloria (Jn 17,24).

La herencia de Dios, que es su Gloria, es para nosotros, los hijos e hijas de Dios.

Pablo, sin embargo, sabe lo que nos espera mientras estamos en el mundo: trabajo, sufrimiento, deberes costosos, todo eso que constituye nuestra cruz.

Pero, ¿hay que temer la cruz? No, porque todo eso es la participación de los sufrimientos de Jesucristo Crucificado.

Llevados gozosamente en unión con Jesús, Pablo los ve como la aportación voluntaria que hacemos a la obra del Señor, y nos dice:

-¡Animo! Si padecemos con Jesús, con Él seremos también glorificados...

Por otra parte, Dios es tan sabio y tan providente, que esos sufrimientos, igual que los acontecimientos que no acabamos de entender, “Dios los orienta de manera que todos sirvan para el bien y la salvación de los elegidos”.

Pablo se está elevando cada vez más en esta página imponderable.

Y llega a meterse en la intimidad eterna de Dios, que dio un vistazo a la creación que iba a salir de sus manos.

Vio una multitud de hombres y mujeres, en medio de los cuales estaba su Hijo que se iba a encarnar y hacerse uno de ellos, y se dijo:

-A todos estos que contemplo, a todos los predestino;  
todos quedan elegidos para ser como mi Hijo;  
a todos los llamo;  
a todos los santifico;  
a todos los he de glorificar...

Éste fue el plan grandioso de Dios.

Sólo quedarían fuera de la salvación los que no quisieran ser de Dios ni aceptaran a Jesucristo, al que Dios iba a enviar para la salvación de todos.

Llegado a este punto Pablo, empiezan sus exclamaciones triunfales. Y la primera es ésta:  
-Ante esto, ¿qué diremos? ¿Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?...” Si Dios, por salvarnos, no dudó en entregar su propio Hijo a la muerte, ¿qué le importa darnos todo lo demás, si todo junto no vale nada ante su Hijo Jesús?...

Y ante el miedo que pudiéramos sentir por nosotros mismos, Pablo sigue con energía:

-¿Piensan que va a acusarnos Dios por nuestros pecados anteriores, el Dios que mandó a su Hijo a la muerte por salvarnos?...

¿Creen que Jesucristo, el que murió por nosotros, nos va a juzgar para condenarnos?...  
¡Imposible, imposible del todo!

Pablo acaba de la manera más grandiosa, más apasionante, más enardecedora, con una protesta de amor como no se encuentra una semejante en toda la Biblia:

-¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... En todas estas cosas salimos más que vencedores gracias a Aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni espíritus enemigos, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús Señor nuestro.

Pablo se nos ha revelado hoy en la cumbre de su pensamiento y de su amor.

Este capítulo octavo a los Romanos no cansa el leerlo.

Nos asombra su profundidad.

Nos enciende el corazón.

Nos entusiasma hasta el delirio.

Nos apasiona por Jesús...

¿Qué nos queda a nosotros cuando lo leemos?...

Pensar también, y amar. Lo demás, importa poco...

## **60. Los Judíos. Gloria, caída y esperanza del gran pueblo**

Esa Carta a los Romanos, que nos entusiasma, llega a convertirse en una tragedia dolorosa cuando exclama Pablo:

-¡Los judíos! ¡Mis queridos hermanos los judíos! ¡Los hijos de mi pueblo que no aceptan a Jesús, al Cristo que Dios había prometido a nuestros padres!... No me importaría nada convertirme en un maldito a trueque de que ellos se salven. ¡Los judíos, mis queridos paisanos los judíos!...

Esto lo dice Pablo con el corazón deshecho al principio de los capítulos 9, 10 y 11 de la carta a los Romanos. Aunque al fin exclamará lleno de esperanza y con seguridad absoluta:

-¡Dios no ha rechazado a su pueblo, que no ha tropezado para quedar caído por siempre!. ¡Su endurecimiento es sólo parcial, pues llegará un momento en que todo Israel será salvo!

Sabemos muy bien lo que es el pueblo judío. Un pueblo privilegiado. Un pueblo de grandes genios. Un pueblo de enorme influencia en el mundo de todos los tiempos.

Pero, por elogios que nosotros queramos tributar al pueblo judío, no lo haremos mejor que Pablo. Miremos lo que nos dice.

Son israelitas, linaje glorioso de Jacob, el fuerte que luchó con Dios...

Dios llama a Israel “mi hijo primogénito”, el pueblo predilecto...

En el Arca manifestaba Dios su “gloria”, es decir, su presencia en medio del pueblo...

Dios había pactado con Abraham, los patriarcas y con Moisés, “alianzas” perpetuas...

Tenían una Ley, Constitución del pueblo, que lo convertía en un Estado teocrático, con Dios como único Jefe...

Israel mantenía en el Templo un culto digno de Dios, frente a las aberraciones paganas...

La “Promesa” hecha por Dios a Abraham era un privilegio único: por el pueblo judío vendría la salvación a todo el mundo...

Promesa mantenida después a Isaac, Jacob y David...

Los padres del pueblo, los que llamamos Patriarcas, constituían una gloria muy grande.

Pero, claro está, la gloria suprema, inigualable, única, del pueblo judío es Cristo Jesús, el Mesías, el Salvador, el Rey inmortal de los siglos.

Jesús, el Hijo de Dios, se hace Hombre al tomar su carne en el seno virginal de una Mujer judía.

Y ese Hombre judío que es Jesús, hace exclamar a Pablo con entusiasmo inusitado:

“De ellos, de los judíos, procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, y es Dios bendito por los siglos. Amén”.

Aquí tenemos el espléndido palmarés de la gloria de los judíos descrito por Pablo, orgulloso de su pueblo (Ro 9,1-5)

En el plan de Dios, el pueblo judío, Israel, era el primer destinatario de la salvación prometida. Pero, ¿qué ocurrió al venir Jesús?...

Había en el pueblo una buena parte sencilla, creyente de verdad, llamados “los pobres de Yahvé”, que esperaban con puro corazón la salvación de Dios.

Pero había otra parte, que era la de los dirigentes, con muy mala disposición.

Los sumos sacerdotes apegados a sus privilegios.

Los politiqueros herodianos aliados de Roma.

Los del partido saduceo, materialistas y poco creyentes.

Los escribas o letrados que habían recargado la Ley con prescripciones insoportables.

Entre los fariseos, aunque había muchos buenos y fieles a Dios, la mayoría, junto con los escribas, habían llevado su fanatismo a extremos que hacían imposible la guarda de la Ley.

Además, por una falsa apreciación de las Sagradas Escrituras, pensaban todos en un Mesías sociopolítico, que sujetaría las naciones bajo el mando de Israel.

Jesús, con su predicación y actitud, fue rechazado por los dirigentes del pueblo y entregado a la autoridad romana para terminar en la cruz.

A Jesús le dolía tanto la obstinación de los jefes del pueblo, que lloró sobre Jerusalén, al prever la catástrofe que le venía encima por no reconocerlo como su Cristo (Lc 19,41-44; Mt 23, 37-39)

Jesús, con su doctrina, con sus milagros, con su amor, hizo hasta los imposibles para ganarse a Jerusalén, pero no hubo manera, de modo que dijo al llorar sobre la ciudad:

“¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a los pollos bajo sus alas, y no has querido!”...

Sin embargo, a pesar de la obstinación de los dirigentes, Dios seguía fiel a su promesa.

Jesús fue el primero en decir que esa promesa se mantenía firme y que un día los judíos le reconocerán como el Cristo de Dios:

“No me verán hasta que digan: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

Predicado Jesús por los apóstoles, testigos del Resucitado, los dirigentes siguieron negando a Jesús y arrastraron al pueblo a la incredulidad.

Pero permanecía fiel una parte del pueblo, llamada por la Biblia “El Resto”, el grupo de creyentes que formaron la primitiva Iglesia.

¿Qué nos dice ahora Pablo?

Ante todo, que Dios no ha abandonado a su pueblo (11, 1-32)

Y Pablo nos lo dice con palabras vigorosas:

“¿Ha rechazado Dios a su pueblo? ¡De ningún modo! Y la prueba la tienen en que yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. ¡Dios no ha rechazado a su pueblo!... Los judíos han caído, pero no para siempre... ¡Hay que ver lo que serán cuando entren de lleno!... En cuanto al Evangelio, ahora se muestran enemigos; pero son muy amados de Dios como elegidos suyos. Porque los dones y la elección de Dios son irrevocables”

Al rechazar los judíos la Buena Nueva, el Evangelio pasó a los pueblos gentiles; pero un día reconocerá Israel en Jesús a su Mesías, al Cristo, y se le entregará con verdadera pasión.

Pablo usa una bella comparación campesina.

Israel era el árbol hermoso plantado en el mundo por Dios. Cayeron muchas ramas que se secaron, y entonces se injertaron unas nuevas que eran los paganos. Pero el tronco, judío, no se secó.

La raíz sigue viva, y un día llegará a vigorizar toda la planta. Y entonces, ¡qué árbol tan frondoso y bello será la Iglesia entera, formada por el pueblo judío, el primer elegido, y por todos los demás pueblos de la Tierra!

Dios tiene trazado su proyecto, sabio y lleno de amor, al que nosotros aportamos humildemente nuestra oración, que siempre es escuchada.

Ante estas realidades, ¡qué insensato resulta el antisemitismo de todos los tiempos!

¡Mientras que es tan bello y consolador el soñar en el abrazo que Israel recibirá de todas las gentes redimidas por Jesús!

Entonces el mundo reconocerá y agradecerá al pueblo judío —y se lo agradecemos también ahora—, el habernos dado a Jesucristo, nuestro adorado Redentor...

## **61. Una hostia con Cristo.** *Esto es la vida del cristiano*

Antes de acudir a San Pablo, hoy vamos a llegarnos al Antiguo Testamento para ver lo que era el culto de los judíos, y que el mismo Pablo, judío tan riguroso, había practicado con fidelidad edificante.

El culto judío se fundamentaba, ante todo, en los sacrificios, los cuales, según la Biblia, eran innumerables.

Lo prescribía el mismo Dios, que había ordenado por Moisés: “Nadie se presentará delante de mí con las manos vacías” (Ex 23,15)

Obedecía esta ley a la costumbre social de los pueblos orientales.

El inferior lo hacía con el superior para demostrarle su reconocimiento: el pobre con el rico, el inferior con el superior, el ciudadano con el rey.

Mostraban con ello respeto y sumisión, a la vez que lo empleaban para conseguir favores.

Pues bien, los sacrificios en Israel eran múltiples y continuos: para alabar a Dios, para darle gracias, para implorar su perdón, para pedirle favores.

Se le podían ofrecer a Dios objetos de oro y plata, otros bienes materiales, y más comúnmente los frutos del campo.

Pero se le ofrecían sobre todo animales domésticos en cantidades ingentes.

Dios aceptaba el sacrificio complacido, según esas expresiones bíblicas: “como perfume agradable”, “en olor de suavidad” y otras semejantes.

Ahora bien, llegó un momento en el que los sacrificios desaparecieron. ¿Cuándo?...

Para Israel, cuando fue destruido definitivamente el Templo de Jerusalén con su altar, y se extinguió además el sacerdocio levítico.

Para los cristianos, antes todavía. Cuando Jesucristo se ofreció Él mismo en sacrificio sobre el altar de la cruz, de una vez para siempre, y acabó con todos los sacrificios de la Antigua Alianza.

Jesucristo dejó únicamente para su Iglesia el único sacrificio del Calvario renovado, actualizado, hecho presente en la Eucaristía, la cual es el mismo e idéntico sacrificio de la Última Cena y de la Cruz.

¿A qué viene todo esto, que parece una lección de Biblia?

Sólo a comentar una palabra de San Pablo.

Desaparecieron los sacrificios del pueblo judío.

Pero no desapareció lo que es el ÚNICO sacrificio de la Iglesia: la Eucaristía, el mismo sacrificio de Jesús en el Calvario, al cual se añade, mejor dicho, con el cual se ofrece el sacrificio de cada cristiano que se entrega a Dios junto con Jesucristo.

A Dios le agradaban los sacrificios de Israel, ofrecidos con piedad, como dice el salmo:  
“Tus sacrificios los tengo siempre delante de mis ojos” (Sal 48,8)

Pero esos sacrificios no iban a durar para siempre, como dijo el profeta cuando empezó a degradarse el culto:

“No me gusta ni me agrada la oblación que me traen. De levante hasta poniente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrecerán a mi Nombre sacrificios y oblationes puras, pues santo es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé Dios de los ejércitos” (Ml 1,10-11)

Pablo tenía muy presente el sacrificio de Jesús en la Cruz y su renovación en la Eucaristía, y viene ahora con una palabra preciosa para todo cristiano:

“Les exhorto a que se ofrezcan ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; tal será su culto espiritual” (Ro 12,1)

Pero al decir Pablo “ofrézcanse ustedes mismos”, ¿a qué se refiere?

A todos los actos de la vida, que quedan convertidos en “buenos, agradables, perfectos”.

Unido al sacrificio de Jesucristo, renovado en el altar, el cristiano tiene conciencia de que lo suyo es del mismo Jesucristo, que forma una sola oblación, y que es, por lo mismo, ese “sacrificio espiritual agradable a Dios” de que habla San Pablo.

San Pablo parece que alude a esto cuando escribe a los de Corinto aquellas palabras referidas a la vida de cada día: “Echen fuera la levadura vieja, el fermento de todo pecado. Sean masa nueva, panes ázimos, completamente puros” (1Co 5,7)

¿Para qué pensar en otros sacrificios? El de la propia persona es el que interesa.

Aquellos sacrificios antiguos de la Biblia en tanto eran agradables a Dios en cuanto eran de animales puros, es decir, sin defectos que los hicieran poco presentables.

A nadie se le ocurría ir al altar con un cordero cojo o un becerro con el cuerno roto.

El sacerdote de la Ley lo hubiera rechazado sin más y lo hubiera tomado como una injuria a Dios.

Por eso Pablo, al hablar de la vida cristiana como sacrificio espiritual y agradable a Dios, lo primero que exige es una conducta sin tacha:

“Miren su vida anterior, y quiten de ella todo lo que signifique hombre viejo, que se corrompe con las malas pasiones...”

“Que desaparezca de ustedes toda amargura, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, impureza y codicia, que ni deben mencionarse entre ustedes”...

Y pide, por el contrario, el pan ázimo de una vida intachable:

“Al revés, revístanse del Hombre Nuevo, hecho de justicia y santidad, siendo amables con todos, compasivos, generosos...”

“Y vivan como Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros como hostia y víctima de suave aroma” (Ef 4, 22-23, 31-32; 5,2-3)

Esto es para Pablo ser una hostia con Cristo.  
Ninguna maldad que empañe la jornada.  
Toda obra buena en el proceder de cada día.

¿En qué se convierte la vida entonces? ¿En triste?...  
Solamente un desaprensivo podría decirlo.

El Espíritu Santo, que ha santificado esa hostia del cristiano —igual que santifica el pan y el vino que se ponen en el altar—, hace que la vida sea amor, alegría, paz... (Gal 5,22)

En todo sacrificio había una víctima que quedaba destrozada.

Pero, quemada sobre el altar, se convertía en aroma suave, que llegaba a hacer las delicias de todo un Dios...

Como las hace el cristiano y la cristiana cuando con Jesucristo se consumen en el Altar...



## 62. Los apóstoles laicos. *Pablo, animador y maestro*

Recordemos una anécdota interesante.

Rodeado un día el Papa San Pío X con algunos Cardenales y colaboradores del Vaticano, les preguntó medio en broma medio en serio, como hablaba tantas veces él:

-¿Qué creen ustedes que es lo más importante para la reforma de la Iglesia?... Y los interrogados, sabiendo las aficiones y preferencias del Papa, iban respondiendo:

-La enseñanza de la Doctrina..., la renovación litúrgica..., la devoción a la Eucaristía...

El Papa movía la cabeza negativamente a cada respuesta: -¡No!..., ¡No!...

Y al fin él, serio en medio de su buen humor:

-¿Saben ustedes qué es lo más importante? Reunir en torno a cada párroco un grupo de seglares, que tomen responsabilidad de la Iglesia, que trabajen bajo la dirección de los Pastores, y pronto tendremos una Iglesia totalmente renovada.

¿Tenía razón aquel Papa tan providencial, San Pío X?...

Era cuestión de que la Iglesia dejase de considerarse tan clerical, a la vez de que los seglares o laicos tomaran conciencia de su responsabilidad de cristianos, los cuales tienen el derecho y el deber de trabajar por el Reino de Dios, por la Iglesia de Jesucristo, por la salvación de sus hermanos.

Todo ello, con los Pastores como dirigentes, pero también con la autonomía y libertad que les confiere su condición de laicos metidos en el corazón del mundo.

Llegó el Concilio, y, con su Decreto sobre el Apostolado de los Seglares, dio el espaldarazo a tantos laicos como hoy trabajan —vamos a usar palabras de San Pablo— como verdaderos apóstoles de las Iglesias y gloria de Jesucristo (2Co 8,23)

¿Ha inventado la Iglesia algo con esto del apostolado de los laicos?

¡No, ni mucho menos! La cosa viene desde al principio.

Si miramos los Hechos de los Apóstoles, y sobre todo las cartas de San Pablo, vemos que la actividad apostólica de los seglares es tan antigua como la misma Iglesia.

Comunidades eclesiales como Antioquía —y probablemente también la de Roma—, fueron fundadas por laicos, que llevaron desde Jerusalén la Buena Nueva del Señor Jesús.

Después, enterados los Apóstoles, mandaban sus delegados, o iban ellos mismos, para confirmar lo que el Espíritu Santo se había adelantado a hacer.

Los apóstoles establecían presbíteros, organizaban y daban institución a una Iglesia iniciada por seglares.

En las cartas de San Pablo tenemos ejemplos admirables de apóstoles laicos, admirados, tan queridos y elogiados por Pablo.

Los vemos en todas las cartas, pero el final de los Romanos es sumamente aleccionador.

Miremos a quiénes saluda:

\*Les recomiendo a Febe. Recíbanla en el Señor. Asístanla en todo lo que necesite, pues ella ha sido protectora de muchos, incluso de mí mismo.

Saluden a Priscila y Áquila, colaboradores míos en Cristo Jesús, que expusieron sus cabezas por salvarme, y saluden también a la iglesia que se reúne en su casa.

Saluden a María, que ha trabajado tanto por ustedes.

Saluden a Urbano, nuestro colaborador en Cristo.

Saluden a Trifena, Trifosa y Pérside, que tanto se fatigaron y trabajaron mucho en el Señor (Ro 16,1-12). \*

¿Nos damos cuenta? Todos eran laicos. Y tal vez más mujeres que hombres.

El mero hecho de ser cristianos los autorizaba a colaborar con los apóstoles, obispos y presbíteros, e incluso a tomar ellos iniciativas importantes para el desarrollo de la Iglesia.

Pablo, al buscar y aceptar colaboradores, les dictaba la razón que los debía estimular:

-Miren que son miembros del Cuerpo de Cristo. Y cada miembro debe trabajar “según su actividad propia, para el crecimiento y edificación en el amor” (Ef 4,16)

Comentando esta razón de San Pablo, les dice el Concilio a los seculares:

“El que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe considerarse como inútil para la iglesia y para sí mismo” (AA 2)

Pero, junto a la amenaza, el Concilio sabe animar:

“Insertos los seculares por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo y robustecidos por la confirmación, es el mismo Señor quien los destina al apostolado” (AA 3)

Aunque nos podemos preguntar: ¿Con qué auxilios cuenta el laico para el apostolado? ¿Qué gracia les da Dios?

Aquí vienen ahora los “carismas” del Espíritu Santo, el cual los reparte abundantes entre los laicos, hijos de la Iglesia, para que se entreguen a ella con generosidad, competencia, celo apostólico, y puedan hacer las maravillas que tantas veces nos toca contemplar.

El apóstol San Pablo es en esto el gran maestro. En las cartas a los Romanos (12,6-8), a los de Corinto (1ª, 12 y 14) y a los de Éfeso (4,11), enumera unas listas de carismas o dones del Espíritu Santo que nos dejan pasmados.

No todos los laicos valen para todos los apostolados, pero todos, hasta los más humildes, pueden ejercer ministerios valiosísimos. Pablo viene a decir a cada uno:

Tú, que sabes hablar, exhorta, predica, consuela. Haz de profeta.

Tú, que sabes instruir, trabaja como catequista.

Tú, doctor que dominas la doctrina del Señor, enseña con competencia.

Tú, que tienes tan buen corazón, dedícate a obras de misericordia con los necesitados.

Tú, tan diestro en oficios, sirve a la Iglesia en cosas materiales, a veces muy humildes.

Tú, inquieto siempre, propaga el Evangelio, habla, no te calles.

Tú, escritor y propagandista, difunde la Fe por “los medios”.

Tú, que eres líder por naturaleza, ponte al frente de los jóvenes inquietos y llévalos a todos al Señor.

Pablo puede seguir señalando con el dedo a cada uno y diciéndole lo que es capaz de hacer por el Señor en su Iglesia.

Sus palabras son estimulantes:

“Teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, los hemos de ejercitar en la medida de nuestra fe” (Ro 12,6)

Entre las grandes gracias de Dios a su Iglesia en los tiempos modernos, resalta como ninguna la conciencia despertada en los laicos sobre su responsabilidad en el apostolado, conforme a la intuición de aquel Papa tan clarividente.

Sabemos lo que San Pablo hizo en Éfeso por medio de sus colaboradores —laicos en su inmensa mayoría—, con los cuales llenó del Evangelio toda la Provincia romana del Asia.

Y nos podemos preguntar: ¿Pensamos que los católicos seculares de hoy no pueden realizar maravillas semejantes?... Las pueden hacer, y las están haciendo.

### **63. De Tróade y Mileto a Jerusalén. *El viaje tan problemático***

Estaba Pablo en Corinto, después de los tres años legendarios de Éfeso, cuando le dicen algunos misteriosamente:

-¿Vas a ir a Jerusalén? Anda con cuidado. Los judíos te han puesto una emboscada, y vas a parar en el fondo de mar...

Pablo escucha sereno, y modifica los planes del viaje (Hch 20,1-36; 21,1-22)

Era la primavera del año 58. Marchan todos por tierra hasta Tróade, y aquí se presentó el primer episodio, recordado por Lucas:

“El primer día de la semana, estando reunidos para la fracción del pan, Pablo, que debía marchar al día siguiente, disertaba ante ellos y alargó la charla hasta la media noche”.

Todos escuchaban atentos, pero un muchacho se alejó algo del grupo, se sentó en el borde de la ventana para respirar mejor, quedó vencido por el sueño, y se alzó un grito enorme:

-¡Eutiques se ha caído ventana abajo, está tendido en tierra y no da señales de vida!...

Gritos, lágrimas, lamentos... Pablo guarda la serenidad, baja desde el tercer piso hasta donde estaba el muchacho, se echa sobre él, lo toma en brazos, y trata de calmar a todos:

-¡No se alarmen! Su alma está dentro de él...

El milagro era patente.

Lucas dice que todos se alegraron mucho, que siguió la fracción del Pan, y Pablo continuó hablando del Señor Jesús hasta el amanecer...

A los pocos días se hallaban todos en Mileto, hasta donde habían venido los ancianos de Éfeso, llamados por el mismo Pablo, para poder despedirse en ellos de aquella Iglesia tan querida.

Pablo empezó a hablarles con emoción honda:

“Saben cómo me comporté entre ustedes desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas, entre las pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos...”

“Cómo predicaba y enseñaba en público y por las casas para que creyeran en nuestro Señor Jesús”.

Pablo presentía lo peor, y prosiguió diciendo:

“Miren que ahora yo, encadenado en mi espíritu, me dirijo a Jerusalén sin saber lo que allí me sucederá.

“Solamente sé que el Espíritu Santo en cada ciudad me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones”.

Empezaba a subir la emoción en todos, sobre todo cuando Pablo les dijo:

“Yo sé que no me van a volver a ver más ustedes, entre los que he predicado el Reino de Dios.

“Pero no se desanimen.

“Y tengan cuidado de ustedes y de todo el rebaño, en medio del cual les ha colocado el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios”.

Casi con lágrimas en los ojos, les hace ahora Pablo la más triste profecía:

“Yo sé que después de mi partida se introducirán entre ustedes lobos rapaces que no perdonarán al rebaño, y también de entre ustedes mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos detrás de ellas”.

Después de oír estas palabras de Pablo, ya no nos extraña nada el encontrar en la Iglesia de todos los tiempos muchos falsos profetas que destrazan al Pueblo de Dios...

Pablo se defiende ahora ante posibles calumnias:

“Yo de nadie codicié ni oro ni plata ni vestidos.

“Pues ustedes saben bien que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros, y trabajaron para socorrer a los necesitados, conforme a la palabra del Señor:

“Hay mayor felicidad en dar que en recibir”.

¡Qué recuerdo este del Señor!

Es una palabra, una sentencia de Jesús, que no consta en los Evangelios.

Estaba este dicho en la tradición viva de la primera Iglesia, como tantas otras tradiciones del Señor que no constan en la Biblia.

Pero la Iglesia las conserva frescas en su Tradición y las transmite hasta nuestros días tan puras como salieron de la boca de Jesús y de los apóstoles.

Al acabar Pablo de hablar, todos cayeron de rodillas, y nos sigue diciendo Lucas:

“Todos rompieron a llorar, y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que les había dicho: que ya no volverían a ver su rostro. Y fueron acompañándole hasta la nave”.

No ha terminado todavía el viaje, y nos esperan aún otras emociones.

Llega la nave a Tiro, y los discípulos de aquella Iglesia insisten a Pablo:

-¡No subas a Jerusalén!

Pero Pablo se mostró inflexible:

-He de ir allá, pase lo que pase.

Acabados los siete días, dice Lucas, “todos nos acompañaron con sus mujeres e hijos, hasta las afueras de la ciudad. En la playa nos pusimos de rodillas y oramos; nos despedimos unos de otros; nosotros subimos a la nave, mientras ellos se regresaban a sus casas”.

En Cesarea se hospedaron todos en casa del diácono Felipe, el de los Hechos de los Apóstoles, el cual tenía cuatro hijas solteras, vírgenes entregadas al Señor, y dotadas del don de profecía, las cuales suplicaban e insistían también:

-¡Pablo, no subas a Jerusalén!

Aunque la palabra más grave para Pablo no le vino de las jóvenes profetisas, sino de Ágabo, profeta que llegaba de Judea.

Se acercó a los viajeros, agarró el cinturón de Pablo, se ató con él las manos y los pies, y dijo con gesto severo:

“Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al dueño de este cinturón, y lo entregarán en manos de los gentiles”.

Todos lloraban y rogaban a Pablo:

-No subas a Jerusalén. ¡Por favor, no subas!

Duro, muy duro. Pero Pablo respondía firme y resignado:

“¿Por qué lloran, destrozándome el corazón? Pues yo me encuentro dispuesto no sólo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”.

Lucas nos da la última palabra:

-No hubo manera. Como no se dejaba convencer, dejamos de insistir, y dijimos: “Hágase la voluntad del Señor”.

Llegamos nosotros también ahora a Jerusalén. Con el corazón prensado. Pero orgullosos de poder contar con un Pablo tan valiente.

#### **64. Una Eucaristía en el viaje. *Toda la noche en vela***

No hemos olvidado nuestra charla anterior, aquella velada durante toda la noche en una casa grande y espaciosa de Tróade, cuando Pablo resucitó al muchacho Eutiques que se había estrellado contra el pavimento.

Los cristianos habían cambiado ya el descanso y la guarda religiosa del sábado por el primer día de la semana, el que va a ser ya en los siglos por venir el *Domingo*, el *Día del Señor*.

Con la relación de aquella cena adivinamos todo lo que era la celebración de las primeras misas cristianas.

Todos escuchando la Palabra.

Los apóstoles o presbíteros hablando de cosas del Señor.

Y alargando la conversación sin cansarse...

No lo hemos olvidado, pero se nos quedó pendiente el hablar precisamente de aquella celebración de la Eucaristía durante el viaje de Pablo desde Éfeso hasta Jerusalén.

Es lo que vamos a hacer ahora. ¿Cómo fue aquella Eucaristía? ¿Cómo celebraban la Eucaristía los primeros cristianos? ¿Tenemos algún documento que nos lo atestigüe?...

Por fortuna, contamos con un librito precioso, la Didajé, un escrito del tiempo de los Apóstoles que no está en la Biblia, y que es anterior a varios libros del Nuevo Testamento.

Ese documento impagable nos guía en todo lo que hoy podemos decir, como ayuda a lo que nos dicen los Hechos de los Apóstoles (20,7-12) y el mismo San Pablo (1Co 11, 17-27)

La reunión cristiana constaba de dos momentos.

El primero, un banquete fraterno, el ágape, con una comida en común que estrechaba los lazos del amor y de la amistad, acompañado todo con cantos y plegarias.

El segundo momento era propiamente “La Cena del Señor”.

Con todo, los dos actos constituían una sola celebración.

Para el banquete, y prescindiendo todavía de la Fracción del Pan, se seguía una costumbre judía, practicada por el mismo Jesús.

Ante el pan que se había de comer, ante el vino y todos los alimentos, se hacía una plegaria de acción de gracias y otra al final después de haberlo comido todo.

Esa plegaria de acción de gracias se llamaba “eucaristía” con palabra griega, y de ahí ha venido el quedar el rito sagrado con la palabra Eucaristía.

Pues bien, en aquel banquete fraterno, se traía el pan, se partía, y se colocaba en la mesa juntamente con la copa de vino en frente de quien presidía la celebración.

En aquella noche de Tróade lo pusieron todo delante de Pablo.

La reunión se tuvo en la sala superior de la casa, profusamente iluminada, vivo trasunto del Cenáculo de Jerusalén en la última cena del Señor.

Todos reunidos, se oró, se cantó, se escuchó largamente la palabra de Pablo, que no se cansaba al hablar del Señor Jesús.

Y vino el momento solemne de hacerse presente el Cuerpo y la Sangre del Señor.  
Pero, ¿qué se hacía antes de la consagración del pan y del vino?  
Lo primero de todo, pedir en la comunidad perdón de los pecados.  
La Didajé nos lo dice así:

“Reúnanse cada día del Señor, rompan el pan y den gracias, después de haber confesado sus pecados, a fin de que su sacrificio sea puro.... Que nadie coma y beba de vuestra eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor. Pues acerca de ello dijo el Señor: no den lo santo a los perros... Por eso, ¡todo el que es santo, que venga! ¡El que no lo es, que se convierta!”.

Como vemos, la Iglesia ha seguido hasta nuestros días la misma práctica: comenzamos la Santa Misa pidiendo el perdón de nuestras culpas con el cato penitencial.  
A la Comunión hay que acercarse con conciencia pura.

Pablo, aquella noche, había de repetir los gestos del Señor en la Última Cena.  
Pero antes estaba la oración que nos ha conservado la Didajé sobre el vino y sobre el pan, con este orden precisamente:

“Primero sobre la copa: ‘Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David tu siervo, la que nos diste a conocer por medio de Jesús. A ti sea la gloria por todos los siglos. Amén’.

“Luego sobre el pan partido: ‘Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos manifestaste por medio de Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos amén’.

“Como este pan estaba disperso por los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente”.

Recitadas estas oraciones tan sentidas, tan bellas, tan profundas, Pablo, como siempre, pronunció sobre el pan y el vino las mismas palabras del Señor: “Esto es mi cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre”.

Y hecha la consagración, venía la acción de gracias con esta otra oración de la Didajé:

“Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre, que has hecho habitar en nuestros corazones... ¡A ti gloria en los siglos!...

“Acuérdate, oh Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y perfeccionarla en tu amor; réunela de los cuatro vientos, una vez santificada, en el reino tuyo que preparaste para ella. ¡Porque tuyo es el poder y la gloria en los siglos!

¡Venga tu gracia y pase este mundo! ¡Hosanna al Dios de David! ¡Maran atha! ¡Ven, Señor!”

Si se rezaba la oración del Señor, el Padre nuestro, se le añadía al final la doxología o alabanza que la Didajé nos ha conservado y que nosotros recitamos también en cada Misa:

“Porque tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor”.



Nos emocionamos, sencillamente, al saber que repetimos las mismas palabras de aquellos primeros hermanos nuestros en la fe.

San Pablo nos mandó algo muy importante con estas palabras, escritas no mucho tiempo antes de esta Eucaristía de Tróade: “Cada vez que coman este pan y beban este cáliz, anuncien la muerte del Señor, hasta que venga” (1Co 11,26)

Si esto mandaba Pablo, esto hizo él también en esta noche, y exclamó:

-¡El Señor murió por nosotros! ¡El Señor que resucitó, y que un día ha de volver!...

Hoy seguimos diciendo lo mismo que aquellos cristianos de hace ya casi veinte siglos:

-Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

Con todo esto, vemos que la Iglesia, cuanto más avanza, más se apega al principio, a sus orígenes, a los Apóstoles, al mismo Señor Jesús.

El Señor lo mandó en la Última Cena: “Hagan esto como memorial mío”.

Los Apóstoles cumplían el mandato del Señor: “Hagan esto como memorial mío”.

Y nosotros no cambiamos nada.

Con esta página de los Hechos vemos confirmada siempre la verdad que se nos enseña hoy con ahínco: Donde está la Iglesia hay Eucaristía, y donde se celebra la Eucaristía allí hay Iglesia.

¡Bendita sea la presencia del Señor Jesús entre nosotros!...

## **65. En la temida Jerusalén. Lo que tenía que suceder...**

Por fin, Pablo llegó a Jerusalén. Desecho. Con negros presentimientos. Y las cosas se le presentaron duras de verdad. Empezando por el recibimiento que le hicieron los hermanos, entusiasta el de unos, muy frío el de otros (Hch 21,17-40; 22,1-23)

Los helenistas, los cristianos judíos venidos de la diáspora, se llenaron de alegría.

-¡Bienvenido, Pablo! Sabemos cuántas cosas ha hecho Dios por ti, y cuántos paganos han entrado en la Iglesia creyendo en el Señor Jesús. ¡Pablo, Dios te bendiga!...

A la par que estos cristianos helenistas, estaba la Iglesia de Jerusalén formada por cristianos judíos que no acababan de rendirse. Recibieron a Pablo fríamente y con formas muy diplomáticas, ya que no podían hacerle la guerra abiertamente, porque los apóstoles habían dicho su palabra definitiva en el Concilio de hacía diez años.

Reunidos los más notables de entre estos judeocristianos en casa de Santiago, Pablo les exponía punto por punto lo que había sido la evangelización entre los gentiles, cómo había crecido la Iglesia con tanto pagano convertido, y cómo se derramaba sobre ellos la gracia y los dones del Espíritu Santo.

Los oyentes no se entusiasmaban.

La gran colecta que Pablo y sus compañeros traían era como para taparles la boca. Con ella podían comprobar la caridad y el amor de los cristianos venidos del paganismo para con los hermanos judíos pobres de Jerusalén. Pero no les conmovió gran cosa.

Y le contestaron como una réplica:

“Ya ves, hermano, cuántos miles y miles de entre los judíos han abrazado la fe, y todos son fervientes partidarios de la Ley.

“Pero han oído decir de ti que enseñas a todos los judíos que viven entre los gentiles que se aparten de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las tradiciones.

“¿Qué hacer, pues? Porque va a reunirse la muchedumbre al enterarse de tu venida”.

Será todo lo doloroso que queramos, pero así nos lo dice Lucas, testigo presencial.

Santiago, el apóstol tan judío, pero fiel a la doctrina del Concilio, quiso poner paz entre todos. Y bajo su dirección, aconsejaron a Pablo:

-Para que no puedan decir nada contra ti tantos hermanos fieles a la Ley y que aún siguen con la circuncisión, únete a los cuatro hermanos que han hecho un voto y ya se han rapado la cabeza; entra con ellos en el Templo, y todos verán que tú también eres un fiel cumplidor de la Ley.

El consejo no estaba mal, y Pablo aceptó. Sólo que, en vez de salir bien las cosas, se enredó todo de mala manera.

Unos judíos llegados de Asia por la fiesta de Pentecostés, reconocieron a Pablo en los atrios del Templo con los cuatro del voto, y empezaron a gritar furiosos a toda la multitud:

-¡Auxilio, hombres de Israel! Este es el hombre que va enseñando a todos por todas partes contra el pueblo, contra la Ley y contra este Lugar bendito. Y hasta se ha atrevido a introducir a unos griegos en el Templo, profanando este lugar Santo.

Mentían, desde luego. Pero la ocasión era magnífica, y se dijeron:

-¡Ahora este Pablo las va a pagar todas juntas!...

Se armó un griterío infernal.

Atestados los atrios del Templo con muchos habitantes de Jerusalén y con tantos peregrinos, todos se echaron sobre Pablo, lo arrastraron fuera del Templo, cerraron las puertas para que no pudiera volver.

Ya se disponían a matarlo igual que habían hecho hacía veinticinco años con Esteban.

Aunque Pablo se salvó de milagro, debido a la fuerza romana.

Durante las fiestas, las autoridades romanas distribuían a los soldados por la ciudad, especialmente en los alrededores del Templo.

En este momento, un soldado subió rápido las escaleras de la Torre para dar el aviso:

-¡Tribuno! Toda Jerusalén está revuelta.

Y el tribuno, sin perder un momento, bajó con varios centuriones y fuerte grupo de soldados, se llegó hasta Pablo, lo mandó atar con cadenas, y preguntó para informarse:

-¿Quién es éste? ¿De quién se trata?...

Lucas lo dice bien:

-Pero no sacó nada en claro, porque “entre la gente unos gritaban una cosa, otros otra”.

Al fin, y para que la chusma no linche a Pablo, manda que lleven al detenido a la cárcel.

Al llegar a las escaleras de la Torre Antonia, tiene que ser agarrado Pablo por los soldados y subido en hombros, mientras la multitud seguía vociferando:

-¡Mátalo! ¡Que lo maten!...

Pablo no pierde la serenidad, y ya en las escaleras entre los soldados, pide al tribuno:

-¿Me permites decirte una palabra?

-¿Cómo? ¿Es que tú sabes el griego? ¿No eres tú el egipcio que días pasados armó aquella revuelta con cuatro mil terroristas, y que tuvo que huir al desierto después de haber perdido cuatrocientos muertos y doscientos capturados?

Pablo habla con una gran tranquilidad:

-No, yo no soy ningún guerrillero. “Yo soy un judío, de Tarso de Cilicia, una ciudad importante”. ¿Me permite hablar al pueblo?

El tribuno se da cuenta de que Pablo no es un cualquiera, y se lo autoriza. Las escaleras de la Torre Antonia eran un buen púlpito, y Pablo empezó a hablar:

-Hermanos y padres, escuchen la defensa que hago ante ustedes.

Se hace un silencio sepulcral cuando todos sienten que les habla en arameo:

-Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad, a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres.

Con estas palabras pareciera que Pablo desarmaba al auditorio, entre el que se oye decir:  
-¿Cómo podemos ir contra un judío semejante?... Este Pablo, un discípulo nada menos que de Gamaliel... Este Pablo, un doctor de la Ley... Este Pablo, hasta un perseguidor de los cristianos, esa secta maldita...

Piensan así, porque Pablo les aseguraba:

-Yo perseguía a muerte a los seguidores de Jesús, encadenando y arrojando a la cárcel a hombres y mujeres, como puede atestiguarlo el sumo sacerdote y el consejo de ancianos.

Pablo pasó a narrar la aparición del Señor ante las puertas de Damasco, y todos escuchaban en medio de un silencio impresionante, hasta que llegó a las palabras tan comprometedoras:

-El Señor me dijo: Y ahora, ¿qué esperas? Marcha, porque quiero enviarte lejos, a los gentiles.

Aquí volvió a reanudarse el griterío infernal:

-¡Quiten a ése de ahí, pues no merece vivir! ¡Que muera ese judío renegado!...

Cualquiera diría que estamos narrando una novela. Y no, estamos con la historia más verídica que nos narran los Hechos de los Apóstoles.

Nos falta acabar la aventura de Jerusalén, para ir después hasta Cesarea, donde Pablo va a pasar preso los dos años que vienen, y donde nosotros le vamos a acompañar con nuestra admiración, pasmados de su fortaleza y de su amor a Jesucristo.

## 66. El preso de Cesarea. *Dos años interminables*

¿Cómo dejamos a Pablo el día anterior, y cómo lo encontramos hoy? (Hch 22-24)

Bajo las escalinatas de la Torre Antonia, la chusma, azuzada por los dirigentes judíos, no cesaba de ladrar y aullar como una jauría de perros o una manada de lobos.

-¡Fuera de ahí! ¡Mátenlo! ¡Quita a ése de la tierra, pues no merece vivir!

“Vociferaban, agitaban sus vestidos y arrojaban puñados de polvo al aire”.

El gobernador Félix no estaba en Jerusalén como Pilato en la Pascua de Jesús, sino en Cesarea, y toda la responsabilidad caía sobre el tribuno, que, en esta ocasión, va a actuar con decisión, pero con una gran imprudencia que podría costarle muy cara, y ordena:

-Lleven a este detenido al cuartel, y azótenlo para que confiese la verdad.

Así lo hizo el centurión.

Y cuando ya tenía atado con correas a Pablo, éste pregunta:

-¿Les está permitido azotar a un ciudadano romano sin haberle juzgado?

El centurión corre de prisa al tribuno:

-¿Qué vas a hacer? Ese hombre es ciudadano romano.

El tribuno tiembla, porque le podía costar muy caro lo que ha hecho: atar con cadenas a un ciudadano romano y mandar azotarlo sin investigar, y más para sacar la verdad a base de golpes, lo cual iba contra la ley establecida por César Augusto. Así que habla con miedo:

-Pero, ¿tú eres romano? A mí me costó gran cantidad de dinero comprar la ciudadanía.

-Pues, a mí no me costó nada, porque la tengo de nacimiento.

Pablo no va a denunciar al procurador, pero éste se ve precisado a ir con mucho cuidado y trata con respeto a Pablo:

-Para averiguar la verdad, como es mi deber, ¿quieres acudir mañana ante el Sanedrín, y expones allí tu causa?

Así se convino, y Pablo, ante la asamblea judía, sabiendo que unos eran saduceos que niegan la resurrección, y otros fariseos que la admiten y la profesan, empieza su defensa con malicia refinada:

-Hermanos, yo me he portado con buena conciencia ante Dios hasta este día. Soy fariseo e hijo de fariseos, y estoy siendo juzgado aquí por predicar la esperanza en la resurrección de los muertos.

¡Dios santo!, la que se armó ahora entre los assembleístas, divididos entre sí y sin poder entenderse porque ninguno cedía en su opinión.

Los sumos sacerdotes y saduceos, que no creían ni en la resurrección ni en los ángeles ni en la vida eterna, gritaban: -¡Es culpable!..

Y los escribas y fariseos, los creyentes: -¡Este hombre es inocente! No encontramos nada malo en él. ¿Y si ha tenido una visión? ¿Y si se le ha aparecido un ángel de Dios?...

El tribuno, temiendo que iban a destrozarse a Pablo, mandó que llegase la tropa:  
-¡Pronto! Arranquen de ahí a ese hombre y llévenlo salvo al cuartel.

No ha acabado la aventura en Jerusalén.  
Llegó la noche, y fue cuando Pablo tuvo aquella visión del Señor:  
-¡Ánimo y no temas! Yo estoy contigo. Has dado buen testimonio de mí en Jerusalén, y después lo darás en Roma.

Los judíos, entre tanto, no daban su brazo a torcer:  
-Este Pablo ha de morir...  
Y cuarenta fanáticos, decididos a todo, se comprometen con juramento a no comer ni beber nada hasta haber matado a Pablo.  
La cosa era demasiado grave. Y aunque la conjura era secreta, la noticia llegó a casa de una hermana de Pablo que vivía en Jerusalén.

El sobrino se presenta en el cuartel y es llevado a Pablo:  
-Tío, mira lo que pasa. Son cuarenta los comprometidos bajo juramento que te quieren matar cuando vayas de nuevo ante el Sanedrín.  
Pablo se da cuenta de la situación. Sabe que al tribuno lo tiene a su favor; llama entonces a uno de los centuriones, y le pide:  
-Lleva a este jovencito al tribuno, pues tiene algo que decirle.

El tribuno vio que el muchachito le contaba la verdad, y dio orden a dos centuriones:  
-Preparen doscientos soldados para ir a Cesarea, setenta de caballería y doscientos lanceros. Preparen también cabalgaduras para que monte Pablo con la escolta, y llévenle salvo al procurador Félix.  
¡Hay que ver qué despliegue de fuerza!  
Todo podía ser necesario ante el fanatismo de los judíos conjurados, y toda precaución era poca, pues se iban a apostar en el camino para apoderarse del aborrecido Pablo

A las nueve de la noche emprendían la marcha. El centurión llevaba una carta del tribuno para el procurador Félix, el cual se vio halagado con la deferencia que le hacía el tribuno. Trató con deferencia a Pablo al saber que era ciudadano romano, y le aseguró:  
-Bien. Te oiré cuando estén presentes tus acusadores. De momento quedas custodiado en este mismo palacio de Herodes.

Vino la acusación de los judíos, que llegaron con abogado y todo, y también la defensa normal de Pablo.  
El procurador Félix, casado con Drusila, judía e hija del rey Agripa I, estaba muy al tanto de todo lo concerniente a Jesús, despidió a los judíos, dio largas al asunto, y retuvo a Pablo en prisión muy mitigada, con encargo expreso al centurión:  
-Trátalo bien, déjalo tener alguna libertad y no impidas a ninguno de los suyos el visitarlo cuando quieran.

El procurador Félix hizo más. Al cabo de unos días mandó llamar a Pablo, y lo escuchó con Drusila acerca de la fe en Jesús.

Le resultaba todo muy interesante, hasta que Pablo llegó a un punto crítico, cuando habló “de la justicia, de la continencia, del juicio futuro”.

Félix, temblando de miedo, interrumpió cortésmente al prisionero:

-Muy bien, Pablo. Por ahora puedes marcharte. Cuando tenga mejor oportunidad te volveré a llamar.

Durante dos años, Félix siguió llamando con frecuencia a Pablo para conversar con él, aunque era por interés, como nos dicen los Hechos, porque esperaba sacar de Pablo buena suma de dinero, y además quería congraciarse con los judíos, a los que aseguraba:

-Estén tranquilos, que no lo suelto. Un día u otro será juzgado ante ustedes...

Pablo era el regalo que Félix dejaba a su sucesor Porcio Festo.

Y a nosotros nos deja la inquietud: ¿Qué ocurrirá con Pablo?...

Una cosa sabemos, que Pablo tiene la promesa del Señor:

-No te desanimes, porque iras a Roma.

## 67. “¡Irás al César!”. Pablo se decide, y apela

Con los dos años preso en Cesarea, parecería que a Pablo se le iban todas las esperanzas. El procurador Félix, aparentemente muy obsequioso, resultaba fatal, porque no decidía la cuestión. Pero el año 60 vino a sucederle en el cargo Porcio Festo, hombre serio, honrado, digno de confianza, que llevó admirablemente la administración judía (Hch 25-26)

Pablo podía estar tranquilo con el procurador que venía. A los tres días de desembarcar en Cesarea, ya estaba Festo en Jerusalén.

Y aquí le vino la primera sorpresa de los judíos, que tenían prisa en acabar con Pablo, y tramaban una emboscada como aquella de los cuarenta del juramento hacía dos años:

-Ya ves los cargos que tenemos contra Pablo. ¿Por qué no lo traes para juzgarlo aquí?

Festo respondió como debía:

-Ese prisionero sigue custodiado en Cesarea. Como es ciudadano romano, me toca juzgarlo a mí. Que vengan conmigo los responsables de ustedes, pues he de marchar en seguida, y presenten allí los cargos de la acusación.

No pudo Festo ser más correcto. A los ocho o diez días estaba ya en Cesarea, y el día siguiente mismo, sin esperar más, hacía comparecer ante sí a Pablo para escuchar la acusación que traían contra él.

Vinieron los cargos de los judíos, cargos muy graves y abundantes, aunque no lograban probar ninguno.

Tenemos como testigo presencial a Lucas, que lo cuenta todo con una gran exactitud.

Contra ese embrollo de los acusadores, Pablo en su defensa respondió con firmeza y serenidad:

-No he cometido delito alguno ni contra la Ley ni contra el Templo ni contra el Emperador. Esos cargos carecen de fundamento. Los acusadores no presentan ninguna prueba.

Harto veía Festo que no se trataba de ningún crimen contra Roma o el Emperador, lo único que a él le incumbía.

Y entonces, sin ir precisamente contra Pablo, le propuso con lealtad:

-¿Quieres subir a Jerusalén para someterte allí a mi juicio?

Festo obraba con rectitud y astucia, y las tres partes podían estar contentas.

Los judíos, satisfechos por celebrar el juicio en Jerusalén, que era lo que ellos querían.

El Procurador se los ganaba con esta deferencia, y así salía él mismo favorecido.

Además, Pablo quedaría absuelto, al no existir delito contra Roma o el Emperador.

Pero Pablo veía más allá: ¿Y si hay una nueva conjura de los judíos?...

Ante esto, el acusado clama en voz bien alta y con terrible decisión, de modo que pudo impresionar a Festo:

-¡Me niego a ir a Jerusalén! Yo debo ser juzgado sólo en un tribunal imperial. Tú, Procurador, sabes muy bien que no he perjudicado a los judíos. Si he cometido un delito



capital, no me niego a morir; pero si no hay nada de lo que éstos me acusan, nadie puede entregarme en su poder. Por lo mismo, apelo al César.

Se acabó la cuestión. Ni el mismo Procurador tenía ya potestad para juzgar a Pablo.

De modo que allí mismo, en un acto puramente protocolario, se retiró con sus asesores, jóvenes abogados, les pidió su parecer, y se presentó de nuevo en la asamblea ante los judíos, con la resolución dirigida a Pablo:

-¿Has apelado al César? ¡Pues al César has de ir!

Los judíos quedaban definitivamente corridos, aunque podían desplazarse a Roma con la acusación si querían el proceso contra Pablo.

Al Procurador le salía todo bien, pues los judíos pudieron pensar que estaba a su favor, y estaba seguro de que el prisionero no sería condenado en Roma.

Y Pablo también se veía grandemente beneficiado. Por fin, lejos de los judíos. Aunque fuera entre cadenas, pero con la esperanza de ser absuelto en el tribunal del Emperador. El viaje a Roma lo tenía seguro y la libertad le caería por su propio peso.

Para mayor suerte de Pablo, a los pocos días llegaban a Cesarea el rey Agripa y su mujer Berenice con el fin de cumplimentar al nuevo Procurador, el cual informó del caso a sus huéspedes, y Agripa contestó:

-Me gustaría mucho escuchar a ese hombre.

-¿Te gustaría? Mañana mismo lo escucharás.

Al día siguiente entraban con toda pompa en la sala de la audiencia el rey Agripa con Berenice, acompañados de comandantes y la gente principal de la ciudad.

Traído Pablo, Festo lo presentó con gran deferencia, y Agripa se dirigió al acusado:

-Puedes hablar en defensa propia.

Pablo, que traía las manos encadenadas, levantó su derecha y empezó su exposición.

-Ante las acusaciones de los judíos, tengo la satisfacción de defenderme ante ti, rey Agripa, especialmente porque, como judío, eres experto en todo lo de nuestra religión.

Relató Pablo entonces su vida y la aparición del Señor ante las puertas de Damasco. Con tal convicción y tal unción hablaba, que arrancó a Festo esta broma:

-Estás loco, Pablo. Tanto estudiar te ha hecho perder la cabeza.

Pero Pablo replicó:

“No estoy loco, ilustre Festo. Mis palabras son verdaderas y muy sensatas. El Rey entiende muy bien todo esto, y a él me dirijo con franqueza, pues todo esto no se desarrolló a escondidas. ¿Verdad, rey Agripa, que crees en Moisés y en los profetas? ¡Yo sé que crees!

Sí; el rey y la reina creían como judíos. Lo malo era, ¡pasmémonos!, que Agripa y Berenice vivían casados en unión incestuosa, siendo la comidilla de todo el pueblo.

Entonces Agripa se vio precisado a responder, y lo hizo de manera evasiva y por compromiso, gastando también una broma como Festo:

-Por poco me convences a hacerme cristiano.

Pablo aprovecha la ocasión para responder contentísimo ante aquella asamblea, aunque gastando por su parte otra broma:

-Quiera Dios que por poco o por mucho, no sólo tú, sino todos los oyentes, fueran hoy lo que soy yo, ¡menos estas cadenas!...

Todos ríen ante la ocurrencia de Pablo. Y todos comentaban al retirarse:

-Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte o la cárcel.

Agripa fue aún más explícito con Festo:

-Podría Pablo haberse marchado libre si no hubiera apelado al Emperador.

Pero ya no había remedio. El derecho romano exigía la comparecencia de Pablo en los tribunales de Roma.

¡Qué bien ha jugado Dios a favor de Pablo, y cómo ha dejado fuera de combate a sus perseguidores los judíos!

“Darás testimonio de mí en Roma!”, le había dicho Jesús.

“Irás a Roma”, le dice ahora la autoridad.

Y Pablo se repite a sí mismo:

-¡Por fin, podré ir a Roma! Se va a cumplir mi sueño dorado. Ya es conocido el Señor Jesús en aquella estupenda Iglesia, pero lo será mucho más en adelante. Desde allí podré llevar su nombre hasta el confín de la tierra. ¡Roma!...

## **68. La tempestad espantosa. *Las aventuras de aquel viaje***

“Llegó el momento de navegar hacia Italia”, nos cuenta Lucas, porque el procurador Festo tenía que hacer llegar a los tribunales de Roma a Pablo, encomendado al cuidado de Julio, un noble centurión de la cohorte augusta, el cual se va a portar muy caballerosamente con su prisionero.

A Pablo, aunque preso, se le considera un distinguido ciudadano romano y se le permite llevar consigo hasta dos empleados a su servicio, cosa que van a desempeñar no dos esclavos, sino dos compañeros entrañables como son Lucas y Aristarco (Hch 27-28.1-9)

Iban también en la barca otros presos, condenados por crímenes comunes, y destinados, casi con toda seguridad, a las luchas del Circo Máximo o a las garras y dientes de las fieras.

La nave se dirigió desde Cesarea a las costas de Asia, donde se realizó el cambio a un barco venido de Alejandría con un cargamento de trigo destinado a Roma, e iniciaba la travesía del Mediterráneo entrado ya octubre del año 60.

Las 276 personas que iban a bordo no sospechaban la aventura que les venía encima.

Nada más iniciada la travesía, el viento se les hizo contrario y empezó a zozobrar la nave. Con grandes dificultades y después de varios días, llegaron a la vista de la isla de Creta.

Pablo, con el respeto que le tenía el centurión, le aconsejó con prudencia:

-No salgamos. Pasemos el invierno aquí. La navegación va a acarrear peligros y pérdidas, no sólo a la carga y a la embarcación, sino también a nuestras vidas.

El centurión celebró consejo con el patrón del barco y el piloto, y determinó al fin:

-¡Mar adentro! Lleguemos hasta la costa occidental de Creta, y a invernar allí si no se puede salir hacia Italia.

En mala hora tomaron esta resolución. Lucas, compañero de Pablo, nos va a dejar una relación magistral de los hechos en todos sus detalles.

De momento, muy bien todo. “Se levantó un viento sur, y pensando que el plan era realizable, levaron anclas y costearon de cerca Creta”.

Pero muy pronto se desató del lado de la isla un viento huracanado como un ciclón y el barco era arrastrado de aquí para allá, hasta ser lanzado mar adentro desde Creta hacia Sicilia. Nos cuenta Lucas:

“Como no podíamos navegar contra el viento, nos dejamos llevar a la deriva, aunque logramos con mucho esfuerzo controlar el bote salvavidas, levantado a bordo y asegurando así la embarcación con sogas de refuerzo. Por miedo a encallar, soltamos los flotadores y navegamos a la deriva”.

La verdad es que no estamos sino en los principios de la aventura, porque esperan unos percances fatales.

“Al día siguiente, como la tormenta arreciaba, empezaron a tirar parte del cargamento; y al tercer día, con sus propias manos, se deshicieron del aparejo del barco.

“Durante varios días no se vio el sol ni las estrellas, y como la tormenta no amainaba, se acababa toda esperanza de salvación”.

Pablo valoraba la situación mejor que nadie, y observando que los pasajeros llevaban ya días sin comer, puesto en medio les quiso convencer:

“Tengan buen ánimo, pues no se va a perder ninguna vida, sino sólo la embarcación. Anoche se me apareció un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo, y me aseguró:

“No temas, Pablo; tienes que comparecer ante el Emperador; Dios te concede la vida de los que viajan contigo.

“Por lo tanto, ¡ánimo, amigos! Confío en Dios que sucederá lo que se me ha dicho. Estén seguros de que encallaremos en una isla”.

Después de catorce noches seguían a la deriva por el mar Adriático sin saber dónde estaban. Y al amanecer, aunque no se veía nada, Pablo les pidió a todos, que se amontonaban hacinados en la bodega como único refugio contra las olas:

-Llevan catorce días sin comer nada. Les aconsejo que coman algo, que les ayudará a salvarse. Nadie perderá ni un cabello de su cabeza.

Y empezó dando ejemplo, comiendo delante de todos:

-¡Venga, hagan todos lo que yo he hecho!...

Comieron hasta saciarse, y después echaron todo el cargamento de trigo al mar.

Ya de día, se distinguió confusamente una playa, y el centurión resolvió con decisión:

-¡Todos los que sepan nadar salgan primero y ganen tierra! Después, sigan los demás agarrándose a tablones u otras piezas de la nave.

Había acabado la tragedia de aquella navegación espantosa. Todos a salvo, supieron pronto que estaban en una isla llamada Malta. Ni uno de los 276 Pasajeros se había perdido.

El ángel de Pablo no mentía: “Dios te concede la vida de los que viajan contigo”.

Ahora viene el invernar en Malta. Varios meses en una isla que se les hará inolvidable.

Lucas sigue contando en su crónica:

“Los nativos nos trataron con extrema amabilidad. Como llovía y hacía frío, encendieron una hoguera y nos acogieron.

“Mientras Pablo recogía un haz de leña y la arrimaba al fuego, una víbora, ahuyentada por el calor, se sujetó a la mano de Pablo.

“Cuando los nativos vieron el animal colgado de su mano, gritaban: ¡Este hombre tiene que ser un asesino! Se ha salvado del mar, pero la justicia de Dios no lo deja vivir”.

Pronto cambiaron de opinión. Al ver que Pablo no caía muerto envenenado, gritaban al revés, llevados de su entusiasmo:

-¡Éste no es un hombre, sino un dios!...

El gobernador de la isla, Publio, hospedó en su finca durante tres días al centurión Julio con Pablo y sus dos compañeros. Estaba su padre enfermo de disentería y con alta fiebre.

Pablo hace lo que el Señor había encargado a los apóstoles:  
“Impongan las manos a los enfermos, y curarán”.

El caso es que el padre del gobernador quedaba sano del todo, y ahora venían de toda la isla los enfermos que con Pablo recobraban la salud.

¿Resultado? El que era de esperar. Al partir al cabo de tres meses, dice Lucas, “los nativos nos colmaron de honores y nos proveyeron de todo lo necesario para el viaje”.

¡Bien por los malteses!

Dios les pagó la deferencia que gastaron con Pablo regalándoles el mayor de los dones.

Un día Malta será cristiana, y la isla encantadora ha conservado incólume su catolicismo hasta nuestros días, orgullosa siempre por la protección de su Patrón San Pablo.

Nosotros ahora nos quedamos con el corazón en Malta y encaminados hacia Italia.

Nos falta poco para llegar felizmente a Roma con Pablo.

## 69. ¡Por fin, en Roma! *El sueño más acariciado*

Dejamos ya Malta atrás. Ahora nos toca proseguir el viaje hasta Roma (Hch 28,11-23)

Por lo demás, no era difícil la salida. El centurión imperial contrató una nave alejandrina cargada de trigo y en ella hizo subir a todos los prisioneros que le habían encomendado.

Era el mes de Febrero, y con viento favorable el barco enfiló la proa hacia Sicilia. Al cabo de dos días atracaban en Pozzuoli, o Puttéoli, el puerto de Nápoles sobre la isla de Capri.

¡Qué emociones! Al principio de la primavera, después del espacio forzoso del invierno en que no desembarcaba ningún barco, las primeras naves que llegaban eran recibidas por una verdadera multitud, que daba la bienvenida a pasajeros anunciados, al trigo que llegaba para la población, y —aunque sea doloroso decirlo—, con el cargamento de fieras de África y de criminales comunes o guerrilleros destinados a las diversiones del circo.

Pronto supo la comunidad cristiana que en la embarcación venía el conocidísimo Pablo.

Vienen a buscar a Pablo hasta el puerto, y el centurión Julio, totalmente a favor de Pablo, no tiene inconveniente en dejarlo con los suyos:

-Quédate con ellos estos días hasta que marchemos a Roma.

Aunque, al darle el permiso, era obligación del centurión encargarle a un soldado que lo tuviera sujeto a la cadena; pero esto para Pablo no era inconveniente mayor.

Los hermanos, apenas visto Pablo, mandaron por la posta una carta a los hermanos de Roma comunicándoles la fausta noticia.

Como el viaje ya no se hizo por mar, sino por tierra vía Apia arriba, al llegar la caravana a Tres Tabernas y al Foro Apio, unos treinta kilómetros al sur de la Urbe, ya estaba allí la comisión venida de la Iglesia romana para recibir a Pablo.

Es inexplicable la emoción de este encuentro.

Besos, abrazos, lágrimas, y gritar nombres uno tras otro:

-¡Áquila, Priscila!..., ¡Ampliato! ¡Epéneto!... ¡María, Julia!... ¡Alejandro y Rufo, los dichosos hijos de Simón de Cirene que ayudó al Señor a llevar la cruz!...

Iban saliendo los nombres y presentaciones de tantos como Pablo había mencionado en su carta a los Romanos.

¡Y ahora estaban todos aquí!

Con los ojos arrasados en lágrimas, y con los brazos extendidos al cielo en acción de gracias, como nos dice Lucas, exclamando jubilosos:

-¡Cómo te esperan todos en Roma, Pablo!...

El centurión Julio observaba todo, y se preguntaba:

-¿Pero, ¿quién es este Pablo?...

Había que seguir adelante. Un día más..., los montes Albanos..., ¡y Roma a la vista!

Ya en la Capital del Imperio, el centurión Julio se dirige directamente, como primerísima obligación suya, hacia Castro Pretorio donde tiene su sede la Policía Imperial, y entrega los presos al prefecto del campamento.

Pero a Pablo lo lleva directamente al Jefe supremo, Afranio Burro, hombre honrado, íntegro, que junto con el filósofo Séneca habían sido los instructores del Emperador Nerón, aunque tanto Séneca como Burro serían matados después por Nerón, loco y desagradecido.

El “elogium” —o documento del Procurador Festo que debía entregar el centurión—, había desaparecido en el naufragio con todo lo demás del barco.

Pero el centurión tenía a su favor el ser un militar conspicuo de la “cohorta augusta”, y se aceptó sin más su testimonio sobre el naufragio y la condición y la conducta ejemplarísima de Pablo.

Por eso Burro determinó sin más:  
-¡Custodia libre!...

Esto resultaba formidable para Pablo. Nada de cárcel. Hasta celebrarse el juicio, el detenido podía alquilar casa propia, en la que recibía a quien quisiera llegar.

La “custodia libre” exigía únicamente que el preso debía tener consigo un soldado responsable de su seguridad, el cual lo tenía siempre a la vista.

La cadena colgaba de la pared. Pero si el preso salía de casa, llevaba sujeta la cadena por una punta al brazo derecho, y la otra atada a la muñeca izquierda del soldado guardián.

Pablo y los hermanos se apresuraron a alquilar una casa, probablemente no lejos del Pretorio, lo cual traía una gran ventaja para su custodia y por la misma libertad del detenido.

O tal vez la escogieron en la parte izquierda del río Tíber que atraviesa la ciudad, en la calle llamada hoy San Pablo a la Régola, cerca de la actual Sinagoga judía.

Pedro, si es que estaba en Roma por estos días, se hallaba casi seguro en la otra parte del Tíber, dentro de un barrio pobre lleno de judíos, por la ladera y a las plantas del Janículum.

Pablo, una vez instalado en su casa, no perdió para nada el tiempo.  
A los tres días ya tenía en ella a los principales de los judíos, a los que había convocado.  
Este encuentro primero se desarrolló con gran cortesía. Pablo comenzó con delicadeza:

“Hermanos, yo no hice nada contra nuestro pueblo o las costumbres de nuestros padres; pero los de Jerusalén me entregaron a los romanos, los cuales, al examinarme, me declararon libre al no hallar en mí ningún delito.

“Pero al oponerse los judíos, me vi obligado a apelar al Emperador, aunque no quiero acusar para nada a nuestra nación.

“Por esto les he llamado a ustedes, para verlos y hablarles. Sólo por la esperanza de Israel me encuentro encadenado”.

A semejante finura de lenguaje, los judíos respondieron en igual tono:

-Nosotros no hemos recibido de Judea cartas ni ningún hermano nos ha traído noticias contra ti. Con todo, nos gustaría escuchar lo que piensas, porque estamos informados de que por todas partes se habla de esa secta.

Muy cortés y muy diplomático este modo de hablar.

Con la cortesía de este primer encuentro, se pudieron poner de acuerdo y señalaron fecha para la próxima e importante visita, que se va a celebrar dentro de pocos días.

Nosotros también vamos a asistir a ella. El amor que tenemos a Pablo y el interés que nos inspira el pueblo elegido nos hacen esperar impacientes.

Lucas, como siempre, el cronista fiel, nos va a poner al tanto de todo.

Acabada esa visita, ya no saldremos de Roma sino esporádicamente para acompañar a Pablo en algún viaje rápido.

En adelante, sólo en Roma quedarán fijos nuestra mente y nuestro corazón de cristianos.



## 70. Procesado y absuelto. *Apóstol entre las cadenas*

-¡Pablo, nosotros no sabemos nada de eso que dices!...

Esto es lo que dijeron los principales de los judíos en la entrevista de saludo a Pablo llegado a Roma (Hch 28, 23-30)

Naturalmente, que nadie les podría creer.

Pero, delicados y corteses, no iban a empezar peleando, aunque tampoco tuvieran ganas de ello.

Asistamos también nosotros a esta primera reunión.

Es lo más probable que los judíos ya estuvieran enterados, por cartas llegadas desde Jerusalén, de quién era Pablo, aunque los de Roma no tuvieran nada personal contra él.

Era mucho más difícil de creer eso de que no tuvieran noticia de Jesús, y no sólo alguna que otra noticia vaga, sino bien concreta.

¿Por qué? El emperador Claudio había expulsado de Roma a los judíos y hubieron de marchar bastantes, cristianos y no cristianos, por las peleas tan graves que se suscitaron por causa de “Cresto”, como lo llama un historiador pagano, es decir, por Jesús, proclamado por los nuevos convertidos como el “Cristo” que esperaba Israel.

En el día convenido por Pablo y los dirigentes judíos, nos dice Lucas, acudieron muchos a la cita en el alojamiento de Pablo, y no por simple curiosidad, sino por verdadero interés.

-A ver, Pablo, ¿qué nos dices de Jesús?... Si es el Cristo esperado, ¿cuál es la suerte nuestra?... Tú escribiste a los tuyos de Roma una carta —pues sabemos algo de ella—, en la que expresas tu opinión sobre nuestro pueblo. ¿Podríamos hablar claramente sobre todo esto?...

-Para esto los he llamado. La esperanza de Israel está colmada en Jesús. Miren la Ley de Moisés y a todos los profetas. Yo no tengo que inventarme nada.

Los judíos, que se sabían la Biblia de memoria, comprobaban todo con las Escrituras y, ahora venía la discusión entre ellos.

Unos:

-Pablo tiene razón. La cosa está bien clara.

Y otros:

-Pero, ¿cómo un maldito que pende del madero puede ser el Mesías? Esto está en contradicción con la Escritura. Jesús no puede ser el Cristo.

Pablo insiste:

-¿Cómo es entonces que Dios resucitó a Jesús? La resurrección indicaba que Dios aceptaba el sacrificio de la cruz. Y eso de que el Crucificado resucitó está atestiguado por muchos testigos, los Doce, además de muchos a los que se les apareció juntos, pues eran más de quinientos, muchos de los cuales viven todavía.

Algunos judíos más consienten:

-¡Claro! Ateniéndonos a la Ley, el testimonio de dos o más es válido...

Pablo se reafirma:

-¿Y vale algo mi testimonio? A mí se me apareció el Señor ante las puertas de Damasco —¡a mí, su perseguidor!—, el que encarcelaba a sus discípulos para que los llevaran a la muerte, en la que yo consentía como consentí en la de Esteban mientras lo mataban a pedradas...

Algunos judíos creyeron:

-Pablo merece crédito, y las Escrituras dan la razón a todo lo que dice.

Otros, se obstinaron en su negativa:

-¡No! No podemos aceptar a Jesús como el Cristo. ¡Un crucificado! ¡Un maldito colgado en el madero!... Este Pablo además... Este Pablo que no quiere ni la circuncisión ni la Ley de Moisés...

Así todo el día, nos dice Lucas, “desde la mañana hasta el atardecer”.

¡Dichosos y benditos los que creyeron!... ¿Y los otros? Hubieron de oír a Pablo:

-Sepan entonces que esta salvación de Dios, destinada primero a ustedes, que la rechazan, va a ser desde ahora anunciada a los paganos y ellos la escucharán.

Aquí acaba Lucas su libro de los Hechos de los Apóstoles, escrito lo más probable en los años 63 ó 64. ¡Lástima que no siga un poco más!

Porque se contenta con esta nota final, bellísima, es cierto:

“Pablo vivió dos años enteros por sus propios medios. Recibía a todos los que acudían a él, proclamando el Reino de Dios, y enseñaba con toda libertad y sin estorbo lo concerniente al Señor Jesucristo”.

Lo que sabemos de estos dos años es por las cartas de Pablo escritas en la prisión.

Pablo seguía detenido. Pero, ¿resultaba perdido este tiempo? ¡Oh, no! Pocas veces había trabajado Pablo con más eficacia que durante el tiempo de su prisión en Roma.

Lucas nos ha dicho que “enseñaba con toda libertad y sin estorbo”.

No trabajaba como tejedor de lonas para ganarse la vida, pero le proveyeron los hermanos de Roma y de las Iglesias de Macedonia y de Asia, que le enviaban recursos, cosa que hicieron los de Filipos de manera especial.

Eran ininterrumpidas las visitas que recibía en su casa.

Escribió cartas preciosas, hondas de doctrina y de ardiente amor a Jesucristo, que siguen hoy nutriendo nuestra fe y nuestra piedad cristiana.

El nombre de Jesús era cada vez más conocido entre soldados y jefes del Pretorio.

El mismo palacio imperial en el Palatino contaba con cristianos fervientes.

La fe de la Iglesia romana se afianzó mucho con la presencia de Pablo.

Crecían las comunidades de Roma, con algunos judíos convertidos, pero sobre todo con paganos que abrazaban con ilusión grande la fe del Señor Jesús.

¿Cuándo le llegó a Pablo la libertad?

Para el proceso, aunque no viniera de Cesarea copia auténtica del “dictamen”, en este caso fue suficiente el testimonio del centurión Julio.

Además, se requería que los acusadores judíos de Jerusalén se presentaran en Roma, para lo que tenían un plazo de año y medio, según un decreto emitido por el Emperador Nerón.

Pasado ese tiempo, el juicio se anulaba.

Pero los acusadores, por lo visto, no se presentaron, pues sabían de antemano que no había nada que hacer. ¿Qué les importaban en Roma las cuestiones sobre Moisés y el Templo, si no había crimen alguno contra Roma ni contra el Emperador, como atestiguaba el Procurador de Cesarea?...

Por lo mismo, terminado, o anulado el proceso ante el tribunal del Emperador, Pablo fue declarado “no culpable” y “absuelto”.

Era a principios del año 63. ¡Por fin, libre del todo!

Preso, ha escrito varias cartas magníficas.

Ahora, a realizar los planes exteriorizados en sus cartas e insinuados por Lucas en los Hechos. Durante cuatro años más vamos a seguir —aunque metidos en densa niebla—, la vida Pablo, que se consumará con un glorioso martirio.

## 71. La carta a los Filipenses. *Corazón de punta a punta*

Nos resulta imposible olvidarnos de la Iglesia de Filipos, la primera de Europa que acogió el Evangelio, la más entrañada en el corazón de Pablo, al cual le gritó de noche aquel desconocido: ¡Pasa a Macedonia, y ven a ayudarnos!...

Recordamos muy bien cómo fue su fundación.

¡Qué acogida la que tuvieron los misioneros a la vera del río!

¡Qué escena la de Pablo y Silas metidos en la cárcel!

¡Qué recuerdo tan agradecido el de aquellos cristianos!

¡Qué simpática tozudez la de Lidia, la negociante de telas de púrpura: Se han de hospedar en mi casa quieran que no quieran!... Esa Lidia que por lo visto era el alma de todos estos socorros a Pablo.

En fin, una Iglesia modelo y llena de encantos.

Y ahora, ¡qué carta la que Pablo dirige a los buenos filipenses!

Nos gustaría saber con exactitud cuándo la escribió Pablo. Ciertamente, cuando se hallaba preso, y lo más probable que fue durante la cautividad de Roma, a donde los queridos filipenses, enterados del paradero de Pablo, le envían socorros:

-¡No pases tantos apuros!

¡No trabajes en Roma con tus tejidos de lonas!

¡En las manos de Epafrodito, mira los corazones de todos nosotros!

¡Toma esto para que pagues el alquiler de la casa!

¡Dedícate a evangelizar sin estorbos!...

Pablo se conmueve, y hace estampar con plumas de oca en los papiros la carta más afectuosa que tenemos del Apóstol.

Pero no lo hizo de momento. Los filipenses habían enviado su ayuda a Pablo apenas supieron que estaba preso en Roma, y lo hicieron por medio de Epafrodito, el cual cayó enfermo de gravedad al llegar y estuvo a punto de morir.

Pablo cuidó de él con enorme cariño, y, restablecido en su salud, lo devolvió a Filipos con esta carta en la mano. Era hacia el final de la prisión romana, quizá poco antes, como pudo ser algo después de que Pablo escribiera a los de Éfeso y Colosas.

Con la ayuda generosa de los de Filipos y con lo que le van trayendo los fieles de Roma, Pablo puede dedicarse a evangelizar como no lo ha hecho nunca y con éxito redondo:

“Pues el arresto y la prisión han contribuido mucho a la difusión del Evangelio, de tal manera que se ha hecho público entre todo el personal del Pretorio del César, y entre todos los demás, que me hallo en cadenas por Cristo”

¿Y se han acobardado los compañeros porque Pablo esté preso en su propia casa? ¡No, todo lo contrario! Pues sigue escribiendo gozoso:

“Y la mayor parte de los hermanos, alentados en el Señor por mis cadenas, predicán con más valentía la palabra” (1,12-14)

Esta carta acabará dando ánimos como ninguna otra:

“Estén alegres en el Señor, se lo repito, estén alegres” (4,4)

Pablo es el primero en estar contento por demás.

¿A qué se debe su alegría?... A que la Iglesia de Filipos se mantenía muy bien en su fidelidad al Señor. La carta lo demuestra desde el principio hasta el fin.

Por lo visto, habían llegado también a Filipos los judaizantes de siempre, emperrados en que todos los bautizados venidos del paganismo recibieran también la circuncisión.

Como los de Filipos no les hicieron caso, a Pablo esta vez no le preocuparon nada, y se contenta con decirles:

“Los verdaderos circuncisos somos nosotros, los que damos culto en el Espíritu a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús sin poner nuestra confianza en la carne” (3,2-3)

Las noticias contra la caridad y la unión estrecha entre toda la comunidad eran para Pablo muy importantes. Y ante algo que le ha comunicado Epafrodito, reacciona con cariño y con firmeza:

-¿Qué ocurre por ahí? Evodia y Síntique, mis queridas hermanas, ¿qué es eso de que discuten mucho y que no se entienden?... No debe ser así entre dos cristianas. ¡Por favor, tengan las dos un mismo sentir en el Señor! (4,2)

Pablo acababa de escribir para todos:

“Si algo puede una exhortación en nombre de Cristo, si algo vale el consuelo afectuoso, o la comunión en el Espíritu, o la ternura del cariño, les pido que hagan perfecta mi alegría permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo espíritu, un mismo sentir”.

Repite palabras y expresiones que significan todas igual: ¡amor! ¡cariño! ¡unión!”...

Hasta que aterriza en la palabra que Pablo quiere:

“¡Tengan todos los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (2,1-5)

Y esto lleva a Pablo a entonar un himno cristológico sin igual. ¿Le salió espontáneamente ahora? ¿Lo cantaban ya las comunidades? Nos es igual. Pablo nos lo dicta como totalmente suyo, ¡y hay que ver cómo lo seguimos repitiendo nosotros!

“Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando pro uno de tantos.

“Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, ¡y una muerte de cruz!

“Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (2,6-11)

¿Qué decimos?... Lo mejor: callar, meditar, orar, amar, entusiasmarse ante el Jesús que Dios nos dio y que llevamos en nuestro corazón...

Esta carta no es doctrinal. Pero un himno como éste la convierte en la lección más grande, profunda y enardecedora sobre la Persona adorable de Jesús:

-Sí, Jesucristo es Dios;

-Sí, Jesucristo es hombre;

-Sí, Jesucristo es Señor, el Rey de la gloria, al que están sujetos los ángeles del Cielo, los hombres de la tierra, los demonios del infierno.

Ante este Jesús, no es extraño que Pablo diga a los de Filipos :

“Mi vivir es Cristo, y el morir me resultaría una enorme ganancia, pues me llevaría a estar con Cristo para siempre” (1,21-23)

¿Lo que yo era en el judaísmo?...

“Aquello que era para mí una ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Más aún: juzgo todas las cosas, y las tengo por pura basura a fin de ganar a Cristo y ser hallado en él” (3,7-9)

¿Para qué seguir? Cuando queremos pasar ratos deliciosos con Pablo, leemos esta carta de punta a punta, y no nos equivocamos.

Porque nos dice y nos hace sentir que “somos ciudadanos del cielo”, ya que en la billetera o en el bolso llevamos la cédula o el carnet de la Patria celestial...

## 72. ¿Nuestra mística? ¡Jesucristo! *Invariable en Pablo*

El Papa Pío XII cayó gravemente enfermo el año 1954. Todo el mundo estaba pendiente de la última noticia. Contra todo pronóstico, curó y se supo la causa. ¿Un milagro?... Probablemente. A un Cardenal, y algún otro de los que le asistían, les dijo confidencialmente el enfermo casi moribundo: “¡He visto al Señor!”.

Se coló la noticia por algún imprudente, pero todo el mundo quedó edificadísimo, aunque nada extrañado, porque Pío XII era un gigante de la santidad.

El caso es que, visto el Señor en aparición personal, el Papa pudo seguir cuatro años más asombrando al mundo con su saber y su virtud excepcional.

¿A qué viene el comenzar hoy con este recuerdo?

¿Puede darnos envidia, aunque sea envidia santa, un hecho semejante?

¿Nos gustaría ver al Señor?...

No nos hace ninguna falta. Además, aunque se vea al Señor que se aparece, no es capaz de verlo y distinguirlo sino quien ya lo lleva dentro por la fe y el amor.

Para lo que hoy queremos decir, arrancamos de las palabras de Pablo cuando nos dice:

“Mi vivir es Cristo”.

O de estas otras:

“Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”.

Y si nos parece poco, acudimos a otras igual de bellas y profundas:

“Cristo habita por la fe en sus corazones”. “Cristo está en ustedes”. “Porque están muertos y su vida está escondida con Cristo en Dios, pues Cristo es su vida” (Flp 1,21. Gal 2,20. Ef 3,17. Ro 8,10. Col 3,3-4)

¡Vaya lujo de expresiones, a cual más sublime, con que Pablo nos habla de la mística cristiana!...

Todas ellas se reducen a una misma y única verdad:

-¡Cristo es mi vida! ¡Yo vivo sólo y exclusivamente por Cristo! ¡Cristo y yo no somos más que UNO! ¡Y no me busquen a mí, porque no me encontrarán, pues en mi lugar darán con Cristo y con nadie más!...

Nadie diga que esto son exageraciones.

Al revés: son maneras pobres de hablar ante la realidad de lo que nos quiere decir Pablo, pues él mismo es incapaz de expresarse como querría hacerlo.

Empecemos por lo de los Filipenses: “Mi vivir es Cristo”.

Si lo analizamos, habremos de traducirlo así:

-Mi pensar, mi sentir, mi querer, mi trabajar, mi respirar, mi comer, mi dormir, mi descansar, mi actuar desde la mañana hasta la noche, es Cristo y sólo Cristo, porque no tengo más que una vida, que es la de Cristo Jesús.

Y sigue diciendo Pablo:

-El morir va a ser para mí la enorme ganancia, pues al no tener otra vida que la de Cristo, con Cristo y metido en Él voy a estar siempre en su misma dicha y gloria...

No menos atrevida es la expresión a los Gálatas:

“Vivo yo; pero ya no soy yo quien vive, pues es Cristo quien vive en mí”.

Pablo se refería al Pablo judío y fariseo, esclavo de la Ley de Moisés y ufano de la trasnochada circuncisión. Todo aquello quedó atrás después de su bautismo.

Ahora, ya no vivía en Pablo más que Cristo.

El Pablo anterior al bautismo había desaparecido para siempre.

Sólo que Pablo no se queda en esta realidad. Avanza mucho más, y, con el “yo” que emplea ahora, mira al “yo” de todo cristiano, al “yo” universal de todo bautizado.

Por eso añade:

“Esta vida de ahora la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo a la muerte por mí”.

Al decir Pablo “esta vida de ahora”, se refiere a la vida natural, la física sobre la tierra, la de este tiempo, la de cada día. Y con ello nos traza un programa de grandeza sin igual:

-Fe, fe inmensa en Jesucristo. Fe que lleva a hacer todo por Jesucristo y con Jesucristo.

Con el bautismo, el cristiano se ha entregado del todo a Cristo, a quien cree y confiesa como Hijo verdadero de Dios.

Y su fe no es una fe muerta.

Es una fe tan generosa que quiere corresponder a la donación que Cristo hizo por él.

El cristiano se dice, con la pregunta comprometedor de Ignacio de Loyola:

-¿Así me amó Cristo, hasta entregarse a la muerte de cruz por mí?... Entonces, ¿qué he hecho yo por Cristo? ¿qué hago yo por Cristo? ¿qué he de hacer yo por Cristo?...

La generosidad para con Cristo va a ser una característica del cristiano, que se dice asombrado delante de Cristo clavado en la cruz:

-¡Todo esto por mí, todo esto por mí!...

Un paso más, y analizamos lo de Efesios:

“Cristo habita por la fe en sus corazones, para que arraigados en el amor, puedan comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”.

Aquí nos perdemos. A ese Cristo no lo vemos allá arriba en las alturas, sino que lo llevamos dentro, invadiendo lo más profundo de nuestro ser, hecho una cosa con el bautizado.

Para alcanzar este conocimiento de Cristo no bastan ni valen estudios académicos.

Es el Espíritu Santo solo quien da a conocer el misterio insondable que se encierra en el alma del bautizado.

Aquella niñita de Primera Comunión, con la mano en su pechito, lo expresaba mejor que un doctor de universidad:

-A Jesús lo tengo aquí, ¡y lo quiero tanto, tanto, tanto!...



En Cristo Jesús se da un amor inimaginable a Dios su Padre en el Espíritu Santo, y un amor inimaginable también a todos los hombres sus hermanos.

El amor inmenso de Cristo abarca límites imposibles de medir, dice Pablo a los efesios.

¿Más alto que el amor del Cristo? Nada.

¿Más profundo que el amor de Cristo? Nada.

¿Más ancho que el amor de Cristo? Nada.

¿Más largo que el amor de Cristo? Nada...

Quien llega a conocer este amor de Cristo y a corresponder a tanto amor ha llegado a la perfección más grande a que puede aspirar un cristiano.

Teresa de Lisieux —Teresa del Niño Jesús— lo expresaba con el rostro encendido:

-Quiero amar a Jesús con locura, como no lo ha amado nunca nadie...

Hoy se habla mucho de la “mística”. Todas las ideologías del mundo se basan en una mística más o menos valedera.

Entendemos por mística una ideología, una ilusión, algo que arrastra impetuosamente a arrostrarlo todo, hasta lo más arriesgado, hasta la vida, a fin de alcanzar un ideal.

Pero, por clases de mística que se den en el mundo, no ha habido mística comparable con la que suscita Jesucristo, por el que tantos hombres y tantas mujeres se han abrazado con toda clase de heroísmos.

¿Qué tiene de especial Jesucristo?... Todos los sabemos muy bien.

### 73. El amor fraterno. *Insistencia continua*

La carta de Pablo a los Filipenses —encantadora de principio a fin—, tiene un párrafo sobre el amor como encontraremos pocos en toda la Biblia del Nuevo Testamento.

Pablo está preso en Roma. Y a pesar de sus cadenas, puede escribir como en años atrás a los de Corinto: “Sobreabundo de gozo en medio de todas mis tribulaciones” (2Co 7,4)

Lo demuestra palpablemente esta carta a los de Filipos.

Sin embargo, algo le falta a Pablo para que su alegría sea total, y es el estar seguro de que sus queridos filipenses se aman ardientemente unos a otros. Y así, les escribe:

“Si me pueden dar algún consuelo en Cristo, si algún refrigerio de amor, si alguna comunicación del Espíritu, si alguna ternura y misericordia, colmen mi alegría” (Flp 2,1)

Leída esta introducción, pudieron pensar los lectores de la carta cuando la recibieron:

-¿A dónde irá Pablo con estas palabras? ¿Qué nos querrá pedir? Acabamos de enviarle dinero para que se alivie. ¿Qué más necesitará, y que no se atreve a decirlo?

Se les aclara el misterio cuando siguen leyendo:

“Quieren de veras colmar mi alegría? Pues, cólmenla teniendo un mismo sentir, un mismo amor, un mismo ánimo, y buscando todos lo mismo. No busquen el propio interés, sino el de los demás” (2,2-4)

Los filipenses pudieron exclamar:

-¡Al fin se descuelga Pablo, y vemos adónde va! A lo de siempre, a que nos amemos los unos a los otros. Por algo nos ha dicho unas líneas antes:

“Le pido a Dios en mis oraciones que ese amor que ya se tienen crezca cada vez más en conocimiento y en toda experiencia”, siendo cada vez más efectivo (1,9)

Los lectores habían escuchado al principio cómo Pablo les amaba a ellos entrañablemente, pues les decía:

“Testigo me es Dios de cuánto los quiero a todos ustedes, con afecto entrañable en Cristo Jesús” (1,8)

Sin embargo, a Pablo le faltaba decir algo más.

-No me tomen a mí como el mejor modelo, pues hay alguien que me gana con mucho.

¿Quieren amarse entre ustedes tan entrañablemente como los amo yo? Piensen en el Señor Jesús. Y para eso les digo:

“Tengan en ustedes los mismos sentimientos que Cristo” (2,5)

Era la última palabra que Pablo podía decir sobre el amor.

Amar con el mismo amor de Cristo, y con los mismos sentimientos con que Cristo ama a todos, es fundamentar el amor en un terreno inamovible.

Aunque Pablo tampoco se inventaba nada nuevo, pues mucho antes que él lo había dicho el mismo Jesús en aquella sobremesa inolvidable:

“Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 15,12)

En el amor y los sentimientos de Cristo está la norma suprema del amor cristiano.

Cuando escribió Pablo todo esto a los de Filipos, hacía varios años ya que había escrito aquel himno insuperable a la caridad del capítulo trece en la primera a los de Corinto.

Esto nos hace ver que el amor entre los hermanos es no sólo importante en el cristianismo, sino que toca la misma esencia de nuestra fe.

Quien ama, es cristiano.

Quien no ama, de cristiano verdadero no tiene nada.

A lo largo de todas sus cartas —de todas sin excepción—, Pablo va sembrando semillas que hacen germinar el amor en todas las Iglesias.

Unas veces se mete en doctrina profunda, como la del Cuerpo Místico de Cristo.

Otras veces baja a detalles concretos de la vida, al parecer nimios, pero que hacen de la caridad algo vivo —“existencial”, que decimos hoy—, de modo que nadie pueda llevarse a ilusiones tontas.

Al considerar esos detalles, uno se llega a decir lo del refrán: “Realmente, que obras son amores, y no buenas razones”.

Entre los principios doctrinales del amor fraterno señalados por Pablo, cabe citar como primero la paternidad de Dios.

-¿Es Dios nuestro Padre? ¿Es Padre de todos? Indudable, pues escribe Pablo:

“No tenemos más que un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está en todos” (Ef 4,6)

Con Padre semejante, es inconcebible que sus hijos, hermanos todos, no se tengan amor, pues destrozarian el corazón del Padre y sería imposible formar la familia de Dios.

Luego todos nos tenemos que amar.

Jesucristo, por otra parte, ha formado con todos los bautizados su Cuerpo Místico. Cristo es la Cabeza, y todos los cristianos sus miembros, hasta poder escribir Pablo:

“Todos los bautizados en Cristo, ustedes, ya no son sino uno en Cristo Jesús”, “pues todos somos miembros los unos de los otros” (Gal 3,27-28. Ef 4,25)

Siendo el Espíritu Santo el alma del Cuerpo Místico, al amarnos colaboramos con el Espíritu a la formación de todo el Cuerpo; si dejáramos de amarnos, destruiríamos la obra del Espíritu.

En lógica rigurosa, mirando al Padre, a Jesucristo, y al Espíritu Santo, quien no ama a un hermano deja de amar a Cristo, y deja de amarse a sí mismo.

Sin amor fraterno, por riguroso que parezca, no puede haber ni salvación.

Por el contrario, quien ama está y estará siempre en el seno y en el corazón de Dios.

Pablo no se cansa de cantar bellezas incomparables del amor.

“¡Dios mismo les ha enseñado a amarse mutuamente!”, dice a los de Tesalónica (1ª,4,9)

“¡Caminen siempre en el amor, igual que Cristo nos ha amado a todos!”, encarga a los de Éfeso (5,2)

“¡Vivan el amor, que es fruto del Espíritu!” (Gal 5, 22)

“¡Ámense hondamente los unos a los otros!”, les insiste a los de Roma. “Con ello habrán cumplido toda la ley” (12,10; 13.8)

Aunque lo mayor del amor nos lo dijo Pablo de aquella manera inolvidable al acabar el sin igual capítulo trece de los Corintios:

-Todo pasará. Lo único que durará eternamente es el amor. El amor es lo más grande de todo.

## 74. Trivialidades de la vida. *La virtud cristiana*

¿Podemos engañarnos al leer a San Pablo?...

A estas horas estamos acostumbrados a contemplar a Pablo como un ser excepcional, casi como un fenómeno extraterrestre, por tantas cosas de su vida legendaria y por unas doctrinas tan elevadas que nos dejan pasmados.

Si pensáramos así, estaríamos muy equivocados, ciertamente.

Pablo, el de las grandes alturas, era un hombre que tenía muy asentados los pies en tierra.

Sabía que la vida del cristiano es la normal de todo hombre.

Lo único que Pablo quería es que el cristiano fuera extraordinario en lo ordinario de cada día.

Algunos textos de sus cartas son desconcertantes, precisamente por lo sencillo que enseñan y piden.

Pablo nos puede preguntar: ¿Cómo quieren conseguir el Reino de Dios? ¡Es tan fácil!

“Ya sea que coman, que beban, o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para gloria de Dios” (1Co 10,31)

“Porque el Reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Pues quien sirve así a Cristo se hace agradable a Dios y es aprobado por los hombres” (Ro 14,17-18).

“Por lo mismo, estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén siempre alegres” (Flp 4,4)

Cualquiera que lea estas normas de proceder, podría decirse: ¿A eso se reduce todo?...

Pues, sí. Esto es la vida cristiana.

Y esto era Pablo, aunque parezca lo contrario.

Tanto es así, que se atreve a decir repetidamente:

“Les ruego que sean mis imitadores..., como yo lo soy de Cristo”.

“Porque ya saben cómo deben imitarnos, pues estando entre ustedes no vivimos desordenadamente” (1Co 4,16; 11,1. 2Ts 3,7)

Pablo es capaz de dar semejantes consejos porque tiene conciencia de proceder igual que hacía el Señor Jesús, el Hombre dechado de toda perfección, “el primer caballero del mundo”, como ha sido atinadamente definido.

Modernamente, en cualquier sistema de educación, se le da mucha importancia a la formación en las virtudes humanas, como son la educación, la sinceridad, el culto a la verdad, el sentido de justicia, el respeto a los demás.

Eso está magnífico.

Por eso, si se quiere tener al cristiano convertido en un santo o una santa, lo mejor es empezar por hacer de él todo un caballero o toda una dama.

La gracia de Dios trabaja magníficamente sobre los valores humanos.

Pensando en esto, Pablo tiene un consejo a sus queridos Filipenses que pasa como de lo más fino salido de su pluma, y que se repite tantas veces:

“Tengan en sumo aprecio todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo lo que signifique virtud o valor.

“Pongan por obra todo cuanto han aprendido y recibido y oído de mí. De este modo, el Dios de la paz estará con ustedes” (Flp 4,8-9)

San Pablo, que quiere a los cristianos verlos convertidos en los mejores hombres y en las mujeres más bellas y queridas, sigue dando normas tan simples como prácticas.

“Detesten el mal y apéguese al bien”, “siendo sensatos para todo lo bueno y cautos ante cualquier cosa mala” (Ro 12,9; 16,19)

Y concretiza su pregunta: ¿Quieren hacer siempre el bien y que nunca les domine el mal?

Les doy una norma muy sencilla, cara a Dios y cara a los hombres:

“Manténganse fervorosos, sirviendo al Señor; perseveren en la oración; compartan sus bienes con los demás; alégrense con los que están alegres, y acompañen en su dolor a los que lloran” (Ro 12,11-15)

Y en las dificultades, no tengan miedo:

“Manténganse firmes en la fe, ¡sean hombres!, muéstrense firmes” (1Co 16,13)

¿Nos damos cuenta? Todo lo que dicta Pablo son prácticamente virtudes humanas, pero que la gracia y el amor elevan a las alturas de Dios.

Como nos ha dicho antes San Pablo, esto era la vida de Jesús, el que ahora se propone como el modelo supremo, y del que Pablo es un gran imitador.

Jesucristo es el tipo de toda perfección, y Dios Padre, dice Pablo, lo ofrece a la Iglesia como el espejo en quien mirarse, lo mismo cara al cielo que cara a la vida humana en la tierra:

“Dios predestinó de antemano a todos los que eligió a salir conformes a la imagen de su Hijo” (Ro 8,29)

Este ideal se ha vivido siempre en la Iglesia con grandes ilusiones y ha producido figuras de santidad excelsas.

Por ejemplo, un Vicente de Paúl, que antes de realizar cualquier cosa, hasta la más simple, se preguntaba:

-¿Qué haría aquí y ahora Cristo, si estuviera en mi lugar?...

Naturalmente, Vicente de Paúl salió un retrato maravilloso de Jesucristo.

Esto es lo que significa esa expresión tan repetida por Pablo: “Revestirse de Cristo”, como cuando escribe a los de Galacia: “Todos cuantos se han bautizado en Cristo se han revestido de Cristo” (Gal 3,27)

Los primeros cristianos sabían muy bien esto de Pablo y se comparaban con los filósofos griegos o romanos, que solían vestirse de toga apropiada a su profesión.

Un escritor cristiano de entonces, lo expresaba con palabras que se han hecho clásicas en la Iglesia:

“Nosotros demostramos nuestra sabiduría cristiana no por la toga ni otro hábito, sino por nuestra fe y doctrina; no peroramos cosas elocuentes, sino que las vivimos” (*Minucio Félix*)

Hoy Pablo se nos ha puesto a nuestra altura.

Se ha quedado en lo trivial de la vida.

Pero nos ha dicho, y lo hemos entendido muy bien, que el cristiano es un hombre como los demás, que hace las cosas de los demás, pero que vive y hace todo de manera diferente que los demás.

Porque todo lo hace igual que Jesucristo, y ahí está lo extraordinario de la vida ordinaria del seguidor de Jesucristo...

## 75. Filemón. Sembrando la libertad

Pablo, prisionero en la propia casa que tiene alquilada en Roma, y donde recibe a tantos visitantes, un día queda sorprendido:

-¿Cómo? ¿Así que tú vienes de Colosas? Entonces, conoces a mi amigo Filemón, ¿no es así?

El joven visitante tiembla de pies a cabeza.

-Sí, te conocí en su casa, y ahora vengo con mucho miedo. Me llamo Onésimo. Mi amo Filemón te quería mucho desde que tú le enseñaste tu nueva religión.

-¿Onésimo? ¿Éste es el nombre que te puso tu amo? ¿Le eras de mucho provecho?...

Pablo se da cuenta de lo que es este joven, pues los amos ponían el nombre a los esclavos según se presentaban por sus cualidades. Y Onésimo en griego significa “provechoso”.

-¿Qué te pasa, pues, Onésimo? Explícamelo todo.

-Mira, Pablo, yo soy un esclavo, le robé a mi amo, me escapé de su casa y he venido huyendo hasta Roma.

Mi amo ha debido dar parte a la policía, y seguro que me están buscando.

Si caigo en sus manos, ya sabes lo que me espera: me marcarán en la frente con hierro rúsciente la F de “fugitivo”, y me condenarán de por vida a la rueda de molino o a trabajar en las minas, si es que no me matan con azotes o en la cruz.

Aunque mi amo a lo mejor no hará esto, porque desde que está en tu religión es muy bueno.

Como en Colosas todos saben que estás preso en Roma, te he buscado y por eso vengo.

Pablo adivina toda la tragedia del joven esclavo, ¡y qué le toca hacer! Pues, ayudarlo.

Y lo va a hacer con enorme amor y con eficacia sorprendente. Le bastan unas pocas líneas, una carta breve, pues se lee de un tirón en dos o tres minutos.

Esta carta es un escrito genial, y se ha dicho de ella que es “una obra artística de discreción y cortesía...; el principio de la declaración de los derechos del hombre...; una carta con la cual no resiste comparación ningún documento humano de la antigüedad”.

Ante todo, Pablo le dice al esclavo fugitivo:

-Tú te vas a quedar conmigo como si fueras un esclavo mío.

Me atiendes en las cosas que puedas, y el pretoriano que me custodia a mí, pensando que eres mi esclavo, no va a sospechar de ti nada. Con Epafras que está aquí en Roma, tan amigo de Filemón tu amo, miraremos de arreglar tu situación.

Así se convino y así se hizo. Pero, ¿qué ocurrió? Pues, lo que tenía que ocurrir.

El joven esclavo, ladrón y fugitivo, no era ningún tonto, servía muy bien a Pablo y, sobre todo, le escuchaba veces y más veces hablar de Jesús con los muchos visitantes que acudían allí.

Hasta que el esclavo ladrón y fugitivo, pregunta resuelto:

-Pablo, ¿puedo ser yo también cristiano?...

Por delicadeza, y por respeto a su libertad, nada le había dicho Pablo, el cual esperaba que la fruta cayera madura del árbol por su propio peso.



Ahora Pablo no puede con su alegría.

Por el nuevo cristiano, y porque tiene en su mano la solución del problema.

“¡Lo he engendrado en las cadenas!”, escribirá gozosamente Pablo a Filemón.

Como estaba Títico para partir hacia Colosas, al mismo tiempo que llevaba a las Iglesias del Asia las dos cartas a los Colosenses y a los Efesios, oye el parecer de Epafras:

-Sí, este es el momento mejor. Devuelve el esclavo a Filemón, que no va a tener más remedio que recibirlo como hermano cristiano.

Al hablar así, Epafras ya había leído la carta, tan breve como densa, que Pablo había escrito toda entera de su puño y letra a Filemón, y que comenzaba cargada de psicología:

“Pablo, prisionero de Cristo Jesús”.

Filemón era rico, con casa magnífica, que servía para iglesia, hacienda grande y muchos esclavos. Pero era sobre todo un cristiano caritativo, de gran corazón, cuya bondad era reconocida por todos, de modo que Pablo puede escribirle con toda verdad:

“Tengo noticia de tu caridad y de tu fe para con el Señor Jesús y para con todos los santos, de modo que la participación de tu fe es eficiente”.

No te quedas en buenas palabras, sino que sabes actuar la fe con el amor.

“Por eso tuve gran alegría y consuelo a causa de tu caridad, por el alivio que los corazones de los santos han recibido de ti, hermano querido”.

Cada palabra que viene va a ser una cuña en el corazón de Filemón, el cual no va a poder resistir.

“Aunque tengo en Cristo bastante libertad para mandarte lo que conviene, prefiero más bien rogarte en bien de la caridad, yo, este Pablo ya anciano y ahora preso por Cristo”.

Podemos meternos en la mente de Filemón:

-¡A ver por dónde se va a descolgar este Pablo! ¡A ver qué me querrá pedir!...

Y vino, naturalmente, la petición menos esperada:

-Te ruego a favor de mi hijo, a quien engendré entre las cadenas, Onésimo, que en otro tiempo te fue inútil, pero ahora muy útil para ti y para mí.

Y añade con palabras conmovedoras:

“Te devuelvo a este hijo, que es mi propio corazón. Yo quería detenerlo conmigo, para que me sirviera en tu lugar, en estas cadenas que llevo por el Evangelio.

“Pero, sin consultarte, no he querido hacer nada, para que esta acción tuya no fuera forzada sino voluntaria”.

Filemón estaba vencido del todo. ¿Qué remedio le quedaba?

Aunque Pablo no ha acabado, pues falta la última estocada:

“Te escribo confiado, seguro que harás más de lo que te pido”.

¡Vaya elegancia la de Pablo para pedir al amo que no retenga más al esclavo, sino que le dé la libertad!... Era lo último que podía pedir.

“¡Sí, hermano, hazme este favor, y alivia este mi corazón en Cristo!...

¿Qué ha significado en la Iglesia y en el mundo esta acción de Pablo y de Filemón, cristiano tan ejemplar.

La mayor plaga social que se ha conocido en la historia, la esclavitud en el Imperio Romano, con esta carta quedó herida de muerte.

Ni Pablo, ni la Iglesia, ni nadie podía levantar a los esclavos en una revolución armada, al estilo de nuestros guerrilleros en las montañas.

Hubiera sido una catástrofe para todos, empezando por los mismos esclavos.

La Iglesia, desde Pablo, empezó por vivir la libertad y la igualdad entre sus hijos.

Había muchos amos y matronas cristianos que dejaban libres a sus esclavos.

Los cargos de la Iglesia, hasta el de Papa, eran ocupados lo mismo por el noble Cornelio que por el esclavo Sixto.

Si los historiadores hurgan buscando la raíz de la libertad que hoy impera en el mundo, llegarán hasta Jesucristo.

Y darán con el caso especial de un pobre esclavo que topó con un ejemplar dueño cristiano, llamado Filemón, el cual estaba leyendo, con mano temblorosa y emoción que le ahogaba el pecho, una carta enviada desde Roma por un preso llamado Pablo...

## 76. A los de Colosas. *Jesucristo sobre todo*

¿Quiénes eran los colosenses?

Pablo dirigió una carta magnífica a esos cristianos a los que nunca había visitado.

Sabemos que Pablo, mientras evangelizaba Éfeso, extendió su radio de acción a las ciudades cercanas, enviando a ellas a sus colaboradores más preparados; y entre todos, trabajando así en equipo, fundaron aquellas iglesias que hicieron del Asia Menor un campo feraz de cristianismo. Entre esas ciudades iba a ser Colosas una de las más significativas.

La ciudad de Colosas había sido en otro tiempo una población grande, y ahora, venida a menos, estaba compuesta de griegos, de judíos y de una gran colonia de indígenas frígios.

Toda su riqueza le venía de la industria derivada de la cría de ovejas, con sus numerosos y nutridos rebaños.

Ciudad medio campesina medio griega, era con todo muy dada a filosofar y teologizar.

Para saber cómo eran los colosenses y lo bien que se conservaban, basta leer estas palabras del saludo de Pablo:

“Damos gracias sin cesar a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por ustedes en nuestras oraciones, al tener noticia de su fe en Cristo Jesús y de la caridad que tienen con todos los santos”.

¿A qué venía, pues, esta carta, muy cordial, pero que era un toque de alarma?

¿Y por qué la escribió Pablo, o la hizo escribir por uno de sus colaboradores bajo su propia inspección?

Epafras fue a visitar a Pablo en su prisión de Roma llevándole noticias sobre la situación de la Iglesia en Colosas.

Se habían introducido doctrinas erróneas sobre los ángeles y potestades celestes, como dominadores del mundo e intermediarios de Dios.

Estas ideas eran debidas a unas corrientes de pensamiento griegas sobre misterios extraños, mezcladas además con otras apocalípticas judías, y que comprometían la supremacía de Cristo. Aquellos grecojudíos vendedores de novedades iban proclamando:

-¡Sí! Cristo Jesús es uno más de esos ángeles mediadores, pero no es ni él solo ni el más importante. Es uno de tantos espíritus que vagan por los aires, que nos ayudan o nos perjudican, uno de esos tronos, dominaciones y potestades, los seres superiores de la creación.

¿Bueno estaba Pablo para consentir semejante error!... ¿Alguien superior a Cristo? ¿Cristo uno de tantos? ¡Eso sí que no!... Y Pablo enseña ahora:

¡Todo lo que existe está sometido a Cristo!

¡Jesucristo lo llena todo, porque Él es la “plenitud” de todo el mundo!

¡No existe nada que no sea de Cristo y para Cristo!

Todo esto lo expone Pablo en un párrafo que es de lo más grandioso que contiene la Biblia sobre Jesucristo. Parece un himno de gran orquesta:

“Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz.

“Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.

“Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles.

“Todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él.

“Él es también cabeza del cuerpo: de la Iglesia.

“Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo.

“Porque en él quiso Dios reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz” (1,15-20)

Con este himno tan colosal quedaba zanjada toda la cuestión que preocupaba a los de Colosas:

Jesucristo es lo primero;

Jesucristo es lo supremo;

Jesucristo es principio y fin de todo;

Jesucristo es el centro en el que todo converge y todo se apoya;

Jesucristo es el único que tiene la salvación;

Jesucristo es no sólo Cabeza de la Iglesia, sino la plenitud de todas las cosas creadas.

Ni la Iglesia ni el Universo se entienden si no se arranca de Jesucristo y si no se coloca a Jesucristo en el centro de todo.

Ahora bien, si esto es Jesucristo sobre todo para nosotros, miembros de su cuerpo, ¿qué relación hemos de tener con Jesucristo ya en este mundo, aunque Él esté en el Cielo?

Nos lo dice Pablo con otro párrafo también formidable:

“Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra.

“Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, que es su vida, entonces aparecerán también ustedes gloriosos con él” (3,1-4)

Pablo discurre sobre esto, y saca las consecuencias debidas.

En el orden nuevo establecido por Dios en Cristo, desaparecen las divisiones enojosas que vive la sociedad:

¿los de un color u otro de la piel?...

¿los de una fe u otra, mientras sean sinceros en su conciencia?...

¿los cultos o los analfabetos?...

¿los ricos o los pobres?...

¿los empresarios o los trabajadores?...

Eso era antes en la era del pecado. Ahora, todo ha quedado rehecho y unificado en Cristo Jesús.

Dicen que modernamente tiene mucha aplicación esto de Pablo para los que vienen con asuntos de la Nueva Era, la “New Age” o cosas parecidas.

Todo lo que sea salirse de Jesucristo como principio, centro y fin de la Iglesia y del Universo, es una equivocación total.

Por eso Pablo, queriendo centrar toda nuestra vida en Jesucristo, da después consejos de vida cristiana que son de lo más precioso y estimulante.

“Procedan de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios”.

“En Cristo reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y ustedes alcanzan toda la plenitud en él”.

“Cristo es todo en todos”.

“La palabra de Cristo abunde en ustedes en toda su riqueza”.

“Todo cuanto hagan, de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús”.

¡Qué belleza la de esta carta de Pablo a los de Colosas!

Jesucristo llenándolo todo.

Jesucristo nuestro supremo ideal.

Y nuestra vida, escondida con Jesucristo en Dios...

Esto, ya ahora. ¿Qué será esa vida cuando quede al descubierto sin velo alguno, y transformada plenamente en gloria?...

## 77. Cristo en Colosenses. Grandezas y compromiso

Pablo, en su prisión libre de Roma, a la vez que predica a todos los que vienen a visitarle, tiene tiempo de pensar, de estudiar, de escribir.

Y es en estos días, probablemente el año 63, cuando redacta la carta a los de Colosas, cargada de enseñanzas sublimes sobre Jesucristo.

Empezamos por preguntar: En esta carta, ¿quién es Jesucristo para Pablo?  
Y su prisionero de Roma responde con elocuencia sin igual:

“Cristo es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación.

“Porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles: todo fue creado por él y para él.

“Él existe con anterioridad a todo, y todo se mantiene en él” (Col 1,13-17)

Escuchando esto, caemos sin más de rodillas ante Jesucristo.

Antes de ser Hombre, nacido de María la Virgen, ya era Dios eterno.

En Él se miraba complacido el Padre.

En Él veía reflejada la creación entera, y el Padre le decía entusiasmado:

-¡Vamos, Hijo! Hagamos todo eso. Todo lo harás conmigo, y todo será después para ti.

Tú estarás en el centro de todo, y todo se mantendrá por ti, que lo sostendrás con tu poder, tan grande como el mío.

Aunque te hagas hombre, Tú estarás sobre todas las cosas visibles, y dominarás también la multitud incontable de los ángeles, que se rendirán a tus pies.

No significa otra cosa todo eso que nos ha dicho Pablo.

Después de mirar a Jesucristo en su divinidad, en lo que era desde toda la eternidad, lo mira como Hombre, como el Hijo de María, como el Hermano nuestro, y se desata en alabanzas imponderables, la primera de las cuales es lo máximo que se puede decir y se ha dicho de Jesucristo:

“En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col 2,9)

Jesucristo, ese Hombre, es también Dios.

Ante esto, ya no nos va a extrañar nada todo lo que se nos diga de Jesús, el Señor.

Si Jesucristo, Hombre verdadero, es también Dios, ¿quién tan grande como Él?

¿De dónde va a proceder para los hombres la vida sino de Jesucristo, el cual es la Vida infinita de Dios encarnada?

¿Quién va a enseñar a los hombres la verdad, sino Jesucristo que es la Luz de Dios?

¿Hacia quién van a ir los hombres en busca de un destino seguro sino a Jesucristo, que es el Principio y Fin de todas las cosas?

Al mirar Pablo a Jesús como Hombre, lo ve como Redentor, y nos dice de Él esas palabras que ya hemos citado más de una vez:

“Jesucristo es la cabeza del cuerpo, de la Iglesia.

“Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que Él sea el primero en todo.

“Pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud,

“y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos” (Col 1,18-20)

¿Qué significa para Jesucristo el ser Cabeza de la Iglesia? No es un título honorífico.

Es algo que compromete a Jesucristo a mirar a la Iglesia como se mira a Sí mismo.

Desde el momento que Jesucristo redimió a todos los hombres y mujeres con su Sangre derramada en la Cruz, y formó con ellos la familia de Dios, Él se constituyó en Cabeza de su Iglesia y tiene que cuidar de ella como de verdadero cuerpo suyo.

Jesucristo unifica a su Iglesia haciendo que sea UNA Iglesia sola.

Cuando Pablo se enteró de que los de Corinto habían metido divisiones en su comunidad, les escribió aquella carta con gritos de trueno:

“Me he enterado de que existen discordias entre ustedes. ¿Es que está dividido Cristo?” (1Co 1,11-13)

Efectivamente, dividir a la Iglesia es para Pablo como partir por mitad al mismo Jesucristo, el cual nunca se expresó diciendo “Mis iglesias”, sino “Mi Iglesia”.

A su Iglesia, Jesucristo la vivifica, la llena de la Vida de Dios, esa Vida de la cual está Él lleno a rebosar.

Con los Sacramentos, especialmente con la Eucaristía, Jesucristo nutre a todos y cada uno de los miembros de su cuerpo, que es la Iglesia, con una plenitud tal de Vida divina que no podemos ni imaginar.

Jesucristo con su Sangre purificó a su Iglesia, hasta dejarla radiante de hermosura, como Esposa suya queridísima.

Y la sigue limpiando de tantas impurezas contraídas por sus miembros, hasta que llegue día en que la Iglesia, consumada en su perfección, no tendrá una mancha que afee su linda faz.

Jesucristo ha hecho a su Iglesia una familia de hermanos, y por su Sangre está clamando para todo el mundo la paz, el amor, en una fraternidad irrompible.

Todo eso nos ha dicho Pablo con esas palabras tan densas, con las cuales, nos dice, pretende “dar a conocer la riqueza del misterio de Cristo...y la esperanza de la gloria..., a fin de presentarnos a todos perfectos en Cristo” (Col 1,27-28)

A continuación de lo que hemos leído y escuchado, hay en esta carta unas palabras misteriosas que se convierten para todos en un compromiso, cuando Pablo dice de sí mismo:

“Me alegro por los padecimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo a favor de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24)

¿Qué ha leído siempre la Iglesia en estas palabras, que resultan un compromiso, a la par que misteriosas?

Jesucristo con la Cruz pagó de una vez y para siempre por todos los pecados del mundo. Con esa Sangre divina hay más que suficiente para redimir mil mundos más que hubiera.

Sin embargo, Dios solicita la colaboración de todos los cristianos.

Jesucristo ha querido unir a los miembros de su Cuerpo Místico a su Pasión redentora.

Y los sufrimientos del cristiano —el trabajo, una enfermedad, todo lo que signifique cruz—, Jesucristo lo asume, lo une a su propio sacrificio, y continúa con toda su Iglesia la obra de la salvación.

Jesucristo el Hijo del Dios eterno..., Jesucristo el Redentor..., Jesucristo en su Iglesia...

¡Qué grandezas descubre Pablo en Cristo Jesús!

Cuanto más se piensa en ellas, tanto más profundo se hace el Misterio.

Pero tanto más también se acrecienta nuestro amor al Divino Redentor.



## **78. Resucitados con Cristo. *Somos seres celestiales***

Sí, es cierto; Pablo nos habló ya una vez de la resurrección de Jesús en un plan triunfalista. ¿Lo recordamos? Nos decía:

“¡Pero Cristo ha resucitado!”.

Era el eco vivo de aquel “¡Ha resucitado, no está aquí!” de los Evangelios.

Hoy nos va a hablar Pablo sobre la resurrección de una manera distinta.

Se va a fijar tanto en nosotros como en Jesucristo, y nos va a decir desde el principio:

“¡Somos unos resucitados con Cristo!”.

Hemos resucitado con Él, como Él y para Él.

¿Por qué?... Podemos seguir el pensamiento del Apóstol

¿Es cierto que, al resucitar Cristo, hemos resucitado también nosotros?

San Pablo es categórico y no puede hablar más claro de cómo lo hace en esta carta a los de Colosas:

“Ustedes han resucitado con Cristo”, “porque Dios nos resucitó con Cristo y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús” (Col 3,1. Ef 2,6)

Algo grande se esconde en estas palabras.

Empezamos por el pensamiento básico de San Pablo:

“Cristo fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra santificación” (Ro 4,26)

Muerte y resurrección de Jesucristo están de tal modo íntimamente unidas que no se pueden separar.

Jesucristo muere, paga por el pecado, y nos merece la salvación.

Jesucristo resucita y, y por la fe en el Dios que lo ha devuelto a la vida, nos da el Espíritu Santo que nos justifica y hace santos como es Él.

Este pensamiento lo expresa de manera magistral e inolvidable en aquellas palabras dirigidas a los de Roma, y que podrían servir para una arenga enardecedora:

¿Bautizados con Cristo en su muerte?... ¡Pues, también vivos y resucitados por Dios para una vida nueva!

¿Muertos con Cristo?... ¡Pues, también resucitados!

¿Nuestro hombre viejo y pecador crucificado con Cristo?... ¡Pues ahora libres, porque ya no nos sujetan cadenas esclavizantes!

Y vienen las palabras preciosas de Pablo:

“Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte ya no tiene señorío sobre Él, porque su vivir es un vivir por siempre para Dios”

¿Entonces?... ¡A considerarse todos muertos para Satanás y a su condenación por la culpa, y vivos siempre para Dios en Cristo Jesús! (Ro 6,3-11)

Si Pablo es tan jugoso cuando habla de la resurrección de Jesús en sus cartas, hay un pasaje que es clásico más que ningún otro, escrito a los fieles de Colosas:

“Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de allá arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios.

“Aspiren a las cosas de allá arriba, no a las de la tierra.

“Porque ustedes han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios.

“Cuando aparezca Cristo, que es su vida, entonces también ustedes aparecerán gloriosos con Él” (Col 3,1-4)

¿Qué pasos los que hace dar Pablo con estas palabras en la vida cristiana y cómo llenan la cabeza de ilusiones!...

¿Cómo hay que vivir?... Resucitados, en manera alguna muertos.

¿Hacia dónde hay que mirar?... Hacia arriba siempre, nunca a la tierra ni al abismo.

¿Qué gustos hay que tener?... Los exquisitos del Cielo, no los de abajo que muchas veces habían.

¿Dónde desarrollar la existencia?... En el seno de Dios, donde Cristo la introdujo y la escondió.

¿Qué esperar al fin de todo?... Aparecer y brillar siempre con la misma gloria de Jesucristo el Resucitado.

Porque todo esto encierran esas palabras grandiosas.

La resurrección de Cristo es para el cristiano, en el orden místico y moral, como un programa que debe desarrollarse y se va desenvolviendo hasta llegar a su consumación final.

La resurrección del cristiano con Cristo es algo pasado:

-Ustedes ya resucitaron con el bautismo. De la muerte se pasó a la vida. ¿Qué les queda sino vivir la vida de Dios?...

Si se tiene una vida nueva que es celestial, ¿qué toca hacer?... Pablo, con audacia:

-Busquen y gusten las cosas de allá arriba, no las de aquí abajo. Por mucho que se disfrute de la tierra, ¡qué pobre es todo cuando se saborean las cosas celestiales!...

Y viene el punto final de Pablo:

-Aguarden lo que les espera. El último día, al final de los tiempos, ¡a revestirse su cuerpo endeble con la misma gloria del Señor Resucitado! Éste será el fin sin fin.

Pablo asegura con otras palabras lo mismo que había dicho Jesús en el Evangelio:

“Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13,43)

Las palabras de Pablo a los Colosenses nos llevan sin más a citar otras igualmente de bellas a los de Filipos.

Vienen a decir lo mismo, pues las dos cartas fueron escritas por los mismos días:

“Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, con el poder que tiene de someter a sí todas las cosas” (Flp 3,20-21)

Entendamos la comparación bellísima de Pablo con ese “Somos ciudadanos del cielo”. La ciudad de Filipos era una colonia que otorgaba a sus habitantes la ciudadanía romana. ¡Ciudadanos del Imperio por derecho! Era un privilegio envidiable. Y viene ahora Pablo a decirles:

-¡Felicitaciones, filipenses, por su ciudadanía romana! Todos les tienen envidia. Pero no olviden que, como cristianos, llevan en el bolsillo otra cédula mucho mejor: la que les acredita como ciudadanos del Cielo.

Cuando quieran, cuando les llamen, pasarán la frontera sin ningún control, y se les abrirán las puertas sin problema alguno. Se lo garantiza todo el Señor Resucitado.

Pablo es el gran doctor de la doctrina sobre la Resurrección de Jesús.  
¡Felices nosotros cuando la llegamos a entender, cuando la llegamos a vivir!  
Seguimos en la tierra, pero siempre con un pie metido ya en el Cielo...

## 79. Cristo x Adán. *O uno u otro*

¿No es cierto que conocemos bien la historia de Adán en el paraíso tal como la cuenta la Biblia?... Adán, el Adán pecador, éramos nosotros, éramos la Humanidad entera.

Y Dios le manda a un ángel:

-Ponte ante la puerta, espada llameante en mano, y cuida de que ese Adán no entre más aquí. No se le ocurra ahora venir de nuevo, coma del fruto del árbol de la vida, y se escape de la sentencia de muerte que pesa sobre él y su mujer...

Desde entonces, no hay remedio. Nadie se ha escapado ni se libra de la muerte que nos persigue implacable.

¿Y si volviéramos a comer del árbol de la vida?...

-¡Sí, coman, coman! —nos grita Pablo—. Que después de aquel Adán vino otro Adán muy diferente y con mucho más poder.

Este nuevo Adán se llama Jesús.

Nos metió a todos en un nuevo paraíso, y en él, como les dice Juan en su Revelación, “les quiere dar a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios” (Ap 2,7).

Si llevan las vestiduras blancas del Nuevo Adán —les sigue diciendo Juan en su Apocalipsis—, “podrán disponer del árbol de la vida y entrarán por las puertas de la ciudad”, el nuevo Paraíso en el que ya no se muere más (Ap 22,14)

¿Es cierto que Pablo nos puede hablar de esta manera?

Sin duda alguna. Pablo nos habla así.

Es ésta una idea que se me ocurre al abrir la carta a los Colosenses, donde les dice a sus destinatarios:

“Despójense del hombre viejo con sus obras, y revístanse del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar la imagen perfecta ideada por su Creador” (Col 3,10)

Esta doctrina sobre el viejo Adán del paraíso y el Nuevo que es Jesucristo, la desarrolla Pablo especialmente en la carta a los Romanos, donde enfrenta al Adán pecador con el nuevo Adán Jesucristo.

Vino del primero toda la ruina de la Humanidad: el pecado, la muerte, todos los males habidos y por haber.

Pero Dios restituyó todas las cosas en su debido orden merced al Nuevo Adán Jesucristo,

-que nos devolvió la vida de Dios al eliminar la culpa con la sangre de su Cruz;

-venció la muerte con su Resurrección,

-y nos hace entrar en el Paraíso de los cielos donde ya no se podrá morir.

Esta doctrina expuesta por Pablo tiene mucha aplicación en el mundo moderno.

Mientras en la sociedad viva robusto el hombre viejo, el Adán condenado por Dios, no habrá nunca ni honestidad, ni alegría, ni paz.

Mientras que si entra Jesucristo en las almas, en los hogares, en las naciones, surgirán por doquier los bienes que se perdieron por la culpa aquella del principio.

Pero, vaya; no saquemos consecuencias antes de escuchar a Pablo, al que vamos a dejar la palabra.

Y Pablo expone así su idea tan genial:

“Como por un hombre, Adán, entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte alcanzó a todos los hombres, ya que todos pecaron”.

Pasa Pablo ahora a enfrentar a Jesucristo con Adán:

“Si por el delito de uno murieron todos, por otro hombre, Jesucristo, la gracia y el don de Dios se desbordan sobre todos” (Ro 5,12-15)

Ante estas palabras de San Pablo, nos preguntamos nosotros, por más que las respuestas nos las va a dar el mismo Pablo: ¿Qué fue más grande, la desgracia que nos trajo Adán o la gracia que nos trajo Jesucristo?

Y Pablo va comparando a uno con otro.

Adán nos trajo el pecado; Jesucristo nos dio la Vida.

Adán nos causó la muerte; Jesucristo nos mereció la Resurrección.

Adán nos hizo perder el árbol de la vida; con Jesucristo recobramos la Vida Eterna.

Adán nos hizo romper con Dios por el pecado y abrió la puerta a la muerte; Jesucristo nos dio acceso a Dios y nos abrió la puerta del Paraíso donde reina vida inmortal.

Adán, con el pecado, nos hizo esclavos de Satanás y candidatos para su misma condenación; Jesucristo nos mereció y dio la Gracia de Dios y con ella la Gloria eterna.

La influencia de un Adán y otro en la historia del mundo es muy diversa, y gana Jesucristo con mucho.

San Pablo lo dice con una de sus sentencias más célebres: “Donde abundó el pecado superabundó la gracia” (Ro 5,20)

¿El mundo inficionado por Adán? ¿Grande el influjo de Adán el rebelde? ¿Muerte segura de todos causada por un criminal loco?...

Dios sabe tomarse la revancha.

Jesucristo inunda el mundo con la gracia de Dios.

Jesucristo el Hombre que todo lo atrae hacia Sí, para entregarlo a Dios su Padre.

Jesucristo es la resurrección segura de todos los que han de morir.

Ante el reino de Satanás que desaparecerá con todos sus secuaces, Jesucristo instaura un Reino que será eterno en paz, felicidad y amor para todos los salvados.

Mirando el plan de Dios a la luz de San Pablo, el cuadro es optimista, esperanzador, lleno de luz.

Pero, de momento, vemos que continúan sobre el mundo las sombras, y muy densas todavía.

Hoy siguen enfrentados los dos reinos, el de Satanás iniciado con el Adán del paraíso, y el instituido por Jesucristo con su Cruz y su Resurrección.

No digamos que el reino de Satanás no tiene fuerza, aunque sabemos con certeza absoluta que será plenamente vencido.

Son muchos los que engrosan sus filas, y nos causan preocupación seria a los creyentes, pues queremos la salvación de todos.

Los individuos, las personas concretas, han de optar por Jesucristo. Esto, desde luego.

Pero les incumbe lo mismo a las familias, a las instituciones sociales, a las naciones con su legislación, que, manteniendo su secularidad, no pueden enfrentarse con la norma suprema que les dicta Dios.

La sociedad también ha de optar por el Adán del paraíso o el Jesucristo Restaurador de todo.

Dios expulsó del paraíso a Adán a fin de que no comiera del árbol de la vida, que le hubiera hecho vivir para siempre.

El fruto de aquel árbol imaginario lo sustituyó Jesucristo en su Iglesia por el Pan de Vida, la Eucaristía, el Cuerpo mismo de Jesucristo, el cual asegura con aplomo divino:

“El que coma de este pan vivirá eternamente, porque yo lo resucitaré en el último día”  
(Jn 6,54)

El odio de Satanás no iba a triunfar sobre el amor del Dios Creador y Padre de los hombres.

El orgulloso vencedor del paraíso se convirtió en el miserable vencido por una Cruz que aparece desnuda y un Sepulcro que sigue vacío...

## 80. Una lección machacona. *La Oración en San Pablo*

Cuando por aquellos días vistió Pablo a los de Colosas, se armó entre ellos una amigable discusión. Los discípulos medio bromeaban con el Maestro:

-Pablo, cuando escribes cartas eres a veces demasiado insistente en algunas de tus recomendaciones. Como si no practicáramos lo que hemos hecho desde siempre...

-¿A qué se refieren?... contestó Pablo con extrañeza a los amigos de Colosas, los cuales le replicaron:

-Concretamente a la oración. Mira lo que nos escribiste a nosotros y a los de Éfeso, porque en las dos cartas dices lo mismo: “Sean perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias... A permanecer siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión”.

Esto nos decías. ¿Es verdad, o no? (Col 4,2; Ef 6,18)

Respondía fríamente Pablo:

-Sí; ¿y qué?...

Los otros insistían:

-¿Aún quieres más? Sabes que tus cartas corren muy pronto por todas las Iglesias, y a los de Tesalónica primero, después a los de Roma, les dijiste lo mismo que a nosotros y lo sabíamos todos más que de memoria: “Recen constantemente”. “Dedíquense a orar con asiduidad”...

Pablo, no nos digas que no eres un poco machacón... (1Ts 5,17; Ro 12,12)

Pablo se rinde, aunque sigue en la suya:

-Tienen toda la razón. Como dicen ustedes, soy y seré machacón en lo que debo serlo.

Y en esto de la oración, miren lo que escribió nuestro querido Lucas hace poco en el Evangelio que ya tiene concluido. El Señor Jesús fue más fuerte que yo cuando mandó: “Es necesario orar siempre sin desfallecer nunca” (Lc 18,1)

¿Qué me toca hacer a mí?...

Así pudieron hablar Pablo y los amigos en aquella breve visita que el Apóstol hizo a las Iglesias del Asia Menor antes de ir definitivamente a Roma para su martirio.

Para Pablo, la oración es la respiración del cristiano y de la Iglesia.

Si queremos cristianos sanotes y una Iglesia vigorosa, no hay más remedio que orar, rezar siempre, levantar las manos hacia lo alto, desplegar los labios en plegarias continuas y tener fijo el corazón en Dios.

¿Tenía Pablo autoridad para hablar de manera tan repetida sobre la oración?

¡Claro que sí! Era un experimentado de primer orden.

Muchacho judío, y fariseo riguroso, rezaba continuamente, pues los fariseos tenían establecidas oraciones para todo.

No había acción del día que no contase con una oración para empezar y otra para concluir.

Cuando vino la conversión de Pablo ante las puertas de Damsco, Dios mandó a Ananías:

-Vete a la calle principal, y en la posada de Judas preguntas por Saulo.

-¿Por Saulo? ¿Por ese que ha hecho tanto mal a tu Iglesia?...

-Anda, y no temas. Saulo está orando.

Como diciéndole Dios:

-No temas nada de un hombre y para un hombre que ora. El que reza no es capaz de ningún mal.

Pasan algunos años. Pablo se da de tal modo a la oración, que llega a unas alturas místicas inimaginables. Pues nos dice él mismo:

-Yo no sé si corporalmente o fuera de mi cuerpo, pues solo Dios que lo hizo lo sabe, fui arrebatado hasta lo más alto del paraíso, y sentí cosas tan sublimes que al hombre le resulta imposible expresarlas (2Co 12,2-5)

Pablo, experto en oración, sabe muy bien cuando insiste tanto para que el cristiano se consagre a la tarea número UNO, la primera que debe figurar en su agenda. De ahí sus expresiones: orar “asiduamente”, “orar sin cesar”, “orar en todo lugar”.

Si examinamos más detenidamente lo que Pablo nos encarga, vemos que para él la oración tiene unas características muy marcadas.

Ante todo, la oración, más que del hombre o de la mujer, es una acción de Dios dentro de todos los cristianos.

El Espíritu Santo está en actividad constante impulsando a cada uno a la oración.

Le hace sentirse hijo o hija de Dios, y por lo mismo le empuja a clamar de continuo con palabras amorosas: “¡Padre! ¡Papá!”... (Ro 8,15)

Pablo no ve al Espíritu Santo metido solamente en el corazón del cristiano para hacerle rezar a nivel individual.

Contempla al Espíritu metido siempre en las asambleas de la Iglesia suscitando, moviendo e impulsando la oración de todos los fieles:

“Reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados; canten y entonen salmos en su corazón al Señor, dando gracias y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5,19-20)

La oración comunitaria, las plegarias de las Eucaristías, los cantos en la celebración, las aclamaciones de los carismáticos, el movimiento acompasado catecumenal, los entusiasmos de los grupos juveniles..., no son sino una manifestación jubilosa de la presencia del Espíritu Santo en el seno de la Iglesia.

San Pablo reconoce en ello la acción del Espíritu divino, que embriaga a los fieles, a los que aconseja bellamente:

-No se emborrachan ustedes con vino que lleva a la lujuria, sino que se llenan de Espíritu Santo, el cual les hace hablar y gritar felices en honor del Señor (Ef 5,18-19)



¿Y por qué y por quiénes reza Pablo y quiere que se rece?  
No deja a nadie ni nada fuera del alcance de la oración.

-¡No ceso de rezar por ustedes!... ¡Me acuerdo de ustedes y los tengo presentes de continuo en mis oraciones!... (Col 1,9; Ro 1,9-10)

-¡Y algo que quiero hagan siempre, sin omitirlo nunca! Eleven plegarias, oraciones, súplicas, acciones de gracias por todos los que están constituidos en autoridad, a fin de que podamos llevar una vida tranquila y apacible, con toda piedad y dignidad. Esto es muy agradable a Dios” (1Tm 2,1-2)

¿Por qué Pablo, igual que Jesús, los dos, hacen de la oración la actividad principal del cristiano? Alguna razón tienen que tener... Y la tienen muy clara.

Con la oración se mantiene luminosa la antorcha de la fe. Quien ora es porque cree.

Con la oración no muere la esperanza. Quien ora es porque espera.

Con la oración, el corazón está encendido siempre. Quien ora es porque ama.

Y si la oración es la que mantiene y desarrolla la vida divina;

si la oración es la que avanza la gloria, en la que no cesaremos un instante de hablar con Dios;

si la oración es la acción del Espíritu Santo en las almas..., ¿se puede hacer algo más grande que orar?...

## 81. Ceñidos por el amor. *El principio, el medio y el fin*

¿Quieren entretenerse ustedes contando las veces que San Pablo usa en sus cartas la palabra amor?... Les aseguro que van a tener para un buen rato. Nadie en la Biblia, quizá ni el mismo Juan, ha hablado del amor como Pablo, ni tantas veces ni de manera tan profunda.

Empecemos por preguntar:

-En San Pablo, ¿quién es el que ama?

¿Dios a nosotros?...

¿Nosotros a Dios?...

¿Nosotros, los cristianos, unos a otros?...

¿Es el mismo amor el de Dios que el nuestro, o son diversos amores?...

Parecen cuestiones indiferentes, pero son interesantes y hasta importantes.

Digamos desde el principio que para San Pablo no hay más que UN SOLO AMOR.

Dios nos ama con su propio amor, con su Espíritu Santo, que es el Amor de Dios en el seno de la Trinidad, como expresa Pablo al despedir a los de Corinto:

“El amor de Dios, con la comunión del Espíritu Santo, está con ustedes” (2Co 13,13)

Dios nos da su Espíritu Santo, y entonces el amor de Dios inunda todo nuestro ser, ya que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5)

Con el amor de Dios en nuestros corazones, somos capaces de amar a Dios, el cual hace que todo concurra para nuestra salvación: “Dios dirige todas las cosas para bien de los que aman a Dios” (Ro 8,28)

El amor en concreto a la Persona de Jesucristo nace de este amor que nos ha invadido, como sigue preguntando Pablo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Ro 8,35).

Con este amor de Dios, nos amamos a nosotros mismos sobrenaturalmente, sin egoísmos, de modo que el cristiano jamás puede merecer el baldón que el apóstol echa en cara a los paganos de su tiempo: “desamorados”, “sin afecto” (Ro 1,31)

Con el amor de Dios dentro, y sin egoísmos, el cristiano es capaz de amar a todos y todo.

Pues Pablo señala a Dios, casi atrevidamente, como el maestro de nuestro amor, a ese Dios que ama a todas sus criaturas y no aborrece nada de lo que ha salido de sus manos:

“Ustedes han aprendido de Dios a amarse los unos a los otros (1Ts. 4,9)

De este modo —continúa Pablo— nada les va a costar lo que les digo y mando:

“Ámense unos a otros con amor de hermanos” (Ro 12,10)

El amor que en cualquier hombre o mujer es puramente natural, en el cristiano se convierte en amor sobrenatural.

Ponemos el ejemplo de dos esposos paganos que se aman con cariño. Dios se complace en su amor. Dios los bendice. Pero al no tener —es lo que suponemos nosotros— la vida de la Gracia, su amor es meramente natural, aunque honesto y digno.

Suponemos ahora otra cosa. Si los dos esposos son cristianos, su amor es plenamente divino, porque se aman con amor de Dios, como pide Pablo: “Mujeres, amen a sus maridos”. “Maridos, amen a sus mujeres, igual que Cristo ama a su Iglesia” (Tt 2,4. Ef 5,21)

En esto radica la diferencia de la *caridad* y la *filantropía*.

La filantropía —que hoy se practica mucho y hace obras muy hermosas en favor de los demás—, es ciertamente honesta; está bien; merece elogio; es una obra humana digna de alabanza.

Pero no tiene nada de sobrenatural, porque no procede del amor de Dios, de la caridad.

La filantropía es muy diferente del amor cristiano.

San Pablo lo dice de manera categórica, y por duro que parezca: “Aunque yo reparta a los demás todos mis bienes, si no tengo caridad, de nada me aprovecha” (1Co 13,3)

Filantropía y amor son ante Dios como dos flores hermosas: la *caridad* es flor natural llena de vida divina, mientras que la otra es flor artificial, preciosa, pero carente de la vida de Dios.

Total: que con el mismo amor con que Dios nos ama y que ha derramado en nuestros corazones, con ese mismo amor amamos todo y a todos: a Dios, a los hermanos, a la creación entera.

Dios ama todo lo que ha creado, y nuestro amor se extiende a todo lo que llega el amor del mismo Dios.

Vienen entonces las consecuencias que nos dicta el mismo San Pablo, el cual no se queda nunca sólo en teorías, sino que siempre desciende a la práctica de la vida.

Y así nos dice:

“Ante todo y sobre todo, tengan amor, que es el broche de toda perfección” (Col 3,14).

El amor es el ceñidor que da elegancia a toda la persona.

Es el lazo de seda y oro que une en un ramo precioso las flores de todas las virtudes.

El que ama, llega fácilmente a la cumbre de la perfección cristiana.

Se nos pueden dar muchas normas sobre la oración a Dios, sobre el dominio propio, sobre la entrega generosa a los hermanos.

Todo estará muy bien, todo será magnífico, pero Pablo seguirá diciendo:

Sobre todas las virtudes, incluso la fe y la esperanza, que nos unen directamente a Dios, “sobre todas ellas está la caridad”, está el amor (1Co 13,13)

Pablo dicta entonces unas palabras tan profundas como sencillas:

“Caminen siempre en el amor” (Ef 5,2)

Lo cual es como decir:

-Desde la mañana hasta la noche, el amor les ha de acompañar en todos sus pasos.

Y no hace falta que se suban a las nubes. Pues, les digo más aún:

“Sea que coman, sea que beban, sea que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para gloria de Dios”, por amor de Dios (1Co 10,31)

Pareciera que Pablo estuviese bromeando:

-¡Háganme caso! ¡Miren las obras grandiosas que les encargo: comer, beber, dormir!...

Y les aseguro que van a ser santos y santas como cuando rezan, y asisten al culto, y trabajan, y cumplen con sus deberes propios, y hacen caridad o se entregan al apostolado.

A este lenguaje podemos traducir todo lo que sobre el amor nos escribió Pablo, el cual sabía muy bien lo que se decía.

Eso de que nos hacemos ricos para la eternidad comiendo y bebiendo y durmiendo, no se nos hubiera ocurrido a nosotros por nada...

Amor, ¡bendito el Amor que viene de Dios, nos lleva a Dios, y nos hace llegar con el corazón a todos los hombres, hermanos nuestros, y a todas las criaturas, obras de Dios!...

Si a la tarde de la vida nos han de examinar del amor, ¡que obtengamos un merecido sobresaliente!...

## 82. La carta a los Efesios. Páginas sublimes

Pablo había escrito a los de Corinto: “Se me ha abierto una puerta grande y prometedora” (1Co 16,9). ¡Y tan prometedora! Porque aseguran Lucas:

“Pudieron oír la palabra del Señor todos los habitantes de Asia” (Hch 19,10)

¿A qué se refería Pablo?

A la fundación de la Iglesia de Éfeso, la espléndida capital de la provincia romana de Asia, abierta con su puerto al mar Mediterráneo, en el que convergían todas las provincias del Imperio.

Los tres años que pasó allí Pablo predicando el Evangelio fueron de una eficacia sin igual:

por su extensión, ya que llegó a todas las ciudades del Asia Menor;

por su profundidad en las almas, como puede colegirse de la cantidad enorme de libros malos, de magia sobre todo, que pararon en la hoguera, valorados en más de 50.000 monedas de plata;

por su permanencia, pues de allí surgieron aquellas Iglesias que durante siglos fueron la gloria de Oriente.

Ahora Pablo, preso en Roma desde el año 61 al 63, les dirige una carta magnífica, profunda, sobre el misterio de Cristo y particularmente de la Iglesia.

La escribe a la vez que la carta a los de Colosas y próxima a la de los de Filipos.

Vamos nosotros a deleitarnos con la doctrina sublime de una carta que nos enajena desde el principio hasta el fin.

Nada más iniciada la carta, al describirnos el plan divino de la salvación, empieza con un himno ardiente:

“¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado con toda clase de bendiciones celestiales en Cristo, porque nos eligió en él antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos, inmaculados, y amantes en su presencia!”...

¿Nos damos cuenta de lo que nos dicen tan pocas palabras?

Ante la generosidad inmensa de Dios, ¿qué toca sino prorrumpir en alabanzas incesantes?... ¡Bendito, bendito, bendito sea Dios!...

Porque si nos ponemos a enumerar las gracias celestiales con que Dios nos ha enriquecido, por más que contemos nos vamos a quedar en las primeras cifras, y nunca vamos a llegar al fin.

Y delante de nuestros ojos, un ideal sublime: ¡santos, inmaculados, amantes!...

El himno en que se desata Pablo incluye esas palabras que tantas veces repetimos:

“Recapitular en Cristo todas las cosas”.

Es decir, Dios quiere que “todas las cosas tengan a Cristo por cabeza, lo mismo las del cielo que las de la tierra”.

Este es el pensamiento central de toda la carta: En Cristo encuentra todo su unidad, y todo lo que no está con Cristo y en Cristo está lejos de Dios.

Cristo llenándolo todo.

Cristo centrándolo todo.

Todo arrancando de Cristo.

Y todo yendo a parar en Cristo Jesús.

Por eso, Dios empezó por desplegar todo su poder en Cristo, “resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos”.

Jesucristo es muy superior a los ángeles, pues está sobre todos ellos.

Y también está Jesucristo sobre los hombres de todas partes y de todos los tiempos.

Sobre todos los redimidos.

Sobre la Iglesia, que encarna el Reino de Dios.

Por eso puede Pablo asegurar:

“Dios le sometió todo bajo sus pies y lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo” (1,20-23)

Pablo queda como extasiado ante lo que contempla.

Mira a los creyentes en Cristo de todos los siglos, y dice con voz emocionada y patética:

“Dios Padre, les dé a conocer, mediante la acción del Espíritu, que Cristo habita por la fe en sus corazones,

“para que fundamentados y arraigados en el amor,

“puedan comprender con todos los santos cómo es de inmensa la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y les llene de toda la plenitud de Dios” (3,16-19)

Grandioso, sencillamente.

Con palabras como éstas ahondamos en el Corazón de Cristo, sondeamos profundidades inmensas, y vemos que nos resulta imposible llegar al final...

Doctrina tan sublime sobre la vocación cristiana, sobre Cristo y su Iglesia, Pablo la quiere traducir en vida cristiana, sin que todo quede en teorías.

¿Qué quieren que les diga, hermanos y amigos?

Empiecen por la caridad. Piensen en lo que son y en lo que tienen:

“Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como es una la esperanza a la que y han sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (4,4-6).

Y pregunta Pablo: ¿Quieren un consejo que me sale del alma? Miren lo que les digo:

“No pongan triste al Espíritu Santo de Dios, con el que fueron sellados para el día de la redención” (4,30)

Aunque nos preguntamos nosotros algo preocupados:

-¿Es que podemos entristecer, y vamos a entristecer al querido al Espíritu Santo?...

El pensamiento del Apóstol nos resulta clarísimo al pensar que el Espíritu Santo es el lazo de unión de todo el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia.

Y todo lo que desune, desedifica, o denigra a la Iglesia y a cualquiera de sus miembros, duele hondamente al Espíritu Santo.

Se fija Pablo especialmente en la moral familiar, para la cual da también una razón suprema, como es la unión de Cristo con su Iglesia querida:

-Maridos y mujeres, ¡ámense como se aman Cristo y la Iglesia! Mujeres, miren cómo la Iglesia se da a Cristo... Maridos, ¡miren cómo Cristo se entregó por su Iglesia! (5,21-25)

Una carta como ésta no es para tenerla escondida entre las páginas de la Biblia.

Es para leerla, estudiarla, meditarla y convertirla en vida.

Nada más empezar, nos muestra a Dios soñando en nosotros desde toda la eternidad, como preguntándonos:

-¿No quieren ser como mi Hijo Jesús?... En sus manos dejo el responder a esta mi ilusión divina: santos, inmaculados, amantes... ¿Verdad que lo quieren ser?...

### 83. Predestinados y elegidos. *De eternidad a eternidad.*

La ciencia moderna nos tiene asombrados cuando nos habla hoy del origen del mundo, con eso que los científicos llaman el “Big bang” o gran estallido que originó el Universo.

Dicen que se produjo hace unos dieciséis mil millones de años. ¡Como quien no dice nada!... Entonces empezó a existir la materia y comenzó a correr el tiempo: ¡Dieciséis mil millones de años nada más!...

Pues, bien; supongamos que Pablo vive todavía en el mundo, metido en su desierto de Arabia o predicando en la planicie de Galacia, y le damos esta noticia, este descubrimiento de la ciencia.

¿Saben lo que haría y nos contestaría Pablo? No mostraría ninguna extrañeza ni ninguna emoción. Se limitaría a decir:

\* ¿Dieciséis mil millones de años? Si eso no es nada... Porque antes, mucho antes, desde toda la eternidad, ya existía Jesucristo en la mente de Dios.

Desde toda la eternidad había ordenado este Universo en orden a Jesucristo. Y no sólo a Jesucristo, sino a nosotros, que nos soñó hijos en su Hijo, a fin de que Jesucristo y nosotros viviéramos después siempre con el mismo Dios en su misma gloria y felicidad.

Para cuando apareció aquel “Gran estallido” del que hablan ustedes, hace tantos miles de millones de años, ya éramos veteranos nosotros en la mente de Dios, y teníamos además por delante una vida que no acabaría jamás, porque la vida posterior sería tan larga, tan eterna, como lo había sido la anterior. \*

¡Vaya discurso que nos echaría Pablo si le fuéramos con noticia semejante!

No se lo hubiera soltado a los sabios griegos en el Areópago de Atenas con más elocuencia que a nosotros ahora.

Muy bien, amigas y amigos, ¿fantaseamos hoy demasiado, al hablar así de lo que nos dice la ciencia moderna sobre la creación, mirado todo a la luz de la revelación de Dios por medio de Pablo?

No, no fantaseamos. Esto es lo que nos dice Pablo sobre nuestra predestinación, nuestra elección y nuestra glorificación nada más abrimos la carta a los de Éfeso.

Vemos que ésa es la realidad.

Que ése fue el sueño divino alimentado por Dios desde toda la eternidad.

Y que, por toda la eternidad que viene, ésa va a ser la dicha sin fin que nos espera.

Empieza Pablo su afirmación categórica con palabras emocionantes, y tantas veces repetidas:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales en Cristo, por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e intachables por el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”.

Esto es grandioso, sin más.



Un santo y mártir jesuita comentaba estas palabras comparándolas con la ilusión inefable de una madre que espera al niño que viene.

-¡Nueve meses! ¡Ya no faltan más que seis meses, tres meses, un mes nada más!... ¿Y cuándo tendré en mis manos al bebé que llega para besarlo, para acariciarlo, cuándo?...

Esos nueve meses inefables de la mamá, en Dios fue toda una eternidad:

-¿Cuándo tendré a mi Hijo convertido en Jesús, en Jesucristo, y con Él a una multitud más de hijos que serán felices conmigo por siempre?...

Esta es la primera etapa de esa eternidad anterior descrita por Pablo, incluidos en ella los miles de millones de años que pasaron desde la creación hasta la venida de Jesús al mundo.

Se presenta después la segunda etapa, la de Jesucristo entre nosotros, desde la Encarnación a la Ascensión y a su vuelta gloriosa al final de los tiempos.

El apóstol San Pablo nos presenta a Jesucristo entre nosotros rescatándonos con su sangre, la cual nos ha merecido “el perdón de los pecados” (1,7)

Para Jesucristo fue esta etapa de su vida en la tierra la de la expiación de la culpa de la Humanidad, realizada por su muerte sufrida en la cruz.

Murió Jesús. Pero vino la respuesta de Dios. La Víctima del Calvario era vivificada por el Espíritu Santo, y asumida por el Padre que la glorificaba en el Cielo, como dice Pablo:

“Dios desplegó toda su potencia en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en los cielos, por encima de cuanto existe en este mundo y en el otro” (1,20-21)

Allá subió Cristo, que ascendía a las alturas llevando consigo a una multitud inmensa de redimidos (2,8)

Seguimos metidos en esta segunda etapa, con el empeño de Dios de hacer que “todas las cosas, lo que está en el cielo y lo que está en la tierra, se vayan centrando en Cristo como cabeza de todo lo creado (1,10), “pues todo fue creado por Él y para Él” (Col 1,16).

Esta es la etapa de la Iglesia, a la que Jesús confió el desarrollo del Reino de Dios, con la proclamación del Evangelio a todo el mundo, hasta que se complete el número de los elegidos.

¿Cuánto durará esta etapa segunda? No lo sabemos. Es un secreto que se ha reservado Dios. Llevamos hasta ahora dos mil años, y no se acabará hasta que haya entrado el último de los predestinados.

Dios no tiene ninguna prisa, y pueden faltar aún muchos milenios, hasta que se forme una familia inmensa, digna de la grandeza y del amor de Dios.

Entonces vendrá la tercera y última etapa, cuando Jesucristo vuelva al final de los tiempos, glorioso y triunfador, para reunir a todos los elegidos desde un extremo al otro de la tierra, y ofrecer al Padre el Reino conquistado.

Entonces, como expresa Pablo, vencidos todos los enemigos y puestos bajo sus pies, entregará el Reino a Dios Padre, de modo que Dios sea todo en todas las cosas (1Co 15,28)

Esta Carta de Pablo a los de Éfeso nos ofrece en un conjunto maravilloso todo el misterio de Jesucristo y de nosotros como familia de Dios.

Soñados por Dios, no durante miles de millones de años, sino desde toda la eternidad.

Formada esa familia de Dios durante el tiempo de la vida mortal de Jesús en el mundo y a lo largo de los siglos o milenios que Dios tiene determinados.

Y completada y consumada al final de los tiempos, para morar en la casa de Dios —en la Casa del Padre, como nos gusta decir hoy—, por siglos eternos...

¡Grandioso el plan de Dios!

Mas grandioso, desde luego, que ese Big Bang o Gran Estallido de los científicos, que nos pasma con sus miles de millones de años, tan cortitos comparados con nuestra eternidad en la mente y en la gloria de Dios...

#### **84. Santos, inmaculados, amantes. Así nos pensó Dios**

La carta de Pablo a los Efesios, que vamos conociendo bien a estas horas, es rica de verdad, ¿no es así?

Nos habla de Jesucristo y de su “misterio” de modo que embelesa y entusiasma.

Sin embargo, Pablo no se contenta con enseñar doctrinas elevadas, sino que propone también en esta carta, de manera abundante y rica, las directrices de vida cristiana que se desprenden de su altísima enseñanza.

En realidad, nada más empezar y en la primera línea, Pablo expone con tres palabras el ideal de Dios sobre los bautizados, al decir que fueron escogidos desde antes de la creación del mundo para ser ante Dios “santos, inmaculados, amantes” (Ef 1,4)

Como vemos, un programa sugerente por su altura y su grandeza, aunque también estremecedor por sus enormes exigencias.

Todas las normas que Pablo dicta en esta segunda parte de la carta se van a reducir a esto nada más y nada menos:

-¡Cristianos! ¡A ser santos, a ser intachables, a ser incendios de amor!

Es todo lo que Pablo nos quiere decir hoy (Ef 4,17-31)

¡Sean santos ante todo!, grita a todas aquellas Iglesias del Asia Menor a las cuales dirige esta carta circular.

“Revístanse del Hombre Nuevo, Jesucristo, creado según Dios en la justicia y santidad”.

Los creyentes del Asia Menor conocían muy bien las costumbres paganas de sus tierras. Habían vivido metidos en ellas, y no se habían distinguido por ser unos angelitos precisamente.

Recordándoles esto, empieza por decirles Pablo:

“No vivan ya como viven los paganos, según la vaciedad de su mente, porque obcecada su inteligencia en las tinieblas del pecado, se ven excluidos de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos y por la dureza de su corazón” (4,17-18)

Los creyentes eran todo lo contrario.

Llevaban dentro por el Bautismo la Vida de Dios, y no querían regresar a una condición moral que ahora les apenaba.

Pablo se lo reconoce y les anima:

“Ustedes han aprendido bien a Cristo, pues han oído hablar de él rectamente, y han sido formados conforme a la verdad de Jesús” (4,21)

“Revestidos de Cristo”, y viviendo conforme a la verdad de Cristo, ¡adelante, que ustedes son santos de verdad!

Por la Virgen María —a la que llamamos sin más “La Inmaculada” al haberse visto limpia de toda mancha desde su concepción— sabemos lo que significa esa palabra de Pablo: “Inmaculados”.

Son cristianos intachables, de los que nadie puede burlarse señalándoles con el dedo.

Pablo contrapone también ahora a estos cristianos con los paganos, usando palabras fuertes:

“Habiendo perdido los gentiles el sentido moral, se entregaron al libertinaje, hasta practicar con desenfreno toda suerte de impurezas” (4,19)

Eso lo conocían muy bien los creyentes, por lo cual no podían extrañarse de las palabras de Pablo:

“En cuanto a su vida anterior, despójense del hombre viejo, que se corrompe al seguir las concupiscencias y las pasiones que le seducen” (4,22)

Si se dejan arrastrar por ellas, ¿saben lo que hacen?...

-¡Sépanlo! “¡Poner triste al Espíritu Santo, con el cual han sido sellados para el día de la redención final” (4,30)

Pablo no acaba nunca de manera negativa, aunque reprenda los vicios más degradantes.

Mucho menos lo va a hacer ahora con sus queridos efesios, y les da coraje:

¡Venga, amigos, a ser intachables! Todos los de fuera los miran como lo que actualmente son: “Aunque antes fueron tinieblas, ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz” (5,8-9)

Todo lo que les pueda decir Pablo, se resolverá finalmente en el amor.

Y ahora empieza por proponer la generosidad de Dios y la figura de Jesucristo:

“Recuerden que Dios los perdonó en Cristo, y sean por lo tanto imitadores de Dios, como hijos queridos” (4,37-5,1)

Además, “vivan en el amor, como Cristo los amó y se entregó a la muerte por nosotros como sacrificio agradabilísimo a Dios” (5,2)

Dios que ama y entrega a su propio Hijo...

Jesucristo que ama y se entrega a Sí mismo a la muerte...

¿Qué le queda al cristiano?... Amar, amar con todas sus fuerzas, amar con todo su ser, amar a Dios, a Jesucristo, a todos... Amar como Jesucristo, amar como el mismo Dios.

Pablo va a tomar ahora una comparación muy gráfica: ¿Qué hace el que se emborracha con vino, ingiriendo alcohol?... Lo sabemos todos. Pablo pasa de esa imagen dolorosa a otra bellísima: “¡Embriáguense de Espíritu Santo!”.

¿Y qué hará el Espíritu divino?

No pudiendo el cristiano aguantar tanto amor como llevará dentro, estallará en “salmos, himnos, cánticos ardientes e inspirados, cantando constantemente al Señor, dando gracias siempre y por todo a Dios Padre, en nombre del Señor Jesucristo” (5,18-20)

Parejo al amor a Dios irá el amor al hermano, ya que el amor a Dios obligará a “conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (4,3)

Con cristianos así, “santos, inmaculados, amantes”, será una realidad en la Iglesia de nuestros días aquello que esperaba el Papa Pablo VI al pensar en el Concilio que se había celebrado:

“Vendrá el descubrimiento de ser cristianos y la alegría de serlo.

“Y con la alegría, un vigor nuevo que pone en muchos corazones deseos, esperanzas, propósitos, audacias de nuevas actividades apostólicas.

“Vendrán cristianos que se apartan del gregarismo, de la pasividad, de la aquiescencia que hace espiritualmente esclava a tanta gente de nuestro mundo de hoy”.

Si Dios es Santo, el Santísimo, ¿qué mayor ideal cristiano que ser santos como Dios?

Si Dios es Belleza infinita, ¿qué mayor hermosura cristiana que una limpieza sin tacha?

Si Dios es Amor, ¿qué sentimiento cristiano puede superar al amor, qué ocupación más grande que amar, qué actividad más divina que gastar la vida amando siempre más y más?...

## 85. ¡Ven, Espíritu Santo! *El único Espíritu de la Iglesia*

Empezamos hoy con una pregunta: ¿Qué nos dice Pablo sobre el Espíritu Santo? ¿quién era el Espíritu Santo para San Pablo?...

Porque en los Hechos de los Apóstoles, y después en sus cartas, Pablo trata al Espíritu Santo de una manera tal que lo cita continuamente, le atribuye toda la vida de la Iglesia, lo ve mover la existencia entera del cristiano.

Pablo sabe que al Espíritu Santo le debe su misión, desde que en la asamblea de Antioquía se escuchó aquella voz:

“Sepárenme a Saulo y Bernabé para la obra a que los tengo llamados” (Hch 13,1)

A partir de este momento, el Espíritu lo guía o le detiene los pasos, de modo que Pablo no es más que el instrumento dócil que cumple siempre un encargo superior.

En la vida y en las cartas de Pablo, el Espíritu Santo está siempre activo, siempre se mueve, nunca está sentado en su trono de gloria para recibir adoraciones aunque sea Dios.

El Espíritu Santo que conoce Pablo no tiene más preocupación que la Iglesia y cada uno de los hijos e hijas de la Iglesia.

Mientras la Iglesia peregrine en la tierra y haya un cristiano en el mundo, el Espíritu Santo no se tomará el descanso divino que le corresponde en la gloria.

Al hablar así, no lo hacemos con irreverencia a una de las Tres Divina Personas, sino con un cariño grande al Espíritu Santo, el dulce Huésped de las almas.

Pablo ve al Espíritu Santo llenando y animando totalmente a la Iglesia.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, el organismo de Cristo, y el Espíritu Santo es el alma que le da vida.

Es lo que Pablo expresa con estas palabras:

“Un solo cuerpo y un solo Espíritu” (Ef 4,4)

El cristiano, cuando se bautizó, se convirtió en hijo de Dios, en un miembro del Cuerpo de Cristo, y quedó a su vez lleno del Espíritu Santo.

Así, el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, ha venido a ser el alma de todos los miembros de Cristo, de todo el Cuerpo de Cristo, de toda la Iglesia.

¿Y qué quiere Pablo entonces de cada cristiano y de la Iglesia entera?

Pablo ve a la Iglesia, y a cada cristiano en particular, como un templo del Espíritu Santo, conforme a las palabras tantas veces repetidas:

“¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en ustedes?”.

El cristiano no puede destruir en si mismo con la impureza ese templo que es él mismo, ni tampoco destruir con divisiones el templo que es la Iglesia:

“¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo?”. “Y si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es sagrado, ese templo que son ustedes” (1Co 6,19; 3,16-17)

Por eso Pablo dice algo duramente:

“El que no tiene el Espíritu de Cristo, ha dejado de ser un miembro suyo” (Ro 8,9)

¿Y quién es el que no tiene el Espíritu de Cristo?...

Según San Pablo, es aquel que se deja arrastrar de nuevo por aquellas malas tendencias de antes, ya que “los que son de Cristo las tienen clavadas con Cristo en su cruz” (Gal 5,24)

Pablo ve a la Iglesia como la gran testigo de Cristo, del que da testimonio, como dice a los de Corinto (2Co 3,3) con expresión muy bella:

“Ustedes son la carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo”.

A los que son esta carta viviente, les dicta Pablo unos textos preciosos.

Primero. El Espíritu Santo es don de Dios y prenda de su divina gracia, de su protección, de la vida eterna.

Y así les dice: “Dios nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu Santo en nuestros corazones” (2Co 1,22)

Segundo. El amor cristiano es obra del Espíritu Santo.

Es el Espíritu quien aviva el fuego, desde el momento que se metió dentro de cada uno de los bautizados, conforme a la palabra de Pablo tantas veces repetida:

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5)

Tercero. Con el Espíritu Santo en los corazones, se gozan anticipadas las alegrías que se esperan para el Cielo, tan diferentes de la felicidad vana que puede ofrecer la tierra.

Lo dice Pablo con palabras fuertes:

“No se emborrachen con vino, causa de libertinaje, sino embriégense de Espíritu Santo, que les hará estallar en salmos, himnos y cánticos inspirados, para cantar en su corazón al Señor” (Ef 5,18-19)

Cuando se conoce al Espíritu Santo por lo que nos dice Pablo, se aprecia de verdad eso que se ha dicho del Divino Espíritu: que ilumina, que enciente, que empuja.

¡Cómo hace ver los misterios de Dios!

¡Cómo abraza el corazón!

¡Cómo impulsa a hacer algo por el Señor!...

El Espíritu Santo, que nunca está quieto en la Iglesia, no deja tampoco en paz ociosa al cristiano, que, al dejarse guiar por el Espíritu, tiene siempre en sus labios la consabida plegaria: ¡Ven, Espíritu Santo!...

Entre los himnos de la Liturgia de la Iglesia al Espíritu Santo hay uno precioso por demás.

Cada uno de los versos puede probarse sin esfuerzo alguno con un texto de San Pablo, como si Pablo fuera dictando cada uno de esos versos con palabras propias suyas.

Dice así ese himno tan bello:

“Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.

“Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

“Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.

“Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

“Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno”.

Este himno en latín es muy viejo, y muy moderna su traducción a nuestra lengua. Pero, en latín o español, estemos seguros que merece esta firma: *Pablo, apóstol de Jesucristo.*



## 86. ¡Viva la Vida de Dios!

Ocurrió en un Encuentro Juvenil. Aquel excelente muchacho, líder indiscutido, es interrogado por antiguos compañeros, no digamos de parranda y vicio, pero sí de loca diversión:

-Tú, siempre con “La Gracia” en los labios. ¿Qué es para ti La Gracia?

Y él, con sinceridad espontánea y simpática:

-¿La Gracia?... ¡Mi gran negocio! Una verdadera ganga. Si quieren, lo prueban por sí mismos.

¿Tenía o no tenía arzón el muchacho?...

Aunque nosotros, al querer hablar de la Gracia según San Pablo, nos encontramos casi en un apuro.

Porque el Apóstol no habla de la Gracia como a nosotros nos gustaría, sino que lo hace a su manera, sobre todo por comparaciones.

¿Y qué es entonces la gracia en San Pablo, según esas sus comparaciones tuyas?

La gracia es ante todo una **VIDA**, la vida de Dios en el bautizado.

El muerto quedó convertido en un ser viviente, como confiesa Pablo:

“Estando nosotros muertos por nuestros pecados, Dios, llevado del exceso del amor con que nos amó, nos dio la vida por Cristo y con Cristo” (Ef 2,5; Col. 2,13)

Esto es algo grande, algo inimaginable.

¡Ser partícipes de la vida de Dios!

Dios metido en la vida del cristiano porque le ha invadido todo su ser.

El bautizado es igual que el hierro dentro de la fragua, o la resistencia invadida por la corriente eléctrica. No hay molécula del hierro resistente que no esté convertida en fuego.

Así el cristiano, por la gracia, está convertido totalmente en Dios.

San Pablo usa muy gráficamente la comparación del **VESTIDO**.

Antes, con la vida de pecado, el hombre era un pobretón miserable y andrajoso.

Pero el bautismo, al comunicarle la gracia, le hizo aparecer bellísimo a los ojos de Dios.

“Todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo” (Gal 3,27).  
Han quedado “revestíos de Jesucristo el Señor” (Ro 13,14)

Aunque hay que entender correctamente esta comparación de Pablo.

No se trata de un vestido externo, de sólo apariencias, como enseñaba un error fatal.

Aquel error decía, y aún se sigue repitiendo por muchos:

-Aunque seamos pecadores, ¿qué importa? Dios nos echa encima el precioso y elegante vestido de los méritos de Jesucristo, único vestido que Dios mira, no nuestro pecado.

¡Jamás admitiremos nosotros en la Iglesia semejante barbaridad!

El vestido de la gracia transforma al bautizado por completo, por dentro y por fuera, de modo que a los ojos de Dios aparece como hombre impecable, como mujer bellísima...

Otra comparación familiar a Pablo es la de la **IMAGEN**: la gracia convierte al bautizado en imagen de Jesucristo.

Pablo nos presenta a Dios Padre mirando desde la eternidad a los que iban a responder a su vocación cristiana.

Por eso, al determinarse a crearlos,

“Dios los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo”, de modo que, “así como llevamos la imagen del Adán terreno, llevemos ahora la imagen de Jesucristo, el Adán celestial” (Ro 8,29. 1Co 15,45-49)

Ninguna fotografía, ningún retrato, ningún cuadro del más célebre pintor, ninguna estatua, pueden representar a Jesucristo mejor que lo copia un bautizado.

Quien ve a un cristiano, ve al mismo Jesucristo, de tan fielmente como lo reproduce.

Y esto, ¿por qué?... San Pablo profundiza mucho más, y presenta al cristiano por la gracia convertido en un **MIEMBRO** de Cristo, como parte del mismo Cristo:

“¿No saben que ustedes mismos son miembros de Cristo?” (1Co 6,15)

El bautizado, al ser miembro de Cristo, se ha convertido por eso mismo en **HIJO O HIJA DE DIOS**.

Esto lleva consigo el derecho a ser “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Ro 8,15-17), destinados a la resurrección, como asegura Pablo:

“Cristo transfigurará nuestro cuerpo humilde según la forma de su cuerpo glorioso”.

“Porque cuando se manifieste Cristo, vida nuestra, entonces también nosotros seremos manifestados en gloria juntamente con él” (Flp 3,21. Col 3,3-4)

La gracia ha transformado del todo al bautizado.

No importa nada la historia anterior, como atestigua Pablo a aquellos cristianos salidos del paganismo:

“Han sido lavados, han sido justificados, han sido santificados, han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1Co 6,11)

Es decir, se ha realizado en ellos una transformación total y esplendorosa, conforme a otra comparación tan familiar a Pablo: **¡La Luz!**

“Son ustedes hijos de la luz y del día; no son de la noche ni de las tinieblas” (1Ts 5,5)

“Eran en otro tiempo tinieblas, pero ahora son luz en el Señor; caminen., pues, como hijos de la luz” (Ef 5,8)

“Ustedes, cristianos, brillan como antorchas en el mundo” (Flp 2,15)

Por eso, confiesa Pablo, gozoso de sí mismo y de sus discípulos::

“Nosotros, reflejando como espejos la gloria del Señor, nos vamos transformando de gloria en gloria a su misma imagen, iluminados por el Espíritu del Señor”,

“y así irradiemos la gloria de Dios, que resplandece en el rostro de Cristo Jesús” (2Co 3,18; 4,6)

Dios, que es grande en todo, ha querido ser grande en sus regalos.  
Y con este regalo de la **Gracia santificante** se ha lucido de verdad.

Hacernos el Padre participantes de su vida divina, como hijos e hijas suyos...  
Convertirnos en miembros de Cristo...  
Consagrarnos en templos vivos del Espíritu Santo...

Todo esto es algo inimaginable.  
Aquel muchacho llamaba a la Gracia su “gran negocio”. ¿Tenía o no tenía razón?...

El Ángel saludó a María llamándola “llena de gracia”.  
Su Maternidad divina es algo único, ciertamente., y plenitud de gracia como en María no se ha dado ni se dará jamás.

Pero, ¿se puede llamar también a los bautizados los “*llenos de gracia*”?... Pablo nos ha dicho algo!

## 87. El “Misterio” de Cristo. *Un secreto revelado*

Hay una palabra en el Nuevo Testamento que es casi exclusiva de San Pablo. Es la palabra “Misterio”, empleada especialmente en la carta a los Efesios, en la cual desarrolla lo que él quiere decir con esta palabra tan sugestiva.

Es posible que hoy repitamos cosas ya dichas anteriormente, pero no importa. Tratándose de Jesucristo, siempre resultan nuevas...

¿Y a qué se refiere Pablo?

Empecemos por leer este pasaje célebre, escrito en la prisión de Roma, aunque suprimiendo bastantes palabras para seguir mejor el pensamiento del Apóstol.

“Yo Pablo, el prisionero de Cristo, recibí por una revelación el conocimiento del misterio de Cristo,

“misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido revelado ahora a sus apóstoles.

“A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida la gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo,

“y esclarecer cómo se ha dispensado el misterio escondido desde siglos en Dios,

“manifestado ahora mediante la Iglesia,

“conforme al designio eterno realizado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ef 3,1-11)

¿Qué quiere decirnos Pablo con palabras tan solemnes?

Quiere enseñarnos una verdad tan grandiosa como las palabras que usa.

“Misterio” no quiere decir algo que no se entiende.

Pablo pretende expresar un “secreto” que Dios se guardaba escondido, sin que lo conociera nadie, para manifestarlo cuando llegara el momento propicio.

Pero, ¿qué era lo que se callaba Dios?

Se trataba de lo que iba a realizar con Cristo, especialmente con Cristo Crucificado.

No convenía que lo supiera nadie, y menos el demonio.

Pero, una vez realizado todo, y Jesús ya resucitado de entre los muertos, Dios lo daba a conocer y quería que su Iglesia lo publicara en el mundo entero.

El “misterio” significaba

-que con Cristo Crucificado se había saldado la deuda contraída por la Humanidad ante Dios con el pecado;

-que con Cristo había vuelto la santidad al mundo;

-que con Cristo podría la humanidad entera —tanto los judíos como los paganos— entrar en la Gloria, el verdadero paraíso perdido.

Es interesante seguir el proceso con el que Dios desarrolló su plan, según el pensamiento de Pablo.

Nosotros podemos describirlo de esta manera.

- Dios había creado al hombre en santidad y lo había destinado a la Gloria.
- Pero el hombre, instigado por Satanás, estropeó en el paraíso todo el plan de Dios.
- La humanidad entera con Adán se convertía en pecadora.
- Dios, ofendido, exigía justicia, y el hombre no podía pagar la enorme deuda contraída.
- No había más remedio que una condenación eterna para todos.
- Pero, ¿qué sacaba Dios con ello? Hablando a nuestro modo, Dios tenía que aguantar un fracaso total, y dar a Satanás una victoria completa.
- No podía consentir esto la gloria de Dios, y tampoco lo soportaba su amor.

Entonces, Dios se decidió desde toda la eternidad, cuando previó este su fracaso, y se preguntó: ¿Por qué no salvo al hombre?...

Las Tres divinas Personas —como el Alto Mando en una guerra— tuvieron consejo, que debía quedar secreto al enemigo. Y se decidió en estos puntos:

- como el hombre no puede pagar en justicia a Dios, el que pague tiene que ser Dios;
- entonces, el Hijo que se haga hombre, que cargue con el pecado de todos los hombres, y que pague por todos sus hermanos;
- la justicia quedará satisfecha, porque un Dios Hombre, inocente, habrá pagado la enorme deuda del hombre pecador;
- ante tanto amor del Hijo, obediente hasta la muerte de cruz, Dios se rendirá y devolverá al hombre todo lo que había perdido instigado por el demonio;
- el Hijo, el Crucificado, resucitará, porque siendo Dios no puede estar bajo el dominio de la muerte;
- como el Hijo hecho Hombre unirá en Sí a todos los hombres, todos resucitarán después con Él y podrán entrar en la misma Gloria del Hijo.

De este modo,

- Dios, en su justicia, habrá quedado plenamente satisfecho y habrá triunfado su amor.
- El Hijo hecho Hombre será el centro de toda la creación.
- El hombre, salvado, recobrará todos los bienes para los que fue creado.
- Y Satanás quedará burlado con una derrota total.

El plan de Dios se ejecutó en el momento previsto, “cuando llegó la plenitud de los tiempos, y el Hijo se hizo Hombre, nacido de una mujer” (Gal 4,4)

La Mujer, elegida por Dios desde toda la eternidad como segunda Eva, era María. Dios la predestinaba con el mismo decreto con el que determinaba la encarnación de su Hijo.

Pablo, que pensaba todo esto, escribirá orgullosamente ante el triunfo de Dios y de su Cristo:

“Allí donde abundó el delito, sobreabundó la gracia” (Ro 5,20)

Y acabará con un párrafo grandioso escrito a los Efesios:

“Dios les conceda comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa a todo conocimiento, y se llenen de toda la plenitud de Dios” (Ef 3,17-19)

¡Cristo Jesús!

He aquí el mayor secreto de Dios, guardado celosamente desde toda la eternidad, y anunciado y publicado después como la noticia más sensacional y de mayor resonancia.

¿Quién tan conocido como Cristo Jesús? Nadie...

¿Quién más amado como Cristo? Nadie...

¿Quién con más influencia que Cristo en el mundo? Nadie...

El Padre le dijo desde toda la eternidad: -Hijo mío, vete y salva al mundo.

El Espíritu Santo, lo tomó por su cuenta: -Yo lo haré Hombre nacido de una Mujer.

El Hijo respondió: -¡Aquí estoy!...

Este es el drama ideado y realizado por Dios.

Y los hombres, los grandes beneficiarios, nos limitamos a decir: -¡Gracias, Señor Dios nuestro! ¡Qué bien sabes hacer las cosas!...

## **88. Pablo, el héroe de la humildad.** *El menor que el más pequeño*

¿Qué concepto, qué idea tenemos formada de San Pablo? Desde luego, para muchos, para todos quizá, Pablo es la figura más grande de la Iglesia y uno de los hombres más notables que ha producido la humanidad.

¡Qué vida tan legendaria! ¡Qué ideas y qué ideal! ¡Qué inteligencia! ¡Qué cartas! ¡Qué amor tan apasionado!... Su personalidad subyuga.

Pasa con Pablo, proporcionalmente, lo mismo que con Jesús el divino Maestro. O con él o contra él, pero no se puede estar indiferente.

Eso es Pablo para nosotros. Sin embargo, ¿quién era Pablo para Pablo?

Podemos llamarlo: un héroe de la humildad.

Basta ver cómo se llama a sí mismo en su carta a los de Éfeso, como anota acertadamente un célebre biblista y profundo conocedor del griego.

No se llama “el más pequeño de los santos”, “el menor de los cristianos”, “el discípulo pequeñísimo”.

Pablo se inventa una palabra, hace un comparativo de un superlativo, y dice de sí mismo: “yo, *menor que el más pequeño* de entre los santos” (Ef 3,8)

Pablo es para Pablo el último en la Iglesia, y por eso se pone al servicio de todos, porque todos son más santos y más dignos que él.

Y cuando no puede menos de reconocer lo que ha hecho por Jesucristo en la predicación del Evangelio —pues ha trabajado más que nadie, ha realizado más prodigios que ninguno, y ha sufrido más que cualquiera en aventuras mil—, añade para esquivar toda alabanza:

“El Señor Jesús se me apareció el último de todos a mí, que soy como un aborto. Pues yo soy el último de los apóstoles, indigno de llevar el nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios.

Pero al no poder negar lo que ha hecho, le da toda la gloria a Dios:

“Sin embargo, por la gracia de Dios soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí, pues he trabajado más que todos ellos; pero no he sido yo quien lo ha hecho, sino la gracia de Dios conmigo y por medio de mí” (1Co 15,8-10)

Estas palabras de Pablo, ¿son un arranque oratorio nada más? ¿Sentía de verdad lo que decía? ¿Era consciente de ser un cristiano tan indigno? Si se llamaba “pecador”, ¿sabía que lo era, o que lo había sido antes de su clamorosa conversión?

No dudemos un momento que Pablo se sentía pequeño e indigno de verdad ante Dios y ante los hermanos.

Unas palabras suyas, dirigidas a su discípulo más querido, nos lo atestiguan de manera emocionante:

“Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo” (1Tm 1,15)

El que se firmaba siempre “Pablo, siervo de Jesucristo”, y era un volcán de amor, se confesaba con sinceridad que desconcierta y emociona, “el mayor de los pecadores”, el que rompía la fila e iba a la cabeza de todos como el pecador más grande...

Tanto es así, que su mismo apostolado lo toma como un deber serio, y no como un privilegio, de modo que tiembla ante una posible infidelidad: “¡Ay de mí, si no evangelizare!”.

Y Pablo sabe, además, que ha de esforzarse en ser un santo, un cristiano cabal, además de ser un apóstol entregado y decidido, pues añade:

“Me venzo a mí mismo y me esclavizo; no sea que, habiendo predicado a los demás, venga a ser yo un réprobo que me pierda” (1Co 9, 16 y 27)

No entendemos cómo cabe tanta humildad con santidad tan excelsa y con empresas tan deslumbrantes. Pero así era Pablo.

En realidad, no es de extrañar esta humildad en Pablo si examinamos los principios en que se fundamentaba. Si recorremos sus cartas vemos lo que enseñaba a los demás, pero empezaba a practicarlo siempre por él mismo, pues vivía lo que predicaba.

Si alguno de los cristianos tenía dones y gracias de las que pensaba presumir, se encontraba con la voz severa de Pablo:

-¿De qué te glorías? “¿Tienes algo tuyo que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te engrías, si te lo han dado todo?” (1Co 4,7)

Desde ser gallardo el hombre o bonita la mujer, todo es puro regalo de Dios. Porque “somos hechura de Dios” (Ef 2,10), nos advierte Pablo prudentemente, y, aunque el provecho sea nuestro, la gloria por la obra de arte es del inteligente Hacedor.

Pablo se nos presenta como un modelo admirable de humildad, como cuando dice:

“Yo, que fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente, alcancé misericordia de Dios”, y “no me glorío sino en mis propias enfermedades, para que se manifieste en mí la fuerza de Cristo, pues cuando me siento débil es cuando soy más fuerte” (1Tm 1,13; 2Co 12,9-10)

El humilde Pablo tenía entonces autoridad para pedir a las Iglesias:

“Al tanto con imaginarse alguien que es importante, porque ese tal se engaña miserablemente a sí mismo”. “Por eso, no se estimen más de lo que conviene..., y no aspiren a grandezas, sino vayan siempre detrás de los más humildes”, de modo “que nadie se engría sobreponiéndose a otro” (Gal 6,3; Ro 12,3 y 16; 1Co 4,6).

Decían de Pablo sus detractores:

“Tiene una presentación pobre y su hablar es despreciable” (2Co 10,10)

¿Es cierto eso de que Pablo no era buen orador? No nos engañemos. Los discursos de Antioquía de Pisidia y del Areópago en Atenas, dicen todo lo contrario.



Pablo debió ser buen orador. Pero, con una humildad profunda, renunció a sus magníficas cualidades para que no se desvirtuase la Palabra y se atribuyese el triunfo a las dotes humanas de Pablo y no a la fuerza del Evangelio.

Nuestro admirado y querido San Pablo no es sólo el aventurero audaz que traspasa las montañas del Tauro...; ni el que lleva el cuerpo surcado de llagas con tantas veces azotado por judíos o lictores romanos...; ni el indomable luchador contra los judaizantes...

Pablo es más que nada el humilde “siervo de Jesucristo” y el que “se hace todo para todos”, con humildad sincera y entrañable, a fin de ganarlos a todos para el Señor.

Pablo se llamó a sí mismo “menor que el más pequeño de los santos”.

Pues, si Pablo era el más pequeño, ¿cómo será el más grande?...

Puestos nosotros a hacer encuestas entre los cristianos, vemos que Pablo se colocó en el último lugar.

¿Quién es, entonces, el que ocupa el primero?

No lo sabemos, pues sólo Dios lo sabe. Pero a nosotros nos cuesta colocar a Pablo en el segundo puesto, contra todo lo que él mismo diga...

## 89. ¡Perfectos! Nada de medianías. *El crecimiento en Cristo*

¿Sabemos cómo San Pablo quiere al cristiano? Eso de “niños grandes”, como decimos despectivamente nosotros, no le entra a Pablo en la cabeza. Al cristiano lo quiere adulto, en pleno desarrollo, hasta ser un tipo completo, con la misma talla de Jesucristo.

Empezamos hoy con un texto magnífico de la carta a los Efesios, en el que Pablo nos presenta a Cristo disponiendo muy bien las cosas en su Iglesia. Y grita el Apóstol:

“Lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un hombre perfecto, a la plena madurez en Cristo”..

¿Y esto, para qué?...

“Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error.

¿Y cómo se consigue ideal semejante?

“Practicando la verdad en el amor, crezcamos en todo hasta llegar a ser como aquel que es la cabeza, Cristo” (Ef 4,12-15).

Aquí Pablo habla de dos clases de cristianos.

Unos son perfectos, mejor dicho, trabajan tanto por ser perfectos, que van creciendo siempre por la fe, por el amor, por su esfuerzo y contando con la gracia de Dios, hasta que llegan a un desarrollo pleno, asemejados en todo a Cristo Jesús el Señor.

¡Qué elogio el de estos cristianos, hombres y mujeres de belleza sin igual!...

Al hablarnos Pablo de esta manera, nos da ocasión para decir algo de la **perfección** cristiana tal como la entendía él.

Esa perfección es el empeño por un crecimiento tal en la fe y el amor, que al fin se consigue una semejanza completa con el mismo Jesucristo.

No significan otra cosa las palabras que Pablo nos acaba de decir:

-plena madurez en Cristo,

-por un conocimiento cada vez mayor del Señor,

-vivido por un amor ardiente que crece sin entibiarse nunca.

“Crezcamos por todo en Cristo” (Ef 4,15). Aquí está fuerza mayor de todo lo que nos dice San Pablo, confirmado por él con palabras inolvidables.

“Para mí el vivir es Cristo” (Flp 1,20), “de manera que ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20)

Por eso, porque Pablo lo siente y lo vive, tiene autoridad para pedirnos: “Tengan ustedes los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (Flp 2,5)

Si analizamos estos textos de Pablo, adivinamos que él mismo se pudo preguntar muchas veces como un examen de conciencia:

¿Qué pienso? Lo mismo que Jesús.

¿Qué quiero, qué deseo? Lo mismo que Jesús.

¿Qué amo, y cómo amo? Lo que amaba Jesús y como lo amaba Jesús.

¿Qué hago? Lo mismo que haría Jesús.

¿Cómo rezo, cómo trabajo, cómo cumplo mis deberes? Igual que Jesús.

¿Cuál es el motor de mi vida? Jesús, y nadie más.

¿Qué pasos doy en mi vida? Los que daría Jesús.

¿Cómo sufro, al llegar el dolor? Como sufrió Jesús.

Hasta que mi corazón no sea el mismo Corazón de Cristo, no habré llegado a la perfección de Cristo en mí.

Así pudo preguntarse y examinarse Pablo, sacando para sí la conclusión que dictaba a sus discípulos:

“Permanezcan perfectos en la voluntad de Dios” (Col 4,12), decía a los de Colosas.

Y les añadía a los de Roma:

“Transfórmense de manera que cumplan la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Ro 12,2)

Era como decirles:

-Si queremos ser perfectos, yo como ustedes, lo conseguimos plenamente al cumplir la voluntad de Dios en todo, como la cumplía el Señor Jesús.

Entonces Dios Padre, Jesús y nosotros, vendremos a ser una sola cosa y poseer la perfección a que Dios nos llama.

Este modo de hablar es el que emplea Pablo con Timoteo:

-Así el hombre de Dios y la mujer cristiana se encuentran perfectos y preparados para toda obra buena” (2Tm 3,17)

Tenemos en nuestros días a la Madre Teresa. ¿Cómo pudo realizar tales prodigios entre los más pobres y ser la admiración del mundo?

Porque amaba con el mismo corazón de Cristo, según su frase famosa a las Misioneras de la caridad: “Nuestro compromiso no es con los pobres, sino con Cristo”.

Así pudo amar a los pobres como los ama el mismo Jesús y hacer por ellos lo que sólo Jesús hubiera hecho.

Cuando San Pablo habla dos o tres veces de los cristianos “niños” se refiere a la debilidad de su fe. No conocen lo suficientemente a Cristo, y de aquí vienen sus dudas, su estancamiento, su ningún progreso en la perfección cristiana.

Pablo no los desprecia, pero les dice con cierto cariño:

“Sean niños en malicia, pero maduros por su mentalidad”, por sus criterios (1Co 14,20)

Por eso encarga a los evangelizadores, que se dedican a robustecer la fe en las Iglesias:

“Anunciamos a Cristo, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo” (Col 1,28).

La fe en Cristo Jesús va acompañada de un amor ardiente. Esto, por supuesto.

Pablo sigue con sus frases atrevidas, y dice de sí mismo que él ama “con las mismas entrañas de Cristo” (Flp 1,8)

Si esto era verdad, entendemos toda la vida de Pablo. Al tener el mismo corazón de Cristo, ¿con qué corazón iba a amar y de qué manera iba a amar?...

Pablo tiene unas palabras arrebatadoras.

Aludiendo a su conversión, dice que Jesucristo le miró, se tiró detrás de él, y le alcanzó.

Atrapado por Cristo que se le puso delante, ahora es Pablo quien se tira detrás del Señor en una carrera frenética, y nos confiesa:

“No es que lo haya conseguido a estas horas o que ya sea yo perfecto, sino que sigo en mi carrera hasta alcanzar a Cristo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí” (Flp 3,12)

Dios no deja a nadie solo en esta tarea de llegar a la perfección en Cristo Jesús. Pues le asegura Pablo:

“Quien empezó en ustedes la buena obra la irá perfeccionando hasta el Día de Cristo Jesús” (Flp 1,6)

Ante la medianía y la pobreza espiritual que hoy padece gran parte del mundo, la Iglesia puede ofrecer en muchos de sus hijos un gran ideal: ¡Perfectos como Jesucristo, el Hombre dechado de toda perfección!

¿Quién gana en belleza al hombre y a la mujer que se han desarrollado plenamente en Cristo Jesús?... ¡Nadie! No hay hombre o mujer más cabales.

## 90. El Matrimonio cristiano. *Un misterio grande.*

Al leer la carta de Pablo a los Efesios nos quedamos sorprendidos cuando llegamos a un punto determinado.

Quiere el Apóstol dar consejos sobre la vida cristiana, y, al hablar a los casados, se eleva a unas alturas teológicas y místicas sorprendentes (Ef 5,21-33)

Viene a decirles sin más:

-Esposos, ¿saben quiénes son ustedes? Son Cristo y su Iglesia. Porque Cristo los ha tomado como el signo viviente de lo que Cristo es y hace con su Iglesia.

¿Y quieren saber cómo se deben portar entre los dos? Miren a Cristo, miren a la Iglesia, y hagan ustedes exactamente lo mismo que Cristo y la Iglesia se hacen el uno con el otro.

Es curioso este modo de hablar. Para explicar lo que es Cristo y su Iglesia, Pablo recurre al matrimonio:

-¡Jesucristo se ha desposado con la Iglesia! La Iglesia y Jesucristo son dos enamorados, y se quieren tanto y se dan con tanto amor el uno al otro, como dos esposos que se aman intensamente.

Ante este hecho, Pablo se dirige después al marido y a la mujer, para decirles:

-¿Quieren saber lo que tienen que hacer ustedes para que su matrimonio sea perfecto y sea feliz?

No tienen más que mirar lo que le hace Cristo a su Iglesia y lo que la Iglesia le hace a Cristo. Hagan ustedes lo mismo, y no se van a equivocar.

Así, de una manera tan elevada y sublime, habla Pablo sobre el matrimonio, del que dice las palabras famosas:

“El matrimonio es un misterio grande, referido a Cristo y a su Iglesia”.

El matrimonio, es una estampa de Cristo y la Iglesia.

Y Cristo y su Iglesia son el modelo del matrimonio cristiano.

Pablo se remonta al Antiguo Testamento y se encuentra con los amores de Dios e Israel, de los cuales dice Isaías:

“Como un joven se casa con su novia, así te desposa tu Creador; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará Dios contigo” (Is 6,5),

Llega el Nuevo Testamento, y el Apocalipsis ve a la Iglesia “como una novia engalanada para su esposo”, por el que está suspirando: “¡Ven!” (Ap 21,2; 22,17)

Viene ahora Pablo y, en esta carta a los de Éfeso, nos pinta unos trazos sublimes de esta realidad del desposorio de Cristo con su Iglesia:

“Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola con el baño del agua, para presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada”.

Vale la pena pensar en estas expresiones de Pablo.

Jesucristo, al venir al mundo, se buscó una novia para desposarse con ella. Esa novia no era otra que la humanidad. Pero, ¿cómo encontró a la humanidad?

Sumida en la mayor abyección. Pecadora a más no poder. No pasaba de ser la prostituta más repugnante. Y, sin embargo, Jesucristo se dijo:

-¡Con ésta, con ésta me he de desposar!

¿Y qué hace Jesucristo para convertir a esa novia tan abyecta en la mujer más preciosa?

Nada menos que entregarse por ella a la cruz. Con el detergente de su propia Sangre, Jesucristo lavó, purificó, embelleció a la humanidad caída de tal manera, que la convirtió en una novia resplandeciente de hermosura, hasta poder exclamar enajenado:

-¡Qué belleza la de esta Novia mía!

Jesús aplica su Sangre purificadora a cada alma con el Bautismo.

La limpia, dice Pablo, “con el baño del agua”, que elimina todo pecado, toda mancha.

Los lectores de Pablo entendieron perfectamente la comparación.

En Grecia y Asia Menor lavaban a la novia, con ritos particulares, en las aguas de ríos o fuentes especiales, y así limpia la adornaban y embellecían después para presentarla al novio, que la recibía al verla deslumbrante de hermosura.

Pablo agarra la comparación, y, considerándose responsable de la Iglesia por él fundada, dice a los de Corinto:

“Tengo celos de ustedes con celos de Dios, pues los tengo desposados con un solo marido para presentarlos como casta virgen a Cristo” (2Co 11,2)

Ante esta realidad tan sublime del desposorio de Cristo con su Iglesia, viene ahora San Pablo a exponernos toda su teología del matrimonio en un párrafo inolvidable.

Se dirige primero a los casados, a los que ensalza y a la vez les advierte:

“El marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el salvador del cuerpo.... Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella... Quien ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborrece jamás su propia carne; sino que la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia”...

¡Hay que ver lo que Pablo pide a los maridos, para ser imitadores de lo que Cristo hizo y sigue haciendo por su Iglesia!...

Siguiendo estas pautas de Pablo, el hombre con su machismo se convierte en el caballero más galán...

Pablo se vuelve después a las casadas, les muestra su condición, y les pide tantos heroísmos como a los maridos:

“Como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo”.

La tan traída y tan llevada liberación femenina, tan deseada y tan legítima, tiene dentro del matrimonio unos límites infranqueables, los mismos que la Iglesia, ¡tan libre!, tiene con su Esposo Jesucristo.

Vemos así cómo Pablo presenta la moral matrimonial, y se limita a decir:

-Mujer, respeta y sométete a tu marido, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, siempre obediente a Jesucristo. Mira en tu marido a Cristo, y qué fácil te será complacerle en todo.

-Marido, vuélcate en amor a tu mujer. Hasta que llegues a morir por ella como Cristo murió por su Iglesia, tienes mucho que recorrer en tu entrega a tu mujer querida.

Pablo ve en cada acto de los esposos —desde la intimidad amorosa hasta el más pequeño servicio mutuo—, un misterio sacramental del amor de Cristo con su Iglesia.

No grita Pablo contra el machismo del hombre ni contra las impertinencias de la mujer.

A los dos los considera unas personas llenas de dignidad y de santidad cristiana.

Comparando Pablo el matrimonio con el celibato abrazado por el Reino de los cielos, dice a los de Corinto que cada cristiano tiene su propio regalo de Dios (1Co 7,7)

Es de admirar el celibato, ciertamente; pero el matrimonio cristiano es también regalo grande, ¡y tan grande!, del Señor...

## 91. Pablo y sus colaboradores. *Un equipo magnífico*

Al leer las últimas cartas de Pablo, nos hemos encontrado con una larga lista de saludos inusual. No son precisamente los amigos y amigas de las otras cartas, sino los colaboradores que tiene en el Evangelio.

En sus cartas les lanza a todos este piropo que no se compra con millones:  
“Apóstoles de las Iglesias, gloria de Cristo” (2Co 8,23)  
Además, les asegura una recompensa inimaginable, el galardón supremo:  
“Sus nombres están escritos en el libro de la vida” (Flp 4,3)

Y Pablo no dice esto de Pedro, Juan, Santiago, Mateo o Tomás, los apóstoles elegidos por Jesús.

¡No! Pablo se refiere a Silas, a Clemente, a Dimas, a Trófimo, a Sópatro, a Segundo, a Gayo, a Erasto, a Tíquico y Artemas, a Zenas y Apolo, a Aristarco, a Urbano, a Epafras, a otros más...

¿Qué nombres, verdad?...

Sí que los hemos oído y leído, pero no caemos en la cuenta de lo grandes que son.

Nos suenan mucho Bernabé, Lucas, Timoteo, Tito y Marcos, como los más conocidos; mientras que los otros han quedado en la penumbra, pero que son tan gloriosos ante Dios y tan beneméritos de la Iglesia.

Tiene Pablo muy presentes a las mujeres que le ayudaron mucho y de manara ejemplar en el apostolado.

Como evangelizadoras, aparte de Febe la diaconisa, cita Pablo a varias con el mismo elogio de muy trabajadoras: Trifena y Trifosa, “que han trabajado por el Señor”; María la judía romana, “que tanto ha trabajado”; Préside, “que ha trabajado mucho en el Señor”...

Y trae además el recuerdo emocionado de aquellas que le sirvieron de manera tan singular: Priscila, que junto con su marido se jugó la cabeza por Pablo; Lidia, la imprescindible de Filipos; la madre de Rufo, “que es también madre mía”...

El trabajo de la mujer en la Iglesia, con responsabilidad propia, no es cosa de nuestros días: es algo tan antiguo como la Iglesia primera de los Apóstoles.

Eso que dice Pablo sobre los “nombres escritos en el libro de la vida” no nos resulta del todo nuevo, pues el Señor ya se lo había dicho a aquellos que regresaban locos de felicidad después de la misión que les había encomendado:

“Alégrese, porque sus nombres están escritos en el cielo” (Lc 10,20)

Ésta es la dicha de los evangelizadores.

Éste es el estímulo nuestro cuando queremos trabajar en la obra del Señor.

Y esta es la gran bendición de la Iglesia: contar con hombres y mujeres entregados, que siguen las huellas de los grandes apóstoles, muchas veces sin apariencias, sin meter ruido, pero cuya generosidad conoce bien el Dios que sabe escribir con letras de oro allá arriba...



Hemos admirado siempre a Pablo; su obra nos pasma. Pero, ¿habíamos reparado lo suficiente en este hecho que nos ocupa hoy: que siempre contó con unos compañeros magníficos en su obra de evangelización?

Pablo supo rodearse de hombres con su mismo ideal, enamorados de Jesucristo y entregados del todo a la obra del Señor.

¿Qué decir, por ejemplo, de **Bernabé**? Es una figura muy querida en la Iglesia. Judío helenista, natural de Chipre, en los principios de la Iglesia de Jerusalén realizó aquel gesto tan generoso de caridad con los pobres narrado por los Hechos. Poseía un campo, lo vendió, y puso el dinero a los pies de los apóstoles para que lo distribuyeran entre los necesitados.

Cuando nadie se fiaba de Pablo, el perseguidor que se había convertido, Bernabé fue el clarividente que tomó al antiguo enemigo y lo presentó confiadamente a los apóstoles y a la primera comunidad de Jerusalén.

Recordamos a Bernabé en Antioquía, en Chipre, en el Concilio de Jerusalén...

Bondadoso y humilde, pronto dejó el protagonismo en manos de Pablo, quedándose él en segundo lugar a lo largo de aquella primera misión evangelizadora por dentro del Asia Menor.

Junto con Bernabé hay que traer obligatoriamente a su sobrino Marcos, que en la primera Iglesia de Jerusalén era tan familiar a los Apóstoles.

Muchacho joven, acompañó a su tío Bernabé y a Pablo en la evangelización de Chipre

Durante la primera prisión de Roma, Pablo lo tenía consigo, y en la prisión siguiente le pidió a Timoteo: ¡Tráeme contigo a Marcos!... Señal esto de su valer y de lo mucho que Pablo lo apreciaba

¿Y qué decir de Lucas? Compañero fidelísimo de Pablo, no lo dejó nunca, ni en la prisión de Cesarea ni en las dos cárceles de Roma.

Escribió con cuidado histórico sin igual su Evangelio, del cual decía un racionalista e incrédulo famoso que era “el libro más bello del mundo”.

Los que amamos a la Virgen María no sabemos cómo agradecer a Lucas todo lo que nos cuenta de Ella.

Y sin su otro libro, los “Hechos de los Apóstoles”, tendríamos en el Nuevo Testamento un vacío imposible de llenar.

¡Lo que en la Iglesia debemos a Lucas!...

Tito y Timoteo nos son familiares por las cartas que les dirigió Pablo.

Tito, convertido del paganismo, fue por designación de Pablo evangelizador de Creta y de Dalmacia.

Timoteo, el muchacho judío de Listra, llegó a ser el discípulo más mimado y entrañable de Pablo, el cual parece que no podía pasar sin él. Timoteo era débil y algo enfermizo. Pablo, con cariño grande, le recomienda:

-Está bien tu austeridad, pero toma moderadamente algo de vino, pues lo necesitas por tu

débil estómago y por tus frecuentes enfermedades.

Al leer unas líneas como éstas a Timoteo, adivinamos lo que era Pablo para sus colaboradores: todo amor, todo ternura, todo solicitud de padre.

Pablo estaba orgulloso de todos los que le ayudaban en el Evangelio.

“Apóstoles de las Iglesias”, los llama con satisfacción inmensa.

“Gloria de Cristo”, les dice como elogio sin igual.

“Inscritos en el registro del Cielo”, les asegura rebotante de gozo infame.

Esto eran entonces para Pablo, y esto son siempre para la Iglesia, los anunciadores de la Buena Nueva del Señor Jesús.

## 92. Primera carta a Timoteo. *A dirigir bien la Iglesia*

Entrado el año 64, después de su viaje a España, Pablo había marchado a Oriente para visitar las Iglesias de Éfeso y Colosas.

Poco después, en el mes de Julio, estallaba en Roma la persecución decretada por Nerón contra los cristianos, a los que se achacaba el incendio de la Urbe.

Nada sabemos de Pablo durante la persecución, pero debía estar fuera de Roma, pues de lo contrario le hubiera sido difícil escapar de la Policía romana, que lo conocía bien desde los días de su prisión casi a las puertas del Pretorio.

Evangelizando por Oriente, deja en Éfeso a Timoteo y marcha él a Macedonia, desde donde escribe esta carta a su discípulo y colaborador más querido, para recomendarle:

-Trabaja en esa Iglesia de Éfeso, buena y que se conserva bien. Pero, las cosas han cambiado desde que marché de allí hace ya más de siete años.

A pesar de tu juventud, mira de que se te respete, y haz frente con valor a esas nuevas doctrinas que pueden perjudicar mucho a los cristianos.

Si estamos acostumbrados a leer a San Pablo, vemos que las cartas a Timoteo y a Tito, llamadas las “Cartas pastorales”, son totalmente diferentes de las anteriores.

Pablo no escribe ahora a grupos en los cuales ha de corregir abusos inaceptables, sino a discípulos particulares con unos consejos aptos para dirigir bien la Iglesia.

Esto es lo importante de estas cartas: que nos dan normas prácticas de vida cristiana, aunque tienen también detalles circunstanciales que ya no rigen hoy en la Iglesia.

Y lo primero que pide Pablo es algo tan sencillo y tan elevado como lo encerrado en estas palabras apenas comenzar:

“El amor que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera” (1,5)

Pablo señala los errores que se están introduciendo en Éfeso, y se enfrenta severo a los perturbadores:

-¿Qué es eso de prohibir el matrimonio?... Quiero que las jóvenes se casen y que tengan hijos... Pues la mujer se salvará por la maternidad...

¿Y por qué prohíben el uso de alimentos, que Dios creó para que los coman con acción de gracias?...

Sepan que todo queda santificado por la palabra de Dios y por la oración...

Ya lo escribí en otra ocasión: “El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (4,3; 4,14; 2,15. 4,3-4. Ro 14,17)

Con este presupuesto de conciencia pura en los oyentes, Pablo puede exponer la doctrina más elevada, pues los limpios de corazón captan todo lo que sea de Dios.

“Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo” (1,15)

Ante esta confesión de Pablo, ¿qué cristiano tiene miedo de su salvación?  
No la puede tener, y más contando con el Dios y con el Jesús que tenemos en el cielo:  
“Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven”.

Y para ello nos ha dado un intercesor sin par:  
“Porque tenemos un Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también,  
que se entregó a sí mismo como rescate por todos” (2,4-6)

Piensa Pablo en Jesucristo, y trae la estrofa de un himno precioso que se cantaba en las  
asambleas de la Iglesia:  
¡Jesucristo!... “Ese Dios que se manifestó en la carne, fue justificado en el Espíritu, apa-  
reció como Dios a los ángeles, ha sido proclamado a los gentiles, es creído en el mundo, y  
ha sido ensalzado a la gloria” (3,16)

Con este Jesucristo ante los ojos, que ha iniciado el tiempo de la salvación, Pablo ve a  
los rebeldes al Evangelio, nuevos predicadores de falsedades, y amenaza serio:  
“Algunos apostatarán de la fe, entregándose a espíritus engañosos y a doctrinas dia-  
bólicas, por la hipocresía de embaucadores que tienen marcada a fuego su propia concien-  
cia”.

Son los falsos maestros que se han presentado siempre en el mundo cambiando la doc-  
trina de la Iglesia.  
Los apóstoles, con Pablo y Juan a la cabeza, no los toleran, nos avisan, nos previenen, y  
nos piden fidelidad y perseverancia en nuestra fe, aunque nos cueste.

En la siguiente carta a Timoteo, Pablo refrendará esta su condena a esos falsificadores de  
la verdad con palabras muy duras:  
“Son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe, aunque su insensatez que-  
dará descubierta ante todos” (2Tm 3,8-9)  
Los apóstoles eran muy buenos, pero también muy serios y muy firmes.

Esta carta primera a Timoteo, sencilla, es una serie de consejos para gobernar la Iglesia,  
pero acaba de una manera solemne de verdad:

“Te recomiendo en la presencia de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo,  
que ante Poncio Pilato rindió tan hermoso testimonio,  
“que conserves la fe sin tacha ni culpa hasta la manifestación gloriosa de nuestro Señor  
Jesucristo,  
“el bienaventurado y único Soberano, el rey de los reyes y el Señor de los señores, el  
único que posee la inmortalidad,  
“que habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede  
ver. A él sea el honor y el poder por siempre. Amén” (6,13-16)

Cada vez que nos trae Pablo un párrafo como éste nos entusiasmos queramos que no.  
Porque nos encontramos con Jesucristo en quien creemos;  
a quien confesamos lleno de gloria a la derecha del Padre;  
al que esperamos con ilusión creciente;  
al que le decimos anhelantes con el Apocalipsis: “¡Ven, Señor Jesús”;  
al que sabemos que será nuestro gozo eterno.

Jesucristo llenando nuestra vida...  
Jesucristo siempre y en todas partes...  
Jesucristo, obsesión de la mente y pasión del corazón...

Es el Jesucristo al que le decimos con sinceridad y con el entusiasmo juvenil de aquel cantar: ¡Jesucristo! ¡Jesucristo! Yo estoy aquí...

### 93. Dios nuestro Salvador. *Bondad sobre bondad*

La primera carta de Pablo a Timoteo contiene una afirmación tan solemne y tan importante como consoladora sobre el problema más grave que tiene planteado toda persona:

“¡Dios quiere que todos se salven” (1Tm 2,4)

¿Todos?... Luego ninguno queda excluido de la salvación, por enorme que sea su culpabilidad, ya que la sangre del Salvador es más poderosa que todas las culpas de la humanidad entera.

El problema de la salvación es hoy muy actual.

A muchos hombres y mujeres les falta esperanza, y esta esperanza sólo les puede venir por la seguridad que Dios les da de la salvación.

¿Hablamos hoy de esto, teniendo a Pablo por guía?

En otra carta seria, aparentemente fría, le dice Pablo a su discípulo Tito con aire de emoción: “¡Dios nos salvó!” (Tt 3,4)

Aunque Dios actuó con un acto libre del todo —pues Dios no debe nada a nadie—, podemos decir sin embargo que Dios se vio obligado por Sí mismo a salvarnos. ¡Es tan bueno! ¡Ama tanto!...

Y Dios no tuvo más remedio que ceder ante su propia bondad, ante su amor misericordioso tan inmenso...

Ésta es precisamente la razón que da Pablo sobre la decisión de Dios, libre por una parte, y, por otra, obligado consigo mismo:

“Nos salvó por su bondad..., por su misericordia” (Tt 3,4-5). “Pues Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó en Cristo, y así fuimos salvados”

Pablo lo dice de este modo, a pesar de mantener su afirmación anterior:

“Éramos todos hijos de ira”, estábamos irremisiblemente perdidos, destinados a la condenación (Ef 2,3-8)

Desde el principio miramos la salvación como una iniciativa de Dios, que la manda al mundo por medio de Jesucristo.

¿Por qué quiso Dios que su Hijo hecho hombre se llamara precisamente JESUS, Yahvé Dios que salva?...

Porque Dios quería salvar, no condenar.

Y salvar por medio de Jesucristo.

Todo lo que decimos de la salvación de Dios según San Pablo, eso mismo, lo vemos plenamente confirmado por San Juan, el otro gran apóstol, que escribe:

“Así amó Dios al mundo, que le dio su propio Hijo..., y no para juzgar y condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,16-17)

Hay que espigar en las cartas de Pablo muchas ideas sobre la salvación, algunas de las cuales están ciertamente contra muchas opiniones modernas, según las cuales todos están

salvados ya por Jesucristo, sin distinción de buenos y malos, y eso de la salvación no debe preocupar a nadie.

Desde luego, que Pablo no admite semejante opinión.

Para Pablo, Dios ha determinado nuestra salvación, y por parte de Dios la salvación es un hecho irreversible, porque las decisiones de Dios son irrevocables y Dios no se tira nunca atrás en sus promesas (Ro 11,29)

Pero, lo que no falla de parte de Dios, puede fallar por parte del hombre. Por eso Pablo avisa: “Trabajen con sumo cuidado por su salvación”, no por temor a Dios, que no fallará, sino por temor a ustedes mismos, que le pueden fallar a Dios (Flp 2,12)

En las cartas de Pablo tenemos el caso aleccionador de aquel escandaloso de Corinto. Pablo se vio en la precisión dolorosa de excomulgarlo para darle ocasión de arrepentirse, y daba la gran razón: “A fin de que su alma se pueda salvar en el Juicio del Señor” 1Co 5,5)

Con esta prudencia ante los ojos —de que Dios nos salva, pero nosotros nos podemos perder—, Pablo es enormemente optimista cuando trata el problema de la salvación, como cuando proclama:

“¡Ya estamos salvados en esperanza!” (Ro 8,24)

¿Por qué? Porque el Dios que nos eligió, ese mismo Dios nos ha hecho santos, nos ha entregado ya la herencia de la vida eterna, y, para tranquilidad y seguridad nuestra, nos ha dado como prenda el Espíritu Santo, que llevamos dentro de nosotros.

Por otra parte, Dios toma tan en serio nuestra salvación, que, para conseguirla, se ha empeñado en dirigir todos los acontecimientos del mundo de tal modo que todos ellos van encaminados a la salvación de los elegidos (Ro 8,23-30)

Y hasta nos podemos preguntar: ¿De qué salvación se trata? ¿Sólo de nuestra salvación eterna?...

¡No! Pablo tiene una mirada más amplia. Va a ser salvada la creación entera.

¡No puedes ser —viene a decirse Pablo—, que el pecado, metido en el mundo por Satanás, eche a perder para siempre la obra maravillosa de Dios!

El universo entero será una morada digna de los hijos de Dios que se habrán salvado.

La creación entera, que ahora participa de la maldición del pecado cometido en el paraíso, participará un día de la gloria que Dios habrá devuelto a la humanidad, restaurada por Jesucristo (Ro 8, 18-22)

El Apocalipsis nos dice lo mismo que Pablo, aunque algo poéticamente:

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra y el primer mar desaparecieron” (Ap 21,1)

Según San Pablo, estamos ahora en un mundo provisional, mientras esperamos la salvación completa:

“Ahora gemimos, nos angustiamos, esperando nuestra redención” (Ro 8,23)

¡Pero llegará, un día llegará la salvación total!...

El pecado y todos los males que arrastra consigo, habrán quedado aniquilados.  
La fe se habrá convertido en visión de Dios cara a cara.  
Ya no tendremos que esperar nada, porque lo tendremos todo en la mano.  
Sólo restará un amor intenso y feliz en el gozo de Dios y de todos los salvados.

¡La salvación! Un problema tan serio lo sabemos mirar, como Pablo, con ojos ilusionados.

Nuestra esperanza se apoya en el poder de Dios y en la intercesión de Jesucristo, garantizada por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

Y al mundo, a muchos hermanos que desesperan, sabemos decirles también como Pablo a los cristianos de Roma:

-¡Venga! ¡Confíen! ¡Que nuestra salvación está más cerca de lo que creen! (Ro 13,11)

La palabra de Dios es firme, no falla nunca, y si ha dicho que nos quiere salvar, ya verán cómo nos salva a todos los que nos damos a Él con corazón sincero...



#### 94. Un solo Mediador. *Gozo, confianza y seguridad*

En solo unas cuantas palabras ha encerrado San Pablo una verdadera arenga, íbamos a decir que llena de entusiasmo, pero, digamos mejor, llena de una sabiduría grande y de alcances muy largos.

Le escribe a su querido discípulo Timoteo:

-¡Hagan oración en las Iglesias!

¡Rueguen por las autoridades, para que tengamos paz!

¡Pidan a Dios, el cual quiere que todos los hombres se salven!

¡Y confíen, confíen, porque tenemos ante Dios un valedor poderoso!

¿Saben quién es? ¡Jesucristo! El único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús.

Un Hombre como nosotros, que se entregó a Sí mismo en la Cruz como rescate por todos (1Tm 2,1-6)

La clave de esta ardiente exhortación se encuentra en una sola palabra: “Mediador”.

Jesucristo es el puente que une a los hombres con Dios. Un puente por el que Dios baja a los hombres y por el que los hombres suben a Dios.

Puente firmísimo, que desafiará los siglos, por inundaciones que se echen sobre el mundo. En una orilla está Dios, en la otra, la Humanidad.

¿Y por qué Jesucristo es el único Mediador, capaz de unir a los hombres con Dios?

Por esto precisamente: porque Jesucristo es Dios, y se mantiene firmísimo en una de las orillas; y porque es también Hombre, y se mantiene firmísimo igualmente en la orilla opuesta.

Por Jesucristo Dios, Dios llega a los hombres; y por Jesucristo Hombre, los hombres llegamos a Dios.

Parece que estamos jugando con las palabras, pero este es el sentido grandioso de esta afirmación de Pablo:

“Hay un solo Dios, y también un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también”.

Tal como lo vemos en todo el Antiguo Testamento, los judíos veían en Moisés al gran mediador entre Dios y el pueblo. Y lo fue ciertamente.

Impresiona a este respecto el capítulo 19 del Éxodo, donde vemos intercambiarse a Dios y el pueblo mediante el caudillo Moisés, con este diálogo:

Dice Dios: -Moisés, habla así a la casa de Jacob y anuncia esto a los hijos de Israel.

Habla Moisés: -Pueblo de Israel, estas son las palabras que Yahvé te ha mandado.

Contesta el pueblo: -Dile a Yahvé que haremos todo lo que nos ha ordenado.

Pero Moisés fue mediador únicamente en símbolo, en figura, como una representación del Mediador que había de venir, Cristo Jesús.

Llegado el momento culminante de la Historia, Jesús realizó con su Misterio Pascual, su muerte y su resurrección, todo lo que la Antigua Ley significaba.

Jesucristo, Dios y Hombre a la vez, era inmensamente superior a Moisés.

Como Hijo de Dios, era Dios igual que Dios su Padre.

Como hombre, nos representaba plenamente a los hombres sus hermanos.

Al ofrecerse a Sí mismo como sacrificio en la cruz, agradaba y glorificaba a Dios de una manera plena, total, porque Jesús era Dios.

Y por eso Dios otorgaba a los hombres el perdón absoluto, con una amnistía completa, anulando la condenación que pesaba sobre la Humanidad por todas sus culpas.

Mirando a Jesús, el que se ofrecía en sacrificio derramando su sangre, pasma la magnanimidad, la generosidad, el amor inmenso con que iba a la cruz este Hombre sin igual.

Pablo lo pondera con estas palabras:

-Comprendemos que haya alguien que se ofrezca a morir por un amigo, por un bienhechor, por un inocente, por una persona buena.

Pero, ¿quién es el que se ofrece a morir por un criminal?

Sin embargo, esto es precisamente lo que hizo Jesús, inocente del todo.

Cargó con nuestros pecados, y murió para que nosotros, los criminales y pecadores, nos salváramos todos ante Dios (Ro 5,8)

San Pablo, al considerar esto, saca muchas consecuencias de lo que por nosotros hizo Cristo el Señor.

Es comprensible el gozo que nos llena a los hijos de la Nueva Alianza, a los cristianos.

Sabemos que estábamos irremisiblemente perdidos, pero Cristo nuestro Mediador respondió por nosotros, ¿y qué ocurrió?

Cuando nos hallábamos sin fuerzas para salvarnos, y éramos pecadores, inmundos delante de Dios, vino Cristo y murió por nosotros, los impíos...

Ahora, ¡estamos santificados por la sangre de Jesús, y la ira de Dios ya no nos puede alcanzar!...

Somos santos, y, por lo mismo, hijos de Dios, el único Santo, que nos ha admitido a un trato íntimo con Él al darnos un espíritu filial, no el de esclavos como antes, que nos hacía temblar ante el Dios justiciero.

Pablo acaba este párrafo precioso con una confesión llena de orgullo santo:

“¡Ahora nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido la reconciliación” (Ro 5,6-11)

Juan en el Apocalipsis exclamará de la misma manera:

“Al que nos ama y con su sangre nos ha lavado de nuestros pecados, y ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para Dios y Padre suyo, a él la gloria y el poder los siglos de los siglos” (Ap 1,5-6)

Es un gozo contemplar a Jesús, en quien las figuras del Antiguo Testamento se hacen realidad.

Pasan las sombras, y la luz aparece en todo su esplendor.

Moisés, el mediador de entonces, simple hombre mortal, deja paso al Mediador verdadero y eterno.

El cordero pascual es sustituido por Jesucristo, el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, y que renueva continuamente en su Iglesia por la Eucaristía el mismo sacrificio del Calvario.

La Redención, ya no es la liberación de Egipto: sólo un pueblo, Israel, que queda libre, sino la de todos los pueblos, libres de la esclavitud del pecado y de una condenación eterna.

Los bautizados, ya no son esclavos de una Ley opresora, sino hombres y mujeres libres, hijos e hijas de Dios, sin otra ley que la del Espíritu Santo que llevan en sus corazones.

Hoy repetimos mucho la palabra de Pablo: “Hay un solo Dios, y un solo Mediador, Jesucristo el Hombre Dios”.

¡Qué feliz la sociedad que vive esta verdad grandiosa!

Vamos a caminar hacia Dios, agarrados de un Hombre hermano nuestro, Jesucristo, que sabe muy bien la senda y que no nos suelta de su mano...

## 95. Soldados. En Pablo, ya se sabe...

“¡Aguanta y lucha conmigo, como buen soldado de Cristo Jesús!” (2Tm 2,3). “¡Combate en noble batalla” (1Tm 1,18). Es un placer escuchar palabras como éstas en labios de Pablo.

Cuando vemos que se están perdiendo los valores del espíritu por la molición y flojedad que reinan en nuestra sociedad del bienestar, está bien que la palabra y el ejemplo de Pablo estimulen a la lucha, al heroísmo, a ser valientes en pro de la causa del Reino.

¡Y qué expresión tan bella que emplea el Apóstol: *Buen soldado!*...

Palabra que hoy le cae tan bien a la mujer como al hombre, cuando vemos a la mujer lucir con tanto garbo como gracia el uniforme de policías por nuestras calles...

Dejándonos de romanticismos militares, San Pablo nos dice sin más que la vida cristiana es de lucha, y lo declara abiertamente cuando asegura que estamos en guerra con enemigos peligrosos y fuertes, aunque no tenemos miedo, pues reconocemos nuestra superioridad sobre ellos, sometidos como están por Jesucristo.

Esta lucha cristiana merece una observación previa.

¿No ha sido el demonio derrotado por la cruz?

¿No ha sido el pecado vencido por la gracia?

¿No ha quedado el bautizado convertido en una nueva criatura?

¿De dónde viene entonces ahora el luchar para mantenerse fieles a Dios, pues podemos fallar incluso en nuestra salvación?...

Esto es un misterio, ciertamente. Pero miramos lo que Pablo dice a los de Corinto:

“Dios es fiel, y no permitirá que sean tentados sobre sus fuerzas. Antes bien, con la tentación les dará el modo de poderla resistir con éxito” (1Co 10,13)

¿Y contra quién es la lucha? Pablo no lo duda un instante, y lo dice claramente cuando justifica su proceder:

“Lo hice así por ustedes en presencia de Cristo, para no ser engañados por Satanás, pues no ignoramos sus propósitos” (2Co 2,10-11)

Como los demonios, según la creencia popular, andaban sueltos por los aires, San Pablo especifica más claro su pensamiento:

“Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mudo tenebroso, contra los espíritus del mal que están por los aires” (Ef 6,12)

Es decir, la lucha del cristiano es contra el diablo, que no es algo o alguien que nos hayamos inventado nosotros para dar miedo a los niños, sino un ser perverso y pervertidor, que sabe aliarse con todo lo que nos pueda apartar de Dios.

Por eso nos previene San Pablo: “Revístanse de las armas de Dios para poder resistir a las asechanzas del diablo” (Ef 6,11)

Partimos, pues, del presupuesto de que la vida cristiana es lucha, combate, guerra declarada. Y Pablo, siguiendo la línea del mismo Jesús, se presenta como verdadero estratega y como un jefe experimentado para ayudarnos a vencer.

Hacemos bien en poner a Jesús ante nuestros ojos como el primer tentado. La carta a los Hebreos nos dice sin más:

“Jesús puede compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado” (Hb 4,15)

Jesús no podía sucumbir a la tentación, pues él mismo dice: “el Príncipe de este mundo no tiene en mí ningún poder” (Jn 14,30), y hartó lo sabía Satanás desde aquellas tres tentaciones famosas del desierto.

Pero podemos sucumbir los suyos, y Jesús se nos presenta como el primer vencedor en las pruebas que sufrió, de manera que “es capaz de ayudar a los que están pasando las mismas que él” (Hb 2,18)

Sería interesante mirar ahora las grandes tentaciones a las que está expuesto el cristiano de nuestros días y que ponen a prueba la fidelidad de su fe.

Por ejemplo, la secularización que se está apoderando de grandes sectores de la sociedad, en la que Dios cuenta cada vez menos.

Dios no interesa.

La Verdad se convierte en relativismo, es decir, no depende de lo que ha dicho Dios, sino de lo que me parece a mí.

El fin último está muy lejano, y lo interesante es lo que tengo en las manos para disfrutarlo a gusto antes de que se pierda.

Y como el decir “soy ateo” da un poco de miedo, se sustituye por una forma más elegante: “soy agnóstico”, que es lo mismo que crearse un dios a la propia medida...

¿Qué dice entonces la oración? Nada.

¿Qué los Sacramentos, el culto a Dios? Nada.

¿Qué pinta Dios en la vida? Nada...

La consecuencia de este alejamiento de Dios se complica con una conducta cuya descripción —hecha por Pablo en ese capítulo primero de los Romanos—, hace estremecer.

¿En qué situación se ve entonces el cristiano, para no contaminarse por el mundo ni ser vencido por Satanás?.. No queda otro remedio para los hijos de la Iglesia que prepararse para la lucha, a la que les invita Pablo:

“Tomen en la mano las armas de Dios, para que puedan resistir, y mantenerse firmes después de haber vencido todo” (Ef 6,13)

Con esto, Pablo no hace sino repetir el consejo de su compañero Pedro:  
“Vigilen. Porque su enemigo el diablo ronda, como león rugiente, buscando a quien devorar. Resístanle firmes en la fe” (1P 5,8-9)

Y con estas palabras, tanto Pedro como Pablo ponen en las manos del cristiano el arma primera y más eficaz: la fe:

“Revistamos la coraza de la fe”, “embrazando siempre el escudo de la fe” (1Ts 5; Ef 6)  
Hoy esta fe se manifiesta en la fidelidad inquebrantable a la Iglesia

San Pablo es un jefe que arenga con gran optimismo y seguridad en el triunfo:  
“Las armas de nuestro combate no son carnales. ¡No! Nuestras armas, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas” (2Co 10,4)

Y sigue hablando impávido:

“En todo esto salimos fácilmente vencedores gracias a aquel que nos amó” (Ro 8,37)

Hoy se nos repite muchas veces que el Evangelio no es para gente apocada, sino para valientes.

Pablo nos lo recuerda con aire militar.

A cada uno, a cada una, le va repitiendo como a su querido Timoteo:

*¡Venga, valiente! ¡Buen soldado... de Cristo Jesús!...*

## 96. Jesucristo. *La clave del arco*

Doctorada brillantemente en la Universidad y situada ya en su cátedra de Historia, se le preguntó a la joven Profesora:

-¿Cuál fue el mayor descubrimiento de Usted en la Universidad?

-¡Jesucristo!

-¿Jesucristo? ¿En una Universidad laica y tan marcadamente izquierdista?...

-Precisamente por eso. Allí me di cuenta de la ignorancia que hay sobre Jesucristo, y sin Jesucristo no se explica la Historia del mundo. Yo me di a estudiarlo, y no me arrepiento.

¡Jesucristo!... La carta primera de Pablo a Timoteo, en el centro mismo del escrito, inserta un himno precioso que nos haremos nuestro algo después.

Es notable el modo con que Pablo comenzó su gran carta a los Romanos.

Las tres palabras en que iba a encerrar toda su doctrina —“pecado”, “justificación” y “gracia”—, las hacía desembocar en la cuarta y más importante de todas: “Jesucristo”.

Porque de la sangre de Jesucristo vino el borrarse el pecado del mundo.

Por la sangre de Jesucristo, Dios nos dio su paz y la justificación.

Y de Jesucristo nos viene el que seamos los colmados de gracia, los santos y los destinados a la vida eterna.

Para Pablo, como se ve, Jesucristo es la clave del arco. Diga lo que diga, siempre arrancará todo de Jesucristo y en Jesucristo vendrá a parar todo después.

¿Qué queremos decir hoy de Jesucristo? Mejor dicho, ¿qué queremos que nos diga Pablo? ¿qué nos imaginamos que nos va a contar? ¿qué nos gustaría oír de sus labios?...

El Padre nos perdonó la culpa, nos santificó y nos dio su gracia en Cristo y por Cristo. ¿Qué hizo entonces Dios con su Cristo?...

En la carta a los de Filipos, Pablo arranca de esta afirmación:

“Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por esto Dios lo exaltó y le concedió el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre”

Pablo parte de lo que nos decía los días anteriores: de la humillación de Jesús para matar en su propia carne el pecado.

Pero viene la respuesta de Dios: resucita a su Hijo y lo eleva a las alturas del mismo Dios.

Jesucristo es el Altísimo, sentado a la derecha del Padre.

Jesucristo, a partir de su Resurrección, es constituido y declarado SEÑOR, es decir, DIOS.

Jesucristo, es el Soberano universal acatado por todos, entre los ángeles y elegidos del Cielo, entre los hombres de la tierra, y —expresándonos a nuestro modo—, el que hace estremecer de horror a los que se han perdido en los abismos infernales.

Todos nos damos cuenta, ciertamente, de que Pablo nos va enseñando muchas cosas sobre Jesucristo y de que cada día conocemos más y mejor al Señor.

Pero Pablo es consciente de que no basta estudiar.

El conocer a Jesucristo es gracia de Dios.

Lo dijo el mismo Jesús en el Evangelio, cuando tuvo aquel arrebató sublime:

“Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, igual que nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27)

Sabiendo Pablo esto muy bien, para que conozcamos íntimamente a Jesucristo acude a la oración, y nos invita con ello a acudir con la plegaria a Dios a fin de conseguir este conocimiento sublime de Jesucristo:

“Yo, Pablo, no ceso de recordarlos siempre en mis oraciones para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda el espíritu de sabiduría e ilumine los ojos de su corazón, para conocerle en toda su perfección” (Ef 1,15-18)

Por más que esto será un imposible, desde que, según el mismo Pablo, el amor de Cristo y su misterio tiene una anchura, una longitud, una altura y una profundidad mucho mayor que los límites del universo (Ef 3,18-19)

Es un misterio y un amor sin fronteras.

Porque no tiene más fronteras que el mismo Dios, el cual es infinito.

Con la luz que tenemos recibida de Dios, vemos que Jesucristo es el que “posee en Sí la plenitud de la divinidad” (Col 1,19), y, con esa plenitud que Jesucristo tiene, llena de vida divina a todos los que se acercan a Él.

De Jesucristo, que es la Cabeza, desciende la vida de Dios a todos los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia, y por su Iglesia, sin que el mismo mundo se dé cuenta, el mundo se va transformando poco a poco hasta que llegue el día final.

La joven Profesora lo decía muy bien: el mundo es lo que es hoy por Jesucristo. ¿Que falta mucho todavía? Ya lo sabemos.

Pero se completará la cosecha, las redes se llenarán del todo, y el fermento habrá transformado toda la masa.

En su carta a Timoteo, Pablo estalla en un himno precioso a Jesucristo, aunque probablemente no es de él, sino que copia y hace suyo un cantar que aquellas primeras comunidades cristianas entonaban en honor del Señor:

“Cristo, manifestado en la carne, y justificado en el Espíritu.

“Cristo, contemplado por los ángeles, y predicado a los paganos.

“Cristo, creído en el mundo, y llevado a la gloria” (1Tm 3,16)

Este himno cristiano primitivo —que Pablo cita y se hace suyo—, la Iglesia lo ha aprovechado en la liturgia de la Epifanía convirtiéndolo en plegaria fervorosa, que nosotros elegamos ahora con la ilusión con que el mismo Pablo lo recitaría en nuestro lugar:



“Oh Cristo, manifestado en la carne, santificanos por la palabra de Dios y la oración.

“Oh Cristo, santificado en el Espíritu, libranos de todo error.

“Oh Cristo, contemplado por los ángeles, danos a gustar ya en la tierra de los bienes de tu reino.

“Oh Cristo, predicado a los paganos, ilumina el corazón de todos los hombres con la luz de tu Espíritu.

“Oh Cristo, creído en el mundo, renueva la fe de cuantos creen en ti.

“Oh Cristo, llevado a la gloria, enciende en nosotros el deseo de tu reino”.

Precioso el himno, y preciosa de verdad la plegaria de la Iglesia.

Al leer y estudiar a Jesucristo en las cartas de Pablo, parece que el mismo Pablo nos dijera:

-Lean, repitan y canten ese himno que yo mismo recitaba, y que encierra en sí todo lo que podemos confesar de Jesucristo, que es

el destructor del pecado,

el vencedor de la muerte,

el precio de la justificación,

el merecedor de la gracia,

el que es la esperanza nuestra.

¡Jesucristo, cómo te empezamos a conocer con Pablo!... ¡Jesucristo, cómo te admiramos!... ¡Jesucristo, cómo te queremos!... ¡Jesucristo, qué felices que vamos a ser contigo para siempre!...

## 97. Tito. *Estás en puesto difícil...*

¿Quién era Tito?...

Un colaborador de Pablo al que se le entregó de por vida.

Y Tito y Timoteo, los dos, unos discípulos, hijos y herederos de su espíritu y de su misión.

Para cuando Pablo le escribe esta carta en el año 66, ya hacía un año que había recibido Tito una misión muy delicada.

Al mismo tiempo que Timoteo quedaba en Éfeso, Pablo con Tito empezaban a evangelizar la isla de Creta.

Como Pablo no pudo permanecer allí, dejó a Tito para que consolidase aquella iglesia naciente.

Maestro y discípulo se vieron por última vez en Nicópolis, y poco después le enviaba Pablo a Tito esta carta, muy similar a la primera de Timoteo, con los mismos consejos, muchas veces hasta con las mismas palabras:

-¡Cuida bien de esa Iglesia!

No te descorazonas por el carácter de los cretenses, que son algo especiales, pues, como dijo, hace ya más de cinco siglos, uno de sus poetas, “son siempre embusteros, malas bestias, vientres perezosos” (*Epiménides*).

¡No te desanimes con ellos, y haz que se mantengan íntegros en la fe! (1,12-13)

Pablo ha prevenido a Tito sobre los nativos de Creta.

Y lo hace también sobre los judíos, con los cuales Tito tiene su propia historia.

En aquella lucha de Pablo con los judaizantes cuando el Concilio de Jerusalén, Tito, sin pretenderlo él, jugó un papel importante y decisivo.

Natural de Antioquía, se había convertido del paganismo. Lo bautizó Pablo, y por eso lo llama “hijo”, pero no le quiso circuncidar. ¿Para qué?...

Pablo lo llevó consigo a Jerusalén, y los judaizantes se empeñaron:

-¡Hay que circuncidarlos! ¡La circuncisión es necesaria para la salvación!...

Pero Pablo se mantuvo firme:

-¡No, y no!...

Pedro, Juan y Santiago, “los pilares de la Iglesia”, dieron la razón a Pablo; y Tito, pagano antes y cristiano ahora, no fue sometido a aquella ley esclavizante, que destrozaba la verdad del Evangelio (Gal 2,3-5)

Tito se las va a ver ahora en Creta con los judaizantes de siempre, metidos también en la isla, sobre los que le encarga Pablo:

-¡Hazlos callar!, para que no sigan trastornando a familias enteras con sus enseñanzas pervertidas y por afán de dinero miserable.

Con estas perspectivas de cretenses y judaizantes ante los ojos, ¿por dónde tiene que comenzar Tito?...

Pablo le aconseja:

-Aprendan ante todo los nuestros a ser los primeros en bellas obras.

Y lo vuelve a repetir:

-Todos los que creen en Dios traten de sobresalir en la práctica de las bellas obras.

“Bellas obras”. ¡Qué palabra ésta!...

Ya la había usado Pablo en la carta anterior a Timoteo.

¿Qué significaba semejante expresión?

La tan autorizada Biblia de Jerusalén nos lo explica muy acertadamente.

La belleza es una nota distintiva de la espiritualidad de los cristianos.

Desde el momento que el propósito de Dios con la redención ha sido constituir un pueblo entregado a las “bellas obras”, lo que Dios espera de los suyos es una progresiva transfiguración para conseguir una belleza cada vez más resplandeciente.

Todas las edades y todas las condiciones, incluso los esclavos, tienen, en todas las circunstancias, una excelencia y una nobleza espirituales que irradian con el brillo de la belleza verdadera (*Sobre 1Tm 5,10*)

Jesucristo no espera hasta el final de los tiempos a tener delante de sí una Iglesia, esposa suya, del todo santa e inmaculada.

La quiere hermosísima ya aquí, en la tierra, en el estado de peregrina.

Una Iglesia cada vez más bella por la manera de portarse cada uno de sus hijos.

Ahora se entiende por qué Pablo, en esta carta a Tito como en la anterior a Timoteo, descende repetidamente a inculcar semejante comportamiento a cada una de las personas y categorías sociales.

Nadie se escapa del consejo de Pablo:

- ¡Ancianos! Sean sobrios, dignos, sensatos, sanos en la fe, en la caridad, en la paciencia
- ¡Ancianas! Miren qué porte han de gastar: el que conviene a los santos y santas (2, 2-5)
- ¡Mujeres queridas! A ser dignas, bien habladas, sobrias, fieles en todo (1Tm 3,11)
- ¡Esposas jóvenes! A amar respetuosamente a sus maridos y a sus hijos...
- ¡Muchachitas! A ser sensatas, castas, trabajadoras, bondadosas (2,3,5)
- ¡Jóvenes! Sean bien portados en todo (2,6)
- ¡Esclavos! Fieles, honrados, glorifiquen en todo a Dios nuestro Salvador (2,9-10)
- ¡Hombres, responsables de la sociedad! A someterse obedientes a la autoridad (3,1)
- Y ustedes, responsables de la Iglesia —obispos, presbíteros, diáconos—, sean irreprochables, defensores de la fe con una conciencia pura.

¿Por qué tienen que ser todos así?...

Porque se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, y derramó sobre nosotros su misericordia por el bautismo, ese baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo.

¡Miren a Dios!

¡Miren cómo nos ha salvado por su gracia a todos los hombres!

¡Miren cómo se manifestará un día la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo!

¡Miren cómo se entregó por nosotros!

¿Y para qué lo hizo? Para purificarnos y formarse un pueblo limpio de mancha, un pueblo que no suspirase sino por lucir con obras bellas (2,11-14)

-¡La Iglesia! ¡La Iglesia!..., exclamaba con frecuencia extasiado en nuestros mismos días el Papa Pablo VI.

Este ideal lo había aprendido el insigne Papa de aquel primer Pablo.

Como lo aprendemos también nosotros.

¡Iglesia santa de Dios, qué hermosa eres y cómo te queremos tus hijos!...

## 98. Jesucristo más y más. *El inagotable Pablo*

Lo sabemos de memoria. Cuando Pablo se pone a hablar o escribir de Jesucristo es inagotable. Nadie es capaz de acallar su lengua o detener su pluma.

Hoy —iba a decir yo que casi como un entretenimiento—, vamos a contemplar a Jesucristo a través de algunas expresiones de Pablo recogidas aquí y allá, sólo para excitar nuestra admiración y nuestro amor a Jesucristo, nuestro querido Salvador.

Nada más empezar su saludo en la carta a los de Roma nos dice que Jesucristo es el Evangelio de Dios.

Para Pablo, el Evangelio o la Buena Noticia no es algo inmaterial o teórico, una doctrina o una proclamación de verdades. Pablo nos dice mucho más.

El Evangelio es el prometido Hijo de David, como lo adivinó el pueblo sencillo al aclamar a Jesús levantando palmas y gritando: -¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Pablo reconoce ante todo que Jesucristo es Dios. Porque ese Hijo de David es precisamente el Hijo de Dios, que se humilla al hacerse hombre como nosotros.

Pero llegará con la Resurrección el momento en que por el Espíritu Santo se manifieste todo el poder que encerraba aquel Jesús que llegó hasta morir en una cruz.

A partir de la Resurrección, Jesús es constituido “Señor”, el Altísimo que está a la derecha del Padre, con la misma y única gloria que corresponde sólo a Dios.

Y como Jesucristo es el único que puede salvarnos, Dios escoge apóstoles, a los que envía para proclamar el Nombre de Jesús a todas las gentes, que serán santas y amadas de Dios por aceptar ese Evangelio que es su Hijo.

Todo esto acerca de Jesucristo lo dice Pablo en unas cuantas palabras magníficas y densas, cuando escribe:

“Pablo, siervo de Cristo Jesús, escogido para el Evangelio de Dios, acerca de su Hijo, nacido como hombre del linaje de David, y constituido Hijo de Dios con poder por el Espíritu Santo a partir de su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro. A todos los amados de Dios que están en Roma, santos por vocación” (Ro 1,1-7)

¿Qué pensamos de semejante saludo? Todo se centra en Jesucristo, de cuya Persona viene a dar la más grandiosa definición: Hijo de Dios, Cristo Jesús, Señor!...

Vayamos recordando hoy cosas y más cosas que Pablo va diciendo de Jesús y que nosotros hemos mamado como la leche más nutritiva en las Sagradas Escrituras y en la enseñanza de nuestra Madre la Iglesia.

Jesucristo es ante todo un don, gracia, un regalo que Dios hizo al mundo. Al contemplarlo Pablo, dice ponderativamente:

-¡Con Jesucristo se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres!”.

Ese Jesucristo, un día apareció lleno de humildad, pero al final volverá, en su gran Manifestación, lleno de gloria como “de gran Dios” y como “El Salvador” (Tt 2,11-14)

Los que dicen que Jesucristo es, sí, un gran hombre, el mayor de los hombres, pero nada más, pueden meditar en este nombre que le da Pablo: “¡El gran Dios!”, título reservado en toda la Biblia del Antiguo Testamento a sólo Yahvé.

Para nosotros, Jesucristo es Dios, Dios verdadero, y nadie puede venirnos robándole a Jesucristo su Divinidad.

Cuando hablamos así, parece que nos pusiéramos en un plan triunfalista para hacer estremecer a todos ante la Persona de Jesucristo.

Pero, no. Es precisamente todo lo contrario. Porque sigue diciendo Pablo:

-Jesucristo es la manifestación de la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, pues nos ha salvado a nosotros, pecadores, no por obras buenas que hubiéramos hecho, sino sólo por su misericordia, mediante el baño de la regeneración en que se nos dio el Espíritu Santo (Tt 3,4-5)

En este plan amoroso de Dios, según San Pablo, el Amor y la Bondad de Dios son la fuente de nuestra salvación.

Jesucristo, su Hijo hecho hombre, el Crucificado y Resucitado, es el instrumento de nuestra salvación, que se nos comunicó por el Bautismo.

Como vemos, toda nuestra salvación y nuestra gloria, que ya poseemos en esperanza, la tenemos en Jesucristo, sólo en Jesucristo, el cual, además de ser Hombre, es Dios, y por eso nos puede salvar.

Ante este Jesucristo caemos siempre de rodillas, aunque por el amor y la confianza lo tratemos tan de tú a tú, tan familiarmente como a hermano y como al mejor amigo.

Ese discípulo de Pablo que redactó la Carta a los Hebreos nos lo expone con lenguaje sorprendente.

Para un judío lector de la Biblia, los Ángeles eran las criaturas supremas después de Dios. Al venir Jesús, ¿qué iban a decir de Él? ¿Que era un ángel más?...

El redactor de la carta a los Hebreos sentencia con aplomo y energía:

-¡No! Jesucristo es muy superior a todos los ángeles. Ellos son simples servidores de Dios. Mientras que Jesús es el Hijo.

¡No! Porque los ángeles fueron creados por Dios, mientras que Jesucristo, el Hijo de Dios, es eterno, vive desde siempre.

¡No! Porque los ángeles, ante el Hijo de Dios que se hacía hombre, recibieron de Dios la orden tajante: -¡Que le adoren todos los ángeles de Dios!

¡No! Porque Jesucristo es el Creador y el rector del Universo. Todas las cosas pasarán, pero Jesucristo no pasará.

¡No! Porque Dios ha constituido a Jesucristo “Señor”, cuando le dijo: “Siéntate a mi derecha hasta que ponga a todos tus enemigos como estrado de tus pies”... (Hb 1,5-14)

Pablo resumió todo esto de Jesucristo en unas palabras grandiosas:

“Dios ha hecho que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”, “porque todo fue creado por él y para él; él existe con anterioridad a todo y todo se mantiene en él” (Ef 1,10. Col 1,16-17)

Todo esto que hoy hemos dicho —brotado del corazón más que de los labios— es la quintaesencia de toda la enseñanza de Pablo.

Quitamos de las Cartas de Pablo la palabra “Jesucristo”, y esas cartas no se entienden.

Por el contrario, las leemos a la luz de esta palabra llena de magnetismo, “Jesucristo”, y lo más enrevesado del lenguaje de Pablo se convierte en luz meridiana.

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y siempre” (Hb 13,7)

El que acuñó estas palabras, encerró en ellas magistralmente todo lo que Pablo nos quiere decir y nos dice en sus Cartas inmortales.

## 99. Hebreos. *Con muchas ideas de Pablo*

Me preguntarán ustedes: ¿Es de Pablo la carta a los Hebreos? Porque sabemos que hay muchas cuestiones sobre ella... Y hemos de decir: Pues, sí y no.

Esta Carta a los Hebreos, aunque ha figurado siempre entre las epístolas paulinas, ciertamente no es de Pablo. Con todo, la traemos nosotros también aquí. ¿Por qué?

Porque el pensamiento de Pablo recorre todo el escrito de punta a punta.

Se adivina con toda claridad que el autor, culto, de hablar elegante, fue un judío helenizado, que dominaba el griego a perfección, conocedor profundo de la Biblia.

Entre los discípulos de Pablo, ¿fue Bernabé? ¿fue Apolo?... Es inútil querer saberlo.

Más que una carta, parece que Hebreos fuera un “sermón”, perfectamente redactado, de un orador excelente, y que después se conservó y fu enviado a las Iglesias.

Es posible que el escrito fuera redactado en Italia en los años *sesenta*, antes de la destrucción del Templo y de Jerusalén.

Iba destinado a alguna comunidad judía que se encontraba en situación delicada de persecución o incluso de cansancio y apostasía.

Todo lo que se propone el autor se podría resumir en esta llamada urgente y apremiante:  
-¡A perseverar!...

En fin, nosotros teníamos que decir todo esto antes de meternos en el escrito, que se centra todo en Cristo y en la Fe con que nos adherimos a Él.

Ante todo, ofrece una breve introducción sobre los ángeles y Jesucristo.

¿Tienen razón los que se embohan ante los ángeles, como si fueran los seres supremos salidos de la mano de Dios?

¡No! Por encima de todos ellos está Jesucristo.

Los ángeles son meros espíritus, mientras que Jesucristo es Dios.

¿Y qué decimos nosotros ante todo de Jesucristo?

Lo primero esto: ¡Que es Sacerdote!

Y para ser sacerdote quiso asemejarse en todo a nosotros sus hermanos, compartir todos nuestros sufrimientos, incluso la muerte.

Muriendo y resucitando, nos ha librado a los que éramos unos esclavos toda la vida por el miedo a la muerte. Ahora, ¿quién la teme?...

¿Y qué hacer si nos sentimos débiles? ¡Acudir a Jesús!

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado.

“Por lo tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el favor de un auxilio oportuno” (4,14-16)



Pasa después el autor a exponer la grandeza suprema del sacerdocio de Jesucristo.

Con pinceladas bellísimas retrata a nuestro Sumo Sacerdote, Jesús:

“Así es el sumo sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado sobre los cielos” (7,26). Y ahora está en el Cielo “siempre vivo para interceder por nosotros” (7, 25)

¿Qué se sigue de todo esto? Una gran confianza en Jesucristo nuestro Sacerdote y Mediador, a la vez que un prudente y necesario temor.

Confianza, porque Jesús nos salva:

“Acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala” (10,22)

Y prudente temor ante la apostasía:

“Porque si voluntariamente pecamos después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sino la terrible espera del juicio y el fuego ardiente, pronto a devorar a los rebeldes. ¡Es terrible caer en las manos del Dios vivo!” (10,26-31)

Este lenguaje es muy duro, pero es que al autor le infunde miedo el abandono de la Iglesia en que sus oyentes fueron bautizados y gustaron los mayores dones de Dios.

Aunque añade después palabras de consuelo:

“Pero de ustedes, queridos, por más que hablemos así, esperamos cosas mejores y conducentes a la salvación” (6,9)

Después de toda esta exposición sobre Jesucristo, con las exigencias que entraña, el autor hace desfilar ante nuestros ojos en cortejo impresionante a todos los santos del Antiguo Testamento, y concluye con estas palabras:

“Teniendo en torno nuestro tan gran número de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe, el cual, por el gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y ahora está sentado a la derecha de Dios” (12,1-2)

¡Qué párrafo tan precioso!

Los santos del Cielo, que ya triunfaron, contemplándonos y animándonos en la lucha.

Y Jesucristo, el autor de nuestra fe, que se puso delante de la fila, nos anima ahora:

-¡No tengan miedo! Hagan como yo. El Padre me ofrecía la cruz. Y yo, viendo el premio que me venía después, aguanté firme, y aquí estoy, disfrutando de mi gloria y esperándolos a todos.

Hebreos acaba para nosotros con algunas frases lapidarias, como ésta que escuchamos tantas veces y que se ha convertido en un eslogan que no se nos cae de los labios:

“Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por los siglos”.

El mundo da mil vueltas.  
Las modas pasan.  
Los imperios se derrumban uno tras otro.  
El único que permanece siempre inmutable e incommovible es Jesucristo.  
Y así será hasta el fin.  
Y así será, ¡esto es lo más admirable!, en los siglos eternos... (13,8 y 14)

Esos siglos que nos recuerda el autor con otras palabras enormemente estimulantes:  
“No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura”.

Esto va para esos que dicen que no hay que pensar en el Cielo, como si fuera algo propio de gente débil.

Realmente, que no podía acabar de manera más estimulante.

¡Hay que ver los ánimos que infunde en nuestro caminar el imaginarse y el pensar en esa ciudad, no construida por manos de hombre, sino por el mismo Dios!

Este sermón tan brillante que ahora tenemos en la Biblia, es para escucharlo y leerlo no una sino muchas veces, sabiendo que siempre nos va a repetir:

¡Ánimo, que vale la pena el perseverar!...

## 100. Sacerdote y Víctima. *Y el cristiano con Cristo*

¿Somos sacerdotes todos nosotros, todos los bautizados, hasta los laicos?...

Esta pregunta es acuciante.

Porque todos los hijos de la Iglesia sienten dentro de sí el anhelo de acercarse al Altar de Dios, no como simples espectadores, sino como agentes activos en el sacrificio de Cristo que se celebra en la Sagrada Eucaristía.

Por otra parte, en la Palabra de Dios consta bien clara esta afirmación, dirigida por San Pedro a todos los creyentes:

“Ustedes son raza elegida, sacerdocio real, nación santa” (1P 2,9)

Unos textos de San Pablo —dos o tres nada más— van a orientar nuestra charla de hoy sobre un tema tan interesante y de tanta actualidad.

¿Por qué Pablo presenta a Cristo ofreciendo su Cuerpo y su Sangre como el sacrificio de la Nueva Alianza?

¿Por qué Pablo dice que el cristiano ofrezca su cuerpo a Dios como una hostia santa?

¿Por qué dice Pablo que la vida del cristiano ha de ser como pan sin levadura, limpia del todo?

¿Damos respuesta a estas preguntas?

Porque Jesucristo es el verdadero y único Sacerdote nuestro.

Porque Jesucristo ha hecho a todos sus miembros, a todos los bautizados, unos participantes de su sacerdocio.

Porque Jesucristo quiere unir la vida de los suyos, como una hostia, a su propio sacrificio en el Calvario.

Conociendo la Biblia, sabemos lo que eran en Israel Aarón y sus sucesores.

Llamados por el mismo Dios, eran consagrados solemnemente, adornados con vestiduras pomposas, y, una vez al año, el Sumo Sacerdote ofrecía el sacrificio de la Expiación con una ceremonia sin igual.

Este sacrificio era la renovación del sacrificio de la Alianza ofrecido por Moisés al pie del Sinaí, y revestía carácter nacional. Era sacrificio de todo el pueblo y por todo el pueblo.

Mientras que el sacrificio del cordero pascual tenía carácter familiar, ofrecido por el jefe de la familia, y recordaba el sacrificio que sacó de Egipto a los israelitas, libres de la esclavitud del faraón.

¿Para qué valían aquellos sacrificios? En sí mismos, para nada. ¿La sangre de animales iba a ser capaz de perdonar pecados?...

¿Y qué significaba ante Dios un sacerdote, simple mortal, pecador también? ¿Un hombre cargado de culpas podía representar dignamente al pueblo delante de Dios?...

Semejantes sacerdotes y tales sacrificios valían en tanto en cuanto significaban lo que había de venir: el sacrificio de Cristo, Sacerdote y Víctima a la vez.

Víctima, con su Sangre podía limpiar todo pecado.

Sacerdote, podía ser totalmente acepto ante Dios, al ser “santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y encumbrado sobre los cielos” (Hb 7,26)

Además, como Jesucristo sacrificado en la cruz fue una víctima que Dios aceptó, la resucitó y la subió al Cielo, allí está enseñándole al Padre sus llagas gloriosas, las mismas del Calvario, y no tiene necesidad de repetir otra vez su sacrificio.

El de una vez, valió para siempre.

El Doctor de la Iglesia San Ambrosio lo explicaba así, bellísimamente, haciéndose eco de lo que enseñaba la Iglesia antigua:

“Quiso entrar en el cielo con las llagas sufridas por nuestro amor; no quiere borrarlas. Con esto presenta de continuo al Padre el precio de nuestra Redención. Está a la diestra del Padre con el trofeo de nuestra salvación. Sus cicatrices son para Él corona; para nosotros, testigos de su amor”.

Además, en la Eucaristía se ponen en el altar el mismo Sacerdote eterno y la misma Víctima glorificada, no con nuevo sacrificio, sino con el mismo de la cruz.

Los sacerdotes, consagrados por Jesucristo, actúan sólo como ministros y en nombre del mismo Jesucristo, único Sacerdote de la Nueva Alianza.

Jesucristo —en el Cielo como en el altar—, después de la Resurrección “está siempre vivo intercediendo por nosotros” (Hb 7,25)

Y nosotros, que queremos ser sacerdotes, ¿cómo lo somos?

Ya hemos oído lo que nos ha dicho el apóstol San Pedro: “Son sacerdocio real”.

Y nos había asegurado muy poco antes:

“Ustedes, como piedras vivas, entran en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por medio de Jesucristo” (1P 2,5)

Dos cosas muy claras nos dicen estas palabras del Apóstol.

Ante todo, que somos sacerdotes. ¿Cómo y por qué?

Porque Jesucristo nos ha unido a todos los bautizados a su Cuerpo haciéndonos participar de su único Sacerdocio.

Y podemos ofrecer a Dios, con Jesucristo y por Jesucristo, siempre unidos a Él, oraciones y sacrificios como verdaderos sacerdotes.

Después, nos dice el apóstol, que ofrecemos sacrificios que Dios acepta complacido.

¿Cuál es nuestro sacrificio? San Pablo nos lo especifica muy bien:

“Les exhorto a que se ofrezcan ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Tal será su culto espiritual” (Ro 12,1)

El sacrificio del cristiano es esa vida sin mancha, sin pecado, con la lucha de cada día por la virtud, por el cumplimiento del deber, la oración, y las contrariedades de la vida sufridas por amor.

¿Y cuándo el cristiano se muestra sacerdote en la vida?

Siempre que ofrece su oración o sus obras limpias a Dios.

Pero ejerce y manifiesta su sacerdocio especialmente en la Eucaristía.

Al ofrecer Jesucristo su sacrificio, el cristiano se une del todo a Él, para ofrecer a Dios su propio sacrificio, el de la semana entera o el de cada día.

El cristiano que participa la Misa con adhesión ferviente, se muestra sacerdote y víctima, en unión con Cristo y plenamente agradable a Dios.

Esto es en verdad sublime.

¡Que dignidad envuelve al cristiano al sentirse unido a Cristo Sacerdote y Víctima!

Dios se complace en el cristiano como se complace en Jesucristo.

Y la vida del cristiano, así unido al Sacrificio único de Jesucristo, es una contribución poderosa, eficaz, valiosísima, para la salvación del mundo.

### 101. Tras el Jefe y el Guía. *¡A perseverar!*

La epístola tan extensa de Pablo a los de Corinto, cargada de consejos, llega hacia su fin con unas palabras que son todo un programa enardecedor:

“¡Manténgase firmes, incommovibles! ¡Avancen siempre en la obra del Señor! Y sepan que su trabajo no es inútil en el Señor” (1Co 15,58). Porque el Señor Jesús es un espléndido pagador, y nadie quedará sin una magnífica recompensa.

Considerando estas proposiciones de Pablo se adivina que el cristianismo —como se ha dicho muchas veces modernamente—, no es para pusilánimes.

¡Firmes! ¿Por qué?... Porque los embates que vienen del enemigo son fuertes.

¡Incommovibles! ¿Por qué?... Porque no hay que dejarse arrastrar por la corriente ni permitir que nadie nos zarandee.

¡En marcha! ¿Por qué?... Porque eso de detenerse es condenarse a ir para atrás.

¡Que vale la pena! ¿Por qué?... Porque el premio que aguarda supera todo lo que se puede soñar.

San Pablo, a lo largo de todas sus cartas, da la razón de todas estas afirmaciones, y asegura la firmeza de sus proposiciones.

Firmes de tal manera —sigue diciendo a los de Corinto—, que “han de mantenerse en la fe bien seguros, actuando como hombres, con energía” (1Co 16,13)

Incommovibles —dirá a los de Éfeso—, de modo “que no nos dejemos llevar a la deriva, zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error” (Ef 4,14)

Progresando siempre, porque hay que llegar “a un desarrollo perfecto, a la plena madurez en Cristo”, asegura Pablo a los mismos efesios (Ef 4,13)

Y se debe avanzar con una gran esperanza, porque —como expresa Pablo a los de Roma—, “los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros” (Ro 8,18)

Este programa de vida cristiana no es para echar hacia atrás a ninguno; al revés, resulta un estímulo grande el saber que Jesucristo tiene confianza en los suyos.

El redactor de la carta a los Hebreos pone al mismo Jesucristo delante como Jefe y Guía en un párrafo que entusiasma.

Ha presentado antes una lista larga de los grandes de Israel en el Antiguo Testamento, los cuales, siguiendo la estrella de la fe, realizaron hazañas sin cuento, y dice de ellos que fueron hombres y mujeres “de los que no era digno el mundo” (Hb 11,4-39)

Después añadiré, aunque sin poner nombres, a los que ya habían muerto entre los apóstoles y los primeros cristianos: “Acuérdense de sus guías, que les anunciaron la palabra de Dios, y, considerando el desenlace de su vida, imiten su fe” (Hb 13,7)

Pero, sobre todo, clava ese discípulo de Pablo su mirada en Jesucristo, como no podía ser menos. Lo ve al frente de los suyos en marcha hacia la eternidad, como iniciador y consumidor de la fe, y asegura de Él algo que resulta insólito:

“Jesús, por el gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y ahora está sentado en el trono a la derecha de Dios” (Hb 12,2)

¿Qué quieren decir estas palabras algo misteriosas? Por una palabrita que usa la Biblia, los estudiosos adivinan un doble sentido.

Primero, puede interpretarse así. Ante los ojos de Jesús, se presentó el gozo, la alegría, la gloria. Y Él se dice valiente:

-¿Qué escojo? ¡Me quedo con la cruz!

Segundo. Pero hay otra interpretación. Jesús tenía miedo a la muerte, es natural, y más una muerte en la cruz. Pero vio la gloria que le venía detrás. Y Jesús no dudó:

-Es muy duro lo que me espera. Pero vale la pena seguir adelante. Después de la cruz y el sepulcro, vendrá la gloria. ¡Adelante!

De las dos maneras, y las dos legítimas, se puede interpretar esa afirmación de Hebreos. Una y otra son preciosas.

Como Jesús en el Tabor, donde habla con Moisés y Elías de lo que le aguarda, el cristiano tiene delante la lucha. Pero no duda en absoluto

-¿Jesús va delante? Pues, ¡adelante yo también!

La verdad es que el mundo de hoy necesita mensajes como éste.

Nuestro mundo —como lo dice cualquier observador independiente—, en medio de los avances de la ciencia y de la técnica, vive en la angustia que causa la incertidumbre.

El llamado Primer Mundo lo tiene todo, y, sin embargo, esa ansiedad e insatisfacción tan lamentadas y tan evidentes las sufre sin encontrar solución.

Al revés, el llamado Tercer Mundo no sabe hacia dónde volverse para hallar remedio a sus injustos males, que los hombres poderosos se empeñan en no resolver.

Ante ambos mundos, caben las consabidas preguntas: ¿Sabe mucha gente hacia dónde camina? ¿No necesita más fe? ¿No necesita, sobre todo, más esperanza?...

Los grandes sufrimientos modernos han de encontrar una solución, la cual no le puede venir sino de Dios.

Y el camino seguro de Dios y hacia Dios es solamente Jesucristo.

En nuestra Latinoamérica han surgido líderes durante las últimas décadas que pudieron deslumbrar de momento.

Arrastraron a muchos, pero eran también muchos los que volvían, lamentando:

-¡Qué fracaso! ¡Cómo nos hemos equivocado!

El único que no falla, ni en sus proposiciones, ni en sus promesas, ni en sus logros, es Jesucristo, del que nuestra carta a los Hebreos dice “Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos” (Hb 13,8)

Lo cual es como si dijera: todos los que surgen como maestros, jefes y guías son ocasionales, los cuales aciertan o no aciertan.

El que no se equivoca, no engaña y no defrauda nunca, porque es seguro siempre, es Jesucristo.

Firmes, inmovibles, esperanzados.

Tres palabras que son un lúcido “santo y seña” que Pablo hace resonar en nuestros oídos y pone también en nuestros labios.

Son la mejor respuesta que le damos a aquel Jesucristo que dijo con serenidad pasmosa poco antes de ir a la muerte: -¡Sígueme, y confíen! Porque al mundo lo tengo yo vencido.



## 102. Timoteo, ¡ven!... *Un testamento de Pablo*

Tenemos en la mano la última carta de Pablo, un grito de angustia y un testamento espiritual a su hijo más querido: Timoteo, a quien había dejado en Éfeso.

Está por acabar el año 66, pues leemos en las últimas líneas:

-Timoteo, ¡ven!... Junto con los libros de las Escrituras, especialmente los pergaminos, tráeme el abrigo que dejé en Tróade, y date prisa en llegar antes de que se eche encima el invierno (4,13 y 21)

¿Qué ha ocurrido entre las cartas anteriores a Timoteo y Tito y esta última?... Pablo podía estar por Oriente, quizá en Tróade, cuando le detuvo sin más la policía romana:

-¡Éste es el jefe cristiano que estamos buscando!...

Ya no dicen “judío”, sino “cristiano”, porque los pretorianos saben distinguir bien desde la persecución desatada por Nerón.

Si Pablo cayó en manos de la policía por el Oriente, fue llevado prisionero de nuevo a Roma después de una breve prisión en Éfeso, capital de la provincia de Asia..

Pero también pudo viajar a Roma por su cuenta a finales del año 66, y trabajar de nuevo en la Urbe, con mucha prudencia aunque se viera libre.

Quizá a este tiempo se refiere el recuerdo de su casa en la orilla izquierda del Tíber, por la Arénula, junto a la Régola.

Es muy incierto cuanto se refiere a este último año.

Pero, preso en Oriente y traído a Roma, o detenido en la misma Urbe, Pablo fue internado en la cárcel del Tulliano, llamada después popularmente la Mamertina.

Durante la primera prisión, Pablo estaba en custodia libre, en casa propia alquilada, con un soldado que lo guardaba, pero con libertad de movimientos.

Ahora, no. Ahora se hallaba atado con cadenas a una columna, sin poderse mover casi, condenado a una inacción completa.

No tiene consigo más que a Lucas, el querido y fiel Lucas, que le visita todo lo que puede. Pablo le va dictando a ratos esta carta, que para nosotros es un tesoro inapreciable, cargada de hondos sentimientos, y con enseñanzas inolvidables..

La carta comienza con desahogos muy naturales.

-¡Timoteo, mi hijo querido! Tengo deseos de verte, para que me llenes de alegría.

Ahora me tienes aquí, soportando estos sufrimientos, pero no me avergüenzo, porque estoy seguro de que Jesucristo guarda íntegra mi fe hasta aquel último día de su manifestación gloriosa (1,12)

Haz tú lo mismo. ¡Conserva la fe mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros!

Onesíforo ha sido igual que tú. Me reconfortó muchas veces y no se avergonzó de mis cadenas. Además de los servicios que me prestó en Éfeso y que tú sabes, apenas llegó a Roma me buscó hasta dar conmigo. ¡Dios lo bendiga! (1,13-18)

Ante esta amistad cariñosa y la fe tan bien conservada de Timoteo, Pablo sabe lo que es el desamor, la traición de amigos y hasta la apostasía de la fe. Aquí se queja amargamente:

-Ya sabes tú que todos de Asia me han abandonado, y entre ellos Figelo y Hermógenes. Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal.

Después de estos desahogos primeros, aparece el Pablo de siempre, el luchador incansable, ahora agotado pero no rendido:

-Timoteo, soporta las fatigas conmigo, como buen soldado de Cristo Jesús. Porque yo he peleado el buen combate. He sido el soldado de Cristo que debía ser. Él es mi jefe, y sólo a Él quiero agradecerle; por eso, no me enredo en negocios de este mundo. Jesucristo, su Evangelio..., y lo demás no da conmigo. (2,3-4; 4,7)

Pasa después a otra comparación muy suya:

-Lo mismo que el atleta —que no recibe la corona si no se ha portado según el reglamento—, yo he cubierto siempre fielmente la carrera hacia la meta. Y ahora no me queda sino la corona que me entregará el Señor como justo Juez (2,5 y 4,7-8)

Otra comparación también muy querida:

-El labrador que trabaja es el primero que tiene derecho a percibir los frutos. Si cada uno recibirá su salario según su trabajo, yo lo espero, porque somos colaboradores de Dios en ese su campo que son los creyentes. He arado y he trillado con esperanza de recibir mi parte, que me toca ya ahora (2,6; 1Co 3,8-9 y 9,10)

¿Verdad, Timoteo, que me entiendes?... (2,7)

Y vienen después esas palabras de Pablo que tantas veces se nos repiten:

-Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos; por él estoy yo sufriendo hasta llevar cadenas como un malhechor. Pero la palabra de Dios no está encadenada (2,8-9)

¡Qué riqueza la de este consejo y la de esta afirmación!

Con Jesucristo el resucitado siempre en la mente, ¡qué poco se tiembla en la vida!...

A continuación, un recuerdo familiar de Pablo para Timoteo, con otra exhortación que se nos repite sin cesar y que tenemos siempre en los labios:

-Tú, hijo mío, persevera en la fe, teniendo presentes a las que te lo enseñaron, tu abuela Loide y tu madre Eunice, pues desde niño conoces las sagradas Escrituras, las cuales te dan la sabiduría que te lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús (3,14-15)

Es imponderable este elogio de la abuelita, de la madre y de Timoteo, el hijo y nieto.

Timoteo fue Timoteo porque la abuela Loide y la madre Eunice formaron a su nieto e hijo en la piedad más honda con el amor a las Sagradas Escrituras.

Pablo aprovecha eso de las Escrituras para escribir a continuación otras palabras inolvidables:

-Toda Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia o santidad; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena (4,16-17)

Entre el ejemplo de Loide y Eunice, el discípulo aprovechado Timoteo, y el maestro incomparable Pablo, se nos mete bien adentro el amor a la sagrada Biblia, tesoro singular del cristiano...

Pablo, detenido en la cárcel y enfrentado a la muerte, no se abate, y canta resignado y triunfante a la vez:

-Estoy a punto de ser inmolado en sacrificio, y el momento de mi partida es inminente. He peleado el buen combate, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe (4,6-7)  
Sentimos envidia del valiente y estamos orgullosos de nuestro héroe.

Esto es Pablo. El testamento que escribió a Timoteo nos lo legó a todos nosotros.  
Vale la pena ser cristiano. Vale la pena luchar por Jesucristo.  
La vida entonces tiene sentido, ya que está toda entera al servicio de un ideal.  
E ideal más alto que Jesucristo no existe, porque no puede existir...

### 103. He terminado mi carrera. *Pablo en el final*

¿Qué hace Pablo cuando se ve libre de las cadenas? Hacía ya cinco años que había escrito precisamente a los de Roma:

“Espero verlos de paso a mi viaje hacia España y confío que me ayudarán a proseguir este viaje, después de gozar algo de su compañía.

“Cuando haya concluido este asunto de la colecta que he de llevar a Jerusalén, me dirigiré a España pasando por ustedes” (Ro 15,24-28)

Éste era el plan de Pablo allá por el año 58, pero vino la prisión en Cesarea y después la de Roma.

Libre ya del todo, ¿pudo realizar su sueño de ir a España, ahora que estaba a un paso de ella? ¿Y qué hizo hasta mediados del 67, año en que se puede fijar su muerte?

Lucas nos ha dejado en suspenso, y nosotros llenamos el vacío de estos cuatro años con citas de las cartas de Pablo escritas en estos días y con documentos cristianos y civiles que nos orientan de manera segura.

¿Pudo Pablo ir hasta el fin del mundo occidental entonces conocido?...

Históricamente no se puede negar. Tenemos dos testimonios de primer orden.

El primero, el de San Clemente Papa, tercer sucesor de Pedro, que escribiendo a los de Corinto les dice que Pablo se fue al Cielo “después de haber ido hasta los términos de Occidente”. El extremo Occidente para un romano era únicamente España.

Está además el autorizadísimo “canon” de Muratori, en el siglo II, dice también que “Lucas cuenta lo que sucedió en su presencia, como lo prueba su silencio acerca del viaje de San Pablo de Roma a España”.

De haber ido a España, ¿dónde evangelizó?

Lo más probable en Tarragona, a donde podía ir por barco o por tierra atravesando el sureste de Francia. La España tarraconense era una parte muy selecta del Imperio Romano.

¿Y qué hace Pablo después? Sólo él nos podría contestar. Pero seguro que nos diría:

\* ¿Después?... Tuve que volver a Oriente, a visitar aquellas Iglesias que llevaba tan adentro de mi corazón.

Estuve en Éfeso, donde dejé a mi querido Timoteo, y en Macedonia pude visitar Tesalónica y Filipos, Corinto, Mileto, de tantos recuerdos para mí. Todo eran visitas rápidas, pero que me llenaban el alma.

Fui a evangelizar la isla de Creta, y allí dejé a mi discípulo y compañero Tito.

Visité la ejemplar Iglesia de Colosas, como había prometido a Filemón, que me hospedó en su casa.

Al fin me encontré en Tróade, donde caí en manos de los agentes de la Guardia Imperial, de donde me conducirían otra vez prisionero a Roma.

Porque es bien sabido lo que ocurrió en la Urbe.

Desatada por Nerón la persecución de los cristianos, yo era buscado en todas partes por la Guardia Imperial, pues conocían mi actividad como anunciador de la Buena Nueva de Jesús.\*

Esto nos respondería Pablo, y nosotros seguiríamos haciéndole más y más preguntas.

-Pues, ¿qué pasó?..., le preguntamos nosotros a Pablo. Y él sigue contando:

\* Pues, lo que tenía que pasar. Nerón hubo de buscar un responsable del incendio de Roma, y sabemos lo que se gritó en Roma:

-¡Los cristianos! ¡Los cristianos!...

Y sobre ellos recayó la venganza popular...

Nerón desató una persecución sin igual.

Murieron los cristianos a montones entre los más atroces suplicios.

Me cuentan que algunos, vestidos con pieles de fieras, fueron echados a los perros para ser despedazados; otros, crucificados; muchos, quemados en la hoguera; otros, embadurnados de betún, colgados como teas encendida para que sirviesen como antorchas nocturnas.

Nerón brindó sus jardines para el espectáculo, y vestido él mismo de auriga, celebraba los juegos del circo en medio de la muchedumbre, guiando su carro (*Tácito*)

Yo era buscado como nadie, pues los judíos no me olvidaban, y en el Pretorio me recordaban muy bien.

Si ante el populacho los cristianos eran los culpables, ¿qué culpa no tendría este evangelizador de Cristo!... \*

-¿Y qué te ha ocurrido después, Pablo?

-Capturado por fin, se me abrió un primer proceso. De los amigos de antes, no hubo nadie que me asistiera, pues me abandonaron todos.

Encima, hubo quienes me hicieron mucho mal, como Alejandro el herrero.

-Y ahora, preso otra vez en Roma, ¿qué esperas?

-Esperar, nada.

Como no sé lo que va a durar la prisión, he escrito a Timoteo que me traiga de Tróade lo que allí dejé y no pude traer: mi capa, pues en esta cárcel hace a veces frío y está encima el invierno; tráeme también los libros sagrados, en especial los pergaminos.

Tendré tiempo para leer, pues estoy solo.

Conmigo está únicamente Lucas, el querido y fidelísimo Lucas (2Tm 4,11-13)

-¿Y sabes algo de Pedro?

-Dicen que ya ha glorificado a Dios con una muerte digna de un discípulo del Señor. Me cuentan que lo crucificaron en la colina del Vaticano, junto al circo de Nerón, y que lo sepultaron allí mismo, en la necrópolis adjunta.

-¿Y qué esperas tú? ¿Saldrás libre como en aquel proceso de hace cuatro años?

-No. Acabo de escribir a mi querido Timoteo: “Ha llegado la hora del sacrificio y el momento de mi partida es inminente. He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he mantenido la fe”.

-Y ya no te queda sino la corona, ¿verdad? (2Tm 4,7)

-Así lo espero. Como soy ciudadano romano, a mí no me pueden crucificar. A mí me cortarán la cabeza, después de haberme azotado. Antes que el filo de la espada probaré por última vez lo que son las varas de los lictores, ya que no dejarán de azotarme previamente.

Esto nos cuenta Pablo a finales del año 66 ó principios del 67, y así se cumplió todo.

Una segunda audiencia, y fue condenado a muerte.

Lo sacaron de la cárcel Tulliano, la Mamertina, lo llevaron hasta Aguas Salvias, hoy Tre Fontane, donde rodó su cabeza por el suelo.

Recogido el cadáver por manos cariñosas de hermanos en la fe, lo enterraron en la Via Ostiense, donde todavía hoy tenemos su sepulcro bajo la Basílica de San Pablo Extramuros, ese templo grandioso que es la admiración de todos.

Pablo reposando en esta Basílica, con Pedro en el Vaticano, son las dos glorias más grandes de la Roma Eterna.

#### **104. Dinos, Pablo, ¿tú, quién eres?... *Estamos de despedida***

Bajo el altar de la imponente Basílica de San Pablo Extramuros en Roma se halla un sarcófago que encierra los restos del Apóstol. Un puñado de huesos, polvo, y nada más.

Pero, ¿y su espíritu?...

Nadie lo ha expresado mejor que San Juan Crisóstomo, el admirador y entusiasta perdido de Pablo:

“Quisiera ver las cenizas de su corazón, del cual podría afirmarse que es el corazón del mundo. El corazón de Pablo es el corazón de Cristo y la tabla en que el Espíritu Santo escribió el libro de la gracia; el corazón que logró amar a Cristo como no le amó ningún otro”.

“El corazón del mundo”, esta es la verdad.

Convencido de que “ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, sino que todos son uno en Cristo Jesús”, y sintiéndose “deudor de civilizados y de bárbaros, de sabios e ignorantes”, Pablo no conoció fronteras en su vida legendaria.

Vivía obsesionado por una sola idea: ¡Todo el mundo ha de ser conocedor y esclavo del Evangelio de Cristo!

Y como lo sentía, así se empeñó en conseguirlo, hasta poder decir con satisfacción no contenida:

-Desde el Oriente conocido hasta el extremo Occidente al que pronto llegaré, “en virtud del Espíritu de Dios, todo lo he llenado del Evangelio de Cristo”.

¿Cómo pudo realizar esto? Sólo haciendo que su propio corazón fuera el mismo corazón de Cristo.

Lo cual no es sólo una frase atinada y bella del Crisóstomo, sino la expresión de lo que el mismo Pablo había dicho de sí:

-“Mi vivir es Cristo”. Porque no tengo otro pensar, otro querer, otro respirar sino Cristo, el cual ha suplantado mi persona entera, “de modo que ya no soy yo quien vive, sino que Cristo es quien vive en mí”.

Sintiéndose portador de la salvación, y con un amor de Cristo que le urgía, que le empujaba, que no le dejaba quieto ni un momento, llegó a hacer de su vida la vida más increíble que admira la Iglesia entre todos sus hijos, y una de las más inexplicables también que ha contemplado el mundo.

Si todos admiramos a Pablo, Pablo es el único que no se admira a sí mismo.

“¿Yo?”..., sigue preguntándose Pablo. “Si soy el menor de los apóstoles; si soy indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios”...

En esta su propia indignidad descubrió Pablo el porqué Dios lo escogió de manera tan singular:

“Conseguí misericordia a fin de que Jesucristo mostrase en mí el primero su paciencia, para ejemplo de los que han de creer en él y conseguir la sa

¡Y claro está! Como Pablo conocía lo que fue para él la Sangre redentora de Cristo, pudo clamar entonces, y sigue hoy clamando a voz en grito:

-Mundo entero, ¡no te creas perdido! ¡Sépanlo todos bien!...: “Que Cristo Jesús ha venido para salvar a los pecadores, el primero de los cuales soy yo”.

Cuando Pablo daba un testimonio brillante de Cristo ante la asamblea de Cesarea, hubo de oír de labios de aquel digno Procurador romano un reproche cordial:

-Pablo, las muchas letras te han trastornado los sesos.

A lo cual respondía el prisionero:

-No, Excelentísimo Festo, no estoy loco, sino que proclamo cosas verdaderas y plenamente sensatas.

Harto sabía Pablo que en su boca no había mentira, desde que fue el mismo Jesucristo quien le había adoctrinado con una ciencia altísima.

El rayo que le tumbó de la cabalgadura y el resplandor que le cegó los ojos, no fueron sino los símbolos con que Jesucristo le mostró a Pablo lo que iba a ser su vida entera:

-Atravesarás el mundo de punta a punta como un rayo, esparciendo la luz de mi verdad a la que nadie podrá resistir.

La historia de Pablo es capaz de suscitar hoy los hombres y mujeres que nuestro mundo necesita.

Si hoy volviera Pablo, lo veríamos volar de Jerusalén a Nueva York, de Roma a Río Janeiro, de Shangai a Nairobi en el corazón del África, de Sydney a Moscú...

Y hablaría en las iglesias, en los estadios, en las universidades, en los almacenes de los puertos, a doctores y a campesinos, a las amas de casa y a los niños de las escuelas...

En todas partes y para todos tendría su mensaje, que se resumiría siempre en lo mismo:

-¡Crean en Jesucristo! ¡Entréguense a Jesucristo! ¡Sigan a Jesucristo!

Cuando todos les digan que no hay nada que hacer, porque todo está perdido, ¡no hagan caso!

Yo me levanté sobre un mundo totalmente pagano, sobre la esclavitud institucionalizada y sobre todos los vicios divinizados.

Ustedes no digan que no se pueden alzar sobre la incredulidad, la injusticia, la droga, la inmoralidad reinante...

¡Jesucristo puede más que todo y que todos!

Jesucristo es el Salvador, y se luce salvando en las situaciones más desesperadas...

El mundo al que Jesucristo me mandó a mí no era mejor que el de ustedes.

Y por mí llevó Jesucristo la salvación a innumerables almas en aquellos días primeros.

Pablo es un líder que apasiona y cuestiona a cualquiera que lo mira:

-¿Amar yo a Jesucristo? Como Pablo por lo menos...

-¿Trabajar por Jesucristo? Como Pablo y un poco más...

Pablo es una figura señera en la Iglesia, y de ella no se puede prescindir.



El arranque de todo está en aquella ruidosa caída, obra del Señor y de nadie más.

La conversión de Pablo —el mayor enemigo, trocado en el apóstol más grande y más genial—, es un hecho trascendental de la Historia, no ya de la Iglesia sino de la Historia universal.

Si la historia del mundo dio un giro de 180 grados con una Cruz en el Calvario y un Sepulcro vacío, la historia de la Iglesia recibió su orientación y el impulso definitivo a partir de las puertas de Damasco.

¡Pablo! ¡Nuestro admirado y querido Pablo! Dinos, ¿tú, quién eres?... Hemos recorrido tu vida, hemos leído tus cartas, pero ¿sabemos quién eres tú?...

No acabamos de entenderte, y nos limitamos a decir con profundo convencimiento:

¡Gracias sean dadas a Dios por haber dado a su Iglesia el apóstol Pablo! ¡Gracias por siempre!...

A mayor gloria de Dios.  
Para bien de la Iglesia.  
En honor del apóstol San Pablo  
en el Año Jubilar por el Bimilenario de su nacimiento.